

John Connolly

TIEMPOS OSCUROS

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Tercera parte

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Cuarta parte

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74

Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93

Quinta parte

Capítulo 94
Capítulo 95

Agradecimientos

Notas

Colofón

Créditos

Sinopsis

Jerome Burnel se convirtió, años ha, cuando trabajaba para una joyería, en un héroe (a su pesar). Intervino para evitar un homicidio múltiple, pero en su empeño se destruyó a sí mismo. Su vida familiar y profesional se truncó, y él acabó encarcelado, embrutecido. Fuerzas desconocidas le humillaron, enviándolo a prisión por un crimen que no cometió. Cree que es cuestión de tiempo el que esas fuerzas lo maten, pero antes de morir quiere respuestas, y recurre al detective privado Charlie Parker.

Le habla entonces de la chica que estaba marcada para la muerte, pero fue salvada; le habla de los que lo atormentaban, y de una comunidad que se esconde en una empalizada en ruinas... Parker no es como los demás hombres. Murió, y volvió a nacer. Está listo para presentar batalla. Y se acercará (junto a sus viejos amigos Angel y Louis) a una misteriosa y aislada comunidad, The Cut, en la que rigen el terror, la intimidación y el asesinato, todo ello en nombre del ser al que sirven; todo en nombre del Rey Muerto.

JOHN CONNOLLY
TIEMPOS OSCUROS

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Para David Torrans y Claudia Edelmann
de No Alibis Bookstore, Belfast

Primera parte

Como un perro, caza en sueños.

Alfred, Lord Tennyson (1809-1892),
«Locksley Hall»

Ahora están dando vueltas, poco después empezarán a caer despacio, a descender en un lento giro dejándose llevar con tal suavidad que apenas se distinga que se están aproximando. Son halcones con forma de hombre, y el que los lidera es un ser que ha pasado por una doble transformación: perdido y encontrado, humano y pájaro, el más joven de todos y, a la vez, extrañamente viejo. Ha sufrido y resistido, y, en su resistencia, se ha forjado de nuevo. Ha visto un mundo más allá de éste. Ha vislumbrado el rostro de un nuevo dios.

Está en paz consigo mismo, y por eso libraré la guerra.

Se acercan más rápido, la espiral se angosta, los tres parecen uno solo, sus capas se despliegan torvas en el frío aire otoñal; y al aproximarse no levantan ni un murmullo, ni provocan la agitación de una sombra fugaz, ni ningún gorrión se sobresalta, sólo hay quietud, la quietud de un mundo que espera que lo destrocen, y el equilibrio perfecto de una vida tal vez por salvar, y una vida, tal vez, a la que poner fin.

Las nubes se separan, desgarradas por un haz de luz que las sorprende en pleno vuelo, como si hubieran atraído, brevemente siquiera, la atención de una deidad que llevaba mucho tiempo adormecida pero ahora se ha despertado, despabilada por el clamor marcial y la formación de ejércitos en nombre de El Capitán, Aquel Que Espera Detrás del Espejo, El Dios de las Avispas.

Y la antigua deidad mandará a su Hijo contra ellos, y los halcones lo seguirán.

Hacía mucho tiempo que el Hombre Gris no había pensado en la posibilidad de que lo atraparan, porque él, en cierto sentido, no existía. Carecía de forma física. Moraba en otro, compartiendo su piel, y sólo al final podría haber un atisbo de las profundidades de su verdadera naturaleza, aunque también entonces prefería no ser visto y permanecer oculto en las tinieblas. No tenía reparos en causar dolor, pero se trataba de una cuestión de capricho, como cualquier otro de sus gustos particulares. Una muerte era sólo el principio, y por eso había sobrevivido pasando inadvertido durante tanto tiempo. Sabía cómo prolongar un asesinato durante años. El dolor físico era finito, porque en última instancia el cuerpo se rendía al alma, pero la agonía emocional era susceptible de múltiples variaciones, y las más sutiles modificaciones podían hacer que emanara de la herida un nuevo torrente de sufrimiento.

En la cara que ofrecía al mundo, el Hombre Gris era todo lo contrario a un camaleón. Se llamaba Roger Ormsby y era pequeño, un tanto extravagante, y caía muy bien. Había entrado en la sesentena y exhibía un humor pícaro. Tenía el cabello y la barba blancos, pero los llevaba cortados con esmero. Lucía orgulloso una pequeña barriga, como una madre felizmente embarazada que anuncia el placer que le produce su carga. Le gustaban los tirantes y chalecos rojos de diseños raros. Vestía tweed en invierno y lino en verano, y prefería los colores similares al crema y al canela, pero los compensaba con corbatas y pañuelos de tonos brillantes y buen gusto. Sabía tocar el piano y bailaba el vals y el *two-steps* con estilo, pero en el interior de Ormsby había algo vil y nauseabundo que lo animaba como un titiritero mueve a una marioneta, y sólo un experto habría detectado la esterilidad de sus versiones de los hermosos clásicos cuando sus dedos se desplazaban sobre las teclas, o la vacía precisión de cada uno de sus movimientos en la pista de baile.

Ormsby no hablaba ni de política ni de religión. Sólo se tomaba en serio asuntos frívolos, y por tanto era muy apreciado como invitado a la mesa. Era

un viudo feliz, leal a la memoria de su esposa fallecida hasta el extremo de que no pasaba de flirtear con las viudas menos solitarias de Champaign, en Illinois, pero no tan obsesionado por el fantasma de su difunta cónyuge para permitir que la pérdida ensombreciera su ánimo o el de otros. Estaba muy solicitado como acompañante para el teatro, el cine y alguna esporádica ópera ligera, y la ausencia de un componente sexual en sus relaciones implicaba que entraba y salía de los actos sociales con facilidad. Era Amigo de la Biblioteca, miembro de la Sociedad Audubon, asistente regular a conferencias sobre historia local, y generoso donante —aunque no tanto como para llamar la atención— en las buenas causas. Si bien es cierto que había algunos a quienes caía mal, porque nadie puede ser querido por todos, por lo general la mayoría consideraba a esos reticentes unos cascarrabias tozudos, incapaces de aceptar que alguien fuera simplemente una fuente de alegría en el mundo.

Y así, Roger Ormsby se paseaba por la vida con su brillante plumaje, haciendo notar su presencia, sin ocultar nada, pero cuando cerraba la puerta de su casa tras de sí, la luz artificial de sus ojos se extinguía y el rostro del Hombre Gris colgaba como una luna apagada en la negrura de sus pupilas.

Esto era lo que hacía Roger Ormsby, o, si lo prefieren, lo que hacía el Hombre Gris, porque los dos eran aspectos de la misma entidad, como un abrigo y su forro. Solía elegir a sus víctimas con sumo cuidado, dedicando muchos meses a prepararlo todo. Se le había conocido por cometer crímenes cuando se le presentaba la oportunidad, pero ahora resultaba más arriesgado que en el pasado, porque había cámaras por todas partes. Además, era difícil evaluar de qué se adueñaba en esas situaciones, dado que Ormsby requería de sus víctimas que se ajustaran a un conjunto de circunstancias sociales muy concretas. No podían ser seres solitarios, gente aislada de sus familias y amigos. No buscaba personas rechazadas por los demás. Cuanto más queridas fueran, mejor. Quería niños amados. Quería adolescentes de hogares felices. Quería buenas madres de hijos pequeños, pero no de bebés. Quería gente implicada emocionalmente.

Quería muchas vidas que pudiera destruir de forma lenta y concienzuda a lo largo de años, incluso de décadas.

Ormsby hacía desaparecer a personas, luego observaba cómo aquellos que los amaban no podían hacer otra cosa más que preguntarse qué suerte habrían corrido. Comprendía lo que era vivir sólo a medias por la esperanza: no es la desesperanza lo que nos destruye, sino su contrario. La esperanza tensa; la desesperanza distiende. La desesperanza trae consigo la posibilidad de un final. Llevada al extremo, su conclusión lógica es la muerte. Pero la esperanza prolonga el dolor. Puede explotarse.

Las acciones de Ormsby habían llevado a algunos a quitarse la vida, pero para él eso suponía un fracaso, tanto por su parte como por la de los suicidas. Sólo había asesinado a sus primeras víctimas, o sea, las menos interesantes. Le gustaba observar a los que quedaban mientras intentaban sobrellevar lo que se les había venido encima. Sabía que se despertarían cada mañana y olvidarían fugazmente lo que habían perdido: una madre, un hijo, una hija. (Ormsby evitaba matar a hombres adultos. Era más fuerte de lo que parecía, pero no tanto como para pensar que podía derribar a un hombre, sobre todo a medida que envejecía.) Pero al cabo de un instante, apenas unos segundos después de despertarse, volverían a recordar, y ahí era donde radicaba el placer para Ormsby.

Era muy capaz de aguijonear el recuerdo, de forzar la memoria, pero implicaba sus riesgos. Había enviado objetos a familiares por correo —un collar, un reloj, un zapato infantil— para regodearse con la conmoción subsiguiente. Había obligado a niños que había secuestrado a escribir cartas a sus madres y padres, informándoles de que se encontraban en buen estado y estaban bien cuidados. (También había persuadido a adultos para que redactaran cartas similares, pero sólo mediante la amenaza de hacerles daño físico.) Podía esperar años antes de mandar esas notas, dependiendo de la edad de la criatura y la reacción de los padres. Echaba las cartas en buzones lejos de su casa, a menudo cuando iba de vacaciones, y siempre tras asegurarse de que no había cámaras de vigilancia por la zona.

Internet le facilitó el seguimiento del estado de sus víctimas reales, pero Ormsby se cuidaba de no dejar ningún rastro electrónico. Ocultaba sus búsquedas entre visitas aleatorias a periódicos y revistas, a menudo en bibliotecas públicas o cibercafés de los que frecuentan los inmigrantes. No

asistía a las reuniones públicas por los desaparecidos ni a los servicios religiosos en las iglesias en los que la congregación rezaba por su regreso sanos y salvos, porque sabía que las autoridades vigilaban ese tipo de actos. Para Ormsby solía bastar con saber que el sufrimiento que había infligido continuaba sin mitigarse. Lo menos que podía decirse era que el Hombre Gris tenía una imaginación muy vívida. Así fue como Ormsby sobrevivió tanto tiempo sin matar: a medida que pasaban los años, también aumentaba su reserva de víctimas. Podía zambullirse o salirse a voluntad de las vidas destruidas. Era un vampiro emocional.

Ahora, mientras conducía a casa, pensaba que esa metáfora, dadas las circunstancias, tenía una oportuna precisión. Recordó una escena del *Drácula* de Bram Stoker en la que el conde regresa a su castillo y arroja un bebé que lleva en un saco a sus tres novias vampiras. En ese momento, en el maletero del coche de Ormsby también había una niña metida en un saco. Se llamaba Charlotte Littleton. Tenía nueve años y era uno de esos raros crímenes que cometía aprovechando la oportunidad: una niña que jugaba con una pelota mientras agonizaba el crepúsculo, una puerta abierta, la pelota que se desliza a una calle vacía en la que hay grandes casas apartadas de la carretera...

Un golpe de suerte: Dios —si existía— se había distraído.

Y dentro, el Hombre Gris bailaba.

La mujer de Ormsby había muerto repentinamente a los cuarenta y pocos años, cuando su marido mediaba la treintena. Fue, en cierto sentido, una bendición. A esas alturas, Ormsby, el Hombre Gris, ya había empezado su largo juego, y le inquietaba que su esposa, que no era tonta, y en ocasiones era muy curiosa, pudiera mostrar cierto interés por sus actividades. A veces se preguntaba si, de no haberle fallado el corazón de forma inesperada mientras comprobaba la dureza de unos aguacates en un mercado callejero — un curioso detalle que le había llevado a no volver a probar los aguacates desde entonces—, se habría visto obligado a librarse de ella. Para empezar, ni siquiera sabía muy bien por qué se había casado con ella. Sospechaba que anhelaba cierto tipo de estabilidad, dados sus propios antecedentes familiares de divorcio y amargura, y una madre cuyos instintos maternos no iban más allá de asumir esporádicamente la tarea de calentar una hamburguesa con queso en lugar de delegarla en su único hijo. La relación de Ormsby con su difunta esposa había sido afectuosa, aunque carente casi por completo de pasión, una situación que no había molestado en exceso a ninguno de los dos cónyuges.

Pero también es posible que, incluso entonces, ya estuviera creando un marco para vivir en él, y una identidad para sí, que despertara las menores sospechas posibles: Roger Ormsby, feliz aunque ordinariamente casado, con un empleo como vendedor de material de pintura y decoración que le

obligaba a pasar cierto tiempo viajando, alojándose en hoteles anodinos, a comer casi siempre solo, pero siempre observando, siempre escuchando.

Oyó unos golpes procedentes del maletero del coche y subió el volumen de la radio: un programa de noticias de la NPR, que era el tipo de programa que se esperaba que escuchara un hombre como Roger Ormsby. También había tenido la costumbre de fumar en pipa, exhalando el humo tranquilamente mientras conducía, pero se había enterado de que producía cáncer de garganta y de pulmón, y decidió que Roger Ormsby sería lo bastante sensato para prescindir de ese placer particular. Pero echaba de menos la pipa, pues habría tenido algo que hacer con las manos.

Tendría que matar a la niña sin demora, claro. Los crímenes no planeados siempre eran difíciles. No se la habría llevado si el invierno no hubiera empezado a hacerse notar, dándole una excusa para encender el horno en su casa grande y vieja. Se pasaría la noche interrogándola para averiguar cuanto pudiera de su familia, luego acabaría con ella: un único golpe en la cabeza, para dejarla sin sentido, y luego la estrangularía. No quería que sufriera.

Después de eso, podía empezar el juego.

Fantaseó con los meses y años venideros.

Y las sombras que lo seguían, el arco que trazaban a su alrededor los cazadores, pasaron completamente inadvertidas.

Curiosamente, para satisfacer sus apetitos personales, Ormsby se había inspirado en siniestros conflictos de tierras donde nunca había estado y cuya política o sociedad le interesaban muy poco. Había descubierto que le fascinaban las acciones de las dictaduras militares de Argentina y Chile, que de manera rutinaria «desaparecían» a aquellos con quienes mantenían diferencias, dejando que las familias lloraran por fantasmas, casi seguras de que sus seres queridos habían muerto, pero incapaces de asumirlo del todo hasta que pudieran identificar los restos y éstos reposaran en la tierra, aunque las posibilidades de que se diera el caso eran remotas dado que los métodos de eliminación preferidos por los militares incluían el arrojar los cuerpos atados de los cautivos vivos al mar desde un avión o, en el caso chileno,

utilizando como lastre traviesas de ferrocarril para asegurarse de que los cadáveres no emergieran.

Y luego estaban los terroristas irlandeses que sacaban a madres viudas de sus casas y las torturaban en secreto antes de dispararles en la cabeza y enterrar sus cuerpos en algún trecho inhóspito de playa. Cuando acababan, regresaban con las conciencias limpias junto a sus propias familias y a sus comunidades, donde se cruzaban con los niños huérfanos y desolados por las calles, durante décadas, en una extraña danza de asesinos y víctimas, en la que cada parte conocía la identidad de la otra pero nunca afrontaba la verdad de lo que se había hecho, y así la danza proseguía. Ormsby, cuya depravación escapaba lo humanamente comprensible, pensaba que habría disfrutado luchando por la libertad si hubiera podido pasar parte de su tiempo de una forma tan agradable: el dolor de aquellos que quedaban vivos se debía a su no saber, a la incertidumbre. Era un sadismo refinado hasta su esencia más pura.

La casa de Ormsby apareció delante. Se metió por el camino de entrada y abrió la puerta del garaje. Éste estaba conectado directamente con la casa a través del cuarto de servicio, donde, a su vez, había otra puerta que daba al sótano. Eso le permitía mover a sus víctimas con facilidad y sin ser visto. Se detuvo dentro del garaje, apagó el motor y pulsó el botón del mando a distancia por segunda vez, con lo que la puerta empezó a bajar. Ya se había apeado del coche y se disponía a abrir el maletero cuando vio que la puerta del garaje se había parado.

Ormsby se la quedó mirando. Volvió a pulsar el botón. No pasó nada. La puerta ni siquiera se sacudió ligeramente, como cabría esperar si el mecanismo hubiera fallado por alguna razón. Sacó una linterna del estante y comprobó las partes de la puerta, pero no vio nada raro. La calle exterior parecía vacía, pero la puerta no había descendido ni siquiera una cuarta parte de lo que debería, y aunque la luz se iba atenuando, todavía no había oscurecido lo bastante para garantizar que no lo viera alguno de sus vecinos si intentaba mover a la niña.

Además, no podía dejar esa puerta abierta. El garaje estaba conectado a la alarma de la casa y el botón del mando la desactivaba de forma automática. En ese momento su casa era vulnerable, y no era cuestión de llamar a alguien

para que le echara un vistazo a la puerta, no con una niña atada dentro de un saco en el maletero del coche. La niña volvía a patear: él la oía y la cubierta del maletero temblaba con los impactos.

Pulsó de nuevo el botón y, milagrosamente, la puerta empezó a descender. Contuvo el aliento hasta que se detuvo a cuatro o cinco centímetros del suelo. No era perfecto, pero desde el exterior parecería cerrada. Ya se ocuparía de ella por la mañana, cuando la niña hubiera muerto.

Ormsby encendió la luz del garaje. Sólo entonces abrió el maletero. La niña se retorció en el saco y chillaba contra la tela. Él había podido atarle las manos con cables trabajando rápido, pero no las piernas, que seguían sueltas, y lo máximo que había podido hacer fue envolverle las espinillas con el cordón de cierre del saco y atarlo. Había tenido que golpearla para aturdirla, pero no le había gustado, y no tenía ganas de repetirlo.

Ormsby habló.

—Como sigas haciendo ruido, me obligarás a pegarte —di-jo—, y no quiero hacerte daño. Estate callada y escúchame.

La niña dejó de moverse. Él veía cómo el saco se hinchaba y deshinchaba donde estaba más cerca de la boca. La pequeña sollozaba.

—Voy a sacarte del coche. Si te resistes, puedes caerte, y el suelo aquí es muy duro. Si me atacas, tendré que pegarte, y no me gusta pegar a los niños. Asiente si has entendido.

Siguió una pausa y entonces Ormsby vio asentir a la niña.

—Bien. Ahora voy a sacarte del coche.

Se inclinó hacia el interior del maletero con cautela, todavía receloso de la pequeña, y con razón. En cuanto ella percibió que se le acercaba, lanzó las piernas contra él, con la esperanza de golpearle con las rodillas o los pies. Desde un punto de vista objetivo, tenía que admirar el ánimo de la niña, pero no podía correr el riesgo de que le rompiera la nariz o le magullara la cara. Cualquier herida sería más que suficiente para levantar sospechas, incluso de alguien como el inofensivo Roger Ormsby.

Dio un paso atrás.

—Te lo advertí —dijo—. Ahora me obligas a hacer algo que no quería.

La niña empezó a gemir y a retorcerse. Ormsby estaba echando la mano

hacia atrás para asestarle un contundente golpe en la cabeza cuando llamaron al timbre.

Ormsby se quedó escuchando. No esperaba a nadie. Podía no hacer caso del timbre con la esperanza de que quienquiera que fuese se marchara. Pero, por otro lado, si alguno de sus vecinos le había visto entrar en el garaje, sabría que estaba en casa, y si no contestaba hasta podría preocuparse. Lo último que le apetecía era que a alguien le diera por llamar a la policía.

¿Y si era la policía? ¿Y si lo habían visto? La calle parecía vacía y sin vigilancia, pero uno nunca puede estar seguro...

El timbre sonó de nuevo. Ormsby golpeó una vez a la chica para doblegarla antes de volver a cerrar el maletero. Recorrió la casa y encendió una lámpara al entrar en el pasillo. Vio una figura a través del cristal esmerilado de la puerta: una figura alta.

Ormsby se detuvo cuando estaba a metro y medio de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, pero no le respondieron.

Ormsby movió los pies con gesto nervioso y probó de nuevo.

—¿Quién está ahí?, ¿qué quiere?

Por fin, la voz habló. A Ormsby le pareció que era de un negro.

—Un paquete para el señor Cole.

—Se ha equivocado de casa —dijo—. Cole vive en el mil cuatrocientos treinta y siete, enfrente. Éste es el mil cuatrocientos treinta y seis.

—¿Está seguro? En el papel pone mil cuatrocientos treinta y seis.

—Pues está equivocado.

—Mierda —dijo el hombre, y Ormsby vio que la figura se giraba para mirar por la calle—. No parece que allí haya nadie en casa. ¿Le importaría a usted recogerlo? Me ahorraría un viaje en balde.

Ormsby sintió un escalofrío de inquietud.

—No —dijo—, no abro la puerta a desconocidos después de anochecer.

—Todavía no es de noche.

—Tanto da.

—Mierda —dijo el hombre otra vez—. Vale, buenas noches.

Se fue. Sólo cuando Ormsby oyó sus pasos alejándose por el camino de entrada se deslizó al salón para comprobar que se marchaba. Llevaba

chaqueta y no se parecía a ningún repartidor que Ormsby hubiera visto antes, pero cuando se detuvo en la acera, vio que llevaba una caja. El hombre giró a la derecha y desapareció por detrás del seto alto que marcaba el perímetro de la casa de Ormsby. Éste esperó, pero el otro no reapareció.

Ormsby volvió al garaje y abrió el maletero del coche.

El saco estaba flácido y liso, tirado sobre la esterilla de goma.

La niña no estaba.

Dejemos a Roger Ormsby por ahora, mirando fijamente el maletero vacío de su coche limpio y bien cuidado, en su casa grande y anónima, con sus muchas habitaciones sin usar, el edificio rodeado de un precioso jardín con parterres en los que hay flores durante todo el año, porque Ormsby se enorgullecía de sus plantas, y éstas florecían gracias a sus cuidados y atenciones y el añadido de abundantes posos de café...

Y de cenizas humanas.

Un mes antes, el pueblo de Rehoboth Beach, en Delaware, había presenciado el éxodo final de sus veraneantes. Las franquicias del paseo marítimo ya habían cerrado, junto con los bares, restaurantes y tiendas que tenían exclusivamente ingresos de temporada. Aquí y allá ondeaban todavía banderas arcoíris, porque Rehoboth era, para tratarse de un pueblo, *gay-friendly*, acogedor con la comunidad homosexual, y, en cualquier caso, el dólar rosa sólo era rosa mirado bajo cierta luz. En cuanto llegaba al banco era tan verde como cualquier otro.

En el cuarto de baño de una casa situada en las lindes del pueblo, el abogado Eldritch se estaba afeitando, atacando su rala barba con una vieja navaja. Era el único cuarto con espejo y éste ni siquiera era lo bastante grande para permitirle verse la cara entera. A continuación del baño estaba su

dormitorio, y en la planta baja, el despacho que había montado en casa, donde proseguía la tarea de reunir los archivos que había perdido en el incendio causado por una explosión que destruyó su oficina original de Lynn, en Massachusetts, unos años atrás. Eldritch casi se había recuperado de las heridas físicas que sufrió en la explosión, pero su salud era más delicada que antes. La mano derecha le temblaba ligeramente mientras se abría camino entre la espuma de afeitar.

A su lado había una ventana que ofrecía una vista parcial del mar entre algunos árboles. Un hombre fumaba en el jardín, de espaldas a la casa. Era el hijo de Eldritch, aunque el viejo abogado hacía mucho que había asumido que sólo era hijo suyo nominalmente. En el momento de su nacimiento, algo había colonizado su ser: un espíritu errante, un ángel, un demonio. Llámese como se quiera, pero no era humano.

Los médicos se sorprendieron de que el niño sobreviviera: el cordón umbilical se había enredado alrededor de su cuello durante el parto, y lo había asfixiado. De hecho, el bebé había nacido muerto, y sólo la rápida reacción del personal médico lo había resucitado. Eldritch y su difunta esposa —que apenas vivió lo suficiente para ver los primeros pasos de su hijo— habían temido que sufriera daños cerebrales o alguna otra discapacidad, pero el niño parecía completamente sano, aunque era excepcionalmente callado. Eldritch sólo recordaba haberlo oído llorar, desgañitarse de hecho, un puñado de veces, y durante su más tierna infancia había dormido siete horas todas las noches. Otros padres, y también las madres, le decían que había tenido mucha suerte.

Pero en verdad no había tenido suerte, no había recibido ninguna bendición: su hijo sí había muerto, y en cuanto su alma dejó su cuerpo otra fuerza había ocupado su lugar, una fuerza que sólo se había revelado poco a poco ante Eldritch a medida que pasaban los años. Incluso ahora, tantas décadas después, seguía siendo enigmática para él. Según iba creciendo y madurando, también alteraba la naturaleza del propio Eldritch, de manera que quien había sido un abogado más, con la lista habitual de encargos civiles y penales menores, se convirtió en auditor de las conciencias de los hombres, recolector de pruebas de actos viles, y presentaba sus registros a ese ser, que

decidía si debía tomarse alguna medida. El hombre que ahora fumaba en el jardín era un instrumento de la justicia, aunque Eldritch no estaba muy seguro de la justicia de quién.

Eldritch había sido criado como luterano, pero su fe pasó rápidamente a un segundo plano y la observaba de tarde en tarde, con la misma frecuencia con la que se ponía el abrigo caro que sólo llevaba a la iglesia para sus visitas bianuales en Pascua y Navidad. Entonces, a medida que la criatura que se ocultaba bajo la apariencia de su hijo difunto se fue manifestando, la realidad de un mundo más allá de éste se materializó para Eldritch, pero no se trataba de un reino que guardara el menor parecido con el paraíso del que hablaban los predicadores. Por lo poco que Eldritch fue capaz de entender, el ser responsable de la creación del universo había permanecido en silencio durante milenios. Por lo que se sabía de Él, incluso podría haber muerto. (Tal vez, había insinuado el hijo de Eldritch, animado por un raro exceso con el alcohol a soltar una asombrosa blasfemia, Él se había suicidado, desesperado por lo que había creado.) Dios, por darle un nombre a la entidad, podría haber permanecido en silencio e invisible, pero había otras criaturas esperando, y escuchando, y lo mejor era no llamar su atención con una lengua demasiado suelta.

Kushiel: cuando Eldritch le había preguntado a su hijo cuál era su verdadero nombre, éste le dijo que era el que le habían puesto, pero lo dijo con una sonrisa retorcida, como si eso también formara parte de una gran broma cósmica que Eldritch no entendía.

Kushiel: el carcelero del Infierno.

Pero, para aquellos a quienes perseguía, era el Coleccionista.

Eldritch acabó de afeitarse y se quitó con agua los restos de espuma. Del mismo modo que su hijo hedía a la nicotina de los cigarrillos que le habían manchado los dedos de un ocre oscuro, Eldritch también podía oler su propia mortalidad. El olor de su cuerpo había cambiado, y no importaba lo impoluto que se mantuviera ni cuánta loción para después del afeitado de madera de cedro utilizara, lo detectaba igualmente. Era el hedor de su forma física en decadencia. Era la pestilencia del fango en el fondo del estanque de la existencia, y las moscas zumbaban a su alrededor. Se preguntó cuánto tiempo

le quedaba. No mucho. Lo sentía en los huesos.

Le dio la vuelta al espejo con cuidado, de manera que la superficie reflectante quedara cara a la pared. El Coleccionista —dejemos que Eldritch llame a su hijo como lo llamaban los demás— era estricto a ese respecto. Desconfiaba de los espejos. Una vez los había descrito como «ojos reflectantes». Eldritch había creído que se trataba de una superstición, hasta que ocurrió un incidente con un asesino de niños ya muerto llamado John Grady. El Coleccionista había recuperado un espejo de la antigua casa de Grady, y, antes de apartarlo de Eldritch, lo había vuelto hacia el abogado. Eldritch había vistos sus propios rasgos y, tras ellos, los de otra persona: el rostro aterrorizado de John Grady, quien, al morir, se había recluso de algún modo en una versión reflejada de su casa, y vagaba por ella con los fantasmas de los niños muertos, creyéndose a salvo de la justicia hasta que el Coleccionista le demostró que se equivocaba.

Pero Eldritch sabía que el Coleccionista había visto otras caras devolviéndole la mirada desde las superficies pulidas, y un rostro en concreto, porque detrás de la superficie de los espejos se movía el Dios Enterrado, el Dios de las Avispas, aquel a quien incluso el Coleccionista temía. Si Dios dormía, el Dios Enterrado no. El Dios Enterrado observaba y esperaba a que lo encontraran.

Eldritch entró en su dormitorio y se puso una camisa limpia. Iba al cine, y más tarde cenaría tranquilamente en uno de los locales que todavía seguían abiertos. Estaba releendo los *Ensayos* de Montaigne. En ellos encontraba algo parecido al consuelo.

Bajó y, desde la puerta trasera abierta, gritó que iba a salir. Como respuesta, recibió sólo un leve gesto con la mano, pero el Coleccionista no se dio la vuelta. Hace tan sólo seis meses a Eldritch le hubiera sido imposible salir de casa de ese modo porque el Coleccionista no lo habría permitido. Los perseguían un detective llamado Charlie Parker y los hombres que le acompañaban, todos buscando venganza por la muerte de uno de sus amigos a manos del Coleccionista. Pero se había declarado una especie de tregua, y ahora estaban más seguros, aunque Eldritch sabía que el Coleccionista seguía siendo muy cauteloso con Parker.

«A veces», pensó Eldritch, «creo que teme a Parker casi tanto como al Dios Enterrado.»

Eldritch subió al coche, se metió en la carretera y giró a la derecha, hacia Rehoboth. Ni siquiera sabía qué película iba a ver. Todas empezaban a la misma hora, más o menos. Y todas eran iguales, más o menos. Se conformaría con sentarse a oscuras y olvidar durante un rato.

El Coleccionista le dio otra calada a su cigarrillo y escuchó cómo se iba apagando el ruido del coche de su padre al alejarse. En el cielo había luna nueva. Siguió el movimiento de un insecto agonizante, de vuelo errático, hasta que finalmente cayó a los pies del hombre que le estaba apuntando con un arma.

—Sabía que vendría —dijo, mientras Charlie Parker emergía de las sombras.

Hacía más de un año que el Coleccionista no había visto a Charlie Parker, y le sorprendieron los cambios que descubrió en él. No se trataba meramente de las alteraciones físicas provocadas por el sufrimiento, aunque había adelgazado a causa de las heridas, de las que todavía no se había recuperado del todo, y el pelo estaba moteado de manchas blancas en los puntos donde las postas de la escopeta se habían abierto paso desgarrándole el cuero cabelludo. No, era un hombre que había cambiado en su interior tanto como en su aspecto, y la inquietud que siempre había sentido el Coleccionista en presencia de Parker, como un ascua encendida de desasosiego, de repente prendió en llamas. Parker había muerto tres veces durante las horas que siguieron al tiroteo, y había regresado cada vez, como una profecía bíblica hecha realidad. Ahora ya no era quien había sido: ardía con una convicción interior. El Coleccionista lo veía en sus ojos, y lo sentía con la misma intensidad que una descarga de electricidad estática.

El Coleccionista nunca había corrido tanto peligro como en ese momento.

—¿Vienen sus colegas con usted? —preguntó.

Miró más allá del detective esperando ver salir a Angel y a Louis, los hombres que acompañaban a Parker, pero los árboles permanecieron inmóviles.

—Estoy solo.

—¿Cómo dio conmigo?

—Husmeando.

La mano derecha del Coleccionista reaccionó con un espasmo, porque comprendió que la respuesta del detective contenía una verdad literal y metafórica a la vez. De algún modo, había encontrado su rastro, no mediante búsquedas en internet ni por lo que le contaran sus confidentes. No, Parker lo había cazado siguiendo senderos invisibles. El Coleccionista nunca sería capaz de ocultarse otra vez de este hombre, suponiendo que se le permitiera sobrevivir a este encuentro.

—Me dieron su palabra —dijo el Coleccionista. Había llegado a un acuerdo con Angel y Louis, aunque tal vez había sido demasiado ingenuo al pensar que lo cumplirían—. Si yo les ayudaba a encontrar a quienes le atacaron, ustedes nos dejarían tranquilos a mí y a mi padre.

—Si yo hubiera estado en condiciones de aconsejarles, les habría dicho que lo mataran junto a aquellos que me hirieron.

Había algo que no decía.

—¿Pero? —preguntó el Coleccionista.

—Habría sido un error.

—¿Y por qué?

—Porque tal vez pueda utilizarlo a usted.

El Coleccionista se rió.

—¿Usted?, ¿utilizarme *a mí*? —dijo—. ¿Y qué le hace pensar que yo consideraría siquiera un pacto así?

La expresión de Parker permaneció inmutable, y el arma en su mano tampoco se movió.

—Porque usted es un perro, y todos los perros necesitan un amo. Estoy a punto de amaestrarlo como es debido.

El cigarrillo que sostenía el Coleccionista en la mano se había consumido hasta casi sus dedos. Lo dejó caer y con cuidado movió el pie izquierdo para aplastar la colilla.

—¿Qué vio —preguntó— mientras estuvo entre los mundos?

—Vi un lago —respondió el detective—. Hablé con mi hija muerta y el fantasma de mi mujer me susurró algo.

—¿Y qué le dijo?

El Coleccionista captó un destello en sus ojos.

—Eso no es asunto suyo. A usted le basta con saber que este mundo está cambiando, y su propósito aquí cambiará con él. Y estoy harto de tener que mirar a mi espalda, cansado de preguntarme si su cuchillo está a punto de centellear en la oscuridad.

—No tengo intención de matarle. No creo haberla tenido nunca.

—Aun así, no me apetece verle en mi puerta, ni en la de mis amigos. Le he encontrado una vez y puedo volver a encontrarle. Así que vendrá cuando le llame y hará lo que le diga.

—¿O?

Pero aquella palabra no desprendía ningún auténtico desafío. Era la respuesta de alguien que ya se ha rendido y simplemente pretende salvaguardar un poco de dignidad en los términos de la rendición.

—Entregaré a su padre al FBI como cómplice de asesinato, y luego les ayudaré a que le pillen. Usted es un misterio para ellos, pero sospechan de su existencia. Yo se la confirmaré. Pero seré yo quien se encargue de acabar con usted; y lo que quiera que usted sea, o lo que viva en su interior, vagará en la oscuridad. Usted no volverá, eso se lo aseguro.

—Usted no tiene esa clase de poder.

—¿Eso cree?

El Coleccionista tragó saliva.

—¿Y si acepto?

—Puede seguir con sus cosas. No tengo ni el tiempo ni las ganas de encadenarle en un patio y alimentarlo con las sobras, pero vendrá cuando le convoque.

El Coleccionista observó el rápido desplazamiento de las nubes. Sintió un nudo en la garganta, como si un collar colgara de nuevo en su sitio y se ciñera con fuerza.

—¿Puedo fumar otro cigarrillo?

—Fume.

Se llevó la mano izquierda al bolsillo de su abrigo con un movimiento lento y sacó la cajetilla y las cerillas. Se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió. Inhaló profundamente, pero olía y sabía mal. Se quitó el

cigarrillo de la boca y lo miró decepcionado.

—¿Todo esto por un roce con la muerte? —dijo.

—No —dijo el detective—. Todo esto porque un dios se ha despertado.

Buscó en uno de sus bolsillos y extrajo un teléfono móvil. Se lo lanzó al Coleccionista.

—Cuando suene, conteste. Cuando le llame, venga.

Bajó el arma. Esa noche ya no la necesitaba. Le dio la espalda al Coleccionista y volvió a las sombras.

Aunque él todavía no lo sabía, el problema que tenía ahora Roger Ormsby era consecuencia inmediata de aquel cara a cara habido en Rehoboth Beach y de otros menos recientes. Aunque descubrirlo, a su debido tiempo, no le supondría ningún consuelo.

Más bien al contrario.

Por el momento, lo único que pudo hacer fue recoger el saco vacío del maletero del coche, como si esperara que una versión encogida de la niña fuera a aparecer debajo. Luego comprobó los bajos del vehículo y vio que no había nada. El hueco entre la puerta del garaje y el suelo era demasiado estrecho para que la pequeña hubiera escapado a través de él y no había ningún escondite posible en el propio garaje, lo que significaba que tenía que estar en algún lugar de la casa. De haber sido ella, él habría ido directamente a la puerta principal, así que debía de haber pasado por delante de la niña cuando volvía de hablar con el repartidor; seguramente mientras se escondía en la cocina o en los espacios comunicados del salón y el comedor.

Ormsby sacó la pistola que guardaba debajo del estante de las herramientas y salió apresuradamente del garaje. Casi esperaba oír el ruido de cristales al romperse, porque la puerta principal estaba cerrada y las ventanas tenían seguro, de manera que la única forma que tenía la niña de salir era haciendo añicos un cristal. Echó un vistazo a la cocina, pero estaba vacía. Ni se molestó en comprobar las escaleras ni en considerar la posibilidad de que

estuviera en alguna de las habitaciones de la planta de arriba: no tendría sentido subir.

Ormsby se detuvo en la puerta que daba al salón. Las cortinas estaban corridas, así que dentro reinaba la oscuridad. No quería correr el riesgo de que la niña se le echara encima. En el salón había varios objetos pesados —jarrones de cristal tallado, lámparas, figuras de bronce—. Bastaría con un golpe de refilón con uno de ellos para derribarlo, y una vez en el suelo sería vulnerable a más ataques.

—Señorita..., ¿estás ahí? —dijo.

No hubo respuesta, pero le pareció oír un leve sonido de succión.

—Mira, siento mucho haberte hecho daño en el maletero, pero te avisé, y soy un hombre de palabra. No quiero hacerte más daño, de verdad, no quiero.

Pensó en alguna justificación de lo que estaba sucediendo que un niño pudiera entender y aceptar.

—Necesito un poco de dinero, eso es todo —dijo—, voy a mandar un mensaje a tu papá y a tu mamá, ellos me pagarán lo que les pida, y entonces te soltaré. Ellos te quieren, ¿no? Si te quieren, pagarán, y todo esto habrá acabado muy pronto. Mientras tanto, puedes ver la tele y comer lo que te apetezca. Tengo la despensa llena y un montón de películas. Incluso hay un ordenador y puedes jugar a los juegos que quieras. ¿Qué te parece? Así que, anda, sal, te pones cómoda y así empiezo a hacer lo necesario para devolverte a tu familia. ¿Qué me dices?, ¿hacemos un trato?

Algo frío le tocó el lado del cuello. No tuvo que mirarlo para saber que era un arma.

—No —dijo una voz masculina, y Ormsby la reconoció de la conversación en la puerta principal de hacía sólo unos minutos—. No creo que pueda aceptar ese trato.

Ormsby se planteó recurrir a su pistola, pero la tenía en la mano derecha y el hombre se había situado un poco a su izquierda. Estaría muerto antes de que le diera tiempo de usarla. Pese a todo, no se dejó llevar por el pánico. El Hombre Gris no era de ese tipo de individuos.

—¿Es policía? —preguntó.

—¿Usted qué cree?

—Si es policía, ha entrado de forma ilegal en mi casa.

—¿Es abogado?

—No, pero conozco las leyes.

—Ve mucha televisión, ¿eh?

—Leo.

—Me alegro por usted.

—No me trate con condescendencia.

La punta del cañón empujó ligeramente a Ormsby.

—Señor Ormsby, tengo un arma apuntándole al cuello. Voy a serle sincero, puedo hacer lo que me plazca, y usted hará lo que le mande, empezando por soltar el arma de su mano.

Ormsby obedeció.

—Usted no es policía —dijo.

—Ha tardado bastante en descubrirlo.

—Entonces, ¿qué quiere?

—A usted, señor Ormsby. Le queremos a usted.

—¿Queremos?

Se encendió una luz en el salón, y la boca del arma le indicó que entrara. Vio a la niña sentada en un sillón, envuelta en la gran manta de lana que Ormsby utilizaba para ahuyentar el frío. Tenía algunos moretones en la cara, pero no parecía asustada. Ormsby se preguntó por qué, hasta que vio al hombre que había tras ella.

Iba sin afeitar, tenía una edad difícil de determinar, así que podría oscilar entre los cuarenta y los sesenta años. Llevaba una cazadora militar verde lo bastante vieja y ajada como para haberse utilizado en Vietnam. Lo primero que le vino a la cabeza a Ormsby era que parecía un sin techo y por lo tanto iban a robar en su casa. Eso le llevó a creer, aunque por apenas unos instantes, que todavía podría salir de aquella hablando. Tenía algunos objetos de valor y un poco de dinero en metálico. Dependiendo de hasta qué punto fueran inmorales esos hombres, podría razonar con ellos. Si sus gustos apuntaban en cierta dirección, incluso estaba dispuesto a ofrecerles a la niña. A Ormsby no le importaba gran cosa cómo muriera, sólo que muriera. Ya se encargaría de los hombres más tarde, en cuanto consiguiera echar mano de

otra arma. Tenía muchas diseminadas por la casa, sólo por si se veía en la necesidad.

Entonces Ormsby reparó en que la mano izquierda del hombre colgaba por encima del respaldo del sillón, y que la niña se agarraba a ella, de manera que los brazos entrelazados de ambos formaban delante del cuerpo de la pequeña como un escudo protector. Ella parecía extraer fuerzas y consuelo de su presencia. Confiaba en él. El hombre observaba a Ormsby con la mirada apagada de un granjero que está a punto de decapitar a una serpiente que ha amenazado a un animal de su rebaño. Si era un ladrón, no era de los que hacen daño a un niño. Ormsby sintió que parte de sus esperanzas se esfumaban. Todavía no estaba todo perdido, pero tendría que ser astuto. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudieran haber venido a por la niña. Había sido tan cuidadoso durante tanto tiempo que le resultaba casi inconcebible que lo atraparan; o, si llegara a darse tal eventualidad, siempre implicaría hombres de uniforme, detectives con placa, y éstos no eran ni lo uno ni lo otro.

—Siéntese —dijo la voz a su espalda, y Ormsby ocupó un segundo sillón, desde donde ahora podía ver al que llevaba el arma. Era alto, negro y calvo, con una perilla con un levísimo tono gris. A diferencia del otro, parecía un tanto divertido; si el primero, de tener la oportunidad, habría decapitado a Ormsby de un tajo, éste daba la impresión de que habría preferido jugar con su presa.

Incluso mientras Ormsby les observaba, sopesando las posibilidades, el Hombre Gris intentaba averiguar cómo habían entrado. No le resultó muy difícil averiguarlo en cuanto se concentró. El que se atascara la puerta del garaje no había sido ninguna avería: esos hombres habían anulado el mando a distancia y, dado que la puerta seguía levantada, el sistema de alarma había quedado, de hecho, inutilizado. Cuando el negro llamó a la puerta para distraerlo, el otro debió de levantar la puerta, entrar en el garaje, sacar a la niña y entrar en la casa, haciendo que ella guardara silencio cuando Ormsby volvió al coche.

Ormsby oyó unos pasos que se acercaban desde el pasillo. La figura que apareció en el umbral era de altura media, con una complexión sólo un poco

más pesada que esbelta. Se movía despacio y miró lo que le rodeaba como si le sorprendiera un tanto todo lo que veía. Y aunque Ormsby le había oído llegar y había visto con sus propios ojos cómo entraba por la puerta abierta, era como si ese hombre hubiera descendido sobre él, posándose en su casa como un ave de presa aterrizando junto a un animal herido. Se detuvo en el umbral del salón, entre las sombras, miró a Ormsby, luego a la niña. Ormsby vio que ladeaba la cabeza, y una vez más le recordó los movimientos de un halcón. Se acordó de lo que le habían dicho muchos años atrás.

Si tiene suerte y cuidado, morirá en su cama, y nadie sabrá jamás lo que ha hecho. Pero si cambia la fortuna —y la fortuna siempre cambia, sólo es cuestión de saber cuánto—, los cazadores pueden dar con usted, y si eso sucede, nunca les dirá nada de nosotros.

Porque hay cosas peores que el que te atrapen.

El desconocido entró en el salón, la luz resaltó las marcas blancas de su pelo antes de perderse en el fuego frío de sus ojos.

Y Roger Ormsby oyó en su interior cómo el Hombre Gris le susurraba el nombre del cazador, e intentó encontrar un escondite en los huecos abandonados de su corazón.

Hacía mucho, mucho tiempo, años atrás, un Ormsby más joven recibió la primera advertencia de que el cazador podía llegar algún día...

Ormsby no lo habría llamado exactamente chantaje. Oh, la amenaza estaba ahí, y se la dejó bien clara la mujer que se había presentado ante su puerta una década antes, poco después de que hubiera matado a un chico llamado Joseph Slocum, que había cometido el error de marcharse corriendo y enfurruñado hasta una alcantarilla cerca de su casa tras discutir con su madre. El olor de su cremación todavía persistía en el sótano, y estaba a punto de empezar un nuevo juego.

A Ormsby le había sorprendido lo mucho que sabía aquella mujer de él; no tenía todos los nombres, sólo dos, pero su información bastaba para condenarle, sobre todo porque incluía fotografías de cuando había secuestrado al chico. Era como si las hubiera tomado a través de un cristal ahumado, y Ormsby recordó vagamente una furgoneta aparcada en las cercanías cuando se había llevado a Slocum.

Pero la mujer no quería darle a la policía lo que tenía. Le ofreció a Ormsby un trato: su silencio a cambio de un favor, en caso de que se le pidiera, y él había aceptado porque, en realidad, ¿qué otra cosa podía hacer? Transcurrieron cinco años, y Ormsby había empezado a pensar que nunca se

cobrarían la deuda, cuando la mujer volvió a ponerse en contacto con él. En esa ocasión, le dio el nombre de una niña, y el momento y el lugar en los que sería más vulnerable. La mujer incluso se encargaría de que la madre de la niña estuviera ocupada —un fuego que se descontrola en un cubo de basura, nada especialmente grave— para dar a Ormsby el tiempo que necesitaba.

Ormsby cumplió lo que se le pidió. Ni siquiera tuvo que preguntar la razón por la que la niña debía desaparecer porque pudo adivinarla. No era tonto. Los padres de una niña desaparecida no tienen tiempo para otras preocupaciones, y, manejada correctamente, esa desaparición garantizaba una vida entera de desconcierto. A los padres de esta niña en concreto —activistas, proselitistas, gente bienintencionada— sólo había que distraerlos de su misión. Así que Ormsby se llevó a la niña y empezó un nuevo juego, y la mujer nunca volvió a ponerse en contacto con él, salvo para hacerle aquella advertencia sobre la suerte y el cuidado, y la importancia de guardar silencio.

Y ahora la prueba estaba a punto de empezar.

Parker pasó por delante de Ormsby sin volver a mirarle y se acercó a la niña. Vio que ella apretaba instintivamente la mano con que se aferraba a la de Angel. Parker dobló una rodilla delante de ella, como un hombre que honra la imagen de un santo.

—Eres Charlotte, ¿verdad? —preguntó.

Ella asintió.

—Pero tu familia te llama Charlie.

Otro sí con la cabeza.

—Yo también me llamo así.

Ella parecía titubear, pero Angel le apretó la mano y dijo:

—Es verdad.

—¿Puedo llamarte Charlie, como amigos?

Ella miró a Angel, y éste asintió.

—Sí —dijo la niña.

—Gracias. En un momento, Charlie, vamos a ponernos en contacto con tus padres y con la policía, y les diremos que vengan a recogerte. Pero antes

tenemos que hablar con este señor, se llama Ormsby, pero no tienes que preocuparte por eso, porque creemos que no eres el primer niño que se ha llevado, y hay otras mamás y papás que han perdido a sus hijos e hijas por su culpa. No podemos devolvérselos, pero sí darles un poco de paz al contarles la verdad.

»Pero sé por lo que acabas de pasar, y es posible que no quieras esperar. Así que, si lo prefieres, haremos la llamada a tus padres ahora mismo, y esperemos que la policía consiga lo que necesiten del señor Ormsby en la comisaría. Pero yo diría que el señor Ormsby no les contará nada. Mira, le hemos pillado un poco tarde, si no, le habríamos impedido que te secuestrara. Pero a no ser que alguien viera lo que pasó, es posible que hasta pueda librarse diciendo mentiras. La gente como él miente muy bien. Si eso pasa, se librará no sólo de pagar por lo que te ha hecho a ti, sino también por lo que les hizo a todos esos otros niños.

»Así que tú decides, Charlie. ¿Podemos disponer del tiempo que necesitamos?

Ella pensó mucho, muy concentrada, tanto que, por un instante, Parker creyó que la niña se iba a negar, y él tendría que cumplir con lo que le había prometido. Pero finalmente dijo:

—Sí, pueden hablar con él.

Parker le dio las gracias y se puso de pie. Se metió la mano en el bolsillo y le dio un móvil a la niña.

—Angel te va a llevar a la cocina para que esperéis mientras Louis y yo nos quedamos aquí con el señor Ormsby, si te parece bien. ¿Sabes el número de tu mamá o de tu papá?

—De los dos.

—Entonces, elige uno y grábalo en el teléfono. Si te asustas, o te inquietas o te parece que tardamos demasiado, pulsa el botón verde. Nadie te lo impedirá, ni nadie se enfadará tampoco. Estamos muy agradecidos por la oportunidad que nos has dado.

Charlie miró más allá de Parker hacia donde se sentaba Ormsby y la pureza de su odio hacia él refulgió en su cara.

—Esperaré hasta que usted me diga que llame —dijo.

Angel seguía cogiéndola de la mano cuando la niña se levantó del sillón y la acompañó a la cocina, dejando a Ormsby solo con Parker y Louis. En cuanto ella salió del salón, Parker colocó una silla de respaldo duro justo delante de Ormsby.

—¿Sabe quién soy? —preguntó.

—Un intruso en mi casa —dijo Ormsby—. Un pedófilo que irrumpió con sus amigos pervertidos después de que yo rescatara a esa niña de sus manos.

—Me llamo Parker.

—Y a mí qué.

—¿A cuántos más se ha llevado?

—No sé de qué me está hablando.

—Elizabeth Keynes.

De todas las posibilidades tenía que ser precisamente ésa: el favor, la deuda.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—Miente. Los gritos de los niños moribundos reverberan como ecos en esta casa.

—Ni siquiera entiendo el idioma que habla. Para mí es como ruido.

—¿No tiene miedo de lo que podemos hacerle?

—¿Quiere decir de que me maten? —Ormsby se rió—. No lo harán.

—¿Por qué no?

—Porque si me matan, pierden. No consiguen nada.

—Podríamos torturarlo.

Ormsby miró fijamente al hombre que se había sentado frente a él.

—No, eso tampoco lo harán. No le pega. —Ormsbyladeó la barbilla hacia Louis—. Tal vez sea más propio de su amigo, pero no creo que le dejara hacer el tipo de daño que usted no querría infligir por sí mismo.

—Así que sí sabe quién soy.

—Como le he dicho a su amigo, leo mucho. He visto su foto. Sé quién es.

—¿Qué cree que pasará si le entregamos a la policía?

—Contaré mi historia de cómo encontré a la chica vagando por ahí y la traje a casa. A lo mejor me creen, a lo mejor no, pero un buen abogado sembrará las suficientes dudas para que tengan que soltarme. La ley

seguramente hurgará en mi pasado, intentando vincularme a lo que quiera que usted o algún otro diga que he hecho, pero no encontrarán nada. Saldré adelante, y esos chicos de los que no para de hablar seguirán desaparecidos, y sus padres seguirán sin saber si llorar por su pérdida o rezar por su regreso. No soy joven. La muerte no tardará en venir a reclamarme, y la tierra se tragará todos mis secretos.

—¿Y si no le entrego a la policía?

—¿Es que va a irse de aquí con la niña? Sí, supongo que podría hacerlo, pero no conseguirá nada a cambio. Éste es un mercado de vendedores, y yo no quiero venderle nada, por mucho que me ofrezca.

Parker se levantó. Ormsby no pudo evitar encogerse, pero el detective simplemente se apartó de él y se acercó al ventanal que daba a la parte trasera de la casa. Las cortinas estaban corridas. Las descorrió.

—Señor Ormsby —dijo sin darse la vuelta—, ¿es tan amable de acercarse?

—Ya le ha oído —dijo Louis—. En pie.

Ormsby se levantó del sillón y se puso al lado de Parker junto a la ventana. Vio a un hombre de pie en el jardín trasero, fumando un cigarrillo, pero eso no fue lo que llamó inmediatamente su atención ni lo que le hizo tambalearse. Fue una mujer, tan cerca del cristal por el lado exterior como lo estaba Ormsby por el interior. Llevaba un vestido rojo hecho jirones, sucio de sangre y tierra. Su cráneo estaba totalmente pelado, y las cuencas de sus ojos, vacías. Su piel era gris y se le arrugaba alrededor de la boca como la superficie de una manzana que estuvo madura hace mucho. La mujer abrió los labios y Ormsby vio las raíces descubiertas de sus dientes donde sus encías hacían retrocedido. Entonces la mujer extendió la mano izquierda y el cristal rechinó cuando pasó los dedos por él, dejando tras de sí escamas de tejido como restos de polillas muertas.

A su espalda aparecieron más figuras, hombres y mujeres, que se congregaron alrededor del hombre que fumaba y miraba a Ormsby con calma y frialdad.

—No le entregaré a la policía —dijo Parker—. Le entregaré a esos que está viendo.

Ormsby se apartó del cristal, del pavoroso anhelo de la mujer que se hallaba al otro lado. Sin saber cómo, recobró el habla:

—¿Qué son?

—Están huecos y carecen de piedad, y eso es todo lo que necesita saber, por ahora. Cuando se lo lleven, descubriré el resto.

—¿Y el que está con ellos?

—Justicia sumaria: el instrumento que le enviaré con ellos.

Ormsby se sentía como si hubiera caído en una trampa de un sueño.

—No es posible.

—Puede decírselo usted mismo. Estoy seguro de que su teoría le resultará fascinante.

Y pareció que el que estaba en el jardín le había oído porque de los pliegues de su abrigo sacó un cuchillo que brilló a la luz de la luna.

—¿Va a dejar que me mate?

—Si tengo que hacerlo; aunque eso sólo suponga el inicio de sus problemas. No hay olvido. El castigo se alarga y, a su debido tiempo, se encontrará al otro lado del cristal, mirando fijamente a alguien como usted.

Incluso en ese momento de terror abominable y enfrentado a la realidad de su propia condena, Ormsby intentó negociar.

—¿Por qué debería darle lo que quiere si eso es lo que me espera?

—Porque ahora lo sabe. Ahora tiene tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para arrepentirse. Para expiar el daño causado. Pero en cuanto le entregue al hombre del cuchillo, esa oportunidad habrá pasado.

Ormsby se alejó de la ventana y se dejó caer en su sillón. Era el Hombre Gris, y el Hombre Gris era él, y ambas caras temían lo que aguardaba al otro lado de la ventana.

—Acepto —dijo, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Le confesaré todo a la policía?

—Sí.

—Si se desdice, él ira a por usted —le advirtió Parker.

—No me echaré atrás.

—Le creo. —Parker miró a Louis—. Llama a Ross. Dile que tenemos a

otro.

Parker volvió al ventanal de la casa de Ormsby. Ahora el Coleccionista estaba solo en el jardín, fumando todavía su cigarrillo. Parker negó con la cabeza y el Coleccionista arrojó el cigarrillo al suelo en gesto de repugnancia y se desvaneció sigilosamente en el crepúsculo.

Segunda parte

¡Oh! ¡Cuántos tormentos aguardan en el
pequeño círculo de un anillo de casado!

Colley Cibber (1671-1757),
The Double Gallant

El tipo que estaba solo bajo el sol de finales de otoño, desorientado en sus primeros momentos de libertad, ya había llegado en mal estado a la Prisión del Estado de Maine cuando ingresó en ella, y los años pasados allí dentro no habían ayudado a reparar las fracturas de su alma ni de su mente. Al contrario, allí, a su lista de desgracias, se habían sumado daños físicos y un desorden emocional, aparte del deseo de desvanecerse.

Nadie le esperaba cuando atravesó las puertas de la prisión. Su abogado se había ofrecido a mandarle a alguien que le recogiera, pero hubo una confusión sobre la hora de su puesta en libertad, un error con el papeleo, o eso parecía, y ahora se encontraba entre esos raros casos de presos que se ven liberados antes de tiempo debido a la incompetencia burocrática, aunque sólo fuera, en su caso, por unas pocas horas.

Él era muchas cosas: un malhechor condenado, un ex marido, un héroe deshonorado.

¿Un hombre inocente? Tal vez, pero, bien mirado, había tantos que afirmaban lo mismo...

Sin embargo, con un poco de suerte, nadie recordaría su nombre. Eso al menos haría que fuera lo que fuese lo que estuviera por venir resultara un poco más fácil. Mientras tanto, tenía pensado encontrar a un tal Charlie Parker y contarle su historia. Entre sus pertenencias llevaba un reportaje que había leído en un periódico sobre la detención de Roger Ormsby, un hombre

que se había regodeado con el tormento ajeno. Parker lo había encontrado y entendería que existiesen más como él.

Una furgoneta de la prisión se detuvo a su lado y él subió. Lo llevaría a la Terminal de Ferries de Rockland, y desde allí podría coger un autocar Concord a Portland. Al dejarle en libertad le habían dado cincuenta dólares y un billete de autobús, y él tenía otros doscientos cuarenta dólares que había ganado en los talleres. No habló con los agentes que iban en la furgoneta, y ellos tampoco le dirigieron la palabra. Había sido un preso modélico, pero daba igual. Ellos conocían el delito por el que lo habían condenado, y desconfiaban de él y lo rechazaban.

Contempló la caída de las hojas mientras avanzaban, como todos los días muertos que pasan.

Desde el aparcamiento, tres hombres en una camioneta Chevy limpia observaron cómo se marchaba. Ellos y los suyos le habían arrebatado al preso casi todo. Sólo le quedaba una cosa, y no tardarían en arrebatársela también.

Salieron del aparcamiento, adelantaron a la furgoneta en la carretera, sin molestarse siquiera en mirarla, y siguieron camino hasta Rockland, donde aparcaron en la terminal que había junto a Main Street, y esperaron.

La furgoneta se detuvo y descargó a su pasajero. Éste se acercó a una cabina e hizo una llamada, luego se pidió un café y una pasta mientras esperaba el autocar. Cuando llegó, subió y ellos le siguieron todo el trayecto hasta Portland. Uno de ellos se apeó para observar cómo llegaba a la estación, donde el ex preso fue recibido por un hombre muy corpulento con un traje enorme que, aun así, le quedaba pequeño; él le cogió la bolsa y le condujo a un Mercedes.

El hombre que lo había seguido volvió a la Chevy.

—El abogado —dijo.

—Parece un payaso —comentó el hombre que iba en el asiento de atrás. Era pelirrojo y tenía un aspecto salvaje, como una criatura congelada en el

proceso de transformación de humano a animal.

—Si lo es, es el payaso listo.

Sólo el conductor permaneció callado. No había visto al héroe caído desde el juicio, y le sorprendió lo mucho que lo aborrecía, y el deseo de que sufriera aún más de lo que ya había sufrido.

Juntos, el abogado y el ex preso fueron a una finca de vecinos de distintos niveles de renta en Congress Street, no muy lejos de Longfellow Square, que se repartía más o menos entre inquilinos privados y los que subvencionaba la Portland Housing Authority. Entraron y, veinte minutos más tarde, el abogado salió solo.

—Ha caído en picado —dijo el hombre con aspecto salvaje.

—Y sigue cuesta abajo —añadió el que lo había seguido—, lo que pasa es que no lo sabe.

Sólo en ese momento habló el conductor.

—Bueno, yo creo que sí lo sabe.

Se fueron. Ya sabían dónde encontrarlo, y podían ir a por él cuando quisieran. Esperarían un poco más —un par de días, no más— sólo por si se presentaba la ocasión de infligirle nuevos sufrimientos, o si la vida optaba por hacerlo en su lugar.

Cuando finalmente fueron a por él, es posible que hasta se lo agradeciera.

El agente especial Edgar Ross, de la sede neoyorquina del FBI, llegó al Blue Smoke de la calle Veintisiete Este apenas pasadas las siete de la tarde. Llevaba retrasándose todo el día y le sorprendió que sólo entrara media hora tarde por la puerta del restaurante. Atisbó a Conrad Holt sentado a la barra atestada, sólo medio interesado en las eliminatorias que se veían en la gran pantalla de televisor, y serpenteó entre la multitud que acababa de salir del trabajo para acercársele.

—Gracias por guardarme un sitio —dijo Ross.

El asistente del director hizo un gesto con su Bloody Mary hacia la masa que se apiñaba en la barra.

—¿Qué esperaba que hiciera, que pusiera mi paquete encima? Como mucho podría pedirle una copa ahora que por fin ha llegado.

—Ha sido un mal día.

—¿Se acuerda de cuándo fue la última vez que tuvo uno bueno?

—Pues no, la verdad. Un gin tónico. Hendrick's, si tienen.

Holt pidió y el camarero de la barra preguntó si lo quería con pepino. Ross lo rechazó. Le parecía que la ginebra sola ya sabía bastante a verdura.

—Iban a quitarnos la mesa —dijo Holt.

—¿Les dijo quién era?

—Me pareció más conveniente la discreción, acompañada de diez dólares.

Llegó el Hendrick's. Holt pagó mientras Ross daba su primer sorbo y apareció una camarera con las cartas que los condujo a una mesa del fondo. Pese al ruido de la barra y la amenaza previa de quedarse sin mesa, se encontraron acomodados junto a un ventanal y sin vecinos en las mesas contiguas por el momento.

—No sé por qué me molesto en mirar el menú de este local —dijo Holt—. Siempre pido lo mismo.

—¿Que es...?

—Pollo frito. Bocados de bistec como aperitivo, si tienen. Pero con el pollo suele bastar.

A Ross no le hacía mucha gracia el pollo frito. Era un hombre de carne roja, a pesar de las instrucciones de su médico en sentido contrario. Tampoco es que el doctor Mahajan hubiera suscrito la opción del pollo frito sin hacer una mueca, pero no parecía que Ross fuera a mandarle una foto por Snapchat de lo que acabara en su plato. El camarero se acercó a tomar nota de lo que querían. Ross se decidió por el pecho de ternera con patatas fritas. El doctor Mahajan tendría que incrementar la dosis de su medicación para el colesterol. Por su parte, Holt pidió pollo frito, con un acompañamiento de coles.

—He visto el informe de Ormsby —dijo Holt en cuanto desapareció el camarero.

—No aceptó abogados —explicó Ross—. Se le leyeron sus derechos. Todo fue limpio y legal.

—Limpio una vez que se retocaron los detalles de cómo Parker y sus amigos llegaron hasta él.

—La limpieza siempre es algo relativo, pero hemos sido cuidadosos.

—Eso dice usted.

Holt se acabó el Bloody Mary, luego pidió una copa de vino. Ross siguió con su ginebra. Visto en retrospectiva, tendría que haberle pedido al camarero que le sirviera un gin largo, sin escatimar en la tónica. Había podido mantener el acuerdo con Parker fuera del alcance del radar durante meses, pero sabía que aquello no podía durar. Los crímenes de Ormsby eran demasiado graves y perversos para que los detalles de su detención no llamaran la atención de la sede del FBI en Federal Plaza, y Holt no era tonto.

Todavía no era de dominio público que Parker estaba a sueldo federal, con un grado de protección que también cubría a sus amigos, dos hombres que eran criminales y uno incluso asesino profesional, aunque retirado en la práctica, o eso esperaba Ross. Éste necesitaba a Holt —a quien tenía que rendir cuentas, al menos teóricamente— para contar con alguien que respaldara lo que era, desde cualquier punto de vista, un asunto poco ortodoxo y con muchos riesgos.

—¿Cómo desvía el dinero para pagar a Parker? —preguntó Holt.

—Papel de fax y cintas de máquina de escribir. Me divierte pensar en secciones del presupuesto de material de oficina como fondos discrecionales.

—¿Todavía utilizamos cinta de máquina de escribir?

—Si alguien preguntara, le diría que mecanografiamos documentos confidenciales.

—¿Y faxes?

—La Guerra contra el Terrorismo requiere todo tipo de medios.

Holt asintió.

—Dios bendiga los conflictos que no pueden ganarse. —Le sirvieron el vino, pero no lo tocó.

—¿Cuánto tiempo creía que su pacto con Parker seguiría pasando inadvertido?

—No tanto como el que ya ha pasado.

—Una parte de mí desearía no tener ni idea todavía. ¿Por qué lo aceptó él?

—Él no aceptó nada. La propuesta salió de él. Se ofreció.

—Una vez más, ¿por qué?

—Creo —dijo Ross mientras Holt catava su vino— que pretende ser más proactivo en sus investigaciones.

Holt casi se atragantó con el Chardonnay.

—¿Más proactivo? —dijo—. Dios, si ya parece que ande por ahí cagando cadáveres. ¿Y usted nos ha alistado en su cruzada?

—Creí que podría permitirnos encauzar sus energías cuando la situación lo requiriera.

—¿En serio?, ¿cree de verdad que puede controlarlo?

—Es como un perro atado. Cierto que con una correa muy larga, pero atado al fin y al cabo.

Holt pareció dubitativo.

—¿Tanto necesita el dinero?

—Le parece útil. Para serle sincero, todavía no sé muy bien por qué quiso incorporarse.

—¿Y el par de pirados que van con él?

—La pasta cubre sus cuentas en los bares, poco más. Y el que se llama Angel me escribe cartas. —Ross no pudo reunir el valor para mirar a Holt a los ojos mientras hablaba. El puto Angel...

—¿Qué clase de cartas?

—Está convencido de que los agentes federales reciben llaves para los lavabos de acceso restringido. Quiere una.

A continuación hubo una pausa que hablaba por sí misma, y luego Holt repitió:

—Lavabos.

—Sí. Unos especiales. En los aeropuertos y las estaciones de Amtrak. Y también en los museos.

—Dios bendito.

Holt, con la esperanza de que no le diera otro susto como ése, se arriesgó a tomar un segundo sorbo de su vino, esta vez sin problemas.

—¿Soy yo el único que oye un tictac? —preguntó.

—Con todo respeto, está haciendo muchas preguntas para ser alguien que preferiría no saber.

—¿Por qué cree que las hago aquí y no en el Federal Plaza?

—Parker forma parte de lo que nos espera —dijo Ross—. Cuanto más cerca lo mantengamos, mejor equipados estaremos para reaccionar cuando suceda.

—Mire, soy el único asistente del director que cree que no está loco. Y a veces ni siquiera yo estoy seguro del todo.

—Me conmueve la fe que me demuestra.

—¿Le vigila?

—Utiliza un teléfono móvil para trabajar, y lo escuchamos, pero estoy

convencido de que él lo sabe. Tiene otros, pero los cambia regularmente. También hacemos un seguimiento de sus correos electrónicos, pero es listo, y no pone nada de interés en sus comunicaciones digitales.

—¿Y está seguro de que tiene la lista?

Parker había negociado su acuerdo con Ross entregándole parte de una lista de nombres recuperada de los restos de un avión en los Grandes Bosques del Norte en Maine. La lista, Ross estaba convencido, contenía las identidades de aquellos que estaban confabulados con varios individuos, todos ellos unidos por un único objetivo: encontrar al Dios Enterrado, liberarlo de su cautiverio, y puede que provocar el Armagedón, nada de lo cual se había molestado Ross en mencionar en ningún informe oficial.

—Lo que hemos recibido hasta ahora así lo prueba. Ha prometido más. También creo que utilizó la lista para rastrear a Ormsby.

—Parker nos está utilizando.

—Tal vez.

—¿Con qué fin?

—Creo que busca algo.

—¿El qué?

—Una pauta.

—¿Y qué revelará esa pauta?

—Un nombre. Alguien influyente y con poder.

Holt puso una cara como si acabara de tragarse una avispa sin querer, pero sólo lo sabría con seguridad cuando empezara a picarle.

—¿Y si la caga? —preguntó—. O se muere. Lo perderemos todo. La lista esa, dondequiera que esté, se nos habrá escapado para siempre.

—Si eso llegara a suceder, creo que el resto de la lista nos llegaría de algún modo. Yo diría que Parker ya ha hecho los preparativos necesarios.

Llegó la comida. A Ross le pareció que el pollo frito de Holt tenía muy buena pinta, incluso para alguien como él que por lo general lo evitaba.

—¿Le cae bien? —preguntó Holt.

Era una pregunta rara. Ross no sabía si podía responderla. Creía que entendía parte de la naturaleza de Parker, aunque en su totalidad el hombre siguiera siendo un enigma para él. Ross se había educado con los jesuitas, y

se llegó a plantear, durante un tiempo, la entrada en la orden hasta que se impuso la cordura, por más que sospechara que simplemente había cambiado la posibilidad de una orden secretista y ambiciosa por la realidad de otra. Los jesuitas practicaban el «discernimiento», que requería escuchar y esperar antes de determinar qué línea de actuación desearía Dios en una situación dada. Parker también era un hombre que escuchaba y esperaba, pero Ross no sabría decir qué voz era la que aguardaba oír. Además, los actos de los jesuitas, a diferencia de los de Parker, no solían implicar armas, ni violencia, ni acabar con comunidades enteras incendiadas.

—Creo que es un buen hombre —respondió finalmente.

—Dios nos proteja de los buenos hombres —dijo Holt—. ¿Se fía de él?

—Sí —respondió Ross sin vacilar.

—Curioso —dijo Holt—. Nunca le he tenido por alguien que se fíe de los demás.

Cortó el pollo.

—¿Y qué me dice de los otros dos?

—Sólo tenemos sospechas, ninguna prueba.

—Podría haberlas encontrado si hubiera buscado con el suficiente interés.

—Tal vez no quería.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Qué tal la carne?

—Demasiada agua.

—Debería haber pedido el pollo.

—Tiene razón.

—Si esto se viene abajo —dijo Holt—, usted se quemará. Lo sabe, ¿verdad?

—Si esto se hunde —respondió Ross—, arderemos todos.

Muy lejos, hacia el norte, entre los muebles anónimos de su nuevo apartamento, el hombre recién liberado permanecía despierto, incapaz de dormir sin los ruidos de la prisión, y se preguntaba de nuevo cómo había podido acabar así su vida.

Era un Héroe Dishonrado, un Ídolo Caído. Había tenido esposa, pero no hijos. La falta de hijos fue una suerte, suponía: no podía ni imaginar el dolor que tendrían que haber sobrellevado cuando se hicieron públicos los supuestos delitos de su padre. Ni siquiera trasladarse a otro estado les habría servido de mucho: internet convertía en presa fácil a cualquiera. En cuanto a su esposa, bueno, ya no les iban muy bien las cosas antes de que todo se fastidiara, pero todavía le conmocionaba y le dolía lo rápidamente que le había abandonado.

Él le había contado que era inocente, le había dicho lo mismo a cualquiera que le escuchaba, desde los primeros policías que le interrogaron al jurado que posteriormente le condenó y al juez que le sentenció, e incluso a los presos que estuvieron dispuestos a acercársele, o a los que él se acercaba a su vez sin peligro, que no fueron muchos. También se lo dijo a su abogado. Éste le replicó que eso no importaba, pero sí importaba. Importaba para el Héroe antes de que lo derribaran de su pedestal.

Sólo sus padres habían seguido creyendo en él; ellos y un puñado de amigos, pero sus padres fueron casi los únicos que le habían visitado con

regularidad. Su madre murió primero, y luego la siguió su padre, apenas seis meses más tarde. Él solicitó un permiso por razones familiares para asistir a sus funerales y se lo denegaron en las dos ocasiones, aunque un comprensivo funcionario de prisiones se ofreció a llevarle de la celda a los pies de la sepultura y de vuelta después de la muerte de su padre. Indignado, el Héroe había llegado incluso a solicitar al Tribunal de Distrito de Estados Unidos una orden de permiso provisional, sin conseguir más que la misma objeción estatal basada en que la naturaleza de sus crímenes lo convertía en un peligro para la comunidad; además se consideraba que el riesgo de fuga era alto dada su inteligencia, y se tenía la convicción de que podría poseer algunos fondos escondidos, según su ex esposa. De manera que sus padres fueron enterrados sin que los llorara su único hijo y nadie volvió a visitarlo después de que murieran.

Sus padres le habían dejado un poco de dinero, que agradeció porque con el divorcio se había quedado sin blanca, pese a todo lo que dijera en sentido contrario su ex, y aunque ella consiguiera apoderarse también de parte de su herencia. El legado habría bastado para permitirle rehacer su vida en otro estado si no se le hubiera registrado como agresor sexual y, con ese argumento, se viera obligado a participar en servicios de terapia para convictos en libertad condicional en Maine. Le habían dado una lista con las condiciones que debía cumplir en libertad condicional, y éstas incluían, aparte de las exigencias habituales —evitar tomar drogas y el consumo excesivo de alcohol, encontrar un empleo, pagar las tasas determinadas por el tribunal para la supervisión de la libertad vigilada y gastos de la Administración Penitenciaria—, un mandato que le prohibía relacionarse con personas menores de dieciocho años, y el uso de un ordenador con conexión a internet. Esta última especificación significaba que tenía que conseguir el teléfono del detective privado a la antigua, con la ayuda de una guía telefónica. Había comprado un móvil TracFone, y su abogado lo había registrado por él *online*.

Hacía muy poco que había salido de prisión, pero ya reconocía la dificultad de adaptarse al mundo exterior: le parecía o muy ruidoso o muy silencioso, demasiado consciente de su presencia o demasiado indiferente a

ella, demasiado azaroso o demasiado reglamentado. Había algunos aspectos que ya no entendía, y otros que parecían haber desaparecido por completo mientras había estado encarcelado. Esa noche había cenado en un bar un poco antes, pero al principio había sido incapaz de sujetar los cubiertos. Era la primera vez en cinco años que le habían dado cubiertos que no fueran de plástico y le daba miedo usarlos. Se preguntó si la razón por la que tantos reclusos volvían a delinquir sería simplemente que querían volver a un mundo que entendían.

Marcó el número y esperó. Saltó el buzón de voz.

Durante un instante, le costó encontrar su propia voz. Pensó en colgar y guardar silencio, pero creía que no le quedaba mucho tiempo. Si estaba en lo cierto, no tardarían en ir a por él, porque lo único que podían arrebatarse ya era su propia vida.

Pero no lo habían hundido del todo. A pesar de los pesares había aguantado, y ahora contaría su historia.

—Señor Parker —dijo—. Me llamo Jerome Burnel...

Y bien, ¿cómo llegó a suceder?, ¿cómo lo perdió todo Jerome Burnel, el Héroe Dishonrado? La cosa empezó cuando Jerome Burnel no era todavía ningún héroe, cuando esta historia ni siquiera era su historia.

Casi seis años atrás, éste fue el tropezón que lo llevó después a la caída.

Corrie había estado acosando al tipo durante la hora previa. Sabía hacer su trabajo, o al menos eso creía ella: después de todo, a esas alturas había acumulado mucha práctica.

Él iba pulcramente vestido: camisa, chaqueta y pantalones, nada de vaqueros. Sus zapatos estaban limpios y brillantados. No llevaba anillo de casado, lo cual era un problema. Ella había descubierto que los que llevaban anillo tendían a ser más dóciles ante la clase de presión a la que se verían sometidos al final, por el mero hecho de que tenían más que perder. Pero él ya iba por su tercera copa, lo que suponía una ventaja, y ella se había fijado en el modo que tenía de mirar a algunas de las chicas que pasaban. Había ido al mercado, aunque él no lo supiera todavía.

Ella no le prestaba mucha atención al bar. Para empezar, la música era espantosa —el tipo de pseudocountry que al parecer entusiasmaba a los chicos de ciudad que iban de marcha a los barrios pobres de Portland—, y aunque el bar era nuevo, ya olía a cerveza rancia, de la que se ha derramado y

no han limpiado como es debido, y a cacahuets a medio comer aplastados por el suelo. Por otra parte, dado que era un local recién abierto en la hilera de ruidosos bares de Old Port, y ni ella conocía a los porteros ni ellos la conocían a ella, representaba un territorio virgen. Ella y sus acompañantes casi habían agotado su periodo de bienvenida a Portland. Quedarse mucho más suponía arriesgarse a llamar la atención.

Ella se acercó como quien no quiere la cosa, oscilando al ritmo de la música porque la hacía parecer más borracha de lo que estaba. Bebía bourbon, pero con mucho hielo y soda. Los buenos camareros tendían a dar por supuesto que las chicas que bebían como ella intentaban andarse con cuidado, y obraban en consecuencia, pero el memo de ese local ya le había ofrecido una copa a cuenta de la casa, que ella había rechazado. Él reaccionó fingiendo ofenderse, pero la simulación acabó por dejar de serlo, y cuando ella intentó pedir una segunda copa, él no le había hecho caso. No le dio importancia. No quería darle más motivos de los necesarios para que se acordara de ella.

Corrie se deslizó hasta el taburete que había a la derecha del objetivo y se sentó.

—Hola —dijo.

Él se dio la vuelta para mirarla. Los ojos del hombre eran de colores un poco distintos: uno azul brillante y el otro tirando a verde. El detalle podía haberle dado un aire extraño, pero a ella le pareció que lo hacía tremendamente atractivo, a lo que ayudaba el que fuera esbelto, pero no demasiado delgado, y moreno sin rastro de pelo cano, al menos que ella viera. De cerca, se fijó en que era mayor de lo que al principio había pensado: treinta y pocos.

—He visto que me mirabas —respondió él.

—No creí que te hubieras dado cuenta.

—Es difícil no fijarse cuando una chica guapa te echa el ojo.

—Pues no te has delatado.

—He supuesto que te acercarías, a su debido tiempo.

Lo dijo sin sonreír. Las palabras insinuaban que estaba coqueteando, pero sus modales eran neutros. No era un creído, pensó ella. Simplemente había

hecho un comentario, como si hubiera hablado de un cambio de tiempo.

—Bueno, pues ahora estoy aquí.

—Sí, aquí estas.

—¿Te invito a una copa?

—¿No se supone que soy yo el que debe hacer esa pregunta?

—No lo sé. Estamos en el siglo veintiuno.

—Sí. Con todo, me parece que todavía es así como van estas cosas.

Corrie procuró no irritarse. ¿La tomaba por una puta?

—¿Qué cosas? —preguntó, intentando amortiguar el tono de enfado de su voz.

Él apartó la mirada de ella por primera vez.

—Sólo una conversación entre un hombre y una chica en un bar: el hombre la invita a una copa, y hablan un rato. He visto hacerlo antes.

Una vez más, ella tuvo una sensación extraña de desconexión, como si ese individuo fuera una especie de observador de su propia vida. Tal vez había cometido un error al elegirlo. Para que saliera bien su trabajo, ella necesitaba lujuria y pérdida de inhibición. Ese hombre parecía controlarse muy bien.

Pero él dejó caer la mano derecha hasta el muslo y le rozó la pierna al hacerlo, y ella se apretó suavemente contra la mano. Al cabo de un momento, sintió que la mano del extraño se deslizaba sobre sus vaqueros. No, al final resultaba que no se había equivocado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Henry. —Lo que no era verdad.

—Como el rey.

—¿Cuál de ellos?

—Cualquiera.

—Sí, como uno de esos reyes.

—Yo soy Lise —dijo ella, aunque él no se lo había preguntado. Y tampoco era verdad.

—Encantado, Lise.

—Encantada, Henry.

—¿Qué te apetece?

—Bourbon con Coca-Cola —dijo ella—. Con poco hielo.

—¿Y la soda?

Ella sorbió por la pajita, acabando con el resto aguado del fondo de la copa que había estado reservando con esmero hasta ese momento.

—Ahora no.

Subieron el volumen de la música. No estaba permitido bailar, pero, sin saber cómo, se encontraron de pie y pegados, y ella creyó que podía percibir la erección de su acompañante contra su cuerpo. Él no era de la zona, le dijo, pero ella lo habría adivinado por la forma en que se mantenía alejado de lo que lo rodeaba. Cuando le presionó, él sólo le concedió «al sur de aquí», lo cual no era gran cosa. Dado que estaban muy cerca de Canadá, la mayor parte del país quedaba al sur. Sin embargo, ella estaba acostumbrada a las evasivas, sobre todo las de los hombres casados. Henry dijo que no lo estaba, pero muchos de ellos también se lo decían. Los que eran sinceros, a menudo matizaban su situación con descripciones poco favorecedoras de sus esposas, o reconocían que simplemente no eran felices. Unos pocos parecían en verdad tristes y solos, atrapados en relaciones a causa de los niños, los empleos, las hipotecas o, sencillamente, porque creían que nadie más los querría. Ella siempre lo sentía por ellos, una vez terminado su trabajo.

En cuanto a Henry, no pudo distinguir ninguna marca en su dedo anular, la pequeña y elocuente franja blanca que delataba que se había quitado un símbolo. En su caso, habría sido fácil verla porque tenía manos de hombre que pasa tiempo al aire libre. Estaba en la ciudad por negocios, dijo. ¿Qué clase de negocios? Adquisición de acciones. Corrie no sabía qué quería decir eso, y Henry no mostró el menor interés en explicárselo. Corrie no era lo bastante inteligente para suponer que todo el mundo, a cierto nivel, se dedicaba a la adquisición de acciones. Sólo cambiaban los nombres de los empleos.

—Me gustas, Henry —dijo—. Prefiero los hombres un poco mayores.

—¿Por qué?

—Ellos saben lo que quieren. Y son más amables que los jóvenes.

Y lo decía en serio.

—¿Amables?, ¿en qué sentido?, ¿económicamente?

—A veces —dijo, y luego añadió la mentira—: Pero en realidad no se trata de dinero.

—Ah, ¿no?

El tono hizo que ella frunciera el ceño. Aunque todo fuera un juego, y un juego que él irremisiblemente perdería, la irritaba que después del par de horas que llevaban hablando, él fuera capaz de insinuar eso.

—No soy una puta —dijo ella.

—Yo no he dicho que lo fueras. —No habló a la defensiva, ni siquiera sonó divertido. Sólo se percibió aquella extraña neutralidad de nuevo—: Pero el dinero siempre está ahí, de una forma u otra, aunque sólo sea para pagar una cena o una película. La amabilidad adopta muchas formas. Sé que no te referías a ella en términos de dólares y centavos, pero, quieras o no, forman parte. La gente que suele ser avara con el dinero tiende a serlo también de otros modos, o al menos esa ha sido mi experiencia. Pero, ahora que lo pienso, lo contrario no siempre es cierto. He conocido a muchos hombres que iban regalando la pasta por ahí y no por eso dejaban de ser unos cabrones.

Era la primera vez que él pronunciaba un taco desde que habían empezado a hablar. A ella no le molestaba. Es más, casi le hacía gracia. Además, lo que había dicho también tenía sentido para ella. Empezó a pensar que, en otras circunstancias, casi habría disfrutado convirtiendo la fantasía en realidad y estando con un hombre como éste, aunque sólo fuera por un rato. Se quitó la idea de la cabeza y se dio cuenta de que el gesto de apartar ese pensamiento fue tanto físico como mental, porque el cuerpo se le movió, de hecho, como si se estremeciera. La boca de Henry se torció.

—¿A qué viene eso? —preguntó.

—Me ha dado un escalofrío, como si alguien hubiera caminado por encima de mi sepultura —respondió ella.

—Todo llegará, algún día —dijo él—. No tiene sentido darse prisa. ¿Quieres otra copa?

—No, ya he bebido bastante, al menos aquí. Pero me lo estoy pasando bien contigo. ¿Tienes algún sitio al que podamos ir?

—¿Tú no?

—Comparto piso.

—¿Con un hombre o una mujer?

Ella decidió no mentir al respecto, aunque Henry la estaba mirando tan fijamente que sentía que no le quedaba otra opción.

—Hombre.

—¿Tu novio?

—A veces.

—Pero nada serio.

«Oh, si tú supieras», pensó, pero optó por repetirse.

—A veces.

—Pero esta noche no.

—No.

Él pidió la cuenta, pagó en efectivo con billetes que sacó de un fajo. Lo mantuvo fuera del alcance de la vista de Corrie para que ella no viera el valor de los billetes, pero parecía grueso.

—¿En qué hotel te alojas? —preguntó ella mientras salían del bar. Intentó cogerle del brazo, pero él mantuvo la distancia, no mucha, la justa.

—No estoy en un hotel —dijo—. Me hospedo en una casa particular.

Eso era raro, pero no tanto como para que ella se replanteara la situación. Una cosa eran los apartamentos —podía resultar difícil acceder a esos edificios, y el acceso era un elemento crucial en este negocio—, pero una casa no implicaba ese problema. Las casas eran más vulnerables que los apartamentos, e incuestionablemente más fáciles que los hoteles, siempre que se apagara el sistema de alarma. Con los hoteles siempre estaba el problema de las cámaras y, en los mejores, la seguridad propia del establecimiento. Los moteles eran ideales, sobre todo los de las grandes cadenas: estaban tan acostumbrados a las entregas de pizzas y a las prostitutas que su personal apenas pestañeaba ante desconocidos de paso, porque para ellos todos eran desconocidos, tanto daba cuántas galletas o *cupcakes* te ofrecieran en la recepción.

—¿Te la buscó tu empresa?

—Supongo que sí, en cierto sentido.

El coche de Henry estaba aparcado en Middle Street. Era un Toyota compacto y no se parecía para nada a lo que ella había imaginado. Desde su punto de vista, era casi un coche de chica, si los dioses del feminismo le perdonaban la generalización.

—¿De alquiler? —preguntó al subirse. Estaba bastante limpio, pero no olía como un coche de alquiler.

—Sí —dijo él—. Un pequeño vehículo que utiliza la empresa. Era lo único que tenían.

—Vaya.

Intentó recordar cuánto había bebido él. Al principio le había parecido que mucho, pero ahora que estaba en el coche se acordó del montón de hielo derritiéndose, y de que pedía un nuevo trago de Jack antes de acabarse el anterior y mezclaba la nueva copa con la vieja. Él había bebido a sorbos toda la velada, y ella sospechó que había ingerido mucho más que él. Pero también había tenido cuidado, aunque se había deshecho de una copa casi entera la única ocasión en que él había ido al lavabo.

—¿Dónde está la casa? —preguntó cuando él arrancó.

—En York —respondió él.

—Eso está a un mundo de Portland. ¿No podían haberte buscado algún sitio más cerca de la ciudad?

—Tengo que coger mucho el coche —dijo Henry—, así que todos los sitios quedan igual de lejos. Y me gusta la tranquilidad. No me van las ciudades ni los pueblos muy grandes.

Corrie bajó la visera del parabrisas del coche y dejó al descubierto uno de esos espejos iluminados con una pequeña protección extraíble. Comprobó su maquillaje y sus dientes, luego ajustó el ángulo de visión para ver la carretera a su espalda. Un par de coches seguían al de Henry. Uno sería el suyo.

Estaba a punto de volver a colocar la visera en su posición original cuando atisbó una mancha en el espejo. Se inclinó más cerca para comprobarla, aunque ya sabía qué era: una pequeña mancha de pintalabios. No hizo ningún comentario, pero le confirmó la creciente sospecha de que

Henry le había mentido con respecto al coche, y tal vez también sobre la casa y la empresa. Estaba acostumbrada a las mentiras —el éxito de su negocio dependía por entero de ellas, porque las mentiras vuelven vulnerables a los hombres—, pero él la había decepcionado. No asustado, sólo decepcionado.

Con todo, eso hizo que se sintiera mejor por lo que iba a pasar.

La casa parecía una vivienda familiar: dos plantas, una ventana en el desván, y un garaje de dos plazas. Incluso tenía una piscina, aunque estaba cubierta por un plástico que se había soltado en una esquina y aleteaba bajo la brisa nocturna. Era una finca privada, apartada de una carretera secundaria y con una hilera de árboles adultos haciendo las veces de valla. Había una luz encendida en una de las habitaciones de la planta superior, y otra en la que daba a la piscina, filtrándose entre las cortinas y trazando una línea ígnea sobre el césped.

Henry aparcó junto a una gran furgoneta gris con matrícula de New Hampshire algo embarrada, y al verla, algo le puso a Corrie la carne de gallina. Aquello no tenía ninguna lógica —se trataba sólo de una furgoneta—, pero Corrie llevaba el suficiente tiempo implicada en estos actos menores de depredación para saber cuándo algo no encajaba, y en ese momento se dio cuenta de que había cometido un error terrible al ir a por Henry.

Se frotó la cara y luego se tapó la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Henry.

—Lo siento, pero no me encuentro muy bien.

—Entra. Te daré un vaso de agua.

Corrie negó con la cabeza.

—No, tengo que irme. Te agradecería que me llevaras de vuelta a la ciudad, o puedo llamar un taxi que venga a recogerme.

Sacó su móvil del bolso. Tenía un par de compañías de taxis en la lista de contactos, además de un puñado de chóferes particulares que eran dignos de confianza o se limitaban a mirar para otro lado, pero eran básicamente para exhibirlos. El número de emergencias estaba listado como «VY»: Venid ya.

La mano izquierda de Henry se cerró sobre la suya, y con la derecha le arrebató el móvil.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella—. Devuélveme el teléfono.

—Vamos a tomar una copa y a charlar —dijo Henry—, como habíamos acordado. No sé por qué te has puesto tan nerviosa.

—Ya te lo he dicho: no me encuentro muy bien.

Henry le devolvió el teléfono.

—Toma —dijo—. Llama a un taxi. Yo ya he conducido bastante por esta noche.

A Corrie le sorprendió, pero no tenía intención, ni nunca la había tenido, de llamar a ningún taxi. Los otros andarían cerca, y ella quería que supieran que debían actuar rápido. Ellos podían seguir adelante si querían, pero ella no tenía la menor intención de pasar un segundo más de los necesarios a solas con Henry, y menos aún de poner el pie dentro de esa casa con él, tanto daba lo que dijera. Su pulgar derecho se cernió sobre el VY de la lista.

La puerta delantera se abrió, y apareció la silueta de un hombre. Ella no le veía la cara, pero era alto, mucho más alto que Henry. Tenía el cuerpo encorvado, como alguien que ha pasado demasiados años relacionándose dolorosamente con un mundo creado por y para quienes eran más bajos que él y ahora anticipaba con cautela cualquier contacto. No estaba segura, pero le pareció que llevaba puesto un gorro de baño.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se me olvidó mencionar que yo también comparto piso —dijo Henry—. Tienes que conocerlo.

Y eso fue todo para Corrie. Estaba a punto de pulsar el botón de llamada cuando Henry le propinó un mazazo con el puño derecho y le dio de lleno en el puente de la nariz, rompiéndoselo al instante.

El segundo puñetazo la dejó inconsciente.

Se llamaba Todd Peltz, pero aborrecía su nombre y prefería que le llamaran TP. A veces le parecía que TP sonaba a nombre de niño, y otras creía que parecía un rapero. No le hacía demasiada gracia ninguna de las dos posibilidades, pero la tercera opción —seguir llamándose Todd *puto* Peltz— era la peor de todas.

Estaba a punto de cumplir los treinta y había conocido por dentro un par de celdas del condado por agresiones menores, y una estúpida condena por conducir bebido, pero todo eso fue antes de cumplir los veinticinco. TP tenía mal genio —nunca lo habría negado—, pero se había esforzado por aprender a controlarlo y había frenado su consumo de alcohol, tras reconocer que uno y otro se alimentaban mutuamente. Su maldición consistía en que era algo más inteligente de lo que debería para conformarse con un trabajo decente de baja categoría, o al menos no durante mucho tiempo, pero también carecía de la disciplina necesaria para embarcarse en una mejora de su situación a largo plazo. Era el tipo de hombre al que le gusta alardear de que nunca le había pegado a una mujer, y de que nunca lo haría, como si eso fuera una cualidad digna de reseñar y que de algún modo lo diferenciaba de la masa. TP tenía pinta de tipo duro —más de uno ochenta y desgarrado, con las extremidades de músculos largos de un alpinista o un corredor de media distancia—, pero también había en él algo bondadoso. Amaba a Corrie Wyatt, y ella, a su vez, lo amaba a él lo suficiente para atraer a hombres desafortunados a situaciones

donde serían vulnerables a la particular presión propia de TP. Tenía los ojos afables, pero cuando eran necesarios los pequeños actos de violencia o las amenazas adquirirían una cualidad vacía y vidriosa, como si la parte buena de TP hubiera decidido ausentarse en esos instantes y volver su mirada a otro sitio.

Al lado de TP, en el asiento del pasajero de su Chevy lleno de basura, iba Barry Brown, que sería el BB equivalente al TP de Todd Peltz si Brown hubiera consentido en esa degradación de su nombre, que sin duda no habría aceptado. Brown tenía una estatura similar a su amigo, pero era más ancho y grueso. También era más listo que TP, aunque asumía su papel de subordinado porque estaba en su naturaleza: era un manipulador natural y le resultaba más sencillo moverse entre bastidores que sobre el escenario. Cuando estudiaron *Otelo* en el instituto, fue el único chico de la clase que comprendió inmediata e íntimamente a Yago. En otra época, y con mejores oportunidades, Brown habría sido un elegante y ambicioso cortesano, un Cromwell o un Walsingham. No quería ser el padrino titular tras ver las dos primeras películas de Coppola, quería ser Tom Hayden, el más listo, el *consigliere*, el hombre para todo. Llevaba gafas en vez de lentillas porque le gustaba el aspecto que le daban, y se había instruido para hablar sólo cuando fuera necesario. Ésa había resultado una habilidad muy útil. Descubrió que el silencio incomoda a mucha gente y a menudo decían lo que fuera para romperlo, delatándose a sí mismos.

Había sido idea de Brown usar a Corrie como gusano en el anzuelo, aunque había tenido el tacto de no proponérselo a TP en esos términos, y había ido dejando caer poco a poco la idea hasta que su amigo creyó que el plan era suyo exclusivamente. Corrie había sido más difícil de convencer, pero TP tampoco evitaba recurrir a la manipulación, y la había persuadido de que en ningún momento correría un peligro real. Brown se llevaba bastante bien con Corrie, pero sabía que ella habría preferido que fueran los dos solos, ella y TP, quienes hicieran su vida. Brown pensaba que Corrie se habría contentado con trabajar en una cafetería o en un bar, manteniendo a su novio mientras éste jugaba en el ordenador o trasteaba con su coche y se presentaba con grandes planes para hacerse rico que nunca llegarían a nada porque él

carecía de la energía o del impulso para emprenderlos. Con el tiempo, Brown lo sabía, ella se habría sentido frustrada y lo habría abandonado, tal vez con un hijo en los brazos que tendría que criar sola. En cierto sentido, pensaba Brown, él los mantenía juntos al inculcarle cierta ambición a TP que de otro modo éste nunca habría tenido.

Hasta ahora, su plan se había ajustado perfectamente a lo previsto. El primer hombre al que abordaron era un tipo que iba a asistir a una convención en Boston, casado, de cincuenta y tantos. Había resultado casi demasiado fácil: un par de copas, un poco de coqueteo, una pequeña charla sobre lo mucho que le recordaba a Corrie a su tío favorito, de quien ella había estado locamente enamorada en secreto, y luego de vuelta a su habitación de hotel. Cuando llamaron a la puerta —Corrie la abrió franqueando el paso a dos hombres enmascarados—, el pordillo ya estaba en calzoncillos, con una erección de la que podía haberse colgado una bandera. Corrie estaba en un estado de desnudez similar, y se quedó así mientras BB le enseñaba el arma al cincuentón y le explicaba cómo iba a ir la cosa. Hicieron una fotografía de su carné de conducir, que llevaba en su cartera junto a fotografías de su esposa, hijos y el primer nieto. Tomaron nota de su dirección antes de, a punta de pistola, hacerle fotos en una serie de posturas oportunamente comprometedoras con Corrie. Por último, le hicieron revelar el PIN de sus tarjetas de débito y crédito, tras lo cual Corrie se vistió y fue a retirar todo el efectivo permitido al día de cada una de ellas, luego se tomó una taza de café hasta pasada la medianoche, para poder hacer una segunda extracción de fondos. Cuando regresó a la habitación, le devolvieron la cartera al hombre, la tarjeta de débito y una de las de crédito, y le dijeron que no informara de que la segunda tarjeta se le había perdido hasta transcurridas veinticuatro horas. Le aseguraron que su banco cubriría las pérdidas, y, de todas formas, no parecía que pudieran hacer mucho daño con un límite de crédito de cinco mil dólares. Si se topaban con algún problema al usar la tarjeta, su mujer se enteraría de lo que había estado haciendo durante su noche libre en Boston. No fue necesaria ninguna violencia, que era lo que ellos preferían, y habían sacado un total de tres mil dólares y un par de ordenadores portátiles que compraron con la segunda tarjeta, que revendieron a un cuarto de su precio.

Después, Corrie se deshizo de su peluca barata, y repitieron el golpe varias veces más en Boston y sus alrededores antes de encaminarse lentamente hacia el norte: Portsmouth, Concord y ahora Portland. Pero Brown no había querido buscar a un primo aquella noche. Creía que era hora de dar un descanso al trabajo y no llamar la atención durante un tiempo. Tenían dinero suficiente para pasar cómodamente el invierno, y estaba convencido de que el último pardillo —un vendedor en Portsmouth que había requerido un toque en la cabeza para controlar su cabreo— podría arriesgarse a largar lo sucedido. Fue TP el que había insistido en realizar un último trabajo, y Corrie había estado de acuerdo, sólo porque lo había planteado TP.

Pero Brown y Corrie hacía poco que habían hablado largo y tendido por primera vez desde hacía semanas —tal vez por primera vez desde que se conocían—, sin TP delante, y a Brown le había quedado claro que ella se sentía cada vez más incómoda con el negocio. A Brown no le sorprendió. Ella era la que corría más riesgo. Aunque TP y él siempre la seguían muy de cerca, y se aseguraban de que transcurriera el mínimo de tiempo posible desde que Corrie y el pardillo entraban en el hotel hasta que ellos llamaban a la puerta. Pero ¿y si los paraba la seguridad del establecimiento, o se les averiaba el coche, o simplemente la pifiaban, pues todas eran posibilidades reales? Entonces, amigos míos, Corrie tendría que apañárselas sola, y a ella nunca se le iba de la cabeza la palabra que empieza por «v»: violación.

Corrie y TP se alojaban en una habitación de un motel al lado de The Maine Mall, y Brown en otra en el mismo pasillo. Eso significaba que no los oíría follar, lo cual era un alivio en muchos sentidos. Se había visto obligado a oírlos cuando compartieron un apartamento de una sola habitación en Quincy, donde a Brown ya le habría costado conciliar el sueño por culpa de los sádicos muelles del sofá cama sin tener que soportar además los gruñidos de TP y los chillidos de ánimo de Corrie como banda sonora. Cuando viajaron por primera vez y tenían que evitar gastos, él había ocupado la segunda cama de las habitaciones de motel, o a veces hasta había dormido en el suelo; y TP le señalaba la puerta cuando quería disponer de intimidad con Corrie, y Brown tenía que irse entonces a pasear hasta que acabaran, o fumaba y leía un libro sentado en una silla de plástico, o veía una película si

había un cine cerca. Brown detestaba tener que hacer eso. Se sentía como si tuviera nueve años y apenas levantara un palmo del suelo.

Brown estaba enamorado de Corrie. Había tardado un poco en darse cuenta, y había intentado, sin conseguirlo, asumirlo. Era lo bastante consciente de su deseo para plantearse si una de las razones por las que había sugerido utilizar a Corrie como cebo era castigarla por acostarse con TP y no con él, pero ahora que estaban metidos hasta el cuello en todo el lío, Brown empezaba a arrepentirse de haberla implicado. Notaba la tensión que suponía para ella. Estaba más nerviosa que antes, y él sabía que le costaba dormir. Había intentado transmitírselo a TP, pero éste se limitaba a disfrutar del dinero y, como le dijo a Brown, no se trataba de que estuvieran prostituyendo a Corrie.

Pero era lo que hacían. Ésa era la pura verdad, por más que TP no quisiera o no pudiera reconocerlo. El simple hecho de que Brown y él intervinieran antes de que empezara el número principal del espectáculo no lo hacía ni menos degradante ni menos peligroso para Corrie. Por eso, tras hablar con ella aquella tarde, Brown estaba decidido a encontrar otra forma de ganar un poco de dinero fácil. Conocía a alguna gente en Bangor, y TP y él ahora disponían de una suma suficiente de dinero en efectivo para comprar una cantidad decente de coca. A la mierda la hierba: parecía que la economía iba mejorando, y para Brown eso significaba que la demanda de coca aumentaría. Uno sólo tenía que pasarse por los bares apropiados y establecer las relaciones adecuadas con la pandilla de gilipollas de los viernes por la noche, los jóvenes trajeados que empezaban a beber en cuanto salían de la oficina y ya iban como motos a las ocho de la noche. Brown había empezado a trabajarse a TP mientras esperaban que Corrie y la presa salieran, y creyó que había hecho algún avance.

Entonces Brown vio al hombre que salía con Corrie, y las alarmas se encendieron en su cabeza.

—Eh —avisó a TP.

—¿Qué pasa?

—Tengo un mal presentimiento.

—Otra vez no. Vamos, ya te lo he dicho: me pensaré lo de la coca y ya

hemos quedado en que éste será el último golpe durante un tiempo.

—En serio, colega: ese tío da mal rollo.

—A ti todo te da mal rollo.

—No va borracho.

—Pues a mí me lo parece.

Era verdad que el pardillo caminaba con paso un poco vacilante, pero Brown no estaba seguro. Había captado un destello de los ojos del hombre cuando adelantó su coche y parecían estanques de fango contaminado. Y la forma que tenía de mirar a Corrie le recordó a la de algunos trabajadores de los mataderos que disfrutaban torturando a los cerdos antes de que mueran...

—Sería mejor que lo suspendiéramos —dijo Brown.

—¿Estás de broma? Ya han subido a su coche.

—Nos ponemos a su altura, llamamos a Corrie y nos ofrecemos a llevarla —dijo Brown. Era una salida que se les había ocurrido al principio. Corrie siempre llevaba un pañuelo. Si le veían quitárselo del cuello y guardarlo en el bolso, era señal de que algo iba mal y de que quería largarse. Hasta ese momento sólo lo había hecho una vez, con el ejecutivo de una empresa que le susurró al oído lo que iba a hacerle cuando llegaran a su habitación, y no se trataba de nada que le apeteciera a Corrie que le hicieran, ni siquiera TP.

Pañuelo al bolso; TP y Brown aparecieron a su lado gritando: «¡Eh, Linda!», el nombre que utilizaba esa noche porque nunca usaba el mismo dos veces, «¿Qué haces?, ¿quieres dar una vuelta con nosotros?»; Corrie se disculpó ante el ejecutivo porque tenía que irse con sus amigos; el ejecutivo se opuso; TP se bajó del coche, el ejecutivo todavía se hacía el bocazas; TP se esforzaba por mantener el genio bajo control, sabedor de que no convenía que llamaran la atención de algún policía que pasara por allí; Corrie se subió a su coche; se alejaron; Corrie les contó lo que el tipo le había dicho; TP se empeñó en volver para darle una paliza que no olvidara en toda su vida, y Corrie y Brown tuvieron que aunar sus esfuerzos para convencerle de que así acabarían todos en chirona.

—No se ha quitado el pañuelo —dijo TP.

Tenía razón, no se lo había quitado.

—No tenemos que intervenir sólo cuando ella lo pida —dijo Brown.

—Si ella está bien con él, yo también.

—TP...

—He dicho que no.

TP no había levantado la voz —raramente lo hacía—, pero Brown conocía aquel tono. La discusión había terminado.

Y ahora ahí estaban, observando la casa delante de la que habían aparcado el coche, con árboles que la ocultaban de la carretera de manera que ni siquiera veían lo que estaba pasando.

«Una casa», pensó Brown. «No un hotel, sino una casa. Nunca lo hemos intentado en una casa.»

Se dijo que tal vez fuera más sencillo que en un hotel porque no habría seguridad.

«Pero ¿y si tiene alarma? ¿Y si el tipo no está solo ahí dentro?»

TP sacó el arma de debajo de su asiento y se la metió en el cinturón. Brown no tenía arma. No le gustaban. Pero se alegró, sólo por esta vez, de que TP no tuviera tantos reparos.

Entonces TP dijo algo que nunca le había dicho a Brown.

—Tenías razón —dijo—. Deberíamos haberlo suspendido.

TP y Barry Brown entraron en el jardín delantero de la casa; Brown iba delante; esquivaron el coche y la furgoneta del camino de entrada, se movieron rápidamente hacia la parte de atrás, donde sería más fácil acceder al interior sin ser vistos. Ni siquiera se habían planteado la posibilidad de una simple llamada a la puerta, no desde que TP reconociera que Brown podría haber tenido razón con respecto a la presa, y eso significaba que Corrie se había convertido a su vez en presa. Se pusieron los pasamontañas al unísono, ocultando sus rasgos. Brown esperaba que eso significara que TP no pretendía utilizar el arma. Ya tenían bastantes problemas tal como estaban las cosas.

Cuando llegaron al jardín trasero, Brown oyó un sonido que le recordó a una bofetada, lo que le hizo aferrar con tensión el bate de béisbol que llevaba. Él mismo se había hecho el bate, pues tornear madera era una de esas habilidades que parecían innatas en él, y con la que había pensado que algún día podría ganarse la vida, o complementar unos ingresos regulares. En opinión de Brown, un arma sólo servía para dos cosas —amenazar y disparar—, mientras que un bate de béisbol tenía una multitud de usos y, a diferencia del arma, era capaz de infligir daño con sutiles aumentos de intensidad.

TP se detuvo a su lado. Había movimiento en el jardín, pero la vista de TP no era, por decir algo, muy buena, aunque gracias al milagro del autodiagnóstico, él no consideraba su estado tan grave todavía para ponerse

gafas o lentillas. Fue Brown el que distinguió la lona que cubría la piscina que tenían delante. Una esquina de la lona se había soltado y el ruido que hacía al batir había aumentado de volumen y tempo a medida que el viento soplaba con más fuerza. Brown pensó que la lona se habría soltado hacía poco, porque el ruido era fuerte y molesto, como el que se interpone entre una persona y su sueño. Se oía tanto y sin parar que incluso habría llamado la atención de los vecinos si la casa no hubiera estado relativamente aislada y protegida.

Aventuró una mirada por la esquina y vio que, en la fachada de la casa, las cortinas estaban corridas y no dejaban ver lo que ocurría dentro. Las puertas de cristal del patio daban a una plataforma y, más adelante, había una puerta de madera con una pequeña ventana de cristal, que seguramente conducía a una cocina o a un cuarto de servicio. Brown no veía indicios de luz dentro, y las ventanas posteriores de la primera planta también estaban oscuras.

A su derecha, la maldita lona no paraba de agitarse. Era posible que hiciera salir a alguien de la casa, cosa que les vendría bien, sobre todo si tanto la puerta del patio como la otra estaban cerradas. Miró la zona de la piscina que la lona dejaba al descubierto y vio que todavía contenía agua. Brown no sabía gran cosa de piscinas. Su familia nunca había tenido ninguna, ni tampoco el tipo de familias con las que él se relacionaba. Suponía que se vaciaban en invierno, pero tal vez la gente de aquí se las había apañado para posponerlo, o estaban esperando un último fin de semana cálido. Tratándose de Maine, necesitarían mucha suerte.

En el jardín trasero había partes que estaban iluminadas por farolas de energía solar, una de las cuales se alzaba no lejos de la esquina de la piscina que quedaba al descubierto. Proyectaba un poco de luz sobre el agua, y Brown creyó atisbar algo en el fondo de la zona menos profunda. Tenía una extraña forma regular y, fuera lo que fuese, supo de inmediato que aquello no pintaba nada allí.

Se acercó a la piscina. A sus espaldas, TP le susurró casi a gritos:

—Eh, ¿adónde vas?

Brown se exponía a que lo viera cualquiera que se asomara a la ventana,

pero no le importaba. La curiosidad era más fuerte que él, y lo arrastraba.
¿Qué *era* eso?

Se puso al borde de la piscina y bajó la mirada. Un televisor, de esos modelos de pantalla plana, grandes y caros, estaba sobre las baldosas del fondo. Vio que en la parte de arriba se cruzaban trozos de cuerda o de cable que lo ataban con fuerza a algo que había debajo, sujeto al televisor, en el suelo del estanque.

Brown estaba mirando a los ojos de un chico muerto.

Corrie recobró la conciencia y se encontró boca abajo en un sofá de una habitación desconocida. Le habían puesto las manos a la espalda y estaban sujetas por lo que parecían unas esposas metálicas. Sentía que se le clavaban en las muñecas. No podía mover las piernas y vio que se las habían atado con alambre. La habían amordazado con un trozo de tela.

Intentó dominar el pánico. TP estaba de camino y Barry con él. No podían andar lejos. En cualquier momento oiría cómo llamaban a la puerta o rompían el cristal de una ventana, y entonces Henry el Gilipollas desearía no haber viajado jamás a Portland. Esperaba que Barry le partiera las piernas, y tal vez los brazos, justo antes de que TP lo matara a él y a su espeluznante amigo.

Oyó movimiento a sus espaldas, y Henry apareció a su izquierda. Sostenía un arma en la mano. Del otro hombre no había rastro.

Henry acercó el arma al ojo izquierdo de Corrie. Ella tuvo el tiempo justo de cerrarlo antes de sentir que le presionaba con fuerza el párpado. El clic del percutor hizo que una pequeña parte de ella se derrumbara en su interior.

—Ni un ruido —dijo Henry—. Ni un movimiento.

El chico de la piscina tenía el pelo moreno. A juzgar por su tamaño, probablemente todavía no había llegado a la adolescencia, aunque la

distorsión causada por el agua no permitía asegurarlo. «No lleva ahí abajo mucho tiempo», pensó Brown. Parecía casi intacto, salvo por la hinchazón de la boca. Brown no podía tener la certeza, pero le dio la impresión de que le habían metido una pelota dentro. La pelota era roja. Sobresalía entre sus mandíbulas superior e inferior como una manzana a medio comer.

Brown miró al chico, que le devolvió la mirada. El suave movimiento del agua de la piscina le movía el pelo. Una de las manos quedaba a la vista, pero Brown no veía la otra. Se preguntó si el chico habría podido soltársela y empujar el gran televisor mientras se ahogaba. Suponiendo, claro, que estuviera vivo cuando lo metieron en el agua. Si lo estaba, ¿se habría quedado mirándolo el responsable de arrojarlo a la piscina?

Brown sopesó el bate en la mano y notó el grano de la madera en su piel. Eso le trajo de vuelta al presente, y pensó en Corrie. Estaba en la casa con quien había matado a ese chico.

Ahora Brown se alegraba de verdad de que TP llevara el arma encima.

Se dio la vuelta para hablar con TP, que le miraba fijamente desde la pared trasera de la casa. Brown señaló la piscina, pero TP negó con la cabeza. No quería ver lo que hubiera ahí abajo, no le importaba. Sólo Corrie importaba ahora.

TP se dirigió hacia las puertas del patio.

Arriba, en la primera planta, el compañero de Henry salió del dormitorio que había estado limpiando y recorrió el pasillo. Se llamaba Gideon, aunque pasarían muchos años antes de que ese detalle se conociera. Por ahora, como acompañante, se movía con una identidad falsa. Era, como Corrie había vislumbrado rápidamente, demasiado alto y demasiado delgado a la vez, como un insecto palo al que se hubiera dado forma humana. Tenía los ojos muy pequeños, en parte tapados por unos párpados tan gruesos que apenas veía lo que se encontraba por encima de su campo visual cuando miraba a los lados. Llevaba el pelo cortado uniformemente al cuatro, y ya le griseaba, aunque Gideon todavía no había cumplido los cuarenta. También padecía asma, gota, tenía una úlcera péptica y un cáncer de páncreas sin diagnosticar.

Era una criatura de las sombras y las profundidades.

Gideon había dormido en una cama mientras estaban en la casa, pero siempre vestido de pies a cabeza, y la bolsa de basura de plástico que llevaba en la mano izquierda contenía las fundas de la almohada y del edredón, así como las toallas usadas del baño. Antes había echado lejía por los desagües del baño y el fregadero, aunque tanto él como Henry habían tenido el cuidado de utilizar un filtro de desagüe para que no se escapara ningún pelo díscolo. También habían utilizado guantes de plástico de doble capa y gorros de baño durante todo el tiempo que habían permanecido en la casa. Mientras Henry estaba fuera, Gideon había pasado la aspiradora y había limpiado, haciendo cuanto pudo para asegurarse de que dejaban las menos huellas posibles de su presencia.

Pasó por delante de un segundo dormitorio a su derecha. Había una mujer muerta atada a la cama. Gideon había abusado de ella, pero había tenido el cuidado de ponerse un condón. También la había limpiado, después de matarla. Gideon era asimismo el responsable del asesinato del chico del fondo de la piscina. Había perdido los nervios cuando el chaval le atacó. No sabía por qué había acabado arrojándolo a la piscina con el televisor a modo de lastre, salvo quizá porque no le gustaban ni la televisión ni el chico. Henry no estaba en casa cuando Gideon asesinó al chico, pero no dijo nada al volver, aunque le había sorprendido encontrárselo en la piscina. La lona había aguantado en su sitio hasta que empezó a soplar el viento. Gideon creyó que sería mejor volver a atarla, aunque estaban a punto de marcharse.

La mujer era demasiado mayor para mantenerla con vida. Era la madre del chico, pero debía de haberlo tenido pasados los cuarenta, porque en su permiso de conducir constaba que tenía cincuenta y un años. Su marido tenía cinco más. Henry lo había matado. Le había disparado en el pecho, y ahora yacía en el sótano, donde hacía frío. Había sido decisión de Gideon mantener viva a la mujer un poco más. Henry no tenía los mismos problemas que Gideon para las relaciones íntimas. Les gustaba a las mujeres, y a éstas, con toda seguridad, no les gustaba Gideon, así que él se satisfacía donde podía.

Este viaje —o «batida» en su argot— había producido un buen botín: alguna ropa de diseñador, joyas, efectivo, una colección de monedas y sellos,

un par de teléfonos caros, un puñado de aparatos electrónicos portátiles, entre ellos varias tabletas, incluso un par de libros antiguos por los que a Henry le pareció que podrían sacar algo. La mayor parte de todo aquello estaba en la furgoneta, y los objetos más valiosos se ocultaban en un par de compartimentos bajo los asientos delanteros. Había sido una pena que la mujer fuera tan mayor, pero Henry se había ocupado de eso. La chica de abajo estaría bien, aunque Gideon no tendría ocasión de estar con ella, salvo, tal vez, al final. Se alegró de haber aprovechado a la otra mujer mientras pudo.

En el pasillo, más allá del dormitorio donde yacía la muerta, había una ventana que daba al jardín trasero. Gideon se detuvo allí a echar una mirada, por última vez, al césped y los parterres, y a la piscina... y a la figura del hombre que la estaba mirando.

Gideon dejó caer la bolsa y bajó rápidamente las escaleras.

TP tanteó la puerta del patio, esperando encontrársela cerrada, pero cedió bajo la presión de su mano izquierda. Escuchó, no oyó ningún sonido de movimiento dentro, y empezó a abrir poco a poco la puerta. Miró por encima de su hombro derecho y vio a Brown, que se acercaba, e incluso a la luz de la luna la expresión de su rostro delataba la conmoción por lo que había visto en la piscina. Un cadáver, imaginó TP, ¿qué otra cosa podía ser? Pero no el de Corrie. No habría habido tiempo para eso. Y ahora lo único que importaba era Corrie.

Se volvió hacia las cortinas, las levantó con la mano izquierda mientras con la otra sostenía el arma. Vio a Corrie tumbada en un sofá. Y vio...

Brown oyó un sonido como si reventara una bolsa de papel, y TP cayó hacia atrás y se quedó tumbado boca arriba en el suelo. Otra bolsa explotó y Brown sintió un fuerte golpe en la barriga, se desplomó rodando por la fuerza del impacto y aterrizó sobre la lona que cubría la piscina. Ésta se combó bajo su peso, pero no cedió. El agua lo engulló, pero la piscina no era profunda y

pudo mantener la cara por encima de la superficie. Con todo, ahora sentía dolor. El agua estaba fría, aunque no lo bastante para aliviar el calor del dolor en su vientre.

Al borde de la piscina apareció un hombre, y se quedó observándolo. Era alto pero encorvado, con piernas demasiado largas para su cuerpo y dedos demasiado largos para sus manos. Apenas se le veían los diminutos ojos. Uno de los brazos oscilaba suelto y el otro agarraba la mano izquierda de TP. El hombre había arrastrado a TP desde donde había caído hasta el borde de la piscina. La cara de TP estaba vuelta hacia el agua, y Brown pudo ver, justo debajo de su ojo derecho, el orificio de entrada de la bala que había matado a su amigo.

El hombre sonrió y Brown vio que la dentadura era tan perfecta que sólo podía ser postiza, una impresión que se confirmó cuando la escupió en su mano derecha y luego se la metió en un bolsillo de la chaqueta militar que vestía. Pero la mano no estaba vacía cuando la sacó del bolsillo, sino que sostenía una de esas cajas de plástico en las que la gente guarda sus protectores bucales. Dejó caer el brazo de TP, así que tuvo las dos manos libres, y las usó para colocarse una nueva dentadura postiza en la boca. Una vez en su sitio, se la enseñó a Brown. Cada mandíbula consistía en un par de largas cuchillas incrustadas en una base de acrílico inclinadas en un leve ángulo, dejando un hueco en el centro de cada hilera. El hombre se agachó, levantó la mano derecha de TP, le arrancó de un mordisco la mitad superior del índice y masticó un rato antes de escupir la masa resultante a la piscina, cerca de la cabeza de Brown, las cuchillas de la dentadura postiza estaban ahora manchadas de rojo.

Brown sentía que agonizaba. Sólo rezaba para que su vida se apagara antes de que esa criatura se pusiera a trabajar con él.

Apareció un segundo hombre, el responsable de que hubieran ido hasta ahí, el que se había llevado a Corrie. Al lado del otro, parecía increíblemente normal. Brown intentó hablar. Quería pedir al hombre del bar que impidiera que el otro mordiera a Corrie, pero la muerte le robó las palabras como preparativo para el gran silencio que iba a llegar.

—Es hora de irse —oyó decir al hombre del bar.

El otro le dio una patada al cuerpo de TP, que fue a parar sobre la lona a los pies de Brown, aunque la cubierta todavía se resistía a hundirse, y era el propio Brown el que empezaba a deslizarse. El hombre del bar sacó un cuchillo y cortó las cuerdas que retenían la lona —primero una, luego otra— hasta que cedió y TP y Brown resbalaron y se hundieron para unirse al chico muerto.

Años más tarde, y una vida ausente, Jerome Burnel, el Héroe Deshonrado, sacó efectivo de su cuenta bancaria. La mano le temblaba cuando relleno el formulario. Utilizó su pasaporte para identificarse, dado que su permiso de conducir estaba caducado. Observó cómo la cajera se llevaba el pasaporte y se lo enseñaba a un supervisor, y cómo consultaban un par de cosas antes de que ella hiciera una fotocopia de la página que importaba y le devolviera el documento. Burnel creyó que la expresión de la chica había cambiado cuando volvió, que traslucía ahora un indicio de repulsión, pero tal vez fuera él quien proyectara sus imaginaciones. Después de todo, tampoco es que los lamentables acontecimientos del pasado le hubieran hecho demasiado célebre, y había pasado encerrado tiempo más que suficiente para que la mayoría de la gente lo hubiera olvidado. Pero la cajera era una cincuentona y a saber si tendría buena memoria o qué notas habrían añadido a su historial bancario. Su nombre no era habitual, ni tampoco su historia. Ella no levantó la vista para mirarle cuando le deseó que tuviera un buen día, y, al salir, el guardia de seguridad de la puerta pareció examinarle con más hostilidad que cuando había entrado.

El detective privado le había devuelto la llamada mientras Burnel estaba sentado en un banco del Deering Oaks Park. Se había comprado un sándwich y un café en el Public Market House junto a Monument House y se los había llevado al banco, donde se comió la mayor parte del sándwich después de

asegurarse de que no había niños cerca. Echó el resto a las palomas. El detective no tenía despacho, cosa que a Burnel le pareció un poco raro. Aunque, bien pensado, vivían en una era de constante movilidad en la que empresas enteras se dirigían desde un portátil en la mesa de una cafetería. El detective había aceptado reunirse con Burnel avanzada esa tarde en un apartado del Great Lost Bear en Forest Avenue, un bar que Burnel había frecuentado antes de casarse, aunque no tanto después, dado que a su esposa no le gustaba mucho la cerveza ni, por lo visto, el propio Burnel, incluso antes de que todo se fuera a la mierda para él.

Burnel se había pasado la mañana en las oficinas de la Administración Penitenciaria de Maine en Washington Avenue, su primer contacto con el servicio de libertad condicional desde que lo habían puesto en libertad. El oficial de libertad condicional que tenía asignado, Chris Attwood, era un especialista en delincuentes sexuales, pero había tratado a Burnel con cortesía y éste no pudo evitar que le cayera bien. Attwood le había explicado cada paso del procedimiento. Empezaba con un Inventario de la Cobertura del Servicio, que consistía básicamente en un informe de la valoración del riesgo de Burnel, acompañado por lo que se conocía como una Static-99, una herramienta de evaluación del perfil del delincuente utilizada sólo con los agresores sexuales. La Static-99 era como un registro de la vida entera, y acompañaría a Burnel hasta la tumba; dado que se basaba en un conjunto de factores establecidos —su edad en el momento de la detención, su historial, la gravedad de sus delitos—, nunca podría mejorar, y lo máximo que podía esperar Burnel, según Attwood, era que permaneciera estable, cosa que, en última instancia, conduciría a una relajación de las condiciones de su libertad.

Attwood le dijo a Burnel que lo habían colocado en el extremo superior de la escala de delincuentes, aunque nunca hubiera tocado a ningún niño y —como ni siquiera se molestó en decirle a Attwood, porque ¿para qué le serviría?— fuera inocente. Esa categoría máxima significaba que Burnel tendría que soportar un registro de su casa cada mes, reuniones personales con Attwood, normalmente en Washington Avenue, contactos esporádicos con sus jefes cuando Burnel encontrara empleo, y sesiones de terapia de grupo semanales, que, según le dijo Attwood, se había demostrado que eran

eficaces con los delincuentes sexuales. Si completaba la terapia, y transcurría un periodo significativo de tiempo sin infracciones, el servicio de libertad vigilada lo dejaría en paz en la medida de lo posible. También se le exigía registrarse como delincuente sexual y constaría en ese registro durante diez años. Por todo lo anterior, pagaría veinticinco dólares al mes como contribución al coste de su periodo de libertad vigilada.

Y entonces, para su sorpresa, le hicieron la prueba del polígrafo. Según parecía era lo habitual, y tendría que repetirla una vez al año mientras estuviera en aquella situación, pero a Burnel no le importaba. Respondió todas las preguntas con sinceridad, aunque la combinación de preguntas estándar —su nombre, el nombre de su madre— con otras relacionadas con sus supuestos delitos le afectó un poco, y le perturbaron las que se referían a su vida antes de su detención, porque le recordaban todo lo que había perdido. Tuvo otra entrevista con Attwood después del polígrafo, durante la cual le dio la impresión de que el oficial era ligeramente menos afable que antes, pero tal vez fue fruto de su propio cansancio.

Al final, le dejaron marchar. Attwood le dijo que se tomara un poco de tiempo antes de empezar a buscar trabajo. Le aconsejó que procurara ir acomodándose de nuevo al mundo exterior, dar paseos, que se fuera haciendo con la ciudad. Burnel había asentido y le dijo que lo intentaría. No tenía la menor intención de buscar empleo. Creía que no tardaría mucho en estar muerto, así pues, ¿qué sentido tenía?

Acabó de echar comida a los pájaros y luego volvió caminando a Old Port. La luz del sol era demasiado intensa, y a su alrededor tenía demasiado espacio en el que moverse. Pagó la entrada para la única película calificada para menores acompañados que había en el Nickelodeon, sólo para poder sentarse a oscuras y sentirse razonablemente seguro de que no habría niños. No había más que cuatro espectadores, y todos eran, por suerte, un par de décadas mayores que él. La película era una comedia, pero Burnel no se rió mucho. A decir verdad, apenas se fijó en las imágenes de la pantalla. Se limitó a sentarse al fondo y se echó a llorar.

Chris Attwood estaba sentado a una mesa ante Philip Gurley, el representante de RPL, una de las empresas encargadas de las pruebas de polígrafo para la Administración Penitenciaria. Ante ellos tenían los resultados del examen de Burnel.

—¿Cree que miente? —preguntó Attwood.

Gurley volvió a mirar los resultados.

—Como usted y yo sabemos —dijo Gurley—, hay hombres y mujeres que superan el polígrafo aunque sean unos carniceros. Esos te miran como si no existieras cuando les haces las preguntas. Burnel no era así.

—Lo que significa...

—Que tal vez se ha convencido de que no cometió los crímenes de los que se le acusa.

—Lo que no implica que sea inocente.

—En absoluto, pero, como le digo, el tipo de gente que puede separarse de la realidad hasta el punto de engañar al polígrafo supone un número muy pequeño, y esa gente desprende un hedor propio.

—Y usted no lo olió en Burnel.

—No, no lo olí.

—Así que... ¿decía la verdad?

—Posiblemente.

Attwood cogió los resultados del polígrafo, los metió en una carpeta y la

cerró.

—¿Quiere hacerle pasar por él de nuevo? —preguntó Gurley.

—No lo sé.

—No importa nada que sea inocente o no, ¿me equivoco?

—Sólo para él —dijo Attwood—. Ahora está dentro del sistema.

Haremos lo que podamos por él.

Gurley se puso en pie.

—Fue una pasada lo que hizo, ¿no?

—¿A qué se refiere...?

—A aquella historia en la gasolinera. El tiroteo.

—Sí, fue una pasada, es verdad.

—No parece la clase de hombre que haría algo así.

—No —dijo Attwood—, raramente lo parecen.

Poco después de las cuatro y media de la tarde, en pleno aguacero, Charlie Parker llegó al Great Lost Bear. No había pisado ese bar desde hacía muchos meses, desde antes de que le dispararan. El Bear no había cambiado, seguía siendo un local acogedor y tenuemente iluminado; la cocina empezaba a ser un hervidero con los preparativos para la avalancha nocturna, aunque, tratándose de un miércoles lluvioso, el término «avalancha» sería sólo relativo.

Dave Evans, el dueño, estaba en el punto de recepción, mirando un trozo de papel por encima de sus gafas con tal expresión que parecía contener algún insulto a su madre. No levantó la vista, ni siquiera cuando la sombra de Parker se proyectó sobre él.

—Creía que estabas muerto —dijo Dave.

—Lo estuve.

Dave se olvidó del documento, prestó atención al detective y lo estudió bajo la peculiar iluminación de su bar.

—Pues tienes buen aspecto para eso. Algunos parroquianos tienen peor pinta que tú. Yo mismo, sin ir más lejos.

Dejó el papel y estrechó la mano de Parker. Dave había ido a visitarlo un par de veces cuando estaba recuperándose en el hospital, pero no había vuelto a verle desde entonces. Aunque sí leía sobre él. El asunto en Boreas había salido en la prensa nacional, no sólo en la local. A Dave le había dado la

impresión de que todos los viejos nazis habían muerto ya, y si alguno no lo había hecho todavía, seguramente estaría a punto de que le tomaran medidas para un ataúd, pero estaba convencido de que Parker había encontrado a aquellos que todavía podían morder. Lo próximo que haría sería descubrir marcianos en un pueblo perdido en el culo de Maine como Millinocket.

Parker había cambiado. Para empezar, estaba más delgado, algunas arrugas más le surcaban la cara y su pelo estaba salpicado de más blanco. También parecía más callado, más distante, aunque Dave imaginaba que si te disparaban y te daban por muerto, por no mencionar si te morías y te devolvían a la vida varias veces, cualquiera acabaría sufriendo secuelas como ésas.

Pero era su mirada lo que más había cambiado. Si fuera cierto lo que se dice sobre que los ojos son las ventanas del alma, la de Parker ardía con un fuego nuevo. Sus ojos transmitían una calmada convicción que Dave no les había visto antes. Era un hombre que había cambiado de una manera esencial, que había regresado fortalecido, no debilitado, por lo que había soportado, pero que también era a la vez más y menos de lo que había sido en el pasado.

Por primera vez que recordara, a Dave le asustó Charlie Parker.

—¿Sigue mi oficina libre? —preguntó Parker. Tenía un apartado favorito que le gustaba ocupar en el Bear.

—Para ti siempre está disponible —dijo Dave—. Y también tienes un puesto detrás de la barra, si te da por ahí.

No sabía cómo iba Parker de dinero, y no quería parecer que lo hacía por caridad. Quería ayudar, si podía y si era necesario. La oferta era sincera, pero Dave no pudo negar que se sintió aliviado al oír la respuesta de Parker.

—Mira, me parece que estaré bien. Pero gracias.

—Bueno, si cambias de opinión sólo tienes que decirlo.

—Lo haré. Va a venir un hombre preguntando por mí. Se llama Burnel. ¿Me lo mandas cuando llegue?

—Claro. ¿Un café?

—Sí, me vendrá bien.

—Te lo llevaré. ¿Seréis sólo dos?

—No, cuatro, Angel y Louis también van a venir.

—Vale.

Al oírlo, Dave intentó mostrar una expresión complacida, pero sus rasgos faciales se negaron a colaborar. Incluso después de tantos años, seguía sin sentirse cómodo teniendo a aquellos dos hombres en su local. Cuando el bar estaba tranquilo había oído a algunos de los detectives del estado y de la ciudad que bebían en el Bear hablar sobre Angel y Louis. «Asesinos domesticados» era una de las descripciones más amables. La mayoría ni siquiera se molestaban en añadir el adjetivo.

Angel y Louis habían ido al Bear varias veces mientras Parker estaba en el hospital y a lo largo de su convalecencia, y eso había puesto a Dave más nervioso que cuando se presentaban acompañados por el detective. Peor aún, en un par de ocasiones habían ido con los hermanos Fulci, y cada vez que los Fulci entraban en su bar, a Dave le venía a la cabeza la turbadora imagen mental de su amado establecimiento destrozado a su alrededor y los ladrillos utilizados como munición contra las fuerzas de la razón.

Parker vio la lucha que se libraba en los rasgos de Dave.

—Ya sabes que les caes bien a Angel y Louis, ¿no?

—¿Y eso cómo puede saberse? —preguntó Dave. A Angel casi podía comprenderlo. Sonreía alguna vez, aunque fuera ese tipo de sonrisa que muy bien puede significar lo contrario. Pero a Louis..., ése apenas sonreía, y cuando lo hacía, era como la última expresión que veía un ratón en la cara de un gato antes de que le clavara las garras en la garganta.

—Tienen un estilo propio de dar a conocer sus sentimientos negativos hacia alguien.

—Pero no los positivos —dijo Dave.

—No —reconoció Parker—, éstos no tanto.

Fue hasta el último apartado que había a la izquierda de la barra y se sentó mirando hacia el exterior. Ya había investigado a Jerome Burnel y conocía los detalles de su caso. El nombre le había resultado familiar en cuanto oyó el mensaje, y unos pocos minutos en internet habían llenado todas las lagunas. La pequeña libreta Moleskine de Parker contenía ahora una lista de detalles y nombres, incluidos los del fiscal y el abogado en el juicio de Burnel.

Burnel había cumplido cinco años por sus delitos. El caso había recibido una cobertura considerable dada la historia de Burnel, y la mayoría de las noticias de prensa adoptaron una perspectiva similar: la palabra «héroe» se repetía, pero siempre asociada con los términos «mancillado», «de vergüenza», «deshonrado». Los medios habían creado a Burnel y en un precipitado impulso por expiar su culpa lo hicieron añicos mientras caía.

La investigación inicial sobre Burnel había empezado después de que se recibiera un chivatazo anónimo en la Oficina Postal de Estados Unidos de la Forest Avenue de Portland. La Cuarta Enmienda protegía las cartas y paquetes de primera clase contra cualquier registro y requisa sin mandato judicial, y un chivatazo anónimo no ofrecía causa probable para pedirlo, pero ese mismo tipo de garantías no se aplicaba a otro tipo de correo, y uno de los paquetes para Burnel había sido enviado por Media Mail. Se abrió y se descubrió que contenía cien imágenes sexualmente explícitas de niños, con lo cual pudo obtenerse la orden judicial para un registro de la casa de Burnel, donde se encontró más material, y eso finalmente dio lugar a su detención, a su acusación y condena.

En circunstancias normales, Parker no se habría molestado por un caso como el de Burnel, pero le pareció llamativo que éste se hubiera negado a declararse culpable a cambio de una posible reducción de pena, a pesar de todas las pruebas que había en su contra. El tiempo que se cumplía en la cárcel por delitos sexuales con niños era duro: cualquier abogado medianamente decente se lo habría dejado claro a su cliente, y el abogado de Burnel era uno de los mejores. Burnel carecía de antecedentes penales, y sus actos del pasado podrían haber hecho que un juez lo mirara con mejores ojos, sobre todo si el fiscal estaba dispuesto a cooperar. Sin embargo, contra Burnel estaba la cantidad y naturaleza de la pornografía descubierta: miles de imágenes explícitas y a menudo violentas, muchas de ellas almacenadas en su ordenador, y algunas de niños muy pequeños. Dado que parte de ese material se le había enviado a través del Servicio Postal, la jurisdicción pertinente era la federal. Pero, en un movimiento poco habitual, la Oficina del Fiscal de Estados Unidos para el distrito de Maine cedió su potestad al estado, sobre todo porque no podía establecerse de manera concluyente que Burnel hubiera

enviado material, o pedido que se lo enviaran, fuera de los límites del estado. De la misma forma, las imágenes explícitas halladas en una serie de dispositivos USB en el garaje de Burnel tampoco podían vincularse concluyentemente a una actividad interestatal. Pese a todo, Parker estaba seguro de que, para renunciar a su jurisdicción, el fiscal federal habría exigido algunas garantías de que Burnel recibiría una sentencia apropiada, equivalente, al menos, al mínimo de cinco años que se imponía por posesión de ese tipo de material según la ley federal. Al final, le condenaron a ocho años, que se redujeron a cinco tras una apelación, y a una multa de cincuenta mil dólares. Ahora había salido y quería contratar a Parker.

Y éste habría rechazado la propuesta si no hubiera sido por dos razones. La primera era lo que Burnel había hecho antes de que pasara todo aquello, el acto de heroísmo que le había convertido en famoso por un breve periodo. Y la segunda, el pequeño detalle de que el abogado de Burnel había sido lo bastante inteligente para plantar cara en su juicio, aunque no hubiera conseguido gran cosa. No se habían encontrado imágenes de pornografía infantil en el portátil de Burnel, que él se llevaba habitualmente cuando se iba de viaje. Las únicas que se descubrieron estaban en el ordenador de sobremesa de su casa, que ni siquiera tenía una contraseña de acceso como protección. Parker no sabía mucho sobre Burnel, pero lo poco que había averiguado no le llevaba a sospechar que el hombre fuera idiota, y sólo un idiota almacenaría material explícito ilegal en un ordenador doméstico sin medidas de seguridad cuando podría haberlo llevado fácilmente en su portátil privado.

Angel y Louis llegaron mientras seguía dándole vueltas al problema. Habían firmado un contrato de alquiler a largo plazo de un apartamento del East End de Portland, que daba al río, y parecían contentos por haber de desplazarse regularmente entre esa ciudad y su base de Nueva York. Era una buena noticia para los mejores restaurantes de la zona, después de que se hubieran acostumbrado al peculiar gusto en el vestir de Angel y se hubieran convencido de que no iba a robarles ningún cubierto.

Parker no los había visto desde la detención de Roger Ormsby. Seguirle había sido un trabajo que les había llevado su tiempo y había requerido pedir

personal de más. El dinero que le llegaba a Parker de Ross le permitía pagar de forma razonablemente generosa esos servicios. Angel y Louis habían intentado rechazar la compensación, pero Parker estaba construyendo un nuevo orden, y también ayudaba el hecho de que fuera dinero de los federales, y no de Parker, el que entraba en sus bolsillos.

—¿No ha llegado todavía? —preguntó Louis, porque Parker ya les había hablado de la llamada de Burnel.

—Dijo a las cinco —respondió Parker—, y sólo son menos diez.

—Aún no entiendo por qué le dedicas un solo segundo de tu tiempo —dijo Angel. Dave Evans se había apartado de él cuando llegó, notando por el tono de su voz que esa tarde no habría sonrisas. De niño, hombres con gustos como los de Burnel le habían hecho daño a Angel, y su rabia contra ellos nunca había menguado.

—Por curiosidad —dijo Parker.

—No me hace gracia.

—Lo sé.

Parker no le dijo a Angel que no debería haber venido. Angel había querido, y Parker no era quien para impedirselo, aunque lo hubiera preferido. Una parte de Angel quería observar a Burnel, como si pudiera atisbar en su rostro los fantasmas de otros como él, que hacía mucho habían abandonado este mundo, y avivar con ellos las llamas que había prendido.

Y Parker quería que Angel mirara a Burnel y estuviera presente cuando contara su historia.

Porque él sabría si Burnel decía la verdad.

Burnel llegó con un minuto de antelación, y Parker supuso que habría estado esperando en algún sitio cerca, o simplemente dando vueltas a la manzana para hacer tiempo. Reconoció a Burnel por las fotografías que había encontrado mientras lo investigaba, aunque el hombre había sufrido el envejecimiento prematuro de los presos, y se le notaba el peso de los años de mala alimentación y restricción de movimiento.

Había quienes afirmaban ser capaces de reconocer a un ex preso por su porte y aspecto, pero la mayoría mentía, y los que no mentían no eran de fiar. Si Parker no hubiera sabido nada de Burnel, simplemente lo habría tomado por un hombre de mediana edad, de altura y complexión medias, que sólo delató un leve nerviosismo en su reacción al verse en el espacio cerrado del Bear. Mantenía la cabeza baja, pero sus ojos saltaban de cara en cara, como habrían hecho en la cárcel, buscando qué presos evitar, cuáles eran neutrales y cuáles amistosos; y de esta última categoría no habría habido muchos, no para un hombre como Burnel. Parker no se hacía ilusiones sobre lo que habría tenido que soportar Burnel: palizas, fluidos corporales en su comida y cosas peores. Mucho peores.

—¿Es ése? —preguntó Angel.

—Sí —dijo Parker.

A su lado, sintió que Angel se tensaba. ¿Habría sido Angel uno de los torturadores de Burnel de haberse encontrado ambos encarcelados tras los

mismos muros? A Parker le gustaría pensar que no, pero ¿quién sabe? Sólo en momentos como éstos parte de la rabia que acumulaba Angel en su interior encontraba una chispa y la brasa empezaba a arder. Louis le lanzó una única mirada a Burnel y no delató la menor pista del sentido de sus pensamientos.

Parker se puso en pie y levantó la mano a modo saludo. Burnel lo vio y se acercó. Se mantuvo a distancia de los hombres sentados en la barra, y se aproximó al apartado trazando una curva en lugar de ir en línea recta.

—¿Señor Parker? —dijo.

Parker asintió y extendió la mano. Burnel se la estrechó, vacilante al principio, pero con más fuerza al reaccionar al apretón de Parker.

—Gracias por aceptar verme —dijo Burnel.

—No es ninguna molestia.

Parker presentó a Louis y Angel como «socios». Louis alzó un dedo como saludo, mientras que Angel concedió a Burnel una mueca de los músculos alrededor de su boca, como un hombre en la silla del médico intentando decidir si lo que sentía era dolor o mera incomodidad.

—Tenía la impresión de que trabajaba solo —dijo Burnel.

—A veces esa impresión suele resultar útil. Por favor, siéntese.

Louis se levantó y se acomodó en el apartado contiguo con su copa de tinto. Dado que Parker había ocupado el último apartado, eso significaba que nadie escucharía su conversación. Angel y Parker tomaban café, y éste le preguntó a Burnel si quería uno o prefería algo más fuerte.

—No he bebido nada desde que he salido —dijo Burnel.

—¿De verdad? —dijo Parker.

—Creía que sería lo que más me apetecería en cuanto saliera, bueno, una de las primeras cosas, al menos —prosiguió Burnel. Hablaba con titubeos, como si no estuviera convencido de que todavía poseyera todas las palabras que podría necesitar para expresar sus pensamientos—. Pero cuando llegó la hora, no lo fue.

—¿Y qué fue?

—No lo sé —dijo Burnel. Parecía sinceramente confuso.

—Es un verdadero *shock*, ¿no? —preguntó Parker.

—¿Estar libre?

—Sí.

—Supongo que sí. Tenía un montón de planes, todas las cosas a las que les dedicaría los primeros días en cuanto saliera de allí, pero no ha pasado nada. He tomado algún buen café. Básicamente, lo que me gusta es caminar. Me gusta dar de comer a las palomas, aunque alguien me dijo que no estaba permitido. No sé si es verdad. Espero que no. Me gustaría tener un perro, pero... —Se interrumpió y sonrió arrepentido—. Esto no tiene ningún interés para ustedes —dijo—. Carece de importancia. Y no soy libre, no lo soy, porque me han impuesto todo tipo de condiciones al salir. Por el momento, no puedo abandonar el estado y tengo que hablar con terapeutas y oficiales de libertad condicional. Cuando me paro para sentarme un rato, debo asegurarme antes de que no haya niños cerca. No se me permite acceder a internet. Mi nombre consta en el Registro de Delincuentes Sexuales, y, por si todo eso fuera poco, ayer hojeé un periódico en una cafetería y había un artículo sobre mi liberación, con una vieja foto mía. He cambiado, pero no tanto como para que alguien no sea capaz de identificarme a partir de una fotografía. La gente ya me mira raro, o esa impresión me da. No sabría decir si han descubierto quién soy o si sólo son imaginaciones mías.

—Las cosas irán mejorando —dijo Parker.

—No, no mejorarán —dijo Burnel—, pero eso tampoco supondrá un problema durante mucho tiempo para mí.

—¿Por qué?

—Porque estaré muerto.

Burnel se miró los dedos de la mano derecha. No se mordía las uñas, pero las cutículas estaban melladas y desgarradas porque tiraba de ellas. Empezó a hacerlo mientras Parker y Angel lo observaban; se concentró obsesivamente en la zona alrededor de la uña del índice de la mano derecha, arrancándose una tira de piel que dejó al aire un pequeño triángulo de carne rosácea.

—¿Quiere decir que piensa quitarse la vida? —preguntó Parker.

—No —dijo Burnel sin levantar la vista—, me refiero a que alguien va a quitármela.

—¿Le han amenazado?

—No.

—¿Teme las consecuencias de que su nombre aparezca en el registro o esa foto en el periódico?

—No. —Pero Burnel acabó reconociendo—: Bueno, un poco. Tengo cuidado y sólo paseo por las noches, y siempre compruebo los alrededores cuando entro o salgo del edificio de mi apartamento. Pero por la foto sólo me darían una paliza, si es que llega a pasar algo, y ya he recibido bastantes. Eso no me preocupa, aunque no me apetece nada que me den más, pero no será así como me vaya, no bajo las botas de algún matón que se crea que le está haciendo un servicio a la comunidad apaleándome.

—En ese caso, ¿a qué se refiere, señor Burnel?

Burnel dejó de desgarrarse la piel. Se había hecho sangre y con eso pareció darse por contento. Se enjugó la burbuja roja que crecía en su dedo con el pulgar de la mano izquierda y miró fijamente a Parker.

—Yo no hice lo que dicen que hice —dijo—. No coleccionaba pornografía infantil. No la pedí. No la miré. No era mía. Lo único que hice fue parar a tomar un café en la gasolinera equivocada en el momento equivocado, y por eso voy a morir. Ésa es la razón por la que ha pasado todo esto. Si hubiera seguido conduciendo, no estaría aquí hablando con usted. Todavía tendría un futuro. —Sonrió—. Mire, creo que al final me tomaré una cerveza, si le parece bien.

—¿De qué clase? —preguntó Parker.

—Da igual, cualquiera. Todas me sabrán bien.

Parker pidió una *ale* de la Maine Beer Company. Pensó que, ya puestos, mejor que el dinero quedara en casa. Cuando se la sirvieron, Burnel dio un largo trago para empezar, pero el resto se la bebió a sorbos. Cuando acabó de contar su historia todavía quedaba un poco en el fondo del vaso, y el café de Parker se había enfriado. La luz del bar había cambiado, y el nivel de ruido era más alto, pero ninguno de los cuatro hombres se había dado cuenta, al menos no hasta el final. A esas alturas, Louis se había unido al grupo, porque Burnel hablaba en voz baja y no había peligro de que alguien les escuchara.

Un hombre que conducía una noche oscura de otoño, una gasolinera que aparece a lo lejos: detenerse o seguir adelante. Con tales decisiones se salvaban unas vidas, se ponía fin a otras, y algunas se destruían...

La noche que cambió su vida, hacía sólo cinco días que Jerome Burnel había cumplido los cuarenta. Trabajaba como gestor de una cadena de joyerías que mantenía sus contactos lo menos visibles que podía, prefiriendo presentarse como negocios familiares independientes mientras se valía de los mejores términos que ofrecía la compra al por mayor. En la práctica, todo era propiedad de un hombre llamado Owen Larraby, de Boston, cuyo golpe de suerte había consistido en casarse con una hermosa judía llamada Ahuva Baer que tenía conexiones familiares con el distrito de los diamantes de Nueva York. Larraby había conocido a Ahuva cuando él empezaba en el oficio con Rabinow & Saft en Queens, siendo uno de los pocos gentiles que se había licenciado en su polvorienta universidad de gemología.

Hacía mucho que Rabinow & Saft había pasado a mejor vida, como también Ahuva Baer, que había muerto demasiado joven, a los cincuenta y tres años. Owen Larraby seguía vivo y coleando a los setenta y nueve, aunque no había vuelto a casarse tras la muerte de su esposa, y no mostraba más interés por las mujeres que el que imponía la educación. Eso era perfectamente comprensible para cualquiera que hubiera conocido a su esposa, incluido el padre de Jerome Burnel, Andreas, que había sido, durante muchos años, representante de Larraby en el nordeste, y el propio Jerome, que había asumido el puesto de su padre cuando unos problemas de espalda impidieron que el anciano hiciera los kilómetros requeridos en la carretera.

Pero Andreas seguía ejerciendo un considerable grado de influencia sobre su antiguo territorio a través de Jerome, que sólo esporádicamente se resentía de las llamadas diarias de su padre, porque a Andreas Burnel no le cabía la menor duda de que los teléfonos móviles habían sido inventados sin otro propósito que asegurar que su hijo no echara a perder el casi medio siglo de cuidadoso trabajo que le había costado establecer una red de contactos.

Pero el oficio estaba cambiando. Aunque las familias gastaban más que nunca en joyas y relojes, la gente quería más por menos, como en todo lo demás, ya fueran libros o judías. A veces Jerome veía a los charlatanes de los canales de televenta y se maravillaba de la estupidez de los que todavía no se habían dado cuenta de que, cuando se trataba de joyería, lo que parecía una ganga nunca lo era en realidad. En el negocio de las joyas, o al menos en la parte del mismo en que se movían hombres como Owen Larraby y los Burnel, recibías lo que pagabas, y nada barato valía el precio que costaba. Ésa era una de las lecciones que Andreas Burnel le había inculcado a su hijo. La otra era una comprensión del deseo: la suya era una industria movida no por los objetos en sí, sino por aquellos que deseaban poseerlos. Por eso los charlatanes de la tele ganaban tanto dinero vendiendo porquería a los palurdos: el deseo de poseer algo que brillaba y resplandecía estaba arraigado en todo el mundo, y si no podías permitirte lo mejor, te quedabas con cualquier imitación que pudieras pagarte, y no hacías caso a la voz de la duda que te susurraba que era una locura.

Tradicionalmente, ese deseo alcanzaba su apogeo durante dos periodos de las vidas de las personas: entre los veintitantos y los treinta y tantos, cuando empezaban a pensar en el matrimonio; y de los cincuenta y cinco a los sesenta y cuatro, cuando los adultos llegaban a la cumbre de su poder adquisitivo e imaginaban que no hacían ningún daño si se regalaban a sí mismos y a sus cónyuges unos pocos lujos antes de que llegara la hora de empezar a preocuparse por los hospitales y por quién se quedaría con el Rolex en el testamento. El negocio se había centrado básicamente en esos dos grupos.

Pero desde que el padre de Jerome se había retirado, los mayores incrementos de gasto en joyerías se habían dado entre los consumidores más

jóvenes, los de menos de veinticinco, y los más ancianos, de más de setenta. Los jóvenes disponían de más dinero que antes, y los ancianos eran más longevos. Lo único que no había cambiado era en qué se gastaba el dinero la mayoría, a saber, en diamantes. Suelos o engastados, tanto daba: el efectivo gravitaba hacia los diamantes, ya fuera en ingresos generados en ventas directas o a través de servicios complementarios como mantenimiento, pulido y reparaciones.

Eso significaba que, más que nunca hasta entonces, Jerome Burnel necesitaba tener diamantes a disposición de sus tiendas, y a veces con poca antelación, lo que, en términos reales, se traducían como «ahora mismo». Aquella noche en concreto, la noche que lo cambió todo, llevaba diamantes por valor de ciento veinte mil dólares en un bolsillo especialmente diseñado cosido en el interior de su chaqueta. También llevaba un maletín, pero no era más que un señuelo y sólo contenía diamantes de imitación y circonitas cúbicas dispuestas en fundas de plástico transparentes como muestra. En caso de que lo atracaran —cosa que hasta el momento nunca había ocurrido, gracias a Dios y a todos los santos—, simplemente entregaría el maletín sin resistencia, confiando en que los ladrones fueran lo bastante inteligentes para no agravar el robo con un asesinato.

Hacía muy poco que Burnel había empezado a llevar un arma, después de que a un par de colegas conocidos les hubieran asaltado y les hubieran robado, uno con tal violencia que ahora llevaba una placa en la cabeza y sólo podía hablar por el lado izquierdo de la boca. Burnel se sentía más incómodo por el revólver que por cualquier cantidad de diamantes que escondiera en su persona. Detestaba el peso y la forma del arma. Siempre le molestaba llevarla en la funda sujeta al cinturón, aunque el pequeño Ruger pesaba menos de medio kilo y casi le cabía en la palma de la mano. Había practicado sacándolo de su funda de cuero delante del espejo del baño, pero se había sentido un poco ridículo, como si estuviera jugando a pistoleros. Al principio, el arma tenía que ajustarse perfectamente a la funda, que había elegido porque el vendedor le dijo que el cuero era lo mejor para llevarla oculta. Desgraciadamente, un arma oculta no le serviría de gran cosa si no podía sacarla de la funda, pero Owen Larraby, que sabía de armas, le dijo que

mojara el cuero, pusiera el revólver en una bolsa de plástico de cierre hermético y lo metiera dentro de la bolsa en la funda durante una noche. Eso ayudó un poco, pero Burnel se vio obligado a comprar esa especie de gel llamado Leather Lightning de Mitch Rosen para que la funda diera de sí lo bastante y poder extraer de ese modo el arma con facilidad.

Todo eso suponía que, si pasaba lo peor, Burnel tendría tiempo para armarse y luego sería capaz de disparar a cualquier ladrón potencial, nada de lo cual le parecía muy probable a él mismo. Simplemente no se veía matando a otro hombre, ni siquiera por conservar una bolsa de diamantes. Había pagado por un par de visitas al campo de tiro local para conseguir el mínimo de competencia requerida para obtener el permiso, pero la compañía le había resultado molesta. No era ningún obseso de las armas, y la primera vez que acudió se encontró con hombres —y dos mujeres— a su lado que tenían armas de sobra para enfrentarse al Estado Islámico. Más tarde, cuando volvió con el Ruger, le explicó al encargado por qué se había comprado el revólver, y el tipo lo había llevado a uno de los extremos del campo y le había acercado la silueta que hacía de blanco.

—Vaya acostumbrándose a disparar a la figura de un hombre —fue el consejo que recibió Burnel—. Apunte al torso. Nada de virguerías.

Burnel había disparado y recargado, disparado y recargado, hasta que le pitaron los oídos, la empuñadura del arma se había vuelto resbaladiza por el sudor y el centro del blanco con forma humana quedó destrozado. Desde entonces no había vuelto a sacar el arma de la funda, ni siquiera para limpiarla. La llevaba sujeta al cinturón, escondida en el vientre. No le había dicho nada a su mujer al respecto. No sabía por qué, salvo que tenía un pálpito sobre cómo reaccionaría Norah si lo veía con un arma en el cinturón. Se partiría de risa: puede que no fuera una risa burlona, pues hacía mucho que él había aprendido a diferenciar los diversos tonos de desaprobación y risa forzada con que reflejaba su opinión sobre los actos de su marido, sino simplemente una reacción espontánea ante lo improbable de lo que estaba viendo. Él había acabado por comprender que para su mujer era una decepción en muchos sentidos, del mismo modo que ella lo era para él.

Ésa fue una de las razones por las que, cuando la gasolinera apareció ante

él, decidió hacer una parada para tomarse un café. Estaba a menos de una hora de Portland y de su casa, y ni siquiera necesitaba un café ni una parada de descanso, pero cada vez se sentía más feliz a solas que en su propio hogar, y pasaba cada vez más tiempo en la carretera que nunca. Incluso había empezado a buscar nuevos clientes tan al norte como Presque Isle y Fort Kent, sólo por tener una excusa para pasar un par de noches más en un motel, y estaba diversificando su catálogo con piezas únicas de artesanos locales en su empeño por expandir su gama de ofertas, lo que le daba más oportunidades para viajar. A Norah no parecía importarle. Ambos sabían que se acercaba el momento en que tendrían que abordar la separación y el divorcio. Tal vez las cosas habrían sido distintas si hubieran tenido un hijo, o tal vez no. Simplemente no estaban hechos el uno para el otro, y los niños sólo habrían convertido una situación desagradable en algo más triste y más complicado.

Se preguntaba si Norah tenía un lío. No lo creía, pero le sorprendió lo poco que le molestaba la posibilidad. En cuanto a él, no era ese tipo de hombre, y tampoco era que las mujeres se le echaran encima pidiéndole que las tomara como le viniera en gana. Cuando Norah y él se divorciasen, si es que lo hacían, volvería a probar, pero hasta entonces lo sobrellevaría sin demasiado consuelo femenino, ni físico ni emocional. No creía que supiera manejar la tensión de su atribulada vida hogareña a la vez que una segunda y secreta existencia como adúltero. Le daría un ataque al corazón.

La gasolinera era por comparación una rareza, razón por lo que la había elegido para su parada de descanso: un local familiar, sin asomo del neón ostentoso e impersonal de las grandes cadenas. El edificio estaba pintado de rojo y blanco, de manera que recordaba más a un restaurante de la costa que a otra cosa. En la pared se había pintado un mural con dos perros, en el extremo derecho, y bajo él había un cuenco de agua y un segundo cuenco lleno de bocados para perros. Dentro, las cajas registradoras estaban a la izquierda, y a la derecha había una zona para sentarse con mesas y taburetes de pino, y un saliente que daba al patio de entrada. Burnel se había detenido allí algunas veces a poner gasolina, pero sólo el tiempo necesario para llenar el depósito y pagar. Recordaba un rótulo al lado de una cafetera en el que

decía que todos los *muffins* y pastas eran caseras, y éstas se exponían en estantes de madera, sobre el papel en el que habían sido horneadas en lugar de sudando dentro de un envoltorio de plástico.

Burnel aparcó a un lado de la gasolinera. Notó la humedad del aire en cuanto se apeó del coche, y cuando entraba en el local, las primeras gotas empezaron a tamborilear en el suelo. El interior era cálido y olía a pan recién horneado y a café, con un leve matiz de fondo a gasolina. Sonaba música: algo de jazz ligero que no molestaría a nadie. Desde detrás de la barra, un hombre de sesenta y muchos y una chica en la veintena que se le parecía tanto que sólo podía ser su hija conversaban con una mujer mayor que se apoyaba en el expositor de prensa vacío, sosteniendo una cajetilla de cigarrillos en una mano y un pitillo sin encender en la otra, que utilizaba para subrayar algún comentario en particular y pautar sus palabras, como un director que blandiera una batuta ante una orquesta. La mujer mayor llevaba puestas unas zapatillas de lanilla disparejas y un chal de piel de mapache, que tenía toda la pinta de que los mapaches utilizados para confeccionarlo habían dejado este mundo hacía muchas décadas, aunque no sin presentar batalla antes de irse. Los tres saludaron a Burnel cuando entró y luego volvieron a su charla, que giraba en torno al precio del combustible de la calefacción, un tema recurrente en Maine cuando se acercaba el invierno.

La mujer mayor se llamaba Kezia, a juzgar por la frecuencia con la que el hombre de detrás de la barra se veía obligado a decir «Vamos a ver, Kezia» y «No te pongas así conmigo, Kezia», como reacción a las diatribas de su interlocutora. Kezia, a su vez, se dirigía a él como Bryce, y parecía apelar a su hija como voz de la razón, como cuando dijo «Paige, dile a tu padre aquí presente, Bryce...», como si el hombre sufriera una especie de sordera selectiva o se hubiera olvidado de su posición en el mundo. Pero todo se decía con aire bonachón, y los dos ancianos le parecieron a Burnel un par de cascarrabias de primera.

El café estaba recién hecho. Se llenó un vaso de papel y escogió un *muffin* del estante. No estaba caliente, pero por el roce y el olor supo que era bastante fresco. No tenía la textura fría y desagradablemente húmeda de una pasta que ha sido descongelada para su consumo. Se había convertido en un

experto en esas materias a lo largo de los años que llevaba por las carreteras. Se acercó al mostrador, pagó lo que había cogido y se sentó junto a la ventana. Llevaba la mochila consigo —el maletín de muestras, junto a las piedras sin valor, lo había dejado en el coche—, pero no tocó el ordenador portátil, aunque todavía tenía algo de trabajo pendiente. Le daría una excusa para evitar a Norah cuando llegara a casa. Siempre le dejaba solo cuando trabajaba. Al menos, ella reconocía el valor de un dólar, y Burnel aportaba a la pareja muchos más que ella. Norah poseía el cincuenta y uno por ciento de una tienda de ropa *vintage* en South Portland, de la que también era la administradora. Burnel distaba mucho de ser un apasionado de la moda, pero incluso él sabía que la mayor parte de lo que vendía su mujer había sido basura de mal gusto en los años setenta, ochenta y noventa, y seguía siéndolo ahora, por lo que mucha de aquella ropa acumulaba polvo en las perchas. La socia de Norah, Judie, tenía mejor ojo, y era ella la que encontraba las piezas con valor a las que podían sacar el beneficio que mantenía la tienda abierta.

Así que, en vez de comprobar los correos electrónicos y cotejar pedidos, Burnel sacó un ejemplar de *El conde de Montecristo* de su bolsa y lo abrió por donde había dejado la lectura antes, ese mismo día. El libro era gigantesco y sólo se sumergía en la lectura cuando estaba de viaje o cuando Norah salía. Si ella lo veía con un libro en la mano lo tomaba como un signo de que podía molestarle. Norah no leía. Ni tampoco veía la televisión, salvo los programas de moda y de cambio de *look*. La mayor parte del tiempo se la pasaba fumando y charlando con sus amigas por el móvil, o mirando al vacío mientras imaginaba otras existencias que hasta ese momento el destino le había negado.

Burnel oyó cómo frenaban dos vehículos en el aparcamiento de la gasolinera. Levantó la vista a tiempo de ver cómo se apagaban las luces de una furgoneta gris y un sedán oscuro a su lado, y cómo aparecían dos hombres y se dirigían despacio hacia el edificio donde él se encontraba, aparentemente indiferentes a la lluvia. Al principio, Burnel creyó que el aspecto del más alto de los dos se veía distorsionado a causa del cristal y de los dibujos que se formaban con la lluvia, pero cuando entraron, vio que el recién llegado era de una delgadez antinatural, tenía los dedos torcidos por lo

que probablemente fuera una artritis precoz. Los pesados párpados habrían hecho pensar en alguien atrapado entre el sueño y la vigilia si no fuera por el brillo arácnido de sus ojos oscuros. Cuando éstos se volvieron rápidamente hacia Burnel, él sintió que unas diminutas y afiladas patas se arrastraban por la piel de su cara, y no pudo evitar el gesto de quitárselas frotándose con la mano.

La furgoneta gris le sonaba, aunque no supo ubicarla. Creía haberla visto antes, esa misma tarde. No tenía nada que llamara la atención, pero uno la recordaba por las razones equivocadas, como una fiesta aburrida o una comida mala.

El más bajo de los dos se encaminó directamente al mostrador y pidió una cajetilla de cigarrillos. Mientras lo hacía, el más alto se volvió hacia la puerta y corrió el pestillo para cerrarla.

—Eh —dijo Kezia—, ¿qué haces? —Las dos palabras de la pregunta salieron en un único y limpio sonido. Al no recibir respuesta, le gritó a Bryce —: ¡Eh, Bryce! Ese tío ha cerrado la puerta.

El hombre alto se volvió y le dio un fuerte puñetazo en la cara. El golpe derribó a Kezia de rodillas, y su atacante se sacudió después la dolorida mano torcida. A esas alturas, su compañero había sacado un arma y apuntaba a Bryce y a su hija.

—Nada de alarmas —dijo—. Nada de gritos. Apaga las luces de fuera. Atenúa las de dentro.

No dejó de apuntar a Bryce mientras éste se dirigía a una caja de interruptores que había en la pared junto a las cajas registradoras. Mientras tanto, su socio se echó sobre Burnel, lo levantó de su taburete y lo arrojó al suelo, donde quedó despatarrado. Las luces del exterior estaban apagadas y a los pocos segundos sólo seguían encendidas un puñado de lámparas del fondo del local.

—Las cajas están casi vacías —dijo Bryce—. Mi hija ha ido al banco esta mañana.

—Cállate —ordenó el pistolero—. Vete al fondo, junto a los refrescos.

Hizo un gesto con el arma y Bryce y Paige se dirigieron hacia el fondo. Burnel se fijó en que Paige no había abierto la boca desde que entraron los

hombres. Se había puesto lívida en cuanto vio el arma. Algún sentido atávico le había dicho que eso no iba a acabar bien, que era imposible. Más tarde, con la sangre todavía fresca sobre ella le contaría a la policía que había visto la expresión de la cara del pistolero cuando la miró, y en sus ojos había visto una imagen de sí misma violada y luego destripada como un pescado.

—¡Tú! —El pistolero miró hacia Burnel—. Ayuda a la vieja a levantarse.

Burnel, que permanecía en el suelo, se levantó despacio. Vigilado por el hombre alto, se acercó a donde yacía Kezia, desplomada entre paquetes de chicles desparramados. Se fijó en que todavía aferraba su cigarrillo, aunque se había roto al caer. Sangraba por la boca, pero estaba consciente y el aspecto de su rostro era profundamente hostil cuando clavó la mirada en el hombre que la había golpeado.

—Cabrón —dijo mientras Burnel la ayudaba a ponerse en pie, y el hombre alto dejó a la vista sus dientes, muy blancos y uniformes. Cuando las dos hileras de dientes se juntaron, se oyó un chasquido seguido de más, y Burnel supo, para sus adentros, que ese espantajo estaba mordiendo carne.

—Cállese, ahora —dijo Burnel, y ella fue lo bastante inteligente para hacerle caso y guardar silencio hasta que los dos llegaron al fondo del local. Paige y Bryce ya estaban sentados contra la pared al lado de las neveras. A su izquierda había una puerta cerrada protegida por una cerradura con combinación.

—¿Hay alguien más ahí? —le preguntó el pistolero a Bryce.

—No, sólo nosotros.

—Si me mientes...

—No le miento. Por favor, llévese lo que quiera, pero no le haga daño a nadie —miró a Kezia, a la que Burnel estaba colocando en una posición cómoda—, no haga más de lo que ya han hecho.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer? —El tono del pistolero era monótono, pero Bryce era demasiado inteligente para dejarse engañar.

—No, se lo estoy pidiendo; suplicando, si lo prefiere.

El pistolero asintió.

—Eso está mejor. Los móviles fuera, en el suelo. Ya.

A Kezia se le había caído del bolsillo cuando se desplomó, y el hombre

alto lo puso con los demás. Bryce llevaba el suyo en el cinturón; Paige, en el bolsillo trasero de los vaqueros. Los dos los arrojaron a los pies del pistolero, pero Burnel se les había adelantado con el suyo. También él llevaba una funda en el cinturón para el teléfono. Estaba en el lado contrario de la del arma, y no le apetecía nada dar a esos hombres un motivo para que lo registraran, porque no sólo encontrarían el revólver, sino también las piedras preciosas en su bolsa. De hecho, le sorprendió que no se hubieran tomado la molestia de empezar registrando a los cautivos, pero tal vez se creían capaces de juzgar a los demás mejor de lo que en realidad hacían.

—¿Cuál es la combinación de la cerradura? —le preguntó el pistolero a Bryce.

—Cinco-cero-cero-cinco-seis.

—¿Qué hay ahí dentro

—Espacio de almacén. Un lavabo para los empleados. La oficina.

—¿El sistema de grabación de tus cámaras de seguridad?

Una pausa.

—Sí.

—¿Un arma?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

El pistolero intercambió una mirada con el otro, el monstruo. Burnel vio que la mano derecha no la tenía tan retorcida como la izquierda. En ese momento la metió bajo su larga, demasiado larga, chaqueta, y Burnel oyó el sonido de metal contra cuero. Cuando la mano reapareció, sostenía un machete corto.

—Dios mío —dijo Kezia, y Paige empezó a sollozar.

—Por favor —pidió Bryce de nuevo—. Por favor...

—Mi her... —empezó a decir el pistolero, pero se interrumpió—. Mi *amigo* aquí presente —se corrigió— os vigilará mientras yo echo una mirada detrás de esa puerta. No le van mucho las armas de fuego. Es mejor con las blancas. No creo que os apetezca que os lo demuestre.

Apuntó a Paige con la pistola.

—Tú, señorita. De pie. Vas a abrirme la puerta y a enseñarme el sitio.
Paige no se movió. Sabía lo que pasaría detrás de la puerta.

—No —dijo en voz baja.

El pistolero se acuclilló delante de ella y le presionó la boca con el cañón del arma con tal fuerza que la mira le partió el labio.

—Me parece que no me has oído bien —dijo.

Le metió la mira de la pistola bajo los dientes y la utilizó para obligarla a ponerse en pie tirando. Al hacerlo, apartó la mirada de ella y la fijó en Burnel.

—Y tú —dijo—. Me gusta tu chaqueta.

Que fue el momento en que el ayudante del sheriff de Sagadahoc County se detuvo en el exterior.

De vuelta en el Bear, Burnel dio un sorbo de cerveza.

—¿Se ha encontrado alguna vez en esa situación? —le preguntó a Parker—. Me refiero, ya sabe, a merced de alguien sin piedad.

Sonrió ante su propia manera de expresarlo, y Parker tuvo un atisbo del tipo de hombre que era Burnel, y, en algún lugar, en lo más hondo de sí mismo, todavía podría ser: listo, pero no excesivamente; confiado y educado, pero no arrogante. Pero ¿la clase de hombre que almacena pornografía infantil en formato tanto electrónico como físico y no lo hace de manera segura?

Eso todavía estaba por ver.

—Todos nos hemos encontrado en una situación así —dijo Parker, que fue cuando Louis se unió a ellos—. Bueno —añadió Parker mirando a Louis y replanteándose su respuesta a la luz de su presencia—, la mayoría de nosotros.

—Y sobrevivieron —dijo Burnel. Pasó la mirada de Parker a Angel y luego de nuevo a éste.

—El hecho de que ahora tenga oyentes indica que sí —dijo Angel. Su tono no desveló la menor insinuación de que su predisposición hacia Burnel se hubiera suavizado en el curso de su relato.

—¿Y la otra parte implicada?

—Ha sucedido más de una vez —dijo Parker.

—En ese caso, las *partes* implicadas.

Se hizo un largo silencio hasta que Louis respondió la pregunta.

—No salieron tan bien paradas.

—Pero —le dijo Parker a Burnel—, en eso coincidimos, ¿no?

—Sí —respondió Burnel—, diría que sí.

Y retomó el hilo de su relato.

Sagadahoc County era el condado más pequeño del estado de Maine, y muchos de sus moradores eran descendientes de presbiterianos escoto-irlandeses, entre ellos el ayudante del sheriff Ralph Erskine. Le habían puesto ese nombre en recuerdo de un destacado eclesiástico presbiteriano del siglo XVIII, del que había una estatua en el centro del pueblo de Dunfermline, en Escocia. El ayudante Erskine quería hacerse una foto al lado de su tocayo en cuanto tuviera el dinero suficiente para jubilarse y así poder realizar el peregrinaje a su hogar ancestral.

Erskine creía que había salido bien parado en la cuestión de la nomenclatura: su hermano mayor, Ebenezer Erskine, también recibió el nombre de un clérigo escocés, que había sido, a su vez, hermano mayor del Ralph Erskine original. Todo eso se debía a que el difunto padre del ayudante Erskine, un hombre inconcebiblemente mezquino, había sido pastor en el Presbiterio Septentrional de Nueva Inglaterra. A su muerte se descubrió que, además de dejar diversas sumas pequeñas a su familia en su testamento, y sumas más cuantiosas a su amada iglesia, también había destinado una cantidad de quinientos dólares para una «humilde celebración de su vida», mientras no se gastara en nada más fuerte que té y limonada. Para asegurarse de que todos captaban el mensaje, su testamento incluía un pertinente fragmento de la constitución de la Iglesia Presbiteriana Reformada de

América del Norte, que avisaba que «es de sabios y apropiado que los cristianos se abstengan del uso, la venta y fabricación de bebidas alcohólicas». Al ayudante Erskine le había complacido, y no poco, desviar parte de esos quinientos dólares a la adquisición de una botella de Balvenie de quince años, que Ebenezer y él compartieron a los pies de la tumba de su padre.

Al ayudante Erskine le faltaba una semana para cumplir los cincuenta y tres cuando se detuvo delante de la gasolinera de la familia Dunstan. Tenía esposa, cuatro hijos y un nieto. También le gustaban los pasteles que preparaba la esposa de Bryce Dunstan, Dot. Como casi era diabético, su propia mujer le advertía cada dos por tres que esa debilidad acabaría matándole algún día.

Esa noche en concreto, Erskine no tenía la intención de darse el gusto de un *muffin* bien hecho, porque ya había comido un bocadillo en el Firehouse Subs de Topsham, pero las luces apagadas de la gasolinera le habían llamado la atención. A veces, Bryce cerraba temprano si le daba por ahí, pero para él temprano eran las nueve de la noche, y todavía faltaba una hora. Erskine paró delante, se acercó a la puerta e intentó abrirla. La mayoría de las luces estaban apagadas, salvo un par del fondo, y captó movimiento. Llamó al cristal y gritó el nombre de Bryce, pero no recibió respuesta.

—Eh, ¿va todo bien por ahí? —preguntó.

Bryce apareció al fondo del local y le saludó con la mano.

—Sí, muy bien —gritó—. Estaba cerrando.

Pero no se acercó a la puerta.

Ralph Erskine estaba un poco gordo y, cuando se ponía nervioso, tendía a tartamudear. Nunca había aspirado al cargo de sheriff, ni siquiera al de ayudante. Ni quiso ser teniente, sargento ni cabo. El ascenso habría significado más dinero, pero también habría implicado más trabajo administrativo, papeleo adicional y reuniones, y Erskine detestaba más las reuniones que las hemorroides.

Nada de lo cual significaba que no fuera inteligente. Simplemente le gustaba ser patrullero, y hacía bien su trabajo. Era como si lo hubieran alimentado para serlo desde el útero materno. En ese momento sintió de

forma instintiva que algo no iba bien en el local de Dunstan, y la necesidad de tener cierta seguridad al respecto le impidió volver a su coche y solicitar apoyo.

Erskine mantuvo el tono de voz todo lo natural que fue capaz.

—Anda, Bryce, tengo frío y estoy empapado, necesito un café. Sé un buen cristiano conmigo.

Desde donde estaba Erskine era difícil ver la cara de Bryce, pero estaba casi seguro de que el anciano escuchaba a alguien que tenía a su izquierda. Lo supo por la leve inclinación de la cabeza de Bryce. Erskine giró un poco el cuerpo, deslizó la mano hacia la cartuchera y desabrochó con suavidad la correa que aseguraba su arma.

—Acabo de vaciar la cafetera —dijo Bryce por fin.

—Pues entonces podrías preparar otra. Puedes permitírtelo, con lo que cobras.

Bryce se encaminó hacia la puerta, pero se movía como un actor que interpreta un papel, y lo hace frente a un público que no quería. Erskine lo observó aproximarse, pero sus ojos recorrían también los espacios alrededor de su amigo. El ángulo de los expositores le entorpecía el campo de visión, pero tampoco quería que su atención resultara demasiado obvia. Dot debía de estar atrás, o Paige, la hija de Bryce, y si Erskine no se equivocaba, no estaban solas.

Bryce acercó la mano a la puerta, pero no la abrió.

—Estoy muy cansado, Ed —dijo—. Y no me encuentro muy bien. Si no te importa, preferiría acabar de recoger e irme a casa.

Ed. No Ralph. Ralph Erskine y Bryce Dunstan se conocían desde hacía décadas. Eso no había sido un error.

Erskine mantuvo su mirada.

—Claro —dijo—. Lo entiendo. ¿Está Dot por ahí para echarte una mano?

—No, pero Paige sí está.

—¿Alguien más?

Bryce se pasó la lengua por los labios.

—Antes pasaron un par de clientes... —empezó a decir, y fue entonces cuando el hombre que se hacía llamar Henry apareció por detrás de la caja

registradora y disparó a Ralph Erskine a través del cristal. La primera bala le alcanzó en la parte alta del hombro izquierdo, pero se la apañó para sacar su arma antes de que la segunda bala le diera en el pecho.

Bryce Dunstan se encogió y se cubrió la cabeza con la mano derecha, como si eso pudiera repeler cualquier bala que le dispararan. Ralph Erskine yacía en el suelo fuera, cubierto de añicos de cristal, mientras la vida le abandonaba entre borbotones rojos. Un último chorro salió de su boca y Erskine se quedó inmóvil.

Por debajo de la mano, Bryce se aventuró a alzar la mirada. El arma le apuntaba ahora directamente a la cara.

—Viejo cabrón estúpido —dijo el pistolero.

Y Bryce cerró los ojos, apretándolos con todas sus fuerzas cuando oyó el primer disparo, y sólo volvió a abrirlos para averiguar por qué, contra todo lo imaginable, no estaba muerto.

Burnel miraba al hombre alto, que se había visto obligado a agacharse para evitar que el ayudante del sheriff lo viera desde la puerta. La postura aumentaba su parecido con un enorme insecto palo, mientras oscilaba la cabeza intentando oír lo que se decían el ayudante y Bryce y observarlos a través de las rendijas de los expositores. Con la mano derecha sostenía el machete corto pegado a la garganta de Paige, y la izquierda la había metido entre el pelo de la chica. Burnel vio que la cara del hombre alto se torcía de dolor. No paraba de cambiar de postura, y Burnel comprendió que estaba profundamente podrido tanto física como moralmente. La mujer mayor, Kezia, estaba semiinconsciente, sumida en la conmoción. Murmuraba para sí, en voz baja, pero lo bastante audible para inquietar al hombre alto, cuyos pequeños ojos se clavaron en ella antes de fijarse en Burnel.

—Hazla callar —dijo.

Era la primera vez que aquel hombre hablaba y masculló las palabras, así que sonaron como «Hajlacachar».

Kezia estaba a la derecha de Burnel. Él no sabía qué hacer. Suponía que podía taponarle la boca, pero eso quizá empeorase las cosas. ¿Y si así la despertaba de su aturdimiento y sufría un ataque de pánico o empezaba a dar patadas y a gritar? Burnel no sabía hasta dónde llegaría el ruido desde allí. ¿Y si el policía la oía? Pero, bien mirado, pensó, ¿cuánto más podía agravarse la situación? No creía que fueran a salir con vida de allí. No comprendía ni había conocido a hombres como éstos, pero desprendían el olor a la sangre y las excreciones aterrorizadas de sus víctimas.

—Cálmese —le dijo a Kezia. Se volvió hacia ella, retorciendo su cuerpo y extendiendo el brazo izquierdo para abrazarla, y entonces oyó el primer disparo. El hombre alto estiró la parte superior del cuerpo y levantó la cabeza, para ver mejor qué estaba pasando, y el machete se separó un poco de la garganta de Paige, aunque la agarraba todavía por el pelo, arrastrándola consigo mientras intentaba descubrir quién había disparado. Seguía mirando hacia fuera cuando Burnel, con la mano derecha oculta por su cuerpo, la introdujo bajo la chaqueta y sacó el Ruger de su funda.

Desde la puerta les llegó el ruido de un segundo disparo. Burnel se separó de Kezia, se apartó la chaqueta con la mano izquierda y levantó la derecha. El hombre alto no miró en dirección de Burnel hasta que el arma ya estaba desenfundada y apuntándole, pero a esas alturas los últimos granos de su reloj de arena ya habían empezado a caer. Burnel pensó en las dianas del campo de tiro, eliminando de la ecuación los rasgos y la humanidad del hombre alto, reduciéndolo a una imagen bidimensional colgada en el espacio.

Había apuntado a la parte superior del cuerpo de la diana, pero el arma dio un respingo en su mano, o puede que se debiera a lo mucho que temblaba Burnel. En cualquier caso, la bala alcanzó al hombre alto justo debajo de la barbilla y se abrió paso perforándole la lengua y el paladar antes de reventarle el cerebro y salirle por la coronilla.

El hombre alto estaba desplomándose cuando Burnel se puso en pie. Los oídos le pitaban por el solitario disparo. Paige chillaba y Kezia murmuraba en voz más alta, pero a Burnel le parecía que aquellos sonidos procedían de muy lejos. Caminó como si algo lo obligara a moverse. Sentía una presión en los riñones, como si una mano lo empujara hacia delante. Salió al pasillo y vio la

puerta con el cristal hecho añicos y una figura tumbada en el suelo de fuera. Vio a Bryce agachado a la derecha del cristal roto, y al pistolero a su izquierda, con parte de su cuerpo en el pasillo, pero volviéndose ya hacia Burnel. Éste levantó la mano izquierda para apoyar el Ruger en las dos y notó que el arma ya no se sacudía.

Oyó un disparo desde la parte delantera del local y una botella de plástico de refresco explotó cerca de su cabeza, salpicándole de líquido. Burnel no intentó ocultarse. No buscó refugio. Ya era demasiado tarde para eso. El pistolero de la puerta y él estaban unidos por lazos invisibles. Burnel avanzó, disparando una y otra vez, aunque no se fiaba de su puntería a esa distancia. Tenía que acortarla.

Vio que el pistolero se encogía y cambiaba de posición. Tras él, Bryce, que se había tirado al suelo cuando empezó el tiroteo, se arrastraba lentamente hacia el cuerpo desplomado al otro lado de la puerta. Burnel supuso que intentaba recuperar el arma del ayudante del sheriff a través del cristal roto. Eso estaba bien. Si Burnel moría, tal vez Bryce acabaría con el cabrón que lo habría matado.

Sonaron dos disparos seguidos. Burnel sintió un tirón en la chaqueta, y un cristal se rompió cerca de él. Volvió a disparar y al pistolero le dio una sacudida como si hubiera recibido una potente descarga eléctrica. La mano que sostenía el arma se desplomó a su costado, y Burnel apretó el gatillo una vez más manteniendo el arma tan horizontal como pudo, sorprendido de lo relajado que se sentía, incluso con la adrenalina que sabía que debía estar recorriéndole el organismo. El pistolero tuvo un segundo espasmo, luego le dio la espalda a Burnel y salió tambaleándose por la puerta sin cristal, pisando la mano del muerto en el suelo incluso cuando Bryce levantó el arma del ayudante, pero no disparó, pues vio algo en el rostro del pistolero que le dijo que su carrera había acabado, que cualquier amenaza que supusiera antes ya había llegado a su fin, así que Bryce no tenía por qué molestarse en infligirle más daños y cargar con la muerte de esa criatura contaminada en su conciencia.

El pistolero se tambaleó encorvado hacia la furgoneta. Disparó su arma, pero el cañón apuntaba al suelo. Bryce levantó la mirada y vio a Jerome

Burnel saliendo bajo la lluvia, sosteniendo su arma todavía con firmeza por delante, sin pestañear mientras seguía implacablemente al herido y le disparaba dos veces más, y no dejó de apuntarle mientras se derrumbaba en el patio manchado de petróleo; luego se situó a horcajadas sobre él y apretó el gatillo una y otra vez mientras el percutor chasqueaba sobre las recámaras vacías.

Pero Bryce Dunstan no mencionó esa parte a la policía más tarde, cuando declaró que el asesino había intentado levantar su arma y abrir fuego de nuevo y eso obligó a Burnel a dispararle por la espalda para acabar con él. Tampoco es que a los policías o al fiscal del distrito, o ni siquiera a los medios, les preocupara mucho demorarse en los detalles de la muerte de la víctima: tenían un ayudante del sheriff asesinado y a un hombre corriente que había vengado su asesinato mientras reaccionaba para preservar su propia vida y las vidas de otros. Tenían un relato y un héroe, y con eso bastaba.

Durante un tiempo.

Más tarde, Jerome Burnel recordaría que, mientras estaba sobre el muerto en el aparcamiento de la gasolinera, sufrió escalofríos, seguidos de un mareo que al momento se transformó en náuseas. Vomitó en la maleza que había al borde del aparcamiento, y luego se sentó entre las hierbas y depositó suavemente su arma en el suelo, como si fuera una entidad durmiente que, de algún modo, un movimiento brusco podría despertar e impulsar a otro arrebato de actividad asesina. Pero, bajo la lluvia, supuso que la policía querría el arma como prueba, y dejarla sobre el asfalto sucio podría deslustrarla. Pensó en volver a guardársela en la funda, pero no quería ir armado cuando llegara la policía. Hurgó en sus bolsillos y no encontró nada con que proteger el arma.

Jerome Burnel se dio cuenta de que estaba sollozando.

Paige Dunstan cruzó la terraza y se colocó delante de él. Llevaba el teléfono móvil en la mano y Burnel supuso que acababa de llamar a la policía. Detrás de ella, Bryce cubría con un trapo de cocina el rostro del ayudante del sheriff muerto. Burnel la observó acercarse, pero no recordaba bien quién era, y se vio incapaz de relacionarla con lo que había pasado. Era, les dijo a los tres hombres del Great Lost Bear, como salir de una película y encontrarte a una de las actrices por la calle.

En cuanto a Paige, se fijó en que el muerto había sangrado mucho. Se alegraba. Esperaba que allá donde estuviera ahora ese cabrón siguiera

sintiendo el dolor de aquellas balas y que éste continuara hasta que Satán mismo se aburriera de esa tortura y buscara otra, más divertida, que la reemplazara. Sólo pensar lo que podría haberle ocurrido si aquel hombre la hubiera llevado al almacén le daban ganas de ir al lavabo.

Dejó de prestar atención al muerto y se fijó en el vivo.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —le dijo a Burnel.

—Jerome.

—Gracias, Jerome —dijo—. Yo soy Paige.

—No sé lo que he hecho —dijo Burnel.

—¿Qué?

—No era yo. Yo no disparé el arma. No maté a esos hombres. Vi cómo lo hacía otra persona, una que tenía el mismo aspecto que yo.

Paige extendió una mano hacia él.

—Me parece que será mejor que entres —dijo—. Aquí fuera atraparás un resfriado que te matará.

«Como a él», pensó Burnel, y sus ojos se posaron en el cuerpo que yacía a sólo unos metros. Se oyó reír entre dientes y se preguntó si Paige le habría oído también. Esperaba que no. Estaría mal. Se tapó la boca con la mano derecha para amortiguar el sonido. «Atrapó su muerte al vuelo. El hombre que se parecía a mí la arrojó como una pelota y él la atrapó, en la zona de anotación, al final del campo.»

—Jerome, ¿estás...?

Unas luces centellearon al norte indicando que se acercaba la policía. Mientras tanto, un coche se había detenido en los surtidores, y un hombre y una mujer preguntaban si todos estaban bien, pero la mujer ya estaba filmando lo sucedido con su teléfono móvil. Como una peli porno con la Fisgona y el Mirón.

Al verlo, Burnel recuperó la conciencia normal y casi se lo agradeció. Si hubiera empezado a reírse a carcajadas, quizá no habría podido parar nunca. Burnel no quería que lo grabaran. No quería que le hicieran fotografías que salieran en las noticias con la camisa manchada de vómito, pero menos aún quería aparecer en las noticias, punto. Estaba recuperando rápidamente el sentido común ahora que había dado un paso atrás hacia tierra firme saliendo

del viejo Río de la Locura. Le preocupaba que los muertos tuvieran amigos, del tipo a los que no les hace ninguna gracia que un representante de joyería llamado Jerome Burnel, de cuarenta años, casado (por ahora), residente en Portland, Maine, le hubiera reventado la tapa de los sesos a uno de sus colegas junto a una nevera llena de leche y le hubiera hecho cuatro agujeros a otro, dos de ellos en la espalda para rematarlo. Pensó en acercarse a la pareja y quitarles el móvil, pero de repente coches de policía y uniformes llenaron por entero su campo de visión, y aparecieron armas y se gritaron órdenes. Perdió de vista a la mujer con el móvil, pero acabaría conociendo muy bien el vídeo que había grabado, como mucha otra gente. Y mientras tanto una vocecita susurraba:

Pero ¿y si tienen amigos?

¿Y si tienen familia?

Burnel no quería ser un héroe, ni él mismo creía que lo fuera, pero pese a todo se convirtió en uno. Había preguntado si podría mantener oculta su identidad, pero era poco probable, incluso antes de que la mujer del coche vendiera su vídeo a los canales de televisión. Se negó a dar entrevistas, pero aun así los periodistas le llamaban sin parar. Rechazó recibir una condecoración del Departamento de Policía de Portland en su desayuno anual de galardones, pero más tarde se lo entregó un joven agente que le estrechó la mano y le agradeció lo que había hecho. La gente lo paraba por la calle y se hacía una foto con él. Los pedidos de los clientes se dispararon, pero ya no se sentía cómodo viajando con piedras preciosas encima, por si a alguien se le metía en la cabeza ir a por él. A consecuencia de todo aquello se vio obligado a pasar más tiempo trabajando desde casa, lo que significaba más tiempo en compañía de Norah, y ella era la única que no parecía impresionada por lo que había hecho.

Porque ella lo conocía.

—Has armado una buena —decía, con palabras distorsionadas por la inevitable nube de humo de cigarrillo—. El gran hombre con su revólver. Y ahora estás tan asustado que ni siquiera te atreves a salir de la puta casa.

Y tenía razón: estaba asustado. No le gustaba que lo reconocieran. No quería tener que llevar un arma nunca más, pero la necesitaba si salía de casa, porque hasta el último mono sabía que Jerome Burnel se dedicaba al negocio de la joyería y...

¿Y si tienen amigos? ¿Y si tienen familia?

Nadie reclamó los cadáveres, y éstos finalmente fueron enterrados en el sector de indigentes del Cementerio Magnolia de Augusta. Sus permisos de conducir, que los identificaban como Henry Forde y Tobin Simus, eran falsificaciones de muy buena calidad, que tal vez no habrían engañado a la mayoría de los policías, pero les servirían para un uso esporádico. Sus vehículos —un Saturn del 98 y una furgoneta Chevy Express Cargo del 2000— habían sido adquiridos recientemente, mediante pago en efectivo, en concesionarios de Virginia y New Hampshire, pero los trámites para el cambio de titularidad todavía no se habían iniciado.

La policía le devolvió el arma. Ni se planteó la posibilidad de que se presentaran cargos contra él, aunque un detective de la policía del estado, un hombre llamado Gordon Walsh, mostró cierta curiosidad por los últimos disparos, e hizo que Burnel contara un par de veces más su historia antes de dejarlo en paz, si no satisfecho del todo, sí lo bastante para no investigar más a fondo.

Poco a poco, una vez que el interés público se desvió a otras cuestiones, y aunque sólo fuera para alejarse de su esposa, Burnel volvió a la carretera.

Pero los sucesos en la gasolinera de Dunstan eran sólo una parte de la historia, y sólo una de las razones por las que Jerome Burnel se había convertido en héroe. Cuando la policía abrió la puerta trasera de la furgoneta, encontró, entre una amplia variedad de objetos robados, a una chica llamada Corrie Wyatt. Tenía los brazos y las piernas atados y una mordaza de bola en la boca. Una cadena alrededor de la cintura la sujetaba a un aro que había sido soldado al armazón interior de la furgoneta, seguramente con ese propósito preciso. Wyatt condujo a la policía a una casa en Gorham, donde encontraron los cadáveres de Mason Timard, su esposa Doreen y su hijo Nathan, junto a los restos de Todd Peltz y Barry Brown.

Más tarde, Corrie Wyatt sería uno de los pocos visitantes que no eran de

su familia que iba a verlo a la prisión estatal en Warren, junto a Paige Dunstan. Dunstan dejó de visitar a Burnel cuando llevaba menos de un año encarcelado. Se casó y se mudó a Oregón tras la muerte de su padre de una enfermedad del corazón y la venta de la gasolinera, aunque siguió escribiéndole hasta poco antes de desaparecer.

—¿Desaparecer? —preguntó Parker.

—Salió en los periódicos —dijo Burnel—. Era bibliotecaria en Ashland. Un día no regresó a casa del trabajo. Interrogaron a su marido, pero estaba en San Francisco por negocios cuando ella se desvaneció, y en realidad no creo que lo consideraran sospechoso. Si llegó a descubrirse lo que le pasó, no me enteré y eso que estuve indagando.

Las visitas de Corrie Wyatt simplemente se interrumpieron un año después del encarcelamiento de Burnel. No recibió ninguna explicación, porque ella nunca le había escrito. Un día estaba allí y al día siguiente ya no.

A Burnel todavía le quedaban un par de tragos de cerveza en el vaso, suficientes para acabar su relato si necesitaba un poco de lubricación. En el Bear sólo permanecían algunos clientes dispersos. Había sido una velada tranquila.

—Unos dos meses después del tiroteo, recibí una llamada de mi esposa que me decía que volviera a casa, que se habían presentado unos policías que querían hablar conmigo —dijo Burnel—. No me dio más explicaciones. Supuse que tendría que ver con aquellos dos hombres. Imaginé que tal vez los habían identificado finalmente o que había acabado sucediendo lo que yo temía y sus amigos habían dado conmigo.

Burnel se distrajo un momento. Siguió con la mirada a un joven que se encaminaba a los lavabos y al momento empezó a pellizcarse. Movi6 los labios, pero sin emitir ningún sonido. Parker vio que Angel observaba a Burnel. Le dio la impresión de que la expresión de Angel se había ablandado, pero no podría asegurarlo.

—¿Señor Burnel? —dijo Parker.

—¿Eh?

Burnel dejó de pellizcarse.

—Me ha parecido reconocer a ese hombre —dijo—. O él me ha reconocido a mí. Pero he debido de confundirme. Sí, seguramente.

Esperaron a que continuara.

—¿Por dónde iba? —preguntó.

—La visita de la policía —dijo Parker.

—La visita. Bien. Yo estaba en Kennebunk, así que no tardé mucho en el trayecto de vuelta en coche. De camino a casa, no dejaba de pensar en lo que haría si resultaba que me buscaban para vengarse por los tiroteos. ¿Y si eran rusos o chechenos? Había oído que esa gente era muy cruel, peor que los italianos. En ese caso, la policía tendría que esconderme en algún sitio para protegerme y sólo pensaba que no quería verme encerrado en un apartamento con mi esposa durante meses o años seguidos. A esas alturas, nuestro matrimonio ya estaba definitivamente en las últimas, y casi me habría sentido tentado de dejar que los rusos o los chechenos me pillaran, siempre que me prometieran dispararme y que todo fuera rápido.

»Pero la policía no había ido a casa para protegerme, en absoluto. Tenían todo ese... *material*, esas fotografías y películas con niños. Me lo enseñaron. Me preguntaron si era mío, y les dije que no, pero me di cuenta de que no me creían. Vi a algunos de los policías que habían hablado conmigo después del tiroteo, que me habían dado palmadas en la espalda y me habían llamado héroe, y me percaté de lo decepcionados y asqueados que estaban. Me detuvieron, me llevaron al Departamento de Policía de Portland, me interrogaron y luego me trasladaron a la cárcel de Cumberland County. Al día siguiente, me llevaron ante el tribunal de distrito y me impusieron una fianza de cuarenta mil dólares porque el fiscal dijo que la naturaleza de mi trabajo y la facilidad para transportar piedras preciosas aumentaban el riesgo potencial de fuga.

»Pero yo no disponía de esa suma de dinero. La tienda de Norah había quebrado y yo no ganaba tanto como antes. Visto con retrospectiva, creo que tal vez sufriera trastorno de estrés postraumático, y mi padre se había visto obligado a retomar una buena parte del trabajo rutinario del negocio. Entre los dos nos apañamos para pagar la fianza y me soltaron.

De modo que el nombre de Jerome Burnel apareció de nuevo en las noticias, aunque por razones distintas a las de antes. Su casa fue pintarrajeada con pintura roja y le rajaron repetidamente las ruedas del coche. Su mujer se fue de casa y pidió el divorcio. Acordaron tasar la casa para una venta rápida,

y con una parte de lo obtenido pagó las facturas legales. Volvió a vivir con sus padres. No trabajaba. Su padre se retiró de forma oficial y para siempre del negocio de la joyería, dado que su reputación se había visto mancillada por los delitos que supuestamente había cometido su hijo.

Con el tiempo, Burnel acabó en prisión.

—¿Hace falta que le cuente lo que me pasó en Warren? —preguntó.

—Sólo si usted quiere —dijo Parker.

—Puede imaginárselo usted mismo, pero las palizas fueron lo más llevadero. Ni siquiera en custodia con protección estaba a salvo. Durante más de cuatro de esos cinco años viví en el infierno. Los últimos meses sólo estuve en el purgatorio.

—¿Qué cambió? —preguntó Angel.

—Me pegaban todos los días, si podían pillarme, pero había un grupo especial de torturadores cuyo cabecilla era un tal Harpur Griffin. Le soltaron cinco meses antes que a mí, aunque me dejó un recuerdo para que no le olvidara. El día después de que lo pusieran en libertad, cinco hombres se turnaron para violarme. Me dijeron que era un regalo de Harpur. —Burnel se acabó la cerveza—. Esto es lo que creo, señor Parker: todo lo que me pasó fue consecuencia de lo que hice en la gasolinera de Dunstan. Me tendieron una trampa para que acabara en la cárcel y fuera castigado por mis acciones. También es probable que esa misma gente encontrara a Paige Dunstan y a Corrie Wyatt y las hiciera desaparecer de este mundo. Muy pronto a mí me pasará lo mismo. —Se metió la mano hasta el fondo de un bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre marrón acolchado. Lo deslizó por encima de la mesa hacia Parker—. Dentro está todo el dinero que me queda, menos unos dólares para salir adelante hasta que vengan a por mí. Cuando haya muerto, me gustaría que usted investigara lo que ha pasado, si no por mí, entonces por Paige y Corrie, y por la familia que asesinaron esos dos hombres, y aquellos amigos de Corrie que murieron tiroteados.

Parker no tocó el sobre. En el mejor de los casos, Burnel era un hombre roto; en el peor, uno que se autoengañaba. Estaba buscando una razón que explicara todo lo que había sucedido. Quería creer que había una lógica y un sentido en su sufrimiento.

Y Burnel, que adivinó sus pensamientos, dijo:

—¿Por qué habría de mentir sobre la pornografía infantil, señor Parker?, ¿por qué ahora?, ¿de qué me serviría? He cumplido la condena. Nadie me devolverá los años perdidos. Nunca recuperaré mi reputación. Si viviera lo suficiente, tal vez conseguiría algún empleo de inserción que me buscarían el estado o mi abogado, rodeado de otros acusados de los mismos delitos, limpiando basura y arrancando las malas hierbas de solares públicos, pero esa existencia no sería real. Yo no cometí ningún delito. Lo único que hice fue pararme a tomar un café en la gasolinera equivocada, y pronto pagaré por eso lo último que poseo, igual que pagaron Paige Dunstan y Corrie Wyatt. Y eso es lo curioso, señor Parker: no me importa pagar ese precio, porque ya he pagado todos los demás. Sólo quiero que no sea en vano.

Louis pidió más vino y fue el primero en hablar cuando se lo trajeron.

—Es toda una historia —dijo.

—Y usted no se la cree —dijo Burnel.

—Las he oído más raras.

Era el turno de Burnel para esbozar una expresión escéptica, pero sus dudas se difuminaron bajo la mirada implacable de Louis.

—Tengo que ir al lavabo —dijo Burnel. No es que le corriera prisa, pero notaba que esos tres hombres querrían estar un rato a solas para hablar de lo que les había contado. Entró en un urinario y mantuvo la puerta cerrada, porque ya no podía evitar los temblores cada vez que se metía en un lavabo.

—¿Y bien? —quiso saber Parker cuando Burnel se hubo ido. Esperó a que Angel hablara.

—Creo que dice la verdad sobre la pornografía infantil —contestó Angel.

—Me alegro —dijo Parker—, porque yo también lo creo.

—Pero de ahí a la gran teoría de la conspiración —dijo Angel— hay un buen salto.

—Si cuenta la verdad sobre la pornografía, está claro que alguien le tendió una trampa.

—Yo diría que fue la mujer —dijo Louis.

—Ahora ex mujer —puntualizó Parker—. Pero ¿qué ganaría ella? No parece que él se hubiera opuesto al divorcio, ni siquiera antes del tiroteo.

—Tal vez a ella simplemente no le caía bien —dijo Angel.

—Pues tendría que caerle muy pero que muy mal para querer verlo encarcelado y violado —supuso Louis.

—Sólo hemos escuchado su versión de la historia —dijo Angel—. A lo mejor era un marido espantoso.

—¿Te lo parece? A mí me da la impresión de que difícilmente daría más miedo que un espantapájaros.

—Y luego está lo de las dos mujeres desaparecidas —recordó Parker.

—¿Una coincidencia? —preguntó Angel—. Además no sabemos nada de esa Corrie Wyatt. El que dejara de visitarle no implica que la secuestraran, ni que esté muerta.

—Pero es todo muy raro —dijo Louis. Alzó la copa hacia Parker—. Tú decides.

Burnel volvió del lavabo. Tenía sangre fresca en las cutículas de dos de los dedos. Había algo más que seguramente también era cierto en aquel hombre, Parker lo sabía: no viviría mucho. Era una hoja apenas sujeta al árbol, a punto de caer.

Burnel no se sentó, sino que se quedó en pie delante de ellos.

—No les he contado un detalle —dijo—. Creí que les parecería demasiado raro, o que creerían que me lo había inventado, pero mientras estaba en el lavabo he pensado en algo que ha dicho este caballero. —Señaló a Louis—. Me ha dicho que habían escuchado historias más raras que la mía y, por lo que he leído sobre usted, señor Parker, puede que sea así.

Parker notó lo mucho que le costaba a Burnel seguir hablando.

—Poco antes de que lo pusieran en libertad, Harpur Griffin me violó por última vez —dijo—. Dos de sus amigos me sujetaban. Griffin había conseguido unas anfetaminas Adderall, con lo que fue más brutal de lo que solía. Por lo general se daba por contento maldiciéndome por ser un pedófilo, un perverso o incluso simplemente un marica, cualquier insulto que se le ocurriera en ese momento. Pero esa mañana estaba en otro sitio: se retorció, alucinaba. Y se puso violento, muy violento. —Burnel clavó la vista en un punto de la mesa, evitando mirar a la cara a los hombres con los que hablaba—. Griffin se inclinó para susurrarme al oído. Dijo:

»*Esto es por el Rey Muerto.*

»Lo repetía una y otra vez, al ritmo de sus embestidas...

»*Esto es por el Rey Muerto. Esto es por el Rey Muerto.*

»*Rey Muerto. Rey Muerto.*

El Rey Muerto.

Tercera parte

*Take to my side
And we'll walk on
To where the frost of the Dead King
Weigh heavy on the vine*

Espers, Dead King

[Ponte a mi lado
y nos encaminaremos
hacia donde la escarcha del Rey Muerto
vence con su peso a la enredadera]

En Plassey County todos lo conocían como «el Tajo», por la grieta que se abría en la colina que se alzaba sobre su extremo septentrional. El Tajo no era muy extenso —puede que unos veinticinco kilómetros cuadrados en total—, pero era todo terreno privado, y aquellos que vivían dentro de sus límites lo hacían aislados, al menos, tanto como era posible aislarse en el siglo XXI.

Plassey County se extendía al este de Charleston, en el punto donde las colinas boscosas empezaban a transformarse en tierra cultivable. Técnicamente, en el dialecto de los apalaches, se trataba de una cala, un valle entre dos crestas, pero era un valle superficial, poco profundo, con una suave pendiente apenas perceptible a medida que uno se adentraba en el territorio del Tajo. Ésa era la otra particularidad: el Tajo era tanto el lugar como sus moradores. Vivían en el Tajo y eran el Tajo. Lo llevaban dentro de sí y era de su propiedad; y, a su vez, ellos le pertenecían. A veces, los demás se referían a sus habitantes en singular, pero con la misma frecuencia lo hacían en plural: el Tajo «es», el Tajo «son». No tenía importancia. Daba igual, porque todo era el Tajo. Eso podría haber resultado confuso para los forasteros, pero la gente de Plassey County hacía lo posible para no referirse al Tajo nunca, y ciertamente procuraba no hablar de él con forasteros. Era mejor así.

De vez en cuando, los del Tajo acudían a los pueblos de Mortonville, Turley y Guyer's Crossing —las tres poblaciones principales de Plassey

County— para comprar suministros, o, muy ocasionalmente, de visita al médico, aunque eran en gran medida autosuficientes, y lo habían sido desde hacía generaciones. Cultivaban sus propias frutas y verduras, criaban cerdos, unas cuantas cabezas de ganado y muchos pollos. También tenían colmenas, pero últimamente les estaban dando problemas como a tantos otros apicultores. Oswald Hosey lo sabía porque tenía abejas y uno del Tajo — Oswald creía que podría ser uno de los hijos más jóvenes de la familia Gantley, pero no estaba seguro— había ido a verle hacía un año para hablar del tema con él. Los pesticidas eran, en opinión de Oswald, la causa, pero el joven Gantley dijo que en el Tajo no usaban pesticidas, y Oswald había intentado explicarle que le parecía muy bien que él y los suyos no utilizaran pesticidas, pero, a no ser que pudiera atar a sus abejas a la colmena con largas cuerdas, los insectos acabarían entrando en contacto con pesticidas tanto si le gustaba como si no.

Ante ese comentario, el joven Gantley se había quitado el sombrero de paja, se había enjugado la frente con la manga y había mirado con cara de asco las casas y granjas que formaban la mayor parte de la comunidad de Guyer's Crossing, como si quisiera borrarlas, a ellas y a las demás, de la faz de la tierra. Luego le había dado las gracias a Oswald por su tiempo y se había ido en su coche. Esa noche, alguien dejó cinco tarros de miel fresca en el umbral de Oswald, y éste tuvo que reconocer que era una miel de primera, aunque sólo pudo juzgarlo por el olor, porque ni se le pasaría por la cabeza comer ni una cucharada.

Ese tipo de encuentros eran los que tenía la población local del condado con el Tajo: inesperados, por lo general amables pero distantes, y raramente repetidos. Y en cada una de esas ocasiones los que no eran del Tajo volvían a sus casas acuciados por una aguda sensación de incomodidad, esa noche dormían mal, y se mostraban tensos y malhumorados con sus seres queridos, incluso cuando éstos intentaban acercarse a ellos y mantenerlos dentro de la protección que pudieran ofrecer vallas y paredes.

La gente del Tajo no era como ellos. Pertenece a un orden más antiguo.

Guyer's Crossing quedaba en el borde occidental del Tajo; Mortonville, en el oriental. Los otros pueblos cercanos eran Turley, sede del condado, en

el sur, y la pequeña Deep Dell, en el norte. Vistos sobre un mapa, habría parecido que el Tajo estaba rodeado, que era una reliquia de los viejos tiempos atrapada en los nuevos, pero para sus vecinos la impresión era, más bien, que ellos estaban a merced del Tajo. Se incrustaba como un cáncer en el corazón de Plassey County, como una fuente permanente de peligro, y ellos no se percatarían de la metástasis hasta que empezaran a caer los cadáveres.

A favor del Tajo y sus habitantes —si es que alguien tuviera que hablar bien por ellos, que no era el caso—, la verdad es que buena parte de la mitología que lo rodeaba se remontaba a siglos atrás, cuando sus primeros moradores, que habían colonizado el territorio antes que otros y habían combatido a los indios shawnee hasta una tensa tregua para mantener su derecho sobre las tierras, chocaron con los especuladores y los nuevos inmigrantes europeos.

La gente del Tajo —una mezcla de escandinavos, escoceses y algunos mestizos— había sido objeto de la desconfianza ajena desde el principio. Sus relaciones con los shawnee eran consideradas demasiado estrechas, impropias de buenos hombres blancos, una impresión intensificada por el sistema de propiedad comunal de la tierra que practicaban, y que habían adoptado de los propios shawnee, para quienes la idea de que un individuo poseyera el uso exclusivo de un trozo de tierra les resultaba de lo más extraña. En 1774, el Tajo también se había negado a participar en lo que se conocía como la guerra de Cresap, cuando un especulador llamado Michael Cresap encabezó a un grupo de voluntarios en una incursión de castigo contra las aldeas shawnee como respuesta a los ataques indígenas contra los nuevos asentamientos. El Tajo compartía la opinión de los shawnee de que la rápida multiplicación de los asentamientos constituía una amenaza para su forma de vida, y cuando algunos miembros de la familia del pacífico jefe mingo conocido como Logan fueron masacrados por las fuerzas de Cresap, se dijo que el Tajo había dado refugio a los demás. Como agradecimiento, cuando los guerreros de Logan empezaron a matar colonos como represalia, no tocaron al Tajo.

Pero los rumores que corrían por los asentamientos indicaban que no habían sido sólo los shawnee quienes habían matado a hombres y mujeres

blancos, y que el Tajo utilizó el conflicto para expulsar a sus vecinos más problemáticos y ampliar su esfera de influencia. Dos familias enteras fueron pasadas a cuchillo, mujeres y niños incluidos, con un salvajismo que no se había visto ni en los asaltos de los shawnee. Los rumores se hicieron tan persistentes que llegaron a oídos del conde de Dunmore, gobernador de Virginia, y cuando Dunmore acudió a parlamentar con los shawnee, liderados por su jefe Tallo de Maíz, lo hizo también con la intención de contener las acciones del Tajo.

Dunmore había planeado un movimiento de pinza sobre los shawnee, y había dividido sus fuerzas en dos grupos, uno comandado por él mismo, que atacaría desde el norte, y el otro que avanzaría desde el sur, dirigido por el especulador Andrew Lewis. Lewis era una espina clavada en la carne del Tajo, y se contaba que el Tajo instigó a los shawnee para que emboscaran a Lewis en la confluencia de los ríos Kanawha y Ohio. El resultado fueron grandes pérdidas para ambos bandos, los shawnee se vieron obligados a retirarse y, finalmente, a firmar el tratado de Camp Charlotte por el que renunciaban a cualquier reclamación sobre tierras al sur del Ohio. Eso agrió las relaciones entre los indígenas y el Tajo, con la consecuencia de que, durante la guerra de Independencia, cuando los nativos apoyaron a los británicos, el Tajo y su gente se encontraron apuntando con sus armas a sus antiguos aliados. Dice mucho de ellos que no vacilaron en apretar los gatillos.

A esas alturas había quedado definida la naturaleza de los colonos del Tajo: no se mezclaban, no colaboraban con las instituciones de Gobierno más allá del mínimo imprescindible y su existencia estaba determinada por la interdependencia y el apoyo mutuo. Según pasaban las décadas, y el siglo XVIII dio paso al XIX, y luego al XX, se hizo inevitable que el Tajo viera amenazado su aislamiento y tuviera que mantener ciertos vínculos con el mundo moderno. Hombres del Tajo lucharon en la guerra de Secesión, y más tarde en las dos guerras mundiales. Algunos incluso fueron a combatir a Corea y Vietnam. Pero siempre se mantenían aparte de sus camaradas y contaban poco de sus vidas en casa.

Al principio, el Tajo se articulaba en torno a un núcleo de doce familias, cada una de las cuales vivía a la vista de al menos otra vivienda. Una serie de

vallas y muros, complementados por setos de espino y zanjas, formaban lo que eran, de hecho, fortificaciones que se extendían como una serie de anillos concéntricos alrededor de un espacio central, conocido como la Plaza. Los forasteros no eran bienvenidos y raramente traspasaban el primer o segundo anillo sin que los vieran y los obligaran a retroceder.

Por descontado, algunos de los que entraron eran algo más que unos simples curiosos. Corrían rumores de que el Tajo era una fuente de oro y plata, y que quienes vivían en el asentamiento utilizaban esa riqueza secreta para pagarse su estilo de vida, una historia que nunca fue corroborada pese a los diversos intentos de exploraciones ilegales.

Entonces, mediado el siglo XIX, se extendió el rumor de que allí se practicaba el culto al diablo y se sacrificaba a niños, rumor en buena parte inspirado por un predicador revivalista llamado Wilbur Torey, alumno de Lyman Beecher, el cofundador de la Sociedad Americana para la Abstinencia. Torey plantó su tienda en Mortonsville e intentó acceder al Tajo para determinar qué forma de creencia religiosa practicaba la mayoría de su población, si es que practicaba alguna, dado que por entonces, como ahora, sólo un puñado de los habitantes del Tajo asistía a oficios de culto junto a las congregaciones establecidas en el condado. Torey fue expulsado por miembros de la familia Lydell, que ocupaban la zona más meridional del asentamiento. Cuando intentó entrar por otro punto, lo echaron a punta de pistola y le advirtieron que la próxima vez que entrara sin permiso, le dispararían. Humillado y creyendo que el Tajo era un mal que había que remediar antes del Segundo Advenimiento de Jesucristo, Torey empezó a predicar contra él y a sembrar el miedo y la inquietud entre aquellos que vivían en sus márgenes.

La noche del 23 de enero de 1855, Wilbur Torey desapareció. Se consiguió una orden de registro del Tajo, la primera gran intrusión en sus dominios desde las primeras escaramuzas del siglo anterior. Las familias del Tajo fueron retenidas a punta de pistola durante varios días mientras hombres y perros llevaban a cabo un registro a fondo de la zona, pero no se halló ni rastro de Torey y, finalmente, se abandonó la búsqueda. Sólo un siglo más tarde se descubrió un cuerpo en los bosques cerca de Grantsville, en Calhoun

County, que fue identificado como el de Wilbur Torey. Le faltaban todos los dedos de la mano derecha, y en el hueso temporal de la cabeza era visible una fractura producida por calor; también se descubrió ceniza que parecía hollín en la boca, y el interior del cráneo estaba ennegrecido. En los restos no se encontraron más signos de daños por fuego. Se llegó a la conclusión de que a Torey le habían llenado la boca con algún tipo de material inflamable que luego habían encendido, lo que provocó las manchas y la fractura del cráneo. La presencia de ceniza en la boca indicaba que se había hecho mientras Wilbur Torey todavía estaba vivo.

El registro de 1855 había sido la última vez que el mundo exterior y las fuerzas de la ley en concreto habían interferido de esa manera en la vida del Tajo. Las familias más antiguas decidieron que no se darían más motivos para provocar ese tipo de incursiones, y se tomaron muchas precauciones para evitar cualquier confrontación abierta que pudiera llevar a que las fuerzas federales, estatales o locales mostraran un interés especial por sus actividades. Pero la gente del Tajo no se limitó a poner la otra mejilla: metódicamente se propuso recordar a sus vecinos que tenían que dejar en paz al Tajo y que cualquier roce con él acabaría de mala manera para las otras partes implicadas. Las mascotas desaparecían de los patios; individuos enmascarados daban palizas por doquier; se incendiaban coches, casas e incluso negocios; y, en los casos más extremos, un puñado de vecinos siguió los pasos de Wilbur Torey: desaparecieron y nunca se volvió a saber de ellos.

Y aunque nunca se decía en voz alta, se daba por sentado que todos aquellos sucesos eran obra del Tajo.

Como ocurre a veces cuando una fuente potencial de daños no puede ser erradicada, pero se encuentra un modo de coexistir con ella, las cuatro comunidades principales de Plassey County se acostumbraron a esquivar cautelosamente al Tajo y, en la mayoría de los casos, se limitaron a vivir como si no existiera. Eso tenía incluso ciertas ventajas, porque el Tajo, para asegurarse el aislamiento y no llamar la atención de las fuerzas de la ley, asumió encargarse de aquellos cuyos actos delictivos amenazaban con socavar la paz de Plassey County. Así que no hubo incursiones de pandillas de moteros ni florecieron los laboratorios de metanfetamina: los productores

de meta, incluso los que la cocinaban en pequeñas cantidades, abandonaron pronto el negocio con la amenaza de acabar bajo tierra, y la fugaz tentativa de la pandilla de moteros The Pagans de establecerse en la zona había acabado con uno de sus cabecillas ahogado en una cantera, anclado al fondo con su Harley como lastre. Incluso los delitos contra la propiedad eran menos frecuentes que en el resto del estado. Si uno no se fijaba mucho, casi podría convencerse de que el Tajo era una peculiar fuerza del bien, que mantenía el orden a cambio del aislamiento.

Pero la gente de Plassey County sabía que no era así.

Oberon cruzó la Plaza central del Tajo bajo las primeras luces de la mañana. Se apellidaba Olhouser, aunque utilizaba el apellido tan raramente que casi había dejado de relacionarlo consigo mismo. Tampoco era probable que fuese el apellido con que sus ancestros habían llegado al Nuevo Mundo y que a esas alturas se había perdido por completo: Olhouser —que significaba «el morador de la vieja casa»— procedía del Tajo. Originalmente se refería a los cimientos de una cabaña en ruinas descubierta por los antepasados de Oberon en ese terreno, una cabaña que, según afirmaban los indígenas, había sido construida siglos atrás por un hombre de piel pálida que llevaba una espada larga. Lo que le había pasado, no supieron decírselo. La tradición de la tribu se limitaba a contar que un día simplemente se había evaporado, dejando que su morada se fuera derruyendo con el tiempo.

Pero el apellido Olhouser seguía siendo apropiado, porque él era el guardián del fortín.

Era un hombre corpulento, de más de uno noventa de estatura, con un largo cabello gris que le caía por debajo de los hombros. Le faltaba poco para cumplir los sesenta, pero el pelo había tenido ese color desde antes de los treinta, pues encanecer prematuramente era un rasgo heredado de la familia paterna. Tenía una barba tupida y llevaba vaqueros y botas de trabajo, así como un chaleco acolchado azul por encima de la camisa para protegerse del frío matinal. Tenía las manos llenas de cicatrices, y en la izquierda le faltaban las mitades superiores del dedo corazón y el meñique, que perdió de niño por

un descuido con una sierra circular. Sus ojos eran de un tono verde brillante y le daban un aspecto sobrenatural, que era la razón por la que su padre le había puesto el nombre de un rey de las hadas. Pero en el Tajo era costumbre poner nombres notables a sus hijos, y la comunidad estaba llena de personas bautizadas en homenaje a dioses y gobernantes del mundo antiguo, y a figuras de la Biblia.

A la izquierda de Oberon estaba su casa, protegida por unos abetos. La casa era una edificación de dos plantas, de madera y piedra, y, en su forma actual, se remontaba a principios del siglo XIX, aunque sus antepasados habían ocupado moradas en esa parcela desde principios del XVIII. Su mujer, Sherah, todavía dormía cuando salió, y también su hija.

Enfrente, al otro lado de la Plaza, se encontraba la casa de Cassander Hobb, el lugarteniente de Oberon. Cassander estaba fuera, bebiendo café y fumando un cigarrillo. Sus hijos no habían vuelto todavía de Maine. Cuando regresaran, Oberon los mandaría de batida, en busca de fincas vacías de las que llevarse los objetos de valor, o de blancos fáciles a los que aterrorizar y robar. El invierno se acercaba, y el Tajo interrumpiría sus batidas con la caída de las primeras nieves. Hasta entonces, seguirían buscando medios para complementar su riqueza.

Cassander alzó la taza a modo de saludo, pero no hizo ningún movimiento para acompañar a Oberon. Cassander sabía adónde iba y lo que haría cuando llegara allí. Era mejor dejarlo en paz, pensó Cassander. Ya contaría las conclusiones a las que había llegado a su debido tiempo.

Pero también era verdad que, en los últimos meses y cada vez más, ambos se habían distanciado. Cassander era diez años más joven que Oberon, e incluso se parecía a él, aunque su pelo era más corto y oscuro, y tenía los ojos castaños, no verdes. Tenía dos hijos varones, Oberon ninguno, y Sherah no daba signos de que fuera a tener un heredero varón. Eso en sí no bastaba para obligar a Oberon a hacerse a un lado y dejar el mando a Cassander; pero también había que tener en cuenta la cuestión de la creciente cautela de Oberon. Estaba menos dispuesto a asumir riesgos que antes, y eso al Tajo le costaba dinero. Cassander creía que a Oberon le asustaba el mundo moderno, y el temor era como una fisura en la piedra, una debilidad en la estructura del

edificio que se volvería más peligrosa con el paso del tiempo. Sólo en el asunto de Jerome Burnel había mostrado signos de su antigua forma de ser, y eso se debió a la naturaleza personal del daño que había infligido Burnel en la línea sucesoria de Oberon. Pero no bastaba con que un líder actuara movido exclusivamente por sus propios intereses: debía tener en cuenta las necesidades del conjunto.

Y luego estaba Sherah...

Y todo eso, en el gesto de alzar una taza e intercambiar saludos con las cabezas una mañana fresca de otoño.

Del sur de la Plaza salía una de las rutas principales del Tajo, que pasaba por delante de otras seis casas de camino a la carretera del condado, el primer punto de contacto con el mundo exterior. Carreteras similares se extendían al este y al oeste, bifurcándose en ambas direcciones, al cabo de varios kilómetros, en dos vías más estrechas que iban hacia el norte, las cuales se unían a poca distancia de la linde septentrional del Tajo. De esas arterias principales emergían caminos y senderos más pequeños, algunos lo bastante amplios para que los recorriera un vehículo, pero la mayoría con apenas la anchura necesaria para permitir el paso de un hombre. Las principales vías de entrada y salida del Tajo estaban vigiladas electrónicamente, de manera que cualquier vehículo que diera una señal de alarma sin desactivar el sistema de inmediato provocaba una respuesta de la familia más cercana. Las vías más pequeñas utilizaban métodos de vigilancia y disuasión más primitivos, entre ellos, cables atados a campanas, pesados cepos y, en algunos lugares, trampas de acero para animales. Hacía ya muchos años desde la última vez que unos desconocidos habían entrado en el Tajo, pero Oberon no había permitido que se relajara la guardia.

Al norte de la Plaza, a casi un kilómetro de distancia en el interior del bosque más antiguo del Tajo, había un edificio extraordinario: un fortín achaparrado, de dos plantas, que en el pasado había formado parte de las fortificaciones originales, cuando las familias principales habían vivido casi todo el tiempo dentro de los confines de la Plaza y sus alrededores, rodeadas por una empalizada de troncos afilados. Esas barreras habían desaparecido hacía mucho, aunque algunas partes seguían visibles en el bosque y en el

entorno de la Plaza; Cassander utilizaba una de esas secciones como muro para cultivar sus tomates, igual que habían hecho su padre y su abuelo antes que él. El fortín se mantenía en pie, pero se había permitido que la naturaleza se abriera paso por dentro, hasta cierto punto, y, desde hacía más de un siglo, un gran roble —ahora moribundo— había crecido en su interior y había atravesado el tejado. Pero en lugar de dejar que el fortín se acabara arruinando, la gente del Tajo había reparado y cambiado los tablones y las lamas del tejado donde fuera necesario, permitiendo que el fortín y el árbol se convirtieran en una especie de entidad única, una combinación de lo natural y lo artificial. Había una puerta en la fachada que daba al sur, y una serie de pequeñas ventanas de cristal, cubiertas de barrotes, que dejaban entrar la luz por todos los costados.

A la izquierda del fortín había un antiguo establo. Dentro, Oberon tenía dos zorras que estaban a punto de parir, así que lo primero que hizo fue ir a ver cómo estaban. Todo iba bien, o eso parecía; aunque su mujer era mejor con esas zorras embarazadas que él, todos compartían la responsabilidad de atenderlas, lo mismo que hacían con el ganado, los cerdos y las gallinas, los frutales y los huertos.

Oberon cerró la puerta y recorrió el sendero que conducía al fortín. Sintió que le faltaba el aliento y que el corazón se le desbocaba, como le pasaba siempre en esos momentos. Aun después de tantos años, no había disminuido su sobrecogimiento en lo más mínimo.

La llave del fortín era la única sujeta al trozo de hueso que le servía de llavero. El hueso había sido tallado a conciencia para que se asemejara a una corona. Parecía proceder de un animal, aunque muerto hacía mucho, pero Oberon sabía que en realidad era una parte del fémur de una mujer llamada Corrine Dotrice, que había muerto en 1952, tras años de buenos servicios para el Tajo, aunque ella misma no los habría descrito precisamente con esos términos.

Oberon se detuvo un momento antes de abrir la puerta. Los árboles empezaban a perder el follaje y a través de los huecos veía la luz que resplandecía en los alambres que se combaban sobre la Plaza, diseñados para impedir que un helicóptero aterrizara en la única zona del Tajo accesible

desde el aire. Los alambres llevaban ahí desde 1993, cuando el Tajo contempló con interés y alarma cómo el FBI asedió el recinto de los Davidianos en Waco, Texas. Había tres capas de alambre y, vistas desde abajo, parecían una intrincada telaraña. Era una disuasión no sólo para los helicópteros, sino para cualquier tentativa de descender haciendo rapel en la Plaza.

Oberon recelaba del FBI y de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, pese a todos los esfuerzos de la Asociación Nacional del Rifle por debilitarlos. El Tajo buscaba sus armas con cuidado —y casi siempre legalmente— y las mantenía en buenas condiciones para evitar compras adicionales innecesarias. Su gente no poseía más armas de fuego que las imprescindibles, aunque les sobraban municiones. Las dos palabras que Oberon siempre tenía presentes eran «causa probable»: el Tajo no daba ninguna razón a las fuerzas de la ley y el orden para que fueran a fisgonear. Sus necesidades eran escasas. Ni siquiera daban tantas batidas como en el pasado, y sus actividades delictivas eran relativamente infrecuentes y limitadas a satisfacer sus necesidades básicas. Algunos de sus hijos incluso habían dejado sus entornos para ir a la universidad, o a buscar empleo en ciudades y pueblos muy lejos de Virginia Occidental. Pero se daba por sentado que, una vez que se marchaban del Tajo, su relación con él ya no podía ser la misma. Cuando regresaban en Navidad, el día de Acción de Gracias o, inevitablemente, en los funerales, su libertad de movimiento estaba restringida, y les estaban vedadas ciertas partes del Tajo, entre ellas todo lo que quedaba al norte de la Plaza. Nadie incumplía las normas, por temor a poner en dificultades a los miembros de su familia.

Pero el Tajo estaba cambiando. Cuatro de sus casas se habían quedado vacías, y dos de ellas iban camino de convertirse en ruinas. El Tajo educaba a sus propios hijos, y los educaba bien, pero no podía protegerlos por completo de los atractivos del mundo más allá de sus límites. Ni podía ni quería impedir que se marcharan aquellos que desearan irse, de manera que su población menguaba gradualmente. Pese a todo, habían nacido dos niños en los últimos doce meses, y de parejas que llevaban los apellidos de las familias originales del Tajo, los Hayward y los Moline. Había otro matrimonio

programado para antes de Navidad. Todavía había esperanzas para el Tajo.

Pero Oberon no podía quitarse de encima una creciente sensación de intranquilidad. Se había intensificado en las últimas semanas y no sabría decir por qué. Se estaba formando una sombra. La veía con el rabillo del ojo, como un tumor que invadiera su campo de visión. Pronto les alcanzaría. Y por eso había venido al fortín, para conversar con el Rey Muerto.

Parker se ofreció a llevar a Burnel de vuelta a su apartamento, pero éste rechazó el gesto y pidió un taxi, que llegó a los pocos minutos. Los tres hombres le observaron al irse, con el sobre de dinero oculto bajo la chaqueta. Parker había optado por no aceptar el dinero, todavía no, aunque le había dicho a Burnel que eso no significaba que se negara a indagar en su caso. Sólo quería hacer algunas llamadas antes de comprometerse, una condición que Burnel entendió. Informó a Parker de que le dejaría el dinero a su abogado porque no quería guardar efectivo en su alojamiento más tiempo del necesario.

—«Rey Muerto» —dijo Louis cuando Burnel se hubo marchado—. ¿Creéis que ese Harpur Griffin se puso un apodo en la cárcel?

—Si lo hizo, lo habría oído más veces —dijo Parker. Antes de marcharse, Burnel había confirmado que Griffin sólo utilizó el nombre en aquella ocasión.

—Entonces ¿quién es el Rey Muerto?

—Tal vez tendría que buscar a Harpur Griffin y preguntárselo.

—Cuando lo hagas, ¿podremos acompañarte? —dijo Angel—. Parece el tipo de criminal al que le sentaría bien una conversación sobre su comportamiento.

—Y un poco de terapia —añadió Louis—, física, básicamente.

—Y desde luego de las que no aprobaría el estado —añadió Angel.

—Estáis dando por supuesto que voy a aceptar a Burnel como cliente — dijo Parker.

—Ya has empezado a rellenar el formulario marcando casillas. Te estoy viendo.

Parker pidió la cuenta.

—Primero tengo trabajo personal pendiente. Luego ya veremos.

Parker volvió en coche a su casa en Scarborough. Al igual que él, la casa conservaba cicatrices tanto físicas como psicológicas del ataque que casi había acabado con su vida. Pese a todos los esfuerzos de los hermanos Fulci, todavía notaba las diferencias en la textura de la pintura de las paredes donde habían tapado los orificios dejados por las balas y las postas de escopeta. Le habían cambiado la puerta del despacho, pero era tan nueva que le recordaba la que había perdido. Ya nunca le daba la espada a la noche cuando entraba por la puerta de la cocina, en la parte trasera de la casa, y había practicado con la mano izquierda para girar la llave en la cerradura de manera que la derecha quedara cerca de su arma. Y, casi un año después, todavía no había recobrado la tranquilidad anterior cuando oía los crujidos nocturnos y los ruidos de la vieja casa al reasentarse.

Se había planteado ponerla en venta. Le encantaban las marismas y el olor del mar, pero la ciudad de Portland le atraía cada vez más. Para empezar, significaría tener que conducir menos. Permanecer sentado con la espalda erguida durante un rato, por breve que fuera, seguía resultándole incómodo: por eso le gustaban los apartados del Great Lost Bear, porque le permitían tumbarse. Si encontraba una vivienda en el centro de Portland, podría ir a pie a bares, cafeterías e incluso a ver las películas del Nickelodeon. No había hablado del posible traslado con nadie, pero no dejaba de darle vueltas. No tenía razones para seguir tonteando solo en un espacio tan grande, y era muy consciente de su propia vulnerabilidad. Nadie habría sobrevivido a lo que él había superado sin perder de un modo u otro su sensación de seguridad.

Pese a todo, curiosamente, no tenía miedo. Los recuerdos de lo que había pasado le irritaban, como mucho, así como las precauciones que creía que

debía tomar para evitar que pudiera repetirse. El miedo no era un problema: sabía que su hija muerta le vigilaba desde las sombras, aunque no había recibido ninguna visita suya desde hacía semanas. A veces creía percibir su presencia, sobre todo cuando oscurecía, y siempre cuando estaba al aire libre. A ella le gustaban las marismas y los bosques. Era una criatura del mundo natural. Era el movimiento entre las hojas cuando no soplaba el viento, y las huellas en la hierba húmeda cuando nadie caminaba. Lo protegía, tanto por sí misma, pensaba Parker, como por su hermanastra, Sam.

Sam no era lo que él había creído. Era su hija y algo más: era un ser en proceso de desarrollo, pero lo que surgiera en última instancia de esa metamorfosis no podía preverse. Si Sam lo sabía, se negaba a decirlo.

Y Parker sospechaba que ella sí lo sabía. Lo había visto en sus ojos. *Están escuchando, papá.* Hasta que llegara el momento, ella tenía que permanecer oculta. *Siempre están escuchando.* Nadie podía saber que era un ser extraordinario, porque —*Ellos nos escucharán*— ese conocimiento los pondría en peligro.

Nos escucharán y vendrán.

Abrió su nuevo ordenador portátil, el que le había conseguido Louis. En la era actual de internet, nada estaba a salvo, y poco podía hacerse *online* sin que alguien mirara por encima de tu hombro. Pero el nuevo aparato era todo lo seguro que podía ser, y el peligro de que lo rastrearan era mínimo, sobre todo con el navegador Tor. La información contenida en él también estaba asegurada por varios cortafuegos y tantos procedimientos de seguridad que el propio Parker tenía que esforzarse para recordarlos todos, solo por si mandaba sus datos al vacío pulsando la tecla incorrecta.

El ordenador contenía toda la información reunida hasta el momento de la lista de nombres recuperada de los restos del avión en los Grandes Bosques del Norte. Se habían añadido más detalles a los perfiles de cada persona de esa lista —maridos, esposas, hijos, empleos, negocios, cuentas bancarias, coches en propiedad, casas compradas, acciones adquiridas, amigos, enemigos, conocidos— y se habían cruzado todos esos detalles con los de los

demás en una tentativa de establecer pautas y puntos de conexión.

El puñado de personas que conocía al agente especial Ross y su trabajo estaban convencidas de que Parker se dedicaba a una misión privada persiguiendo a los hombres y mujeres más peligrosos de la lista, pero se equivocaban. Era cierto que de vez en cuando alguno de ellos —como Roger Ormsby— podía emerger y merecía la pena engancharlo y tirar del sedal, pero Parker se daba por satisfecho con pasarle la mayoría de esos individuos a Ross sin implicarse siquiera en su detención. El FBI y la policía estaban en mejores condiciones para encargarse de ellos que él, incluso contando con la ayuda de Angel y Louis.

No, Parker estaba convencido de que en algún lugar de la lista —o tal vez fuera de ella— estaba la identidad de una única persona. La lista era un trabajo primerizo de un grupo de hombres y mujeres que se autodenominaban los Patrocinadores: egoístas, amorales y embarcados en la búsqueda de una deidad enterrada. La llamaban el Dios de las Avispas, o Aquel Que Espera Detrás del Espejo. La llamaban Abadón y la Antigua Serpiente. Era la luz que se apagaba, el sol eclipsado. *«Y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra. A él le dieron la llave del pozo del abismo.»*

Los Patrocinadores buscaban ese pozo, y tenían un jefe, alguien que estaba por encima de todos los demás. Parker creía que los nombres de la lista y los datos de sus vidas que estaba acumulando con la ayuda de Angel, Louis y un puñado de personas más, funcionaban como círculos o esferas de la existencia. Algunos de esos círculos se solapaban, creando una compleja serie de diagramas de Venn, y en algún punto de esos sectores sombreados, ya fuera como un nombre o como una ausencia repetida y perceptible, se hallaba la identidad de ese jefe. Parker podría pasarse una vida entera persiguiendo a los servidores, o podía encontrar al amo y destruirlo.

Trabajó hasta bien entrada la noche, sentado junto a la ventana de su cocina, vigilado por una niña muerta que hacía guardia desde un bosque de pinos broncos.

Y al oeste, en un establo reformado de Vermont, otra niña estaba sentada al

borde de su cama, mirando por la ventana, pero sin ver nada de lo que había al otro lado. A través de los ojos de su hermanastra, Sam observaba el rostro de su padre iluminado por el resplandor de una pantalla y escuchaba los susurros de un dios que se despertaba.

El día después de su conversación con Charlie Parker, Burnel se encaminó a reunirse por segunda vez con su oficial de libertad condicional, en la sede de la Administración Penitenciaria de Washington Avenue. Al parecer, tenía que realizar una segunda prueba del polígrafo, y ese cambio en el programa significaba que su primera sesión de terapia de grupo se adelantaría a primera hora de la tarde. No merecía la pena volver a su apartamento, así que entró en un local cercano para pedir un café y se puso a leer. Había comprado un puñado de novelas de ciencia ficción y fantasía de segunda mano a buen precio en la librería Green Hand de Congress, no lejos de su apartamento, y en ese momento estaba inmerso en la lectura de *El hombre demolido*, de Alfred Bester. Nunca había leído ese tipo de obras escapistas hasta que fue a la cárcel, y siempre había preferido el ensayo y el tipo de literatura que delataba el buen gusto del lector, pero nada enseña mejor a un hombre el valor del escapismo que la vida detrás de unos barrotes.

Podría haber tomado un autobús —los daños sufridos en la prisión le habían dejado con un dolor permanente—, pero prefirió ir andando. Se iba sintiendo un poco más cómodo con la ausencia de muros a su alrededor y le complacía la libertad de simplemente poder pasear por la calle. Además, caminar implicaba que era menos probable que llamara la atención de la policía, porque era muy consciente de los coches patrulla del Departamento de Policía de Portland que recorrían la ciudad, sobre todo por Congress y Old

Port. Sentarse en un banco o en una parada de autobús durante demasiado tiempo o, Dios no lo quisiera, pasar el rato en el parque de Congress Square, equivalía a agitar un imán delante de limaduras de hierro. Era muy probable que no se hubieran fijado en él, porque de hecho no destacaba: era él quien tenía esa sensación de diferencia y temía transmitírsela a los demás.

Y siempre era consciente de la presencia de niños: mantenía la distancia con ellos, no los miraba, por temor a que un contacto siquiera accidental con un grupo de escolares cerca del Museo Infantil o una mirada inoportuna, mientras caminaba cerca de la Portland High School en Cumberland Avenue, bastara para atraer a la policía.

Esa mañana lo había llamado su abogado. Una empresa de South Portland que vendía el tipo de bisutería de tercera que él antes despreciaba tenía un puesto libre en su departamento de compras, y el abogado les había pedido un favor. Burnel podía empezar el lunes si quería. Sorprendiéndose a sí mismo, había aceptado la oferta. Sólo más tarde se dio cuenta de que había empezado a hacer planes para algún tipo de futuro. Era una consecuencia de su reunión con el detective privado y sus dos colegas la noche anterior, y del hecho de que no hubieran rechazado su historia, ni sus temores, de buenas a primeras. Al contar lo que creía, los había atraído. Tal vez podrían protegerle. Incluso podría conseguir que lo absolvieran. Lo que más deseaba era recuperar su buen nombre. No quería morir con ese estigma.

Seguía inquieto por ese rostro que había visto en el Bear y que le sonaba mucho. No ubicaba al hombre que había ido al lavabo mientras hablaba con Parker, y ya se había ido cuando él fue a orinar, pero sus rasgos le habían recordado a alguien a quien conocía del pasado. No podría jurarlo, pero creyó reconocer en ellos al hombre que se hacía llamar Henry Forde. Burnel pensó que debería habérselo mencionado a Parker, pero temía que éste se lo tomara como una manifestación de paranoia si le contaba que le había parecido ver en el rostro de un desconocido la cara de un hombre al que había matado en el pasado.

El Cementerio del Este apareció a la derecha de Burnel, y la visión de las lápidas amenazó con convertir su cuento de hadas de un futuro en simple ceniza. Se resistió a caer en la desesperación porque tal vez todavía hubiera

esperanza para él. Veía tres posibles realidades. La primera era que tenía razón en todo y que su vida había sido arruinada como castigo por matar a los dos desconocidos en la gasolinera de Dunstan, un castigo que concluiría con su propia muerte. La segunda era que se equivocaba al tener tanto miedo y que sus años en prisión simplemente lo habían vuelto loco. No sería el primero en desmoronarse así y tampoco el último. A su tiempo, y con ayuda, tal vez podría recuperar la cordura.

¿Y la tercera? La tercera era que aquellos que habían querido atormentarle se habían olvidado de él, o pensaban que ya había sufrido bastante. Había perdido su reputación y lo poco que quedara de su matrimonio. Había perdido su hogar y años de su vida. Tenía los nervios rotos, y los daños internos causados por las repetidas agresiones físicas y sexuales le habían dejado hecho una piltrafa. Si también querían poner fin a su existencia, podían hacerlo, pero ésta ya tenía poco valor.

Sin embargo, mientras pensaba todo eso, comprendió que no quería morir. Nunca se había considerado un hombre fuerte, ni un superviviente, pero había superado cinco espantosos años de encarcelamiento, sobrellevado las veces en que se había planteado quitarse la vida, y ahí seguía, respirando, resistiendo. Encontraría un empleo y buscaría un sitio mejor donde vivir. Continuaría dando de comer a las palomas del Deering Oaks Park y del Eastern Promenade. Incluso podría buscar un perro como compañía. Siempre había querido tener un perro, pero Norah era alérgica a los perros, o eso decía. Tanto daba, ahora ya había desaparecido de escena, y cualquier chucho de la perrera llenaría más a su gusto el espacio que ella había ocupado en el pasado. Esta vida, o lo que quedaba de ella, era mejor que ninguna vida en absoluto.

Pero ¿y si esos hombres invisibles, esos servidores del Rey Muerto, lo estaban vigilando? ¿Y si pensaban que prolongar su sufrimiento era mejor que ponerle fin con violencia? Si procuraba no parecer demasiado contento (lo que no le costaría mucho, dadas las circunstancias), si mantenía la cabeza gacha, si se movía como un hombre más destrozado de lo que en realidad estaba, ¿les bastaría con eso?

Llegó a las verjas negras del Cementerio del Este y se detuvo a mirar la

pequeña cabaña de madera con su contrafuerte de granito, el único edificio en pie en el recinto. Tenía un rótulo con el nombre del cementerio y la fecha de su creación: 1668. El edificio victoriano era conocido como la Casa Muerta, porque en su interior estaba la puerta de acceso al mausoleo de recepción bajo tierra de la ciudad. Era una entrada al mundo subterráneo, la pequeña puerta de Portland al Hades. Burnel había leído que se ofrecían visitas especiales para que la gente explorara el mausoleo, pero no tenía el menor deseo de participar en una. Con el tiempo, las filas de los muertos acogerían de buena gana a todos, y no le parecía necesario ver un avance de esa película antes de su estreno.

A sus espaldas, una furgoneta frenó junto al bordillo, ocultando a Burnel a la vista de los que caminaban por la acera de enfrente. Las puertas laterales se abrieron y salieron unos hombres. Burnel se dio cuenta de su presencia en el mismo instante en que sintió un dolor agudo a un lado del cuello y el cementerio ante él empezó a desdibujarse. Le flojearon las piernas pero no se cayó. Unos brazos fuertes lo agarraron y lo levantaron, y como sus últimos pensamientos habían sido sobre el mundo subterráneo, tuvo la sensación de que flotaba. Estaba en una barca cruzando unas aguas oscuras: las del Aqueronte, el río del dolor, o las del Leteo, el río del olvido. La corriente lo llevaría a la Casa Muerta, y bajo ella se reuniría con el Rey Muerto, ese dios contra el que había pecado y que le encontraría un lugar para la eternidad en los Prados del Castigo.

Al cabo de unos segundos, la acera estaba vacía, y la furgoneta se dirigía al oeste. Giró por Washington Avenue y dejó atrás el edificio bajo de ladrillo rojo que albergaba la oficina de la Administración Penitenciaria de la Comunidad para Adultos, donde Chris Attwood leía el expediente de Jerome Burnel como preparación para su segunda reunión, preguntándose si un hombre podía a la vez ser tan valiente y tan perverso.

A esas alturas, Burnel había perdido la conciencia. Su último pensamiento antes de que su mundo se fundiera a negro fue: «Al menos, no estaba loco».

La relación entre Parker y el detective Gordon Walsh, de la Unidad de Delitos Graves de la policía del estado de Maine, era más fría que en otros tiempos. Los sucesos en Boreas a principios de ese año habían obligado a Walsh a reconocer la anomalía de su posición en lo que concernía a Parker, a Louis y a Angel: esos hombres parecían cómodos con el blanco, el negro y cualquier matiz del gris intermedio, aunque Angel y Louis tendían más bien a los tonos más oscuros. Walsh había intentado utilizar el conocimiento de Louis en concreto para hacerse una idea de lo que podría estar sucediendo en Boreas, en parte por los apremios del agente especial Ross, que era un hombre que también se sentía a gusto en las sombras, pensó Walsh, con una agenda propia a la altura de las circunstancias. La consecuencia fue que Walsh se había visto en una situación comprometida, hasta el punto de que podía afectar a su carrera profesional.

Claro que no era tan ingenuo para creer que si tienes perros no vas a coger pulgas, pero el mordisco, cuando llegó, no fue de Louis ni de Angel, sino del propio Parker. Fue éste el que señaló que Walsh había estado relacionándose con conocidos criminales, incluido uno —Louis— que bien podría haberle metido una bala en la cabeza a un hombre no hacía ni veinticuatro horas. Desde entonces, Walsh había evitado a Parker y a sus encantadoramente peligrosos (o, según se mire, peligrosamente encantadores) acólitos, así que no se alegró mucho cuando al salir de su despacho de la sede

de la policía del estado de Maine en Gray, se encontró el Mustang, en plena crisis de la mediana edad, en el aparcamiento y a Parker en persona tomando el fresco a la hora de la comida, sin que pareciera agobiado por la menor preocupación. Peor aún, estaba apoyado en el coche de Walsh, así que sería difícil salir del aparcamiento sin atropellarlo, y no porque éste no se planteara en serio tal posibilidad, dadas las circunstancias.

—Eh —dijo Parker como quien no quiere la cosa, como si, ese mismo año, no hubiera chantajeado a Walsh para que permaneciera callado. No es que antes hubieran sido amigos íntimos, pero, por Dios, todo tiene su límite...

—Apártate de mi coche —dijo Walsh.

—¿Es éste tu coche?

—Ya sabes que sí. Aléjate del vehículo. Aléjate del aparcamiento. Es más, empieza a andar hacia el este y no pares hasta que te hayas caído en el puto mar.

Esquivó a Parker y abrió la puerta del conductor, pero el maldito detective privado seguía sentado sobre el capó. Walsh se puso detrás del volante y encendió el motor. Incluso llegó a dar un poco de gas, sólo por si Parker se asustaba y se bajaba, aunque eso habría sido una sorpresa aún mayor que el habérselo encontrado hoy ahí. Walsh vio que un par de agentes miraban con curiosidad. Sintió como si se hubiera enzarzado en una pelea de amantes, una comparación que le hizo rechinar los dientes con tanta fuerza que le pareció que uno hasta se removía en la encía.

Walsh levantó el pie del pedal. Parker se acercó hasta su puerta y Walsh bajó la ventanilla sin mirarlo.

—Te invito a comer —dijo Parker.

Walsh seguía con la mirada al frente. Se planteó apoyar la cabeza en el volante y dejarla reposar ahí un rato, tal vez cerrar los ojos y esperar que unas tinieblas se lo llevaran, pero temía dar la impresión de que estaba llorando.

—Cole Farms —dijo Parker—. Hígado de ternera con cebolla. Con extra de beicon. Incluso apoquinaré por el pudin indio para acabar.

Walsh dejó caer los hombros.

—Dame el dinero por adelantado. No me fío de que pagues. Mejor dicho, no me fío de ti, punto.

Parker le dio dos billetes de veinte.

—Puede que me apetezca un refresco —dijo Walsh—. Y dejo buenas propinas.

Parker añadió otro de diez. Walsh dejó caer los billetes en el posavasos.

—Nos vemos allí —dijo—. Si te mueres por el camino, no te echaré de menos.

Salió de su plaza de aparcamiento. Cuando llegó a la carretera principal, ya tenía a Parker pegado detrás.

«Al menos, Ross se alegrará», pensó Walsh. Y luego: «A la mierda Ross».

Cole Farms llevaba abierto más de sesenta años. Estaba en Lewiston Road, cerca de la entrada al Club de Golf Spring Meadows. Los dos hombres ocuparon una mesa para cuatro, y Parker pidió un sándwich de pavo mientras que Walsh optó por el prometido hígado con cebolla, beicon y suficiente guarnición para inclinar la mesa.

—Tienes pelotas —dijo Walsh cuando la camarera les hubo tomado nota.

—Todavía estás dolido por lo de Boreas.

—Es una forma fina de decirlo.

Parker recordó un cuerpo en la playa, sangrando sobre la arena. Recordó que lo había pisado y no había sentido nada.

—Ya te lo dije entonces: no tengo las manos manchadas de sangre.

—¿Y qué me dices de tu conciencia?

—Ni una pizca tampoco, al menos no por lo de Boreas.

—Eso es lo que me preocupa.

Parker pasó los dedos sobre la mesa, comprobando su lisura, y no encontró nada, ni siquiera una miga.

—Por todo hay que pagar un precio, Gordon —dijo. Era la primera vez, que Walsh recordara, que Parker le llamaba por su nombre de pila—. Nada sale gratis.

—No sé qué quieres decir.

—Sí lo sabes. Algo espantoso acabó en Boreas. Yo pagué el precio con

dolor. Tú, con tu silencio.

—Hay leyes. Se me pide que las haga cumplir.

—Ley y justicia no son lo mismo.

—Creo que organizaste un asesinato y te salió bien. Soy reticente a que se me asocie con un hombre capaz de hacer cosas así.

—¿Y Ross?

—Según parece, Ross no comparte mis reservas. Me dijo que estabas en nómina, aunque supongo que «mamando de la teta federal» sería una expresión más precisa. ¿Lo haces por el dinero?

—Me da flexibilidad. Algunos de mis clientes no están en situación de pagar mucho por mis servicios.

—A lo que hay que añadir el precio de las balas que utilizáis tú y tus amigos.

—Las conseguimos a buen precio.

Walsh se recostó en la silla, aparentemente como muestra de su repugnancia, pero también a tiempo para hacer sitio a su comida. Era muy abundante. Parker vio que Walsh sintió la tentación de dejarla intacta y marcharse, pero olía demasiado bien. Mordisqueó una cebolla y ya no pudo parar.

—¿Por qué has venido? —preguntó Walsh.

—Jerome Burnel.

Walsh miró a Parker por encima de una patata frita.

—Tengo entendido que acaba de salir —dijo.

—Vino a verme.

—¿Para qué?

—Dice que le tendieron una trampa.

—¿Lo del porno infantil? Yo no llevé el caso.

—¿Y el tiroteo en la gasolinera?

—Formé parte del equipo. Lo dirigía Tom Stedler.

—Stedler hace mucho que murió.

—Sí. Murió joven. No se cuidaba.

Walsh sumergió un panecillo en un montón de hígado y cebolla, asegurándose de atrapar también un poco de beicon.

—Gracias a Dios que aprendes de los errores ajenos —dijo Parker.

—Lo hice. Nunca bebo refrescos *light*, al menos el azúcar es natural.

—Burnel se acordaba de ti.

—No me digas, ¿debería sentirme halagado?

—Me dio la impresión de que tú podrías haber dudado de algunos detalles de cómo murió el segundo hombre, el que se hacía llamar Henry Forde.

Walsh se encogió de hombros.

—Los Dunstan corroboraron la versión de Burnel de lo sucedido. Por entonces nadie tenía ganas de tirar de ningún cabo suelto. Forde había asesinado a un ayudante del sheriff, y Simus y él habían matado a otras cinco personas como mínimo. También estaba la chica, Corrie Wyatt. La cosa no habría acabado bien para ella.

—Otras cinco personas... ¿como mínimo?

—Habían saqueado la casa de los Timard, pero había otros objetos de valor en la furgoneta que no pertenecían a la familia. Tardamos un tiempo, pero un reloj encontrado en el vehículo nos condujo a una joyería de Rhode Island. El reloj pertenecía a un hombre de sesenta y ocho años llamado Arthur Dines. Dines vivía solo en una casa en las afueras de Westerly. La casa sigue ahí; Dines, no.

—¿Adónde fue?

—Mi hipótesis es que al fondo del mar, adonde lo llevaron Forde y su monstruoso hermanastro, y lo dejaron con un lastre lo bastante pesado para que no emergiera.

—Espera un momento: ¿Forde y Simus estaban emparentados?

—Compartían el veinticinco por ciento del ADN, aunque eso no se supo hasta después de que Burnel ya estuviera en la cárcel, y para él no habría supuesto ninguna diferencia. Mira, el hermano, Simus, llevaba dentadura postiza y tenía otra en el bolsillo con cuchillas. ¿Qué clase de hombre haría algo así?

Parker mordisqueó su sándwich. Le dio tiempo para pensar.

—Volviendo a Burnel y al tiroteo de Forde, ¿qué tuvo de raro?

—Oh, más que nada los ángulos de los disparos. Si Forde se hubiera dado

la vuelta para disparar, como afirmaba Burnel, las balas seguramente no le habrían alcanzado directamente en la espalda, como fue el caso. A mí me pareció que Forde iba corriendo, o tambaleándose, para escapar cuando lo mataron. En privado, Stedler coincidía conmigo, pero, eh, Burnel era un héroe. Y lo era de verdad. No pretendo negarlo. Salvó a todos en aquella gasolinera, y se enfrentó a Forde como un auténtico pistolero. Pero lo remató. Tal vez Burnel tiene alguna veta de rarito dentro. Llámalo implacabilidad si lo prefieres. Es más duro de lo que parece, o lo era, antes de entrar en Warren.

—Sigue negando que el porno infantil fuera suyo.

—Sí, eso fue curioso. No aceptó declararse culpable para rebajar la pena, y eso que lo presionaron para que lo hiciera. No dejó de mantener su inocencia.

—Tal vez porque *era* inocente.

—¿Le crees?

—Angel sí.

—¿Y Angel es un experto en delincuentes sexuales?

—Sí, puede decirse que sí.

Walsh digirió la información y guardó silencio durante un rato.

—Si es inocente, ¿quién le tendió la trampa? —preguntó Walsh.

—Pudo haber sido la que ahora es su ex. No estaban bien, por decirlo suavemente.

—No —dijo Walsh—. No se trata de llevarse mal, ni siquiera de odio, y una mujer tendría que odiar a su marido tanto como yo odio los impuestos para tenderle una trampa con una acusación de pornografía infantil.

—Bueno, si Burnel no miente, entonces alguien se tomó la molestia de incriminarle. Él cree que lo hicieron por las muertes en Dunstan.

—¿Venganza? Si fuera así, ¿por qué no lo mataron y ya está?

—¿Quizá porque de ese modo todo acabaría demasiado rápido?

—Así que lo torturamos primero y lo matamos después.

Una mujer y un niño que estaban a punto de sentarse a la mesa delante de ellos cambiaron de opinión y se alejaron. Walsh se dio cuenta.

—¿Ves el efecto que tienes en la gente? —dijo.

—Tú sigues aquí.

—Tú pagas por mi tiempo.

—Eso es soborno.

—No, si no sacas nada a cambio. ¿Vas a aceptar el caso de Burnel?

—Creo que sí.

—No te dará ninguna alegría.

—Te sorprenderías. ¿Qué me dices de Forde y Simus?

—Sin pistas. Eran espectros.

—¿Ni huellas dactilares?

—Encontramos una coincidencia parcial de Simus en un caso de robo en Roanoke, Virginia, en 2002. Se llevaron un montón de objetos de valor, pero los residentes estaban de vacaciones cuando entraron a robar en su casa. Por suerte para ellos, porque tenían una hija de diecinueve años. Todavía la tienen, gracias a una multipropiedad en Kissimmee.

—Burnel dice que tanto Corrie Wyatt como Paige Dunstan han desaparecido.

Walsh se quitó un trozo de beicon de los dientes, lo miró frunciendo el ceño como si el beicon lo hubiera ofendido personalmente y se lo comió.

—Wyatt era yonqui.

—¿Antes de los asesinatos?

—No, después. Antes sólo era el señuelo de un timo, engatusaba a hombres desgraciados por dinero. Lo que sucedió en la casa de los Timard la hundió. Ya iba a la deriva en todo caso, pero el viento se la llevó del todo cuando murieron sus amigos.

—¿Y Dunstan?

—No he seguido el caso.

—Pero ¿se la da oficialmente por desaparecida?

—Tendría que comprobarlo.

—Anda ya...

—Mira, lo último que oí fue que no se sabía todavía nada de ella, pero eso no significa que tenga relación con lo que sucedió en la gasolinera de su padre. ¿Es eso lo que da a entender Burnel?

—Sí.

—Tú sabes lo que es la paranoia, ¿no?

—Sí.

—Bien, recuerda que es contagiosa. Conviene que uno se lave las manos después de estar en contacto con ella.

Walsh se acabó el hígado y las cebollas en silencio. Parker mordisqueó su sándwich, pero dejó la mayor parte en el plato. Todavía no había recuperado del todo el apetito. A veces dudaba que fuera a recuperarlo algún día. Walsh pidió el pudin indio para llevar. Le dijo que tenía que irse a alguna parte. Hasta era posible que fuera cierto.

—¿Ross te sigue pagando para que le informes sobre mí? —preguntó Parker cuando se encaminaban a la puerta.

—Nunca me pagó. Yo lo hacía porque soy bondadoso.

—¿Y ahora?

—No me importa mucho lo que vaya a pasarte en ningún sentido.

—Pero a Ross sí.

Walsh evitaba la mirada de Parker.

—Sí, a él sí.

—Ten cuidado y deletréale bien los nombres —dijo Parker.

—Lo tendré —respondió Walsh—. Pero recuérdamelo por si acaso: «gilipollas» ¿se escribe con elle o con i griega?

Parker volvió a casa. Hizo algo de papeleo, envió algunas facturas, y luego fue a ver una película solo al Nick de Portland. Prefería el cine local a las grandes salas familiares de Saco y Westbrook. El olor le resultaba extrañamente consolador, aunque tuvo que levantarse un par de veces y apoyarse en la pared cuando empezó a dolerle la espalda, pero nadie se percató porque se había sentado en la última fila y el cine estaba casi vacío. A veces notaba la piel tirante en los injertos y otras veces sentía un dolor en el lugar que antes ocupaba uno de sus riñones. Al ponerse de pie, echó mano instintivamente de la pequeña pelota de rehabilitación que llevaba en el bolsillo y la apretó amasándola, tanto para trabajar su mano izquierda herida como para distraerse de los demás dolores.

Pensó en Jerome Burnel y en asesinos carroñeros.

Odell Watson no podía dormir. Tenía diez años y vivía con su madre y su abuela en las afueras de Turley, en una caravana de tres habitaciones donde sus ocupantes se achicharraban en verano y se veían obligados a ponerse varias capas de ropa en invierno. Odell tenía a menudo pesadillas, pero había aprendido a no molestar a las mujeres de su casa contándoselas. Las dos trabajaban: su madre como cocinera y su abuela como limpiadora, aunque en realidad tenían tres empleos porque su madre, cuando las horas del restaurante se lo permitían, también limpiaba. Trabajaba en el turno del desayuno del Shelby's, así que se levantaba a las tres y media para estar allí a las cuatro y media y tener todo preparado cuando abría las puertas a las cinco. El Shelby's se encontraba en la otra punta del pueblo, y a veces, si hacía buen tiempo, la madre de Odell iba andando a trabajar para ahorrar gasolina.

Era su abuela la que le preparaba las cosas para ir a la escuela cada mañana y lo acompañaba al autobús. Odell la quería, pero era una mujer con mal genio. Ella recordaba que a su padre, el bisabuelo de Odell, le habían negado el derecho de voto porque no supo decir cuántas burbujas había en una pastilla de jabón, o deletrear la palabra «burlesque», un término que él no había oído en su vida y cuyo significado desconocía. Cuando volvió a intentarlo dos años más tarde, aprobó la prueba de alfabetización, depositó su voto e inmediatamente perdió su empleo y anularon su cuenta bancaria.

Su abuela estaba en Montgomery en 1965 cuando unos blancos

asesinaron a un ama de casa de Michigan llamada Viola Liuzzo que había llevado en coche a unos activistas negros desde Selma al Aeropuerto de Montgomery, en la época en que el símbolo del Partido Demócrata en Alabama incluía las palabras «Supremacía blanca». Sus asesinos fueron ovacionados más tarde durante un desfile del Klan, pero la abuela de Odell se encontraba entre los que acudieron a la escalinata del tribunal nueve meses más tarde cuando fueron encarcelados por el asesinato. Su abuela se casó con un hombre llamado Mason Coffee —«como el frasco»,^[1] decía siempre—, un veterano de la guerra de Corea que se hizo miembro de los Diáconos para la Defensa y la Justicia, un grupo de ex soldados negros que hacían las veces de escolta armada de los defensores de los derechos civiles en Alabama, Mississippi y Louisiana.

Con el tiempo, su abuela y Mason volvieron a Plassey County, en Virginia Occidental, con su única hija, la niña que sería la madre de Odell. Mason hacía mucho que había fallecido, y el padre de Odell se había ido. Vivía en Baltimore y mandaba dinero por Navidad y por el cumpleaños del niño, si se acordaba y le sobraba algo. Hacía tanto tiempo que Odell no lo veía que ya no lo recordaba muy bien.

Su abuela le repetía que ahora era él el hombre de la casa, y le contaba historias del abuelo y del bisabuelo de Odell, porque los tiempos no habían cambiado mucho para los negros, le advertía, tanto daba lo que dijera la ley. La ley podía interpretarse como los poderosos quisieran interpretarla. Odell sólo tenía que asomarse a la ventana para verlo, decía.

Sólo tenía que asomarse y mirar el Tajo.

A veces, cuando volvía del colegio, su madre o su abuela estaban en casa, pero normalmente no había nadie en la caravana, y eso significaba que Odell ya había aprendido a cuidar de sí mismo. Cada día laboral entraba solo a la vuelta del colegio, se preparaba un sándwich, bebía un vaso de leche, hacía los deberes y veía la tele o jugaba con su Xbox hasta que volvían las mujeres, a menudo juntas si habían estado limpiando en el mismo sitio, pero las dos agotadas y oliendo a desinfectante.

Odell estudiaba mucho, pero era un niño extraordinariamente retraído, en parte por el tipo de vida que llevaba. En casa lo querían, pero era un entorno poco comunicativo porque las dos mujeres se pasaban la mayor parte del tiempo durmiendo cuando no trabajaban, dejando a Odell a su aire. Cuando se aburría de la tele o de los juegos, leía. Le gustaban las historias de astronautas y los cómics de superhéroes. Dibujaba bien, pero sólo en casa. Procuraba no llamar mucho la atención en el colegio. Así la vida le resultaba más fácil.

Había vuelto a tener pesadillas las últimas semanas. No sabía por qué, pero eran siempre iguales: una chica con un vestido desgarrado, con las tetas al aire, corría por el bosque junto a la caravana, se acercaba a la ventana desde donde miraba Odell, y entonces la tiraba al suelo el primero de los perros. Después venían los hombres, que llamaban a los perros y se llevaban a la chica; y se iban todos menos el último, el que se llamaba Lucius. Era pelirrojo y no paraba de volverse para mirar a la ventana desde la que atisbaba Odell a través de un resquicio entre las cortinas. En la pesadilla, Lucius se acercaba a la ventana y Odell era incapaz de moverse. Quería volver a la cama y fingir que estaba dormido, pero su cuerpo no le obedecía y se quedaba paralizado, incluso cuando oyó la respiración de Lucius al otro lado del cristal y vio la sombra del hombre desplazarse por la pared del fondo, invadiendo con su presencia su pequeño espacio.

Había vuelto a tener la pesadilla puede que dos docenas de veces a lo largo del año, pero cinco de ellas habían sido en las dos últimas semanas, y algunas noches, Odell se despertaba porque se había meado en la cama. La primera vez, se había asustado y avergonzado tanto que había despertado a todos, y su madre lo había limpiado y le había ayudado a cambiarse de pijama mientras su abuela quitaba las sábanas y ponía periódicos para secar el colchón. Las dos estuvieron de mal humor al día siguiente por la noche que les había dado.

La segunda vez que pasó, su madre amenazó con ponerle pañales, y esa noche su abuela volvió a casa con una sábana de plástico que colocó por encima del colchón, «por si hay más accidentes». Eso hizo que Odell se sintiera como un bebé. Sólo había vuelto a mearse una vez desde entonces, y

en esa ocasión escondió el pijama debajo de la cama y lo lavó y lo secó él mismo cuando regresó a casa de la escuela. Pero la pesadilla seguía repitiéndose, y entonces era incapaz de volver a dormirse. Se mantenía alejado de la ventana cuando se despertaba y se ponía a releer cómics con una linterna bajo las sábanas. No quería utilizar la lamparita de noche. El dormitorio de Odell era poco más que un trastero contiguo al dormitorio de su madre, pero era su espacio, y a él le encantaba. No obstante, tenía que andarse con cuidado porque la luz de la lámpara se filtraba por debajo de la puerta. Y también atravesaba las delgadas cortinas, así que podía verse desde la carretera, y Odell no quería que se viera.

La pesadilla era tan recurrente a esas alturas que Odell casi había olvidado que era un recuerdo real, todo: la chica, los perros y el hombre llamado Lucius, sobre todo él. Odell lo había visto, salvo que la primera vez —la verdadera— se las había apañado para volver a la cama antes de que Lucius llegara a la ventana. Pero Odell oyó sus pasos y luego su respiración. Odell se quedó muy quieto, y al rato Lucius se marchó, pero Odell no movió ni un músculo hasta que oyó a su madre levantarse horas más tarde, sólo por si era una trampa y el hombre todavía le estaba espiando.

Podría haberles contado a su madre y a su abuela lo que había visto. Tendría que haberlo hecho, porque habría sido lo correcto, pero al día siguiente, cuando volvía andando a la caravana desde donde le había dejado el autobús escolar, había salido un hombre del bosque cerca de donde su madre aparcaba el coche y el sol de la tarde había centelleado en su pelo rojizo. A Odell le entraron ganas de echar a correr y encerrarse en la caravana, pero Lucius había sido demasiado rápido para él y lo tuvo al lado antes incluso de que el mensaje para que se pusieran en marcha llegara a los pies de Odell.

Sabía cómo se llamaba Lucius porque había oído a su madre hablar de él con su abuela cuando a veces se referían entre susurros a la gente del Tajo: Oberon, Cassander. «Pero Lucius es el peor de todos», decía su madre. «El peor de este mundo y de todos los mundos», apuntilló su abuela.

Lucius sólo le dijo una cosa a Odell —«Sé dónde trabaja tu madre. No hagas que me la lleve a dar una vuelta»— antes de ponerle un dedo en los

labios, imponiéndole silencio. Luego le revolvió el pelo y se desvaneció en el Tajo.

Ahora Odell estaba sentado al borde de la cama, temblando. Se había vuelto a mojar el pijama. Tenía ganas de llorar. La versión de la pesadilla que había tenido esa noche había sido nueva. En esta ocasión, la chica se encontraba en su habitación. Tenía las tetas muy grandes, y cuando Odell se las miró, unas gotas de leche burbujearon de sus pezones. La chica olía mal. Le faltaba el pulgar de la mano derecha, pero el muñón no le sangraba.

—Tu madre está a salvo —le dijo a Odell, y mientras hablaba un bicho se arrastraba por su pelo—. No se llevan a gente de color.

En ese momento Odell se despertó y tuvo que esforzarse para no empezar a llamar a gritos a su madre, porque todavía captaba el olor de la chica en la habitación, igual que olía su propia orina. Pero consiguió no hacer ruido, y se quedó sentado y temblando, y deseó no haberse asomado nunca por la ventana aquella noche de septiembre.

Oyó un vehículo que reducía la velocidad hasta detenerse del todo con un chirrido. Odell oía a menudo vehículos que iban y venían a horas raras porque era una desgracia para su familia vivir a la vista de una de las carreteras que entraban en el Tajo, pero los coches nunca paraban. Se abrió una puerta. Odell no quería mirar, pero una voz masculina soltó un taco y otra dijo algo como respuesta que él no oyó bien. El hueco entre las cortinas todavía estaba allí. Odell se sintió atraído hacia él.

—No —musitó. ¿Por qué tenía que estar ese coche ahí?, ¿por qué no se había parado en otro sitio? La señora que habían atrapado los perros ya había sido suficientemente terrible, pero ¿y esto? Ya se había puesto en pie. Dio un paso. Dos. Pegó el ojo al resquicio.

La furgoneta era marrón o negra —no podía asegurarlo—, pero vio que la rueda derecha delantera estaba pinchada. De eso estaban hablando los dos hombres que había al lado. Un tercero se les unió y Odell lo reconoció del pueblo, aunque no sabía cómo se llamaba.

—Lo llevaremos andando —dijo el tercero—. Benedict puede cambiar la rueda y seguir.

Uno de los otros se acercó a la portezuela lateral de la furgoneta, la abrió

y subió. Cuando volvió a aparecer, tiraba de un cuarto hombre que iba sujeto con una cuerda al cuello. Llevaba las manos atadas a la espalda y un saco le cubría la cabeza. Tuvieron que ayudarlo a bajar de la furgoneta para que no tropezara y cayera. Una vez en el suelo, cerraron la puerta de la furgoneta y tiraron de él hacia el bosque. El tercer hombre, el que le sonaba a Odell, se dirigió al que llamaban Benedict, que se preparaba para levantar la furgoneta con un gato. Cuando acabó de hablar se volvió y miró a la caravana Watson.

«No tendría que haberlo hecho», pensó Odell. «No tendría que haber mirado.»

Una mano le tapó la boca. Se resistió hasta que la voz de su madre le susurró:

—Chiss —dijo—. Calla.

Ella le abrazó con fuerza y juntos siguieron mirando.

Esta vez, al contrario de lo que había hecho Lucius, el hombre no se acercó a la ventana. Una voz lo llamó desde el bosque —«Necesito ayuda aquí»—, y se dio la vuelta, pasó por delante de la furgoneta y se dirigió al bosque.

Odell empezó a llorar en la mano de su madre. Ella se la apartó de la boca. Su abuela apareció en la puerta, envuelta en una bata para protegerse del frío.

—Lo he hecho otra vez, mamá —susurró Odell—. Me he mojado. Lo siento.

—No te preocupes, cariño —respondió ella—. No es culpa tuya. Pero no le cuentes esto a nadie, a nadie, ¿me has entendido?

Asintió. Lo entendía. No quería que nadie se llevara a su madre a dar una vuelta. Fuera oyó a Benedict quitando la primera tuerca de la rueda.

—Ahora, apartémonos de la ventana —dijo su madre—. Dejémosles con sus asuntos.

Esa noche durmió en la cama de su madre, sin pijama, sólo con ropa interior limpia. Los dos seguían despiertos, y también su abuela, supuso Odell, porque no la oía roncar, cuando la furgoneta se puso finalmente en marcha y se alejó, para desaparecer por el lugar de donde había salido.

Desvaneciéndose en el Tajo.

El sheriff Edward Henkel, del Departamento del Sheriff de Plassey County, se detuvo a un lado de la carretera e intentó controlar la respiración. Había estado a punto de atropellar a un ciervo. De haber ido más rápido, le habría alcanzado, sin duda, y el ciervo era lo bastante grande para haber atravesado el parabrisas y haberlo matado. Había salido de la bruma tan repentinamente que apenas tuvo tiempo de ver al animal antes de tenerlo delante. Ni siquiera recordaba haber pisado el freno; era como si el coche lo hubiera detenido alguien ajeno y su pie sólo hubiera acabado sobre el freno en un gesto automático.

A Henkel le dolía el pecho. Le había dolido mucho últimamente, que era la razón por la que había ido a ver a su doctora. También había notado que le faltaba el aire, y se mareaba cada vez que se levantaba bruscamente, además de sentir náuseas y flojera, aunque le había quitado importancia a todo hasta que empezó el dolor. Una rápida búsqueda en internet le reveló que, a los cuarenta y nueve, Ed Henkel estaba recibiendo todas las señales de aviso de un inminente ataque al corazón. Como casi todos los hombres nacidos desde los tiempos de Adán, había pensado ingerir unas pastillas y tomárselo todo con más calma durante unos días, porque, para empezar, no tenía sentido exagerar si sólo se trataba de un constipado; y, en segundo lugar, si tenía problemas de corazón su vida podría estar a punto de cambiar, y eso suponiendo que sobreviviera a lo que estuviera por venir, porque el mayor

cambio de vida que puede experimentar un hombre es que ésta se acabe.

Henkel estaba divorciado y sus dos hijos adolescentes vivían ahora con su ex mujer y el segundo marido de ésta en Cleveland. Las relaciones entre todos ellos eran bastante buenas, aunque Henkel no veía a sus hijos tanto como le habría gustado, y ellos tenían esa edad en la que no les apetecía mucho que los arrastraran a Turley dos fines de semana al mes sólo para que su padre pudiera sentirse como un verdadero progenitor una vez más. En consecuencia, habían llegado a un acuerdo para que las visitas fueran mensuales, sólo para contentar a los chicos, y eso había funcionado. Dennis, el varón, era ahora menos hostil de lo que solía serlo cuando volvía a Turley, pero Kim, la pequeña, seguía siendo un monstruo. Otros padres con hijas de una edad similar le tranquilizaron diciéndole que no era nada raro entre las quinceañeras, y que no debería tomárselo como algo personal. Incluso Irene, la mujer que había comprado la tintorería en Mortonville y con la que había iniciado hacía poco una relación vacilante, le aseguró que se trataba de una etapa pasajera y que Kim se ablandaría con el tiempo, aunque eso fue antes de que Irene conociera en persona a su hija, una experiencia que la hizo cambiar un tanto de opinión, así como beberse casi una botella entera de Merlot para calmarse.

Henkel no le había hablado a Irene de sus dolores en el pecho, ni de las demás dolencias, como tampoco le había contado su visita a la doctora cuando se despertó a las cuatro de la madrugada, retorciéndose de dolor y concluyó que no, que eso no era un resfriado. Pero tendría que informarla del posterior angiograma, porque le habían afeitado un buen trozo de vello en la ingle para insertar el catéter con el colorante en el vaso sanguíneo, y ella sin duda se fijaría en cualquier cambio en su aspecto físico en esa zona.

Se preguntaba si la muerte le seguía los pasos.

El coche patrulla del Departamento de Policía de Mortonville se paró al borde de un trecho casi despojado de vegetación del territorio boscoso que descendía hasta un estanque en el que no nadaba ni vivía nada a causa de todas las sustancias contaminantes que habían ido vertiendo allí a lo largo de

los años. En verano era un hervidero de insectos y desprendía un hedor químico y acre. No olía mucho mejor en otoño, pero al menos no había tantos insectos. Sin embargo, en el estanque parecía librarse ahora una competición entre diversas pestilencias.

El jefe Bentley en persona había llamado a Henkel por su móvil privado, de manera que la información no se había emitido todavía por las radios de la policía. Bentley era un hombre pequeño y nervudo de poco más de sesenta años, y tendría que haberse retirado hacía mucho, pero estaba atado a su pueblo y a su trabajo. Si dejaba este último, seguramente tendría que dejar también el primero, porque no sería capaz de andar por ahí y ver a otro manejando el cotarro. A Bentley lo definía su posición en Mortonsville. Sin ella, sentiría que no era nada.

Ahora, mientras Henkel se detenía junto al coche de Mortonsville, vio aparecer a Bentley en un claro entre los árboles agitando su sombrero. Henkel recogió su propio sombrero del asiento del pasajero, así como un par de guantes de plástico nuevos de la caja del suelo y se encaminó con torpeza hacia su colega. Las últimas moscas de la estación zumbaban a su alrededor, y a la clara luz de la mañana le pareció ver una nube todavía más grande de moscas bosque adentro. Captó el olor a descomposición a medida que se acercaba, y se sintió aliviado cuando lo primero que hizo Bentley, antes incluso de hablar, fue pasarle un tubo de pomada mentolada. Henkel se echó un poco por encima del labio superior y alrededor de las alas de la nariz. El hedor seguía allí, pero el mentol reducía parte de su intensidad.

Henkel se puso los guantes y Bentley hizo lo mismo con un par que le colgaban de un bolsillo de los pantalones.

—¿Quién los encontró? —preguntó Henkel, las primeras palabras que pronunciaba desde que llegó.

—El chico de Charlie Lutter.

—Ajá.

Perry Lutter era retrasado. Tenía un empleo a tiempo parcial en el Shelby's fregando platos y barriendo, y le gustaba hacer dibujos de los animales del zoo que luego regalaba a la gente. Era el único hijo de los Lutter, y nació cuando ambos ya tenían más de cuarenta. Ahora los padres

rondaban los ochenta, y Henkel no estaba seguro de qué le pasaría a su hijo cuando murieran. Suponía que el chico tendría que ingresar en algún tipo de centro, porque estaba claro que no podía cuidar de sí mismo.

—Se lo contó a su madre —dijo Bentley—, y luego su padre me llamó. Me preguntó si podía mantenerse en secreto el nombre del chico. Le dije que haría lo que pudiera.

Los cadáveres yacían medio descubiertos en un foso en el centro de la arboleda. Bentley vio huellas de animales en la tierra, puede que de zorro, aunque no era ningún experto. Lo primero que le vino a la cabeza fue que tendrían que haber cavado el agujero más hondo, y tal vez colocar unas piedras encima de los restos, aunque la verdad es que no había muchas piedras por allí que sirvieran para esa función. Aquello indicaba un trabajo precipitado, o de alguien a quien no le importaba demasiado que se descubrieran los cadáveres.

Eran los cuerpos de dos hombres, y a Henkel le pareció que debían de llevar enterrados alrededor de una semana. Tal vez fue así como quedaron accidentalmente cuando los arrojaron a la fosa, pero estaban muy juntos, uno con la cabeza apoyada en el pecho del otro, con un brazo por encima de su compañero, en un abrazo que recordaba un gesto de consuelo. A los dos les habían disparado en la cabeza desde muy cerca, y el calibre de las balas era lo bastante grueso para dejar unos inmensos orificios de salida que habían deformado los rasgos incluso antes de que la descomposición empezara a hacer mella en ellos.

—¿Llevan algún documento que los identifique? —preguntó Henkel.

—He mirado en los bolsillos, pero están vacíos. No quería tocarlos más de lo imprescindible.

Henkel se agachó junto a la tumba. Ojalá se hubiera puesto más mentol. A juzgar por la ropa que llevaban y por su aspecto general, dedujo que las víctimas tendrían unos treinta años o puede que algo menos. Uno de ellos llevaba un tatuaje de una alambrada alrededor de la muñeca derecha. Eso podría ayudar a una identificación formal, aunque Henkel ya se hacía una idea de quiénes podían ser, y sospechaba que Bentley también.

—Dustin Huff —dijo Henkel señalando el cuerpo con el tatuaje, el que

cubría al otro con el brazo.

—Por lo que el otro podría ser Robbie Killian —dijo Bentley.

—Eso diría yo.

Killian y Huff procedían de Columbus, Ohio, pero tenían negocios en Virginia Occidental. Habían empezado vendiendo hierba, y enseguida pasaron a la oxicodona, la meta y lo que fuera que demandara el mercado. Eran ambiciosos, y corría el rumor de que habían llegado a un acuerdo en su ciudad con unos mexicanos para vender y distribuir heroína. Killian venía de una familia acomodada, al menos para los estándares de esta parte del mundo, y dispuesta a gratificar a su hijo con dinero siempre que no les incordiará, y de esa fuente de fondos habían tirado Huff y Killian para empezar su negocio. Con sensatez, se habían mantenido alejados de Plassey County, o eso parecía, hasta que, semanas atrás, una chica llamada Lucie Holmes sufrió una sobredosis en una fiesta en Deep Dell y estuvo a punto de morir. Aunque nadie pudo confirmarlo, la sospecha era que la heroína que se había inyectado se la proporcionaron, directa o indirectamente, Killian y Huff. Plassey County era un mercado sin explotar, y envalentonados por sus relaciones, los dos jóvenes habían decidido ocuparlo.

Luego desaparecieron, y los padres de Killian, aunque nadie los seleccionaría para ningún premio como progenitores modélicos, se mostraron lo bastante preocupados por el bienestar de su hijo para armar un poco de jaleo, y la madre viuda de Huff había sumado su voz a la de sus acaudalados vecinos. Y ahora sus hijos estaban ahí, descomponiéndose en una tumba superficial.

—Esto es obra del Tajo —dijo Henkel.

—No lo sabemos con seguridad.

—No hay mucha gente por aquí que enterraría a un par de chicos de ese modo.

—Tal vez los chicos cabrearon a sus amigos mexicanos en Columbus —dijo Bentley.

Henkel sabía lo que estaba haciendo su colega mayor. Puede que le gustara ser jefe, pero como todos los hombres de la ley del condado, en una actitud que se remontaba a los tiempos en que llevaban cartucheras y

mostachos finos y retorcidos, el placer y satisfacción que le producía su trabajo era inversamente proporcional a su grado de implicación con el Tajo.

—Si hubieran cabreado a los hombres en su casa, los habrían enterrado en un agujero en Ohio. No sacarían nada trayéndolos hasta aquí para deshacerse de ellos.

Bentley utilizó el sombrero para espantar las moscas, que insistían en hostigarlo, como si ellas fueran lo único que le inquietaba.

—El Tajo lleva mucho tiempo tranquilo —dijo.

—O cauteloso.

—Pero cabe la posibilidad de que esto no hubiera que endosárselo a ellos —dijo Bentley, buscando otra vía—. Habitualmente, cuando entierran a alguien, el cadáver se las apaña para quedarse en su sitio.

—Ya, sí, pero hasta Homero se echa una siesta de vez en cuando.

—No sé a qué te refieres.

—Significa que todo el mundo comete errores.

Bentley bajó la mirada a los cuerpos.

—¿Sabes lo que habría hecho con ellos Russ Dugar?

Dugar fue el sheriff de Plassey County antes que Henkel, una figura legendaria entre las fuerzas del orden locales. Dugar detestaba sentarse a la mesa del despacho, y en consecuencia fue el último agente de Plassey que murió cumpliendo con su deber: un hombre llamado Owen Bick le había disparado y lo había dejado agonizando en la cuneta. Dugar le había dado el alto al sospechar que conducía borracho; sin embargo, había descubierto que estaba empapado de sangre, porque acababa de matar a su mujer; pero Bick no estaba de humor para dar explicaciones a nadie, y menos aún al departamento del sheriff. El agente murió tirado junto a la carretera, y Bick huyó tras comprender que necesitaba cambiarse de ropa y deshacerse del coche. Se las arregló para que no dieran con él durante tres días, pero al final no lo encontró la policía sino el Tajo, y esa fue su perdición, pues, según se rumoreaba, el Tajo tenía un acuerdo con Dugar, y no le hizo gracia verse amenazado por los actos de Bick. El cadáver de éste se encontró colgado cabeza abajo de un árbol justo al otro lado del límite del condado, suspendido de un alambre sobre los restos de la hoguera que habían encendido debajo de

él, y que le había abrasado la cabeza y el torso hasta ennegrecérselos.

—Sí, sé lo que habría hecho —dijo Henkel. Dugar habría sacado una pala del maletero de su coche, se habría tapado la cara con un pañuelo y habría vuelto a enterrar esos cadáveres como era debido, y no se habría vuelto a mencionar el asunto. En el mundo que habitaban Dugar y los de su clase, Killian y Huff andaban pidiendo guerra y no podía sorprender a nadie que la hubiesen encontrado. La postura de Dugar sobre el Tajo siempre había estado clara: él no interferiría en sus asuntos siempre y cuando ningún civil resultara dañado y ellos siguieran a lo suyo sin llamar demasiado la atención.

Dugar, pensó su sucesor, estaba casi con seguridad ardiendo entre las llamas del infierno.

Henkel oyó un vehículo que se detenía por encima de ellos, en la carretera. Bentley fue a ver quién era, y volvió acompañado de Rob Channer, uno de los ayudantes de Henkel, y no precisamente su favorito. A Henkel habían tenido que presionarlo mucho para que lo contratara, y aunque el joven era inteligente y eficiente, a Henkel nunca le había caído bien porque Channer no ocultaba su ambición de convertirse en el sheriff más joven de Plassey County.

Channer no pareció molesto por el olor de los cadáveres. Henkel casi habría dicho que daba la impresión de que le excitaba, pero tal vez estaba dejando que su antipatía le tiñera la visión.

—Tío, alguien le ha puesto muchas ganas al mandar a esos chicos junto al Señor —dijo Channer—, ¡guau!

—¿Cómo nos has encontrado, Rob? —preguntó Henkel.

—Pasé por casa de Charlie Lutter, y tenía problemas con Perry. El tontito tiró a su padre en medio del jardín delantero. Estuve a punto de utilizar la Taser para darle una descarga. Entre Charlie y yo lo calmamos, y entonces Charlie me contó lo que había pasado.

Henkel habría enterrado a Channer al lado de Killian y Huff si se hubiera atrevido a usar la Taser contra Perry Lutter, pero no dijo nada. Echó una última mirada a los cuerpos antes de ordenar a Channer que fuera a buscar una lona en el maletero de su coche. Se estaban acercando unos nubarrones y no quería que la lluvia borrara cualquier prueba que pudiera quedar.

—Ahora no podemos hacer nada más por ellos —dijo—. Es hora de informar.

Aunque la granja de Lutter entraba en la jurisdicción de Mortonsville, los cadáveres se habían descubierto fuera de los límites del pueblo, pero ni Henkel ni Bentley contaban con los recursos para asumir una investigación de asesinato. Era un asunto de la policía del estado.

Bentley no se movió, y Henkel vio que Channer se había detenido al escuchar sus palabras y se había dado la vuelta para mirarlos.

—No sería mala idea que corriera la voz de que se han encontrado estos cadáveres —dijo Bentley, y Henkel entendió a qué se refería.

Avisa al Tajo, y hazlo antes de que se presenten los detectives.

—Todos lo sabrán pronto —respondió Henkel.

—Sí, pero...

Henkel se encaró a Bentley.

—No puedo impedirte que hagas las llamadas personales que quieras, o incluso que cojas el coche y te vayas —dijo—, pero si hay un problema y la policía del estado o los federales vienen a husmear, más vale que seas capaz de explicar cada cosa que hayas hecho desde el momento en que se encontró esta tumba. Y eso también va por ti, Rob, ¿entendido?

Tras una pausa, Channer asintió. Bentley se limitó a encogerse de hombros.

—No insinuaba nada —dijo.

«Y una mierda que no», pensó Henkel.

—Anda, Rob, ve a buscar esa lona de una vez. Yo informaré a la policía del estado —se volvió hacia Bentley—, a no ser que prefieras hacerlo tú.

—Es todo tuyo —dijo Bentley, pero tuvo la decencia de no mirar a los ojos a Henkel.

—Sí —dijo Henkel—. Ya me imaginaba que dirías esto.

Subió la pendiente detrás de Channer y dejó a Bentley atrás para que se fundiera con el hedor general a corrupción.

Parker estaba tomándose un café en el Speckled Ax en Congress, mientras leía sobre los planes que había para llevar a cabo otro gran proyecto urbanístico junto al Old Port y se preguntaba cuánto le quedaba a la Portland que él amaba.

Todavía recordaba una época en que el Old Port acogía básicamente a langosteros borrachos y al tipo de marineros que daban mala reputación al oficio de navegante. A principios de los años setenta, cuando sus padres y él iban a Maine a visitar a su abuelo en verano, habían evitado la zona de Commercial Street. No sólo era hostil, sino realmente peligrosa. Pero la mayoría de los lugares que le habían dado a la ciudad fama de conflictiva habían desaparecido. Cuatro décadas atrás había conseguido una subvención federal para mejorar el barrio de Old Port, y había pagado a parados para que adoquinaran y plantaran árboles. Un puñado de promotores inmobiliarios empezaron a comprar fincas a lo grande en las calles Fore y Wharf, sabedores de que, si el Old Port prosperaba, necesitaría restaurantes y bares, y no el tipo de locales donde los pescadores podían romperle la crisma a cualquier turista. Una parte de la personalidad del barrio se sacrificó con el cambio, pero durante un tiempo se logró un precario equilibrio entre la ciudad que había sido y la visión transformadora de los promotores de lo que podría llegar a ser.

Pero para Parker y los que eran como él, el Old Port de ahora tenía

demasiados hoteles nuevos, y la mayoría de sus conocidos no podían permitirse comer en el tipo de restaurantes que abrían ahí. En algún momento, la ciudad había decidido transformarse en un paraíso de *gourmets*, con la alta cocina y los precios correspondientes, lo cual estaba muy bien siempre que la economía no se hundiera de nuevo. Esos locales se asentaban con cierta incomodidad junto a los ruidosos bares para turistas de Wharf Street, cuyos juerguistas borrachos atraían la inevitable presencia policial. En sus tiempos, el orden en el Old Port lo había mantenido una única sargento de policía montada en un caballo tristemente célebre por su mal carácter, pero el Departamento de Policía de Portland prescindió de las patrullas a caballo en la década de los noventa, y ahora patrullar por el Old Port requería coches y numerosos uniformes.

Mientras tanto, la ciudad había conseguido cerrar por fin Sangillo's Tavern en Hampshire Street, el último antro genuino del Old Port. El cierre estaba cantado desde que un tiroteo delante del local había dejado parálítico a un chico de veintipocos, pero aun así era una pena ver que desaparecía tras cincuenta años. Los hermanos Fulci, que una vez habían arrancado la puerta del antro para utilizarla como ariete en el curso de una pelea, estaban desconsolados.

Parker se bebió su café largo y observó a los vagabundos que pasaban por Congress. La calle todavía conservaba su excentricidad: Strange Maine todavía vendía cintas de VHS, casetes, discos de vinilo y juegos para consolas que ya no existían, y la Green Hand, Yes Books y Longfellow defendían los colores de la palabra impresa, junto a galerías, estancos e incluso un gran almacén de Video Expo para adultos, pero la invasión de restaurantes de gama alta ya había empezado hasta en esta especie de Lejano Oeste del puerto, y no costaba imaginar una época en que la gente que vivía en las viviendas sociales de la calle se vería empujada a los márgenes, donde no ofendiera la sensibilidad de los turistas.

Su teléfono vibró. Había quitado el sonido de llamada para no molestar a los otros clientes a su alrededor. Había decidido que cuando fuera gobernador, o mandara en el mundo entero —lo que llegara antes—, aprobaría una ley que obligaría a la gente a hacer y recibir todas las llamadas

de o a móviles fuera de bares y restaurantes, so pena de que les confiscaran los teléfonos, o se los hicieran tragar. Miró la pantalla y vio que le llamaba Gordon Walsh. Le sorprendió. Se habían separado en mejores términos de los que estaban antes de comer, pero eso no era mucho que digamos.

Parker cogió su café y salió.

—Buenos días, detective Walsh —dijo.

No recibió ningún saludo como respuesta.

—Jerome Burnel acaba de abandonar la reserva india —dijo Walsh—. No se presentó a una reunión obligatoria con su oficial de libertad condicional y no se le ha visto en su apartamento desde ayer.

Parker cerró los ojos.

—Mierda —dijo.

—Puede que se haya dado a la fuga —dijo Walsh—. No sería el primero.

—Tengo que hacer unas llamadas. ¿Quién es su oficial de la condicional?

—Un tipo llamado Chris Attwood. Parece bueno. Esperó hasta esta mañana antes de dar la alarma. Dijo que quería dar una oportunidad a Burnel.

¿Habría cambiado algo si Attwood hubiera avisado antes?, se preguntó Parker. Seguramente no. No descartaba del todo la posibilidad de que Burnel hubiera decidido correr el riesgo de irse a otra parte. Aun cuando les hubiera contado la verdad en el Great Lost Bear, y lo estuviesen persiguiendo, eso no significaba que el hombre fuera a quedarse sentado y quieto a esperar a que ellos fueran a por él. Pero Burnel no parecía tener la energía para huir. El simple hecho de contar su historia le había agotado, dejándole exhausto. Apenas había sido capaz de ir caminando hasta su taxi. El simple hecho de relatar su versión de los hechos, y contar una historia que podría no ser creída pero que, aun así, tenía que contar, había supuesto un acto de rebelión para él.

—¿Han registrado su apartamento?

Un oficial de libertad condicional no necesitaba una orden judicial para registrar el lugar de residencia de un ex preso, del mismo modo que no se requería ninguna orden para volver a detenerlo si infringía los términos de su liberación.

—Entraron hace una hora. No dejó ninguna nota, si es eso lo que quieres saber.

—¿Señales de lucha?

—No. ¿Todavía piensas aceptarlo como cliente?

—Tal vez.

—En ese caso, espero que te haya pagado por adelantado.

—Ésa es una de las llamadas que tengo que hacer. Ya me pondré en contacto contigo.

—No es mi caso. Sólo creí que te interesaría saberlo.

—Gracias, de verdad.

—Mira, es posible que te llame Attwood. Yo le llamé y le dije que Burnel había estado en contacto contigo. Tu posible cliente está en este momento infringiendo las condiciones de su periodo de libertad. A no ser que tenga una buena excusa, hay una celda esperándole en la cárcel del condado.

A Parker no le importaba mucho que Attwood le llamara o dejara de llamarle. No tenía nada que ocultar, y le daría toda la información que Burnel le había contado, o la mayor parte. No obstante, lo primero sería acercarse a ver al abogado de Burnel y averiguar si le había dejado el sobre de dinero como le había prometido. No era que Parker lo quisiera, pero alguien que tenía planeado ocultarse de la ley necesitaría todo el efectivo al que pudiera echar mano. Si Burnel le había dejado el sobre a su abogado, no se había fugado.

Se lo habían llevado a la fuerza.

El abogado de Jerome Burnel se llamaba Oleg Castin, aunque también se le conocía como Moxie Castin, y ejercía desde un despacho de Marginal Way. Era famoso en los círculos jurídicos de Maine por su incapacidad para trabajar sin tener a mano una lata de la bebida con gas preferida en Maine. En el siglo XIX, Moxie se comercializaba como una medicina patentada que calmaba los nervios y curaba la parálisis y la impotencia.[2] Si Castin era la referencia a tener en cuenta, la publicidad no faltaba a la verdad, porque corría maratones, tenía un CI propio de un genio y una envidiable reputación de estar más que bien dotado. Pero nadie lo habría imaginado al verlo, dado que Moxie medía poco más de uno sesenta y le sobraban casi veinticinco kilos, por no hablar de tener la cara y el porte de una ardilla a punto de acomodarse para hibernar.

Cuando llegó Parker, no había ninguna secretaria en la recepción, pero vislumbró a Castin a través de la puerta abierta del despacho, recostado en su silla. Castin llevaba una camisa rosa y tirantes amarillos, y sus piernas, enfundadas en un pantalón de raya diplomática, descansaban sobre el cajón inferior abierto de su mesa. Tenía las manos entrelazadas sobre la barriga y la esfera de su reloj era lo bastante grande para adornar la aguja de una iglesia. Se las apañó para mantener un ojo abierto cuando entró Parker y tomó asiento.

—Está interrumpiendo mi siesta —dijo Castin.

—Espero que no la eche en las horas que les factura a los clientes.

—Pienso mejor cuando descanso, lo que también me permite dedicar cantidades ingentes de energía para lo que se tercie y a ráfagas.

A Parker le vino a la cabeza la desagradable imagen de un Moxie abotargado, allí mismo, con una de sus muchas conquistas femeninas, gastando parte de esa energía. A veces le inquietaba el funcionamiento de su imaginación.

—Preferiría que no me lo contara —dijo Parker.

—¿Ha venido por lo de Jerome Burnel?

—Sí.

—Le aconsejé que no le contratara, pero no me hizo caso. Tendrá que firmar para llevarse el dinero.

El abogado no parecía demasiado inquieto por la desaparición de su cliente, ni siquiera según sus estándares de despreocupación general.

—¿No se ha enterado? —preguntó Parker.

Castin abrió el otro ojo y volvió la cabeza hacia Parker. De ser un hombre más expresivo, habría sido el equivalente de agarrar al detective por el cuello con la intención de sacarle la información zarandeándole.

—Enterarme ¿de qué?

—Ayer no acudió a su sesión con los de libertad condicional. Hoy se le considera prófugo.

—¿Por qué coño nadie me informa de nada?

—Podría procurar contestar el teléfono.

—Esta tarde tengo trabajo —dijo Moxie—. Necesito acumular fuerzas.

Dejó caer los pies del cajón y giró la silla de manera que se colocó frente a Parker. Cogió el teléfono de la mesa, marcó, habló con Attwood, que le confirmó lo que Parker ya le había dicho, y colgó.

—Mierda —dijo Castin.

Alargó la mano para coger la lata de su refresco homónimo que estaba sobre la mesa, la vació, la tiró a una papelera del rincón y sacó otra de una pequeña nevera que había bajo la ventana.

—¿Quiere una?

—No, gracias. Acabo de tomarme un café. ¿Cree que ha huido?

—No es esa clase de hombre.

—No le conozco tan bien como usted, pero esa fue mi impresión también.

¿A cuánto dinero podría acceder?

—Eso no puedo decírselo.

—Vamos, Moxie.

—¿Va a encargarse del caso?

—Si no, no estaría aquí.

Castin abrió el cajón de arriba de la mesa, sacó el sobre acolchado que Burnel le había dejado la mañana anterior y se lo entregó a Parker, con un talonario de recibos.

—Firme aquí.

Parker firmó.

—No gran cosa —dijo Castin—. Yo tenía un poder notarial sobre sus cuentas desde que lo encerraron. Se acabó la mayor parte del dinero. Aparte de lo que hay en este sobre, deben de quedar un par de miles.

—¿Puede comprobar si retiró algo ayer u hoy?

Castin hizo una comprobación *online*.

—Todo intacto.

—¿Quién se fuga sin dinero? —preguntó Parker.

—Nadie.

—Usted le defendió. ¿Cree que lo hizo?

—¿Lo del porno? No pregunté. No era asunto mío.

—Pero él lo negó.

—Sí.

—¿Y usted le creyó?

—No quiso declararse culpable para obtener una rebaja de condena. Eso es raro. Teníamos algo a nuestro favor por lo que había hecho, ya sabe, lo del tiroteo. Intenté convencerle de que lo que más le interesaba era aceptar un trato, pero se empecinó.

—¿Y?

—Eso no significa que no lo hiciera. Había visto las películas necesarias para saber que todo lo que tenía que ver con niños y sexo no iba a hacerle

muy popular en Warren. No quería cumplir ninguna condena. No le echo la culpa. Puede mirarlo así: prefirió jugársela y perdió.

—Pero ¿y si decía la verdad?

—Al final, la verdad no importa. Lo que cuenta es lo que ellos puedan probar, y lo que yo a mi vez sea capaz de probar o cuestionar. Si sus pruebas son mejores que las mías, pierdo, y mi cliente pierde. Perdí, y Burnel perdió también.

—Incluso para ser abogado, me suena muy cínico.

—Realista, sin esperanza. En privado, sentado aquí hablando, Burnel parecía conmocionado por lo que se había encontrado en su casa, y no se trataba sólo de la sorpresa de que lo hubieran detenido. Pero, si no adquirió esas imágenes, entonces una o varias personas se confabularon para hacer que lo pareciera. No es imposible, pero la historia de «Burnel es culpable» era más fácil de vender.

Dio otro trago del refresco.

—Mire, seguramente creo que era inocente, ¿vale? El bufete lo había representado en el pasado, asuntos sin importancia, todos civiles. Me caía bien. Y todavía me cae bien.

—¿Y siguió en contacto con él mientras estuvo en Warren?

—Sí. No me parece bien abandonar a los clientes. Ayudo si puedo. Le busqué un apartamento cuando lo pusieron en libertad, y también le encontré un empleo. La última vez que hablamos me dijo que iba a aceptarlo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Ayer por la mañana.

—¿Le comentó algo de la reunión con Attwood?

—Sólo que iría a Washington Avenue al cabo de unas horas. No me pareció que le molestara mucho tener que ir. Eran sus primeros días fuera. La frustración todavía no había aparecido.

Parker oyó que se abría una puerta a sus espaldas cuando la secretaria de Castin volvió. Tenía cincuenta y muchos, y toda la pinta de que le habría pateado las pelotas a Moxie si hubiera intentado algo con ella.

—¿Cómo era su esposa? —preguntó Parker.

—Una mujer dura. Al principio lo apoyó y estuvo presente en el juzgado,

pero no se llevaban bien, y ninguno de los dos fingió que su matrimonio no estuviera a punto de naufragar. No fue ninguna sorpresa que presentara la solicitud de divorcio.

—¿Alguna idea de dónde está ahora?

—Se fue de la ciudad. Creo que era de algún sitio de Virginia, o puede que de Virginia Occidental, y volvió allá. No, un momento: Ohio. Era de algún pueblo de Ohio. Suena como un título de canción, ¿verdad? Llevaban ocho años casados cuando condenaron a Burnel, de manera que el juez ordenó una manutención general estándar, lo que supone la mitad del periodo de casados, así que recibió cuatro años de pensión, junto con parte de la compensación habitual para el cambio de domicilio. Todo eso acabó hace unos meses. Puedo acceder a los registros de pagos si quiere y encontrar la ubicación de su banco.

—Sería de ayuda.

Castin tamborileó en la lata sobre su mesa.

—Tal vez reaparezca —dijo—. A algunos les entra el pánico cuando los dejan en libertad. La transición resulta muy difícil. Se emborrachan, se colocan, se van a Florida, lo que sea. Haré algunas llamadas, veré si puedo limitar los daños.

Vació la segunda lata y la mandó al mismo sitio que la primera, luego cogió las gafas y señaló el sobre.

—Me dijo que no quería redactar ningún contrato, que sólo tenía que darle el dinero.

—Llevaré la cuenta de las horas y devolveré lo que no me gane.

—Tengo el presentimiento de que se ganará hasta el último centavo —dijo, y no pretendía hacerse el listo—. Pero le recomendaría firmar un acuerdo general con este bufete. Tendrá derecho al secreto profesional, aunque no sea el tipo de hombre que no esté dispuesto a mostrarse servicial con las fuerzas del orden si se le pide.

Extrajo un documento de una carpeta e hizo algunas correcciones en bolígrafo antes de dárselo a Parker, que le echó un vistazo por encima antes de firmar.

—Recopilaré un expediente con el material relevante y se lo mandaré por

correo electrónico —dijo Castin—, y copia en papel también, si lo quiere.

—Imprímalo todo, si no le molesta. Llámeme en cuanto esté preparado y me pasará a recogerlo. ¿Tiene una copia de la llave de su apartamento?

Castin rebuscó en otro cajón, encontró un llavero y sacó una llave marcada con cinta azul.

—Procure no incordiar a los vecinos.

—¿Es suyo el apartamento?

—El edificio entero.

Por un momento, Parker pensó que tendría que haberse hecho abogado. Habría aprendido a vivir con la vergüenza si eso le permitía ser dueño de edificios de pisos.

—Una última cosa —dijo.

—¿Sí?

—¿Le mencionó Burnel alguna vez a un tal Harpur Griffin?

La cara de Castin se arrugó de dolor.

—Sí. Dijo que Griffin le había hecho la vida imposible dentro. Intenté ayudarle haciendo algunas llamadas, y creo que las cosas mejoraron por un tiempo, pero, bueno, ya sabe...

Empezó a hojear el Rodorex de su mesa, trabajando ya en apagar los incendios que amenazaban con quemar por completo los puentes de su cliente. Sus manos se detuvieron.

—No ha huido —dijo.

—No, yo tampoco lo creo.

Castin asintió.

—Él no se consideraba un héroe. Me contó que simplemente se asustó y disparó a aquellos tipos.

—Puedo entenderlo.

—Sí —dijo Castin—, tal vez usted sí pueda.

Parker se acercó en coche al edificio de Burnel, y encontró al portero que había franqueado el paso al apartamento a Attwood y a otro oficial de libertad condicional esa mañana. Según parecía, Burnel no era el único inquilino en libertad vigilada del edificio, y el portero conocía los procedimientos cuando venían los oficiales, que fue por lo que ni siquiera se molestó en informar a la empresa de administración de fincas que se encargaba del edificio en nombre de Castin.

A Parker no le llevó mucho tiempo registrar el pequeño apartamento, y Burnel no había estado fuera de prisión el tiempo suficiente para acumular demasiadas cosas. Llamó a Castin desde el dormitorio para preguntar si Burnel tenía un trastero de alquiler y si había sacado algo de él desde su puesta en libertad. Castin le confirmó que había alquilado un trastero a Burnel junto al Maine Mall y que le había llevado en coche el día después de que lo soltaran. Burnel sólo había sacado una maleta llena de ropa y poco más. Parker le pidió que hablara con la empresa de almacenaje para saber si alguien había vuelto a visitar el trastero desde entonces, pues se imaginaba que la empresa se negaría a dar ninguna información si era él quien preguntaba, y no estaba de humor para discutir con un empleado. Castin dijo que se lo encargaría a su secretaria, y a los pocos minutos ella le devolvió la llamada a Parker para decirle que nadie había vuelto a acceder al trastero de alquiler. Parker le dio las gracias y se quedó mirando un rato en el pequeño

armario de Burnel. Contenía una única maleta, y suficientes zapatos y ropa para llenarla.

«Mala señal», pensó. «Muy mala.»

Entonces llamó a Chris Attwood y le explicó que trabajaba para Moxie Castin y que éste le había encargado descubrir el paradero de Jerome Burnel. Si lo encontraba, dijo, se lo llevaría a Attwood, y le competiría a Castin llegar a algún acuerdo en nombre de su cliente. A cambio, Parker le preguntó a Attwood si Burnel le había parecido atribulado durante sus primeros encuentros con su departamento. Attwood le contó que no había tenido ocasión de conocer a Burnel lo bastante para juzgar, pero que su primera impresión fue que se trataba de un hombre más triste que irritado. Luego informó a Parker de los resultados de la prueba del polígrafo y de su decisión de repetirla.

—¿Por qué? —preguntó Parker.

—Para asegurarme de que no me equivocaba con él.

—¿En qué sentido?

—No creo que sea un sociópata, pero la primera prueba era tan limpia que me hizo sospechar que lo fuera.

—A no ser que simplemente estuviera diciendo la verdad.

—Esa posibilidad también se me pasó por la cabeza —dijo Attwood—. Pero seguimos buscándole. Inocente o no, está bajo mi supervisión. A no ser que lo hayan retenido bajo coerción o yazga en una cama de hospital con una pérdida de memoria, está infringiendo sus condiciones de libertad.

—Estuvo antes en su apartamento, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, ahora estoy yo. La ropa de Burnel sigue en su armario, y su maleta también. Si tiene algo de dinero, será poco más que calderilla, y, en cualquier caso, no tiene ningún sitio al que ir.

—Siempre hay algún sitio, aunque sea en otra parte.

—Tendría que dedicarse al negocio de las galletitas de la fortuna.

—Si se entera de algún puesto libre, por favor, avíseme.

Attwood colgó, dejando a Parker en el silencio del apartamento de Burnel. Tres habitaciones, la mayor de las cuales era más pequeña que el

lavabo de Parker, y todas olían levemente a polvo, productos de limpieza y esperanzas perdidas. Parker no habría culpado a Burnel de haber huido. En la misma situación, él también lo habría hecho, pero lo habría planeado con la suficiente antelación para llevarse una muda de ropa.

El portero le esperaba en el vestíbulo.

—¿Va a volver? —preguntó.

—No.

—¿Y Burnel?

—Nadie va a volver —dijo Parker.

—¿Lo sabe el señor Castin?

Parker echó un vistazo al vestíbulo vacío, las mesas ajadas, las sillas desaparejas.

—Sí —dijo—. El señor Castin lo sabe.

Parker llamó a Angel desde delante del edificio.

—Burnel se ha ido —dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscarlo.

—¿Alguna idea de por dónde empezar?

—No, pero sí sé a quién le voy a preguntar primero.

Angel guardó silencio mientras reflexionaba.

—¿A Harpur Griffin?

—¿Lees el pensamiento?

—¿Podemos acompañarte?

—Os avisaré cuando crea que he dado con él. Tengo la sensación de que te gustaría conocerlo.

—Quiero hacerle daño.

—Tal vez —dijo Parker—. Pero cuando lo hayas conocido mejor.

El Porterhouse se encontraba en una manzana de South Portland que no podría haber distado más del proceso de gentrificación si hubiera estado permanentemente en llamas. Por fuera era negro, con algunos tréboles verdes añadidos en una pared en un guiño a la autenticidad irlandesa, junto con una tentativa de reproducir un solitario y triste *leprechaun*, un trasgo irlandés, cuya cachiporra había sido reemplazada por una pobre imitación, por decir algo, de un pene en erección. En realidad, el Porterhouse era irlandés en la misma medida en que el Caesars Palace de Las Vegas era romano, aunque al menos tenían algo en común: en ambos se escenificaban muchas peleas.

La reputación del Porterhouse como local violento era tan conocida que en el barrio lo llamaban el Slaughterhouse, o sea, el matadero. En realidad, nadie había muerto allí, todavía no, posiblemente porque alguien se tomaba la molestia de arrastrar a los heridos al solar abandonado más cercano para que expiraran fuera del edificio. Era el tipo de bar donde todos se conocían por su nombre, siempre que se llamaran «Hijoputa».

Parker convocó a Angel y a Louis en cuanto hubo confirmado, mediante un delicado interrogatorio y un desembolso total de cincuenta dólares para soltar lenguas, que Harpur Griffin se encontraba en el bar. Parker había tardado veinticuatro horas en dar con él, lo que suponía demasiado tiempo para su gusto, aun teniendo en cuenta el tamaño de la zona metropolitana de Portland. Sin embargo, a veces la gente prefería que no la encontraran.

A la clientela del Porterhouse no le importaba mucho que sus copas vespertinas se vieran alteradas por cualquier razón. Cabía dentro de lo posible que Griffin hubiera cambiado para mejor tras su último periodo en Warren y les acogiera con los brazos abiertos, pero todo lo que había descubierto Parker sobre él, como el detalle de que fuera a beber al Porterhouse, apuntaba en sentido contrario.

—¿Vienes mucho a este local? —preguntó Angel cuando detuvo el coche delante.

—Sí, me paso la vida aquí. Estaba pensando en pedirles que me dejaran celebrar aquí el próximo cumpleaños de Sam.

—¿De verdad? Pues antes tendrías que pedirles que restregaran la polla del trasgo para borrarla. Parece que tiene un buen paquete para ser tan pequeño.

—Debo avisarte —le dijo Parker a Louis—. Por aquí no habrán visto a nadie como tú antes.

—¿Te refieres a un negro o a un gay?

—No, me refiero a alguien limpio.

El interior del Porterhouse no era espantoso. Las ventanas podrían haber sido un poco más grandes y la madera un poco más clara, pero no olía peor que la mayoría de los bares de la ciudad y sí considerablemente mejor que algunos. La música era de rock genérico, aunque no sonaba tan alto como para taladrar a alguien con resaca, y un par de botellas fuera de la fila señalaban cierto conocimiento de licores decentes, si bien ninguna de ellas parecía abierta. Era la clientela lo que bajaba el nivel del local. Si no era la escoria de la sociedad, al menos no desentonaba con ella esa tarde de sábado en concreto.

La mujer sentada en el taburete más cercano a la puerta vestía una sudadera blanca con las barras y estrellas y el eslogan: ESTOS COLORES NO HUYEN, que hubiera resultado más conmovedor si los colores no se hubieran desvaído, de hecho, tiñendo la sudadera de un tono rosáceo. Las manos de la mujer estaban tan recargadas de anillos y pulseras que debía de costarle un gran esfuerzo levantar la copa hasta su boca, pero a juzgar por los

amodorrados ojos que volvió hacia los recién llegados, a Parker le pareció que se las apañaba bien. Tenía el pelo teñido a mechones rojizos y rubios, como si se le hubiera derretido un helado en la cabeza, y llevaba un tatuaje de una rosa negra en el lado izquierdo del cuello. Miró más allá de Parker y Angel para fijarse en Louis, que observó la sucesión de sentimientos que asomaban en el semblante de la mujer —curiosidad, un leve deseo, confusión e irritación—, hasta que el arraigado racismo ganó la partida y le dio la espalda con una expresión que indicaba que el ya de por sí bajo nivel del Porterhouse acababa de desplomarse a profundidades desconocidas hasta ese momento.

A la derecha de la puerta se sentaban varios veinteañeros muy flacos con vaqueros demasiado grandes, camisetas de tirantes y el tipo de tatuajes tribales en los brazos que parecían obligatorios para todos los cabezas huecas que no pertenecían a una verdadera tribu. Bebían latas de cerveza Pabst Blue Ribbon y llevaban la cuenta amontonando las anillas de apertura. Parker pensó que si la policía los sacaba al aparcamiento, los ponía boca abajo y los zarandeaba, de sus bolsillos caerían pastillas como granizo del sueño de un drogata.

Más al fondo, el bar se sumía en la semioscuridad, aunque Parker apenas podía distinguir entre las sombras un rótulo escrito a mano que rezaba ZONA DE FUMADORES sujeto con cinta adhesiva en una puerta de acero. Como era de esperar, el camarero también lucía tatuajes. El primero decía «Conócete a ti mismo» y se extendía a lo largo de su antebrazo izquierdo. El segundo, en el interior del brazo derecho, anunciaba «No temeré mal alguno». Ya pasaba de los cuarenta, y era corpulento, aunque sin demasiada grasa. Sus ojos indicaban que había visto todo el elenco de desgracias que un local como el Porterhouse podría atraer, aunque no le sorprendería ver alguna más.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —preguntó.

—Estamos buscando a un hombre que se llama Harpur Griffin. Alguien nos ha dicho que estaba aquí.

Uno de los miembros de una tribu de la mesa junto a la puerta levantó la cabeza, pero no se movió. Louis, que no le miraba, siguió sin mirarle, pero se situó más cerca de él.

—Así que os lo ha dicho alguien, ¿eh?

—Sí, alguien —contestó Parker—. Puede que fuera su madre. Está preocupada por él. Cree que no come las verduras que necesita.

El camarero asintió.

—Parece una buena mujer. ¿Eres poli?

—Investigador privado.

—¿Y estos dos?

—Ciudadanos particulares comprometidos.

—¿Identificación?

Parker se la dio. El camarero dedicó un buen rato a examinarla, lo bastante para que uno de los chicos, el que no había reaccionado al oír el nombre de Griffin, cogiera una cajetilla de cigarrillos de la mesa y se encaminara hacia la puerta trasera. Se detuvo, sorprendido, cuando Louis, que hasta ese momento le había dado la espalda, apenas se movió en su dirección y preguntó:

—¿Adónde vas?

El de la tribu sostuvo en alto los cigarrillos.

—A fumar, tío.

—Vuelve a poner el culo en la silla —dijo Louis.

El chaval puso el culo donde le había mandado. Intercambió una mirada con su colega, que negó con la cabeza. El camarero, que lo había visto todo, le devolvió la identificación a Parker.

—¿No crees que ya está bien de hacernos perder el tiempo? —preguntó Parker.

—Sólo soy cauteloso —dijo el camarero.

—Muy bien. ¿Está Griffin ahí fuera?

—Sí.

—¿Solo?

—No, con dos tíos.

—¿Los conoces?

El camarero negó con la cabeza.

—Son de fuera.

—¿Y estos dos? —Parker señaló con el pulgar a los de la tribu.

—Sólo pretendían hacer una buena obra. No querían hacer daño. —El camarero extendió la parte superior del cuerpo por encima de la barra, como quien va a contar un gran secreto—. Escucha, no quiero broncas.

Parker también se inclinó.

—Dime la verdad, ¿te has fijado dónde trabajas? —dijo—. Ahí al fondo, seguro que hay una fregona en un cubo de agua ensangrentada. Si no querías broncas, tendrías que haber buscado empleo en un lugar más tranquilo, como Faluya o Kabul. Ahora vamos a salir a hablar con Harpur Griffin. Tomaremos tres refrescos, para que no pienses que somos unos gorriones.

Parker colocó un billete de diez encima de la barra y el camarero les sirvió tres vasos de plástico con refrescos y cubitos. Se llevaron las bebidas a la zona de fumadores de atrás. La puerta del Porterhouse se abrió a sus espaldas, pero nadie se volvió a mirar, tan absortos estaban todos en los movimientos de Parker y sus socios.

En cuanto salieron, uno de los de la tribu se sacó el móvil del bolsillo y empezó a marcar. Una sombra se proyectó sobre él, a la que se unió una segunda. Era como si un par de montañas acabaran de caerse del espacio y hubieran aterrizado en el Porterhouse. Si el camarero había pensado por un momento que el día ya no podía empeorar, sufriría una profunda decepción.

El de la tribu, que se llamaba Dale Pittsky, descubrió las moles gemelas de los hermanos Fulci mirándole desde las alturas. Les había costado aparcar, consecuencia lógica de tener un camión que parecía un edificio sobre ruedas.

Los hermanos Fulci raramente bendecían el Porterhouse con sus negocios. Preferían evitar las instituciones ruinosas basándose en que solían contagiar sus problemas a los demás, y por lo tanto beber en un local como el Porterhouse era como llevar arena al desierto. Estaban tomando una medicación nueva, según Louis, pero no parecía funcionar mejor que la antigua, aunque Paulie Fulci afirmaba que hacía que todo le supiera a cereales Grape-Nuts.

Tony Fulci extendió la mano y le arrebató el móvil a Dale. Era un viejo móvil de tapa abatible, y Tony lo miró con curiosidad, como un paleontólogo examinando un fósil especialmente raro.

—Creía que ya no los fabricaban —dijo Tony. Le pasó el teléfono a

Pauli, que se entretuvo abriendo y cerrando la tapa con un pulgar que tenía aproximadamente el tamaño y la forma de una cabeza de martillo. Su diversión acabó cuando el teléfono se partió, dejando la pantalla oscilando de un cable. Paulie lo sacudió, parecía un gato que intentara comprender por qué el ratón muerto ya no quiere jugar.

—Era el puto teléfono de este tío —dijo Tony.

—Lo siento —se disculpó Paulie, y le devolvió el aparato destrozado a Dale.

—No importa —dijo Dale.

—Mira —le dijo Tony a Dale—, ahora existen unas cosas que se llaman *smartphones*. Tendrías que agenciarte algo más moderno.

—Sí, lo haré.

—¿A quién llamabas? —preguntó Tony.

—A nadie —dijo Dale.

—Vamos, seguro que intentabas hablar con alguien. Toma, ¿por qué no usas el mío?

Tony le dio a Dale un *smartphone* del tamaño de un ladrillo, metido en una funda de goma.

—No te molesta que escuchemos, ¿verdad que no? —preguntó Tony—. Quiero decir que a lo mejor te da por llamar a Francia o... —intentó pensar en otro país, pero no le vino ninguno a la cabeza, así que optó por—: a cualquier sitio.

Dale no cogió el teléfono. Estaba pensando que ojalá no hubiera salido de casa ese día. A la mierda Harpur Griffin. Además, Dale apenas le conocía, y ya no veía ninguna ventaja en hacer una llamada pidiendo ayuda en su nombre.

—No es nada urgente.

—Si tú lo dices —repuso Tony. El inmenso teléfono desapareció en uno de los bolsillos de su cazadora, abultándolo como un tumor—, en ese caso, ¿por qué no nos quedamos aquí sentados tranquilamente y esperamos a que nuestros amigos hayan acabado con sus asuntos, y luego cada uno sigue su camino?

Tony le hizo un gesto al camarero.

—¿Tienes algún juego de mesa?

—No.

Tony se encogió de hombros y se volvió hacia Dale.

—¿Te sabes alguna canción?

Los tres hombres estaban sentados detrás del Porterhouse, fumando alrededor de una mesa confeccionada con una bobina de alambre, y con unas latas de cerveza recortadas delante a modo de ceniceros. Parker tenía una descripción de Harpur Griffin que había sacado de un par de fotos de los archivos policiales por cortesía de los contactos de Moxie Castin. Griffin era el tipo de hombre que había sabido aprovecharse de su atractivo y de cierto encanto superficial en su juventud, pero cuyas reservas de ambas cosas estaban menguando y no tenía nada con que reemplazarlas. Sus rasgos se desdibujaban en lo anodino, y su encanto personal se había deformado hasta la sordidez. Al principio, la cárcel debió de resultarle difícil. Lo que Griffin le hizo a Burnel seguramente lo había sufrido él antes cuando lo encerraron. No era alto —uno sesenta y cinco o setenta—, y llevaba vaqueros Levi's azul oscuro, botas camperas marrones y una camisa blanca. Tenía el pelo largo y rubio, y se estaba riendo de algo, mostrando los dientes amarillentos de la cárcel. La superficie de la mesa estaba sembrada de botellines de Bud y un puñado de vasos de chupitos, aunque tanto los vasos como la mayoría de los botellines parecían amontonarse en el lado de la mesa que ocupaba Griffin.

Estaba sentado de espaldas a la puerta trasera del bar, lo que indicaba que era descuidado, que estaba borracho o, simplemente, que no creía tener motivos para preocuparse. Aunque, bien pensado, también era posible que los hombres que le acompañaban le proporcionaran una sensación de mayor

seguridad personal. El que estaba más cerca de la puerta llevaba tejanos negros y una camisa negra abotonada hasta el cuello, además de una chaqueta con forro polar para alejar el frío que iba haciéndose notar, aunque no parecía molestar a Griffin. Las botas de trabajo que calzaba estaban rayadas, y sus manos delataban que se había dedicado a algún trabajo manual duro. El pelo era castaño, pero ya tirando a gris, y su rostro mostraba unas marcadas arrugas alrededor de los ojos y de la boca, y estaba picado de manchas negras, como si un arma hubiera reventado cerca de él. Había arrancado poco a poco la etiqueta de su botellín y formado un montoncito con los trozos de papel sobre la mesa.

El que estaba sentado a su lado parecía un zorro con forma humana. Tenía los rasgos deformados, de manera que su nariz y su boca se alargaban extrañamente dándole un aire zorruno, acentuado por el pelo rojizo moteado de tonos plateados y por las patillas que se prolongaban casi hasta las comisuras de sus labios. Sus ojos eran de un azul muy oscuro y llevaba las uñas recortadas en punta. Casi dio la impresión de gruñirles a los tres hombres cuando se le acercaron, enseñando los dientes y dejando al descubierto huecos entre ellos, de forma que recordaban los postes de una valla blanquecina a la que hubieran despojado hacía mucho del alambre.

Un Hombre de Pólvora y un Zorro: menuda pareja.

Como a una señal acordada, Parker, Angel y Louis se separaron, sin apartar en ningún momento los ojos de los dos hombres callados, porque ellos, y no Griffin, eran inequívocamente la verdadera amenaza. Griffin, al darse cuenta de repente de que sus oyentes ya no le prestaban atención, se dio la vuelta para encarar a los recién llegados, pero no se levantó. Al menos, no era tonto.

—¿Puedo ayudarles en algo? —dijo Griffin.

—Eso espero —contestó Parker. Centró su atención en Griffin, sabedor de que Angel y Louis tenían a los otros dos en su punto de mira—. Me preguntaba si ha tenido noticias de Jerome Burnel últimamente.

—Me parece que no me suena ese nombre —dijo Griffin.

—Estuvo en Warren con él.

—Estuve en Warren con un montón de gente. Perdóneme, pero me parece

que no nos ha dicho su nombre.

Enfatizó el «nos», lo que bastó para que Parker supiera todo lo que necesitaba saber de él. Griffin actuaría siempre con el apoyo de una manada. Solo, huiría.

—Me llamo Charlie Parker. Soy investigador privado. Le daría una tarjeta, pero imagino que su amigo ahí sentado probablemente la añadiría a su colección de papeles rotos.

Ni un músculo se había movido en la cara del Hombre de Pólvora. Hasta donde veía Parker, ni siquiera parpadeaba mucho, Parker pensó que ya se había topado antes con humanos tan vacíos como éstos: eran capaces de desollar vivo a un hombre sin sudar y sin que aumentara su presión sanguínea.

—No creo que tenga que responder a ninguna pregunta de un investigador privado —dijo Griffin.

—Es verdad, no tiene por qué. Pero la situación es ésta: usted no habla conmigo y yo le entrego a la policía, y entonces tendrá problemas con la ley si no responde a sus preguntas. Es más sencillo que hable conmigo.

—Y sus amigos..., ¿también son investigadores privados?

—No, ellos sólo son amigos privados.

Griffin dio un sorbo a la cerveza con el fin de ganar tiempo para pensar.

—Sólo amigos privados —dijo—. Me ha gustado.

—¿No va a hacer las presentaciones? —preguntó Parker—. Es una pena que estemos todos aquí y nadie sepa el nombre de nadie, salvo el suyo y el mío.

—Mis amigos también son privados —dijo Griffin.

—Y de fuera, según tengo entendido.

Louis cambió de punto de apoyo, como un gran felino que vacilara entre desperezarse o saltar, y dijo:

—Son chicos del sur —dijo—, de los malos. —Luego olisqueó el aire y añadió—: Lo huelo en ellos: todo grasa y sangre, y la puta ignorancia.

El Hombre de Pólvora se puso tenso y el Zorro levantó el índice de la mano derecha como advertencia a su colega.

—Vaya, no os ha gustado, ¿eh? —prosiguió Louis—. No os importa

volver a vuestras raíces. He tratado con patanes blancos como vosotros toda mi vida, hombres cuyas madres los malparían después de que sus padres metieran la caña en el agujero para pescar equivocado. Mirad, yo también soy un chaval del sur, pero no como vosotros, y no tiene nada que ver con el color de la piel. Simplemente tengo más dignidad y no ando por ahí con un violador de presos.

Esta vez, el Hombre de Pólvora hizo ademán de levantarse de la silla, pero el Zorro lo agarró del antebrazo y le clavó las uñas en la carne. Y durante todo ese rato los ojos del Zorro no paraban de desplazarse de Louis a Angel, como si no estuviera seguro de quién procedería al primer ataque, pero sin rastro de miedo.

—Al menos ya sabemos quién manda —dijo Louis y apoyó la espalda en la pared, satisfecho tras haber echado leña al fuego.

Harpur Griffin se mordía el labio inferior. Señaló a Louis con un dedo.

—Retira eso, todo lo que me has llamado —estalló, pero Louis no se molestó en dedicar a Griffin ni un ápice de atención. Siguió concentrado en el Zorro, esbozando una sonrisa casi invisible, meneando ligeramente la cabeza al ritmo de una música que sólo él oía, una banda sonora personal que sonaba ante la posibilidad de que estallara la violencia. A la derecha de Parker, Angel permanecía con las manos entrelazadas por delante y la chaqueta abierta, listo para echar mano de la pistola.

—He dicho que... —empezó Griffin, pero Parker le interrumpió.

—Ya le ha oído —dijo Parker—. Y a él le da igual.

—Es muy engreído con sus colegas cerca.

Engreído, interesante.

—Es igual de engreído sin ellos.

—Me ha llamado violador.

A medida que Griffin se cabreaba, su acento sureño era más pronunciado. Parker lamentaba que Louis no hubiera pinchado a los otros para que hablaran y así se descubrieran. Sureños, había imaginado Louis, pero el Sur era muy grande.

—Así es —dijo Parker—. Le ha llamado violador de presos porque usted agredió sexualmente a Jerome Burnel en Warren, y más de una vez, por lo

que me han contado.

—Ya se lo he dicho: nunca he oído ese nombre.

—¿Violó a un hombre y ni siquiera tuvo el detalle de preguntarle su nombre? —dijo Parker—. Eso es de muy mala educación. Probemos otra vez: Jerome Burnel.

—Largo de aquí de una puta vez. Ya hemos hablado bastante.

—¿Sabe? Lo dejaron en libertad hace poco —dijo Parker, como si Griffin ni siquiera hubiera abierto la boca—. Por desgracia, parece que ha desaparecido. Eso me inquieta porque es cliente mío.

—¿Le contratan pedófilos? —dijo Griffin, pronunciando la palabra como «pedo-filos».

—Vaya, entonces ¿le conoce?

—Es posible que haya oído su nombre.

—¿Lo ha visto desde que salió?

—No. Al contrario que usted, no me relaciono con gentuza de esa calaña. Prefiero ver a dos perros fornicando.

Cogió su botellín de Bud, vació lo que quedaba y luego lo agarró por el cuello e hizo un amago de ir a por Parker. Parker no reaccionó, pero la mano de Angel se acercó imperceptiblemente a su arma, y el Zorro clavó la mirada en Griffin como si le desconcertara tal exhibición de estupidez.

Griffin se rió.

—Sólo estaba jugando con usted —dijo.

Tiró la botella contra la pared trasera del bar y observó cómo se hacía añicos.

—Hizo que Burnel viviera un infierno mientras estuvo en la cárcel —dijo Parker.

—Si es el hombre en el que estoy pensando, no tenía motivos para quejarse —dijo Griffin—. Era un perverso. Y había una forma de hacerle pagar por sus actos.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó Parker—. ¿Le condenaron a diez años por robar a los ricos para dárselo a los pobres?

—No me tiré a ningún niño.

—Él tampoco.

—Pues como si lo hubiera hecho.

—No responde a mi pregunta.

—A la mierda su pregunta.

—Le condenaron por agresión grave a dos ancianas en el curso de un allanamiento de morada. Una de ellas murió seis meses más tarde.

—No fue culpa mía. Los viejos se mueren. Son cosas que pasan. Y ya he respondido a todas sus preguntas. Vaya a hablar con los polis. Mándemelos aquí si le apetece. No les costará encontrarme. Les contaré lo mismo que a usted: es posible que recuerde a ese Burnel, y es posible que le diera un par de repasos, pero eso es todo lo que sé. Ya he cumplido en Warren. Ahora vivo otra vida.

Parker observó a los tres hombres. El Zorro miraba fijamente la mesa, y el Hombre de Pólvora volvía a arrancar tiras aún más pequeñas de la etiqueta de su cerveza.

—Bueno, gracias por su tiempo —dijo Parker.

Se encaminó hacia la puerta, sin darles la espalda del todo, aunque Angel y Louis seguían cerca. Se detuvo cuando ya había puesto la mano en el pomo y había abierto la puerta, y el bar parecía mal iluminado por delante después de haber estado expuesto a la luz del día.

—En realidad, sí tengo una pregunta más —dijo—. ¿Quién es el Rey Muerto?

Ah, era eso. El Hombre de Pólvora esparció las tiras de papel a la brisa, y los ojos del Zorro no se clavaron en Parker, ni en Angel y Louis, sino en Griffin.

—No sé de qué está hablando —dijo Griffin, pero se dirigía al Zorro, y cada palabra era mentira.

—Tengo entendido que estuvo gritando el nombre del Rey Muerto por toda Warren —dijo Parker—, como si fuera el Señor y usted se confesara, aunque puede que me equivoque. Pero, mientras tanto, seguiré preguntando por ahí, por si acaso. —Saludó con la cabeza a los acompañantes de Griffin—. Espero que disfrutéis de vuestra estancia en la ciudad, chicos.

Entró en el bar, con Angel y Louis pegados a él, sin dejar de mirar en ningún momento a los tres hombres de la mesa.

—Nos vemos —le dijo Louis al más feroz, que no respondió, y luego se perdió de vista cuando se cerró la puerta tras los tres.

—He oído ruido de cristales rotos —dijo el camarero.

—Y has ido corriendo a ver qué ocurría, ¿no? —dijo Angel.

—No soy tan tonto. Pero no hay nadie herido, ¿verdad?

—Todavía no.

Se encaminaron deprisa hacia la salida, sin que Angel y Louis hicieran el menor esfuerzo en disimular que llevaban las manos sobre sus pistolas, y miraron hacia atrás al cerrar la puerta; se quedaron esperando a que se abriera de golpe y salieran los hombres. Los hermanos Fulci ya habían salido antes y confirmaron que la calle estaba despejada. Sólo cuando los dos vehículos estuvieron a una distancia prudencial y el Porterhouse se perdía a lo lejos, Parker empezó a respirar con más calma.

—¿Qué pensáis? —preguntó.

Respondió Louis:

—Diría que a Harpur Griffin no le queda mucho en este mundo.

Se reunieron en el Great Lost Bear. Los Fulci se habían quedado en el camión, en el aparcamiento al otro lado de la calle, y así podían vigilar la puerta, mientras que Parker, Angel y Louis ocupaban un apartado del fondo, el mismo, en realidad, en el que hacía poco habían escuchado el relato de Jerome Burnel. Parker y Louis bebían vino, y Angel se tomaba una cerveza. Todos necesitaban beber, porque la presencia de los dos hombres del Porterhouse les había resultado muy perturbadora. Parker tenía una extraña sensación de peso y de opresión, como si hubiera aguantado bajo una tormenta y ahora la ropa le pesara más que antes, y las nubes amenazaran todavía con más lluvia.

—Tres posibilidades —dijo—. Una: suponiendo que Burnel no se haya fugado simplemente, llevándose sólo lo puesto, entonces esos hombres no tendrían nada que ver con su desaparición, y el hecho de que estuvieran con Griffin no ha sido más que una coincidencia.

»Dos: han secuestrado a Burnel, pero no han salido de la ciudad, lo que significa que Burnel sigue todavía en algún lugar de Maine, o incluso en Portland. ¿Alguien quiere adivinar la tercera?

—Son la retaguardia —dijo Angel—. Otros secuestraron a Burnel, y ellos se han quedado atrás para asegurarse de que nadie, aparte del servicio de libertad condicional, se preocupa mucho por su desaparición.

—Y entonces nos presentamos nosotros —dijo Louis.

—Y les provocamos. Poco te faltó para mentar a sus madres.

—No creo que me apeteciera conocer a la madre de ninguno de ellos. El pelirrojo tenía pinta de que alguien de su familia tenía por costumbre follar con animales.

—Y entonces les pusiste a Harpur Griffin en bandeja —dijo Angel.

—Sí, eso no les gustó nada —dijo Louis—. Al bueno de Harpur tampoco le hizo gracia a juzgar por lo lívido que se puso. Lo que significa que esos tíos tienen que tomar una decisión: pueden escabullirse y dejar aquí a Harpur para que limpie la mierda; o, más probablemente, meter a Griffin en un agujero y volver al sitio del que hayan salido.

—A no ser que Griffin sea idiota y en este momento esté suplicando que le dejen con vida —dijo Angel—. Tal vez se ofrezca para encargarse de nosotros en lugar de ellos.

—No parecía tan bueno —dijo Louis.

—Poca gente lo parece —dijo Parker—. Si no sabe mantener la boca cerrada, y es incapaz de acabar con nosotros, ¿para qué les sirve?

—Para nada —dijo Louis—. Y por eso le hiciste sangrar en el agua y atrajiste a los tiburones al hablar sobre ese Rey Muerto. Crees que Griffin podría desmoronarse, y, si lo hace, recurrirá a nosotros.

—Es lo que espero. ¿Te parece que funcionará?

—No. Como te he dicho en el coche, creo que lo matarán.

Parker dio un sorbo a su vino. Se dio cuenta de que en realidad no le importaba lo que le pasara a Griffin, más allá de su potencial utilidad para averiguar el paradero de Jerome Burnel. Pero Griffin no contaría lo que sabía por las buenas —Parker lo había entendido en cuanto lo vio—, y había que ponerlo en una situación en que la información fuera lo único de valor que tenía y lo único que pudiera salvarle. Aparte de eso, Griffin era una desgracia menor para la raza humana, una mancha que se difuminaría con su muerte. Sin embargo, los hombres que le acompañaban eran heraldos de un mal mayor, la vanguardia de quienquiera que se autodenominara el Rey Muerto.

—En el peor de los casos —dijo Louis—, matan a Griffin y luego vienen a por nosotros.

—No intentarán nada contra nosotros —dijo Parker.

—Pareces muy seguro de ello.

—No sabemos cómo se llaman, ni de dónde vienen, y no me parecieron el tipo de hombres a los que les gusta armar alboroto. Si vienen a por nosotros, tienen garantizado que habrá más ruido. No, se ocuparán de Griffin, para bien o para mal, y luego desaparecerán con el viento.

Sonó el móvil de Parker. Comprobó el número, luego contestó.

—Es Shakey —dijo, y conectó el altavoz del aparato para que los otros oyeran.

Shakey era uno de los sin techo de la ciudad. En cierto modo, por él había acabado con agujeros de bala y postas de escopeta, y con un riñón menos, después de que hubiera aceptado investigar la muerte de uno de los amigos de Shakey. A veces, pensaba Parker, decir que no a algunos casos era una habilidad que convendría aprender.

Pero también estaba en deuda con Shakey: sin él, Parker no habría muerto y vuelto a la vida transformado. Sin Shakey, no habría descubierto la verdad sobre su hija. Shakey había sido el catalizador.

Y Shakey reconocía que Parker había pagado un precio muy alto por intervenir, aunque el detective nunca había insinuado que hubiera una deuda pendiente. Sin embargo, Shakey la iba saldando a su modo poniéndose a su disposición cuando Parker lo necesitaba, que era por lo que estaba en ese momento junto a la puerta de un viejo coche usado en South Portland, vigilando el Porterhouse.

—Están saliendo —dijo.

—¿Los tres?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene Griffin?

Parker le había dado una descripción a Shakey.

—Nervioso. Está fumando. Habla con los otros, yo no diría que discuten, pero se le ve muy excitado. Parece que intenta convencerles de algo. Se ha subido a su coche. Ellos le miran. Uno de ellos saca un teléfono. Hace una llamada. Está... ¡Mierda!

—¿Qué?

—Creo que me han visto. Lo siento, pero...

Lo siguiente que oyó Parker fue una sucesión de obscenidades que gritaba Shakey al teléfono, acusando a alguien anónimo de joderle por siete pavos, de tirarse a alguien llamado Little Petty a sus espaldas y, a no ser que Parker hubiera oído mal, de cagarse en su perro. Cuando Shakey acabó, hasta Parker albergaba serias dudas sobre su cordura y se planteaba cambiar de número de teléfono. Al final, la conexión se cortó, y Parker se quedó mirando fijamente su teléfono mudo.

—¿Ha dicho que alguien se cagó en su perro? —preguntó Angel.

—Creo que sí.

—Pero ¿tiene perro?

—Si lo tiene, supongo que no te apetecería acariciarlo.

Al cabo de un par de minutos, el teléfono volvió a sonar, y Shakey estaba en línea de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Parker.

—Sí. Se han ido. Me han tomado por un puto loco.

—No son los únicos.

—Nadie quiere meterse en líos con locos, ni siquiera otros locos —dijo Shakey—. Griffin se fue solo, por su lado, y los otros se quedaron un rato dentro del coche y luego se marcharon también. Tengo las matrículas de los dos.

Las leyó en voz alta, y también dio una descripción de los vehículos, y Parker tomó nota de los detalles.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Vete a casa, Shakey, y gracias. Lo has hecho muy bien.

Parker le dijo que ya se pondría en contacto con él. Le daría algo de pasta por la mañana. Shakey intentaría rechazarla porque siempre lo hacía, pero Parker le convencería para que la aceptara.

No creía que los dos hombres que acompañaban a Griffin tomaran una decisión sobre su destino de inmediato, pero no estaba seguro. Utilizando su *smartphone*, buscó la matrícula del coche que conducían y le salió la referencia de un vendedor, lo que significaba que el vehículo había sido adquirido hacía poco y que el papeleo todavía no se había completado. La información despertó un eco en su memoria, pero estaba cansado y no

recordó la fuente, así que la dejó aparte.

Estaba utilizando a Griffin, colocándolo en una posición en la que tal vez se vería obligado a contar lo que sabía para salvar la vida. Y si Louis estaba en lo cierto, había hecho algo más: potencialmente, lo había condenado a muerte. Le inquietaba, pero menos de lo que habría podido inquietarle, y sin duda menos de lo que debería.

No era el mismo hombre que antes. Su abuelo solía decir que había ángeles a los que los demonios saludarían por la calle. Si eso es así, pensó Parker, dejemos que los demonios alcen los sombreros a su paso.

De ese modo serían más fáciles de identificar y de destruir.

Harpur Griffin intentó recordar la primera vez que había oído hablar de Charlie Parker. Griffin no leía los periódicos con frecuencia, más allá de la cobertura ocasional de algún caso importante, ni veía los informativos de la televisión. No era un redomado estúpido, pero no tenía la menor curiosidad intelectual y tendía a la pereza, y además estaba perpetuamente centrado en el ombligo de su propio universo. Todo individuo se pasa la vida entera intentando rebatir a Copérnico, intentando situarse él mismo en el centro de la existencia, pero un pequeño grupo de intransigentes se las apañan para convertirlo en un arte. Harpur Griffin era uno de esos hombres, espoleado por la sospecha, aunque nunca habría sido capaz de expresarla con tantas palabras, de que no era más que un ente vacío con un nombre.

Aunque no tenía intención de hacerlo, de haberse sentado con Parker en una atmósfera más conciliadora, le habría sorprendido descubrir que el diagnóstico del detective sobre las taras de su personalidad daba en el clavo. El instituto de secundaria había señalado el apogeo de la vida de Griffin y le había permitido disfrazar su falta de personalidad probando diversas identidades, todas las cuales acabaron por no ajustarse del todo, mientras se mantenía rodeado de otros que eran al menos tan inseguros como él, pero que madurarían de un modo que él nunca llegaría a madurar.

Con el tiempo, Griffin se había acomodado en una actitud de acosador descerebrado, en cuyo papel destacó apoyado por una camarilla de hombres y

mujeres más jóvenes que estaban casi tan vacíos como él, superficialmente obnubilados por ese caprichoso y joven dios que ocupaba el centro. También había tenido chicas de sobra —suyas y muchas de otros—, pero un fragmento confuso de su ser siempre le había mantenido aparte, alejado de sí, incluso en los momentos más íntimos, observando una versión de sí mismo en los espasmos del acto sexual mientras se preguntaba por qué no se lo pasaba mejor haciéndolo.

Los maricas —así los llamaba él, nada de *queer* u homos, sólo maricas— lo pasaban especialmente mal con Harpur Griffin. Los odiaba tanto como el pastor de su iglesia local decía que los odiaba Dios, y Dios, según el pastor Ricky, odiaba *de verdad* a los maricas, los despreciaba más todavía que a los musulmanes, a las abortistas y a las feministas, y eso eran palabras mayores, porque Dios no quería saber nada de esos otros, no, señor. El pastor Ricky se alteraba tanto hablando de los maricas que se ponía azul, y luego tenía que limpiarse la boca con un gran pañuelo blanco, enjugándose la saliva que se le había acumulado. El pastor Ricky veía maricas por todas partes —tenía buen olfato para ellos—, y por eso probablemente encontró a uno con el que lo habían detenido en el lavabo de hombres de un local, no muy lejos del Centro Cívico de Charleston, realizando lo que su pastor auxiliar describiría después como un «acto abominable», aunque la opinión del auxiliar era que el pastor Ricky había sido tentado a cometer aquel acto en cuestión por Satán, que se había enfadado por la incansable negativa del pastor a capitular ante las fuerzas del liberalismo. Eso, pensaba Harpur Griffin, era una forma muy ambiciosa de sesgar el asunto hasta convertirlo casi en algo positivo, pero, pese a todo, admiraba al pastor auxiliar por atreverse a plantearlo así.

Más tarde, tomándose un café en el vestíbulo contiguo, los miembros de la congregación se preguntaban cómo un hombre tan devoto como el pastor Ricky podría haber caído tan bajo, tanto metafóricamente como, dado que lo habían descubierto de rodillas, en un lavabo de hombres, literalmente. Sin embargo, Griffin lo sabía bien porque el pastor Ricky y él con frecuencia habían odiado juntos a los maricas, a su manera. Uno tenía que entender su degradación, solía decirle el pastor Ricky, y Griffin había estado más que dispuesto a comprobar si era cierto, siempre que el pastor y él estuvieran en

la misma onda en su desprecio a los maricas y sus actos.

A veces, en sus momentos más lúcidos, relativamente hablando, Griffin sospechaba que tal vez estuviera algo confundido acerca de su sexualidad.

Se había criado en Turley, el corazón mismo de Plassey County, lo cual parecía una razón tan justificada como cualquier otra para buscar otro sitio para vivir en cuanto fuera posible. Poco a poco, y no del todo por voluntad propia, había ido desplazándose hacia el norte, y, careciendo por completo de algo parecido a habilidades laborales, había caído en la delincuencia menor hasta que, con el tiempo, avanzó a formas de comportamiento más aberrantes para las que manifiestamente no estaba preparado, que fue por lo que acabó cumpliendo condena en la Prisión del Estado de Maine. La primera mitad de su condena había sido difícil; y el resto de lo que le quedaba por cumplir, aunque consiguiera alguna reducción de la sentencia, no parecía que fuera a resultar mucho más llevadero, cuando el Tajo fue a visitarle.

Al haber crecido en Plassey, Griffin conocía bien el Tajo. Dado que no era muy listo y había intentado impresionar a los que él consideraba su «tripulación», incluso había plantado cara a algunos de los chicos del Tajo cuando se cruzaban en los caminos de los alrededores del Oakey's, y fue ahí donde empezaron sus verdaderos problemas.

El Oakey's se hallaba a medio camino entre Turley y Mortonsville, y era un local popular entre los postadolescentes porque no eran muy exigentes a la hora de pedir un documento que acreditara su edad, siempre que los chicos bebieran en la trastienda y respondieran apropiadamente a «la Campana», un timbre que sonaba ante el menor signo de presencia policial, dado que, comparado con todos los negocios que se realizaban en el Oakey's, el de servir alcohol a menores era una infracción ínfima de la ley. Si sonaba la Campana, todo el alcohol en posesión de menores se vaciaba en un cubo de la basura, situado en un rincón, en cuyo fondo habían practicado unos agujeros que servían como desagüe, y la cerveza y el licor eran reemplazados por refrescos de un dispensador que estaba allí con ese propósito.

En cualquier caso, la noche en cuestión, Griffin no estaba infringiendo la ley alternando tragos de whisky Canadian Mist —siempre había sido un clásico, pensaba, incluso ya por entonces— con cerveza Miller High Life,

dado que había cumplido los veintiuno hacía tres meses, aunque todos los demás eran visiblemente menores. (Si bien Griffin iba cumpliendo años, los chavales que le rodeaban eran siempre de la misma edad. Sólo cambiaban las caras.) Griffin no sabía qué hacían los tres chicos del Tajo en el Oakey's. Si hubiera estado un poco más sobrio, se habría dado cuenta de que, fuera cual fuese el motivo de su presencia, probablemente era una mala noticia para alguien, y es más que posible que no hubiera intentado averiguar si también querían algo de él. Pero cuando uno de los del Tajo le rozó de camino al lavabo, o tal vez fue él quien rozó al chico, ya había cierta confusión; Griffin iba bastante cargado de alcohol y con los ánimos subidos por la adulación de sus acólitos.

Pero Griffin también sabía más de lo conveniente sobre el Tajo, porque allí no todo el mundo asumía el aislamiento con la misma lealtad. Griffin podría haberse acostado con hombres, pero eso no significaba que rechazara acostarse con mujeres cuando se presentaba la ocasión. Sólo había sucedido un par de veces con la mujer del Tajo, pero habían servido para diluir parte de la cautela de Griffin. El Tajo ya no le parecía tan misterioso y amenazador después de tirarse a una de sus mujeres.

Así que cuando el hombro del chico del Tajo le golpeó, Griffin no se retiró. Intercambiaron palabras duras y Griffin estuvo a un paso de jactarse de que se había tirado a una mujer del Tajo, y una cosa llevó a la otra, lo que culminó con Griffin soltando un puñetazo que, en nueve de cada diez ocasiones, habría errado por completo o, como mucho, habría golpeado de refilón, pero esa vez alcanzó de pleno la mandíbula del chico del Tajo, dislocándosela al instante y haciéndolo caer de espaldas a través de la puerta del lavabo, donde resbaló y se fracturó el cráneo contra las baldosas.

La bruma roja que nublaba los ojos de Griffin se despejó al instante, y tras recuperar la vista fue consciente de la identidad del chico al que acababa de golpear. Griffin no lo había reconocido al principio, no con la gorra de béisbol encajada en la cabeza y una reciente barba rala y oscura en la cara. Estaba viendo a Marius, el hijo pequeño de Cassander Hobb. Acababa de tumbar a un príncipe del Tajo.

Que fue cuando sonó la Campana.

Griffin nunca había recobrado la sobriedad tan rápido. Nadie en Plassey se atrevía a alzar la voz contra el Tajo, y menos aún una mano. Lo que había hecho bastaba para hacerle merecedor de una tumba poco profunda. Los dos colegas de Marius se encontraban en el salón del bar, y el lavabo estaba vacío, así que Griffin hizo algo inteligente, o puede que lo único que podía hacer por lo que a él respectaba: se encaramó a la ventana del lavabo, saltó y corrió a su coche, donde esperó a que la policía llegara al Oakey's para ponerlo en marcha y dirigirse al sur. Por desgracia, sólo le quedaban cuarenta dólares en el bolsillo, lo cual no era mucho para empezar una nueva vida en otro sitio, así que volvió al apartamento que tenía alquilado casi en las afueras del pueblo desde que sus padres lo habían echado de casa. Compartía piso con un fumeta llamado Cody, que guardaba su pasta en un calcetín enrollado en el cajón de debajo de su cómoda. Griffin birló a Cody 373 dólares, con la intención de devolvérselos algún día, metió sus cosas en una bolsa y volvió a su coche. Acababa de ponerlo en marcha —pues podía ser un vehículo caprichoso, o lo que es lo mismo: un cacharro de mierda— cuando un camión le bloqueó el paso y aparecieron los hombres.

Griffin recordaba que les había suplicado cuando lo sacaron del coche, y entonces algo le golpeó la cara, y ya no recordaba nada más hasta que despertó unos días después en el hospital. El médico le informó de que había tenido suerte: la presión de la hemorragia cerebral había estado a punto de matarlo. Pero Griffin era consciente de que su suerte iba aún más allá: había oído historias y sabía que podían haberlo quemado vivo.

Después de ese incidente, no volvió a beber Canadian Mist.

Cassander fue a visitarle el día que le daban el alta del hospital, con la pierna derecha y el brazo izquierdo todavía enyesados, pues se los habían roto, lo que le hacía balancearse como una verdadera zorra. Cassander era uno de los líderes del Tajo, aunque quienes afirmaban conocer el tema decían que en el Tajo no tenían líderes, no realmente, pero esos sabihondos eran unos mierdas. Griffin reconocía a un líder en cuanto lo veía, aunque la mujer del Tajo no le habló de la jerarquía que acababa con Cassander y Oberon en la cima. Sin embargo, Cassander no había sido uno de los que le había golpeado, la paliza se la habían dado sólo hombres jóvenes.

Griffin procuró no traslucir su miedo, aunque en su interior se preguntaba si Cassander había ido para acabar el trabajo. Pudo humedecerse la boca lo bastante para preguntarle por su hijo, y el otro le dijo que estaba recuperándose en un hospital de Charleston. Griffin respondió que se alegraba, y era verdad: si Marius hubiera muerto o hubiera acabado convertido en un vegetal, al final, el Tajo habría encontrado el modo de quemarlo vivo. Sin embargo, no le sorprendió que la policía no hiciera acto de presencia en ningún momento. El Tajo manejaba estos asuntos a su manera.

Cassander no dijo gran cosa. Se limitó a mirar fijamente a Griffin durante un rato, como si se preguntara cómo alguien tan estúpido no había sido eliminado por la selección natural antes de entrar en la órbita del Tajo, y luego comunicó a Griffin que podría plantearse buscar otro sitio para vivir en el futuro inmediato. Griffin, que ya lo había pensado incluso antes de aquella noche en el Oakey's, confirmó que lo haría en cuanto pudiera andar sin caerse, o antes, añadió, al ver la sombra de sospecha en la cara de Cassander ante la posibilidad de que Griffin estuviera posponiendo su partida por la razón que fuera.

—El chico al que golpeaste en el Oakey's era mi hijo —dijo Cassander—, pero supongo que eso ya lo sabes.

Y Griffin sintió que todos los músculos se le tensaban dolorosamente.

—Si hubiera muerto —prosiguió Cassander—, tú también estarías muerto. Yo quería que te mataran, y también mi hijo mayor. De hecho, quería encargarse él en persona.

Griffin apenas pudo contener las ganas de vomitar. En Plassey County todos conocían a Lucius Hobb. No era sólo que estuviera loco, es que además era cruel. Si en Virginia Occidental había una especie animal que Lucius, antes o después, no hubiera torturado hasta matarla, era simplemente porque no había podido atraparla.

—Pero —continuó Cassander— alguien te defendió en privado, sólo ante mí. —Se inclinó acercándose a Griffin—. Entre los nuestros, habría partidarios de castrarte y quemarte vivo si supieran que has estado con una de nuestras mujeres —susurró—. No lo olvides.

Cassander le dio a Griffin unas palmadas en la pierna partida —a decir verdad, más fuertes de lo que a Griffin le habría gustado— y le dijo que estaría vigilándolo de muy cerca. Griffin pensó que se trataba de una manera de hablar, pero resultó que Cassander lo había dicho en serio. Así que, mediada su condena en Warren —que había quedado en nueve años tras la apelación—, le llegó un mensaje del Tajo: todavía había una deuda pendiente por las heridas infligidas a su chico, y podría saldarla si les hacía un favor.

Podía convertir la vida de Jerome Burnel en un infierno.

Que fue lo que hizo, con la ayuda de una provisión de contrabando —narcóticos, medicinas, nicotina— que le llegaba regularmente y que él utilizaba para asegurarse su posición pagando a sus propios matones y redirigiéndolos contra Burnel. Todo tenía un precio, desde la agresión sexual a escupir en la comida de Burnel, y Griffin pagaba sin discutir. Pero sobre todo le encantaba hacer el trabajo en persona, ayudado, cuando era necesario, por dos colegas de confianza. Como consecuencia, el resto de los años que pasó en Warren le resultaron más que tolerables. Incluso se había permitido dar rienda suelta a su gusto por la violación homosexual sin que nadie arqueara una ceja.

El pastor Ricky, pensaba, se habría sentido orgulloso.

La deuda de Harpur Griffin había quedado finalmente saldada del todo aquella semana, cuando Burnel fue secuestrado en las calles de Portland. Todo salió bien, y el Tajo se había presentado incluso con una pequeña recompensa en efectivo, parte de la cual se estaba gastando en el Porterhouse cuando apareció Charlie Parker.

Eso retrotrajo a Griffin a lo que sabía sobre el detective, que no era nada bueno, incluso concediendo que, como estaba claro, le daba igual aparecer o no en los canales informativos convencionales. Les había ocultado lo peor a Lucius y Jabal en el Porterhouse, pero no creía que la reputación de Parker siguiera siendo un secreto para ellos durante mucho tiempo, no en la época en la que estaban viviendo. Puede que el Tajo no fuera partidario de dejar rastro por el uso excesivo de teléfonos móviles u ordenadores, pero unas cuantas búsquedas superficiales bastarían para sacar a la luz lo bastante sobre Parker para que se preocuparan.

Y Parker había esperado hasta el final, justo hasta que Griffin había pensado que lo había empujado a un punto muerto, antes de lanzar su granada: el Rey Muerto. La cuestión era que Griffin no tenía ni idea de lo que era el Rey Muerto. Sólo había oído el nombre después de dejar Plassey, cuando se relacionó fugazmente con algunos tipos en Huntington que habían tenido sus problemas con el Tajo. Los dirigía un tal Cort Leebone, al que habían expulsado de la pandilla de moteros Mongols por..., bueno, Griffin no estaba muy seguro de por qué le habían puesto de patitas en la calle, pero sí sabía que tenía algo que ver con su manifiesta incapacidad para llevarse bien con los demás. Leebone estaba ahora resuelto a cortejar a los Bandidos y a asociar a su pequeña pandilla con ellos como comparsas, porque cuatro de los moteros le habían acompañado al abandonar los Mongols, y quería algo con lo que demostrar su buena fe.

Las pandillas de moteros habían seguido rondando por el Tajo, pese a la desafortunada muerte de un miembro de los Pagans unos años atrás. Varios de sus miembros eran el tipo de hombres que simplemente carecen del sentido común para esquivar un obstáculo en su camino: tienen que echarlo abajo. La negativa del Tajo a dejarles siquiera recorrer las carreteras de Plassey County era una fuente de descontento, pero los más sensatos habían decidido que no merecía la pena un enfrentamiento con el Tajo, aunque esa decisión estaba sujeta a revisión si acumulaban la información suficiente sobre él para justificar un asalto.

Y esa información era lo que Leebone esperaba presentar a los Bandidos como tarjeta de visita, pero estaba resultando más difícil de obtener de lo que había previsto. Uno de los suyos ya había muerto a tiros en un garaje de Wheeling después de que lo enviara a Plassey a reconocer el terreno del Tajo disfrazado de motorista dominguero, y Leebone estaba decidido a atribuir su asesinato a «esos putos palurdos», como él los llamaba. Tras enterarse de los problemas que había tenido con el Tajo, Leebone abordó a Griffin, pero éste tenía poco que contarle que no supiera ya, aparte de lo que le había explicado la mujer.

Fue Leebone, durante su tercer encuentro con Griffin, el que primero mencionó al Rey Muerto. Leebone y sus colegas se habían hecho con el

control de un garito de drogas con pretensiones, en el que Leebone se hacía acompañar de una yonqui rubia oscura llamada Makayla —Griffin ni siquiera sabía si era su verdadero nombre, pero tampoco importaba—, tan delgada que parecía una aguja con tatuajes. Leebone dijo que «Rey Muerto» era el nombre que en el Tajo le daban a su líder, no a Oberon ni a Cassander, sino a otro, alguien a quien nunca habían visto. Lo sabía de buena fuente, dijo, y luego se había reído de una forma que a Griffin le provocó arcadas. Leebone había estado bebiendo y apestaba a Chivas. El olor le recordó a Griffin su última experiencia con licores fuertes, como si los dolores en el brazo, la pierna y casi todo el torso no fueran suficientes, incluso después de que le quitaran el yeso.

Con todo, Griffin se había planteado durante un breve periodo de tiempo unir su suerte a la de Leebone y su gente con la esperanza de vengarse, por poco que fuera, del Tajo por lo que le había hecho. Pero rápidamente desechó la idea por dos razones. La primera era que no creía que Leebone, ni siquiera con la potencial ayuda de los Bandidos, fuera ni de lejos rival para el Tajo, y eso significaba que muy pronto Leebone estaría muerto.

Y la segunda era que, aproximadamente una hora después de mencionar al Rey Muerto, Leebone decidió presentar a Griffin a su fuente de información: un chico de dieciocho años atado con alambre a una silla, con la cara ensangrentada y al que le faltaban tres dedos de la mano derecha, le faltaban, pero no se habían perdido, porque Leebone los conservaba a buen recaudo envueltos en un trapo empapado en aceite. El chico, dijo Leebone, se estaba preparando para estudiar medicina en la Universidad de Charleston. Y, lo que era importante de verdad, provenía del Tajo. Según Leebone, ya le había ayudado con el esbozo de un mapa de la zona, aunque Leebone confesó que no estaba muy convencido de la precisión de las rutas ni de que fueran seguras, que era la razón por la que pensaba arrancarle algunos dedos más antes de acabar, tras lo cual tenía la intención de quemarlo vivo al verdadero estilo del Tajo.

Fue entonces cuando Griffin se dio cuenta de que Leebone estaba verdaderamente pirado.

El papel que estuvo representando Griffin durante la siguiente hora

seguro que habría merecido algún premio teatral. Incluso se las apañó para echar un par de tragos largos de Chivas para parecer sociable, aunque sólo pensaba en alejarse todo lo que pudiera de Huntington, de Leebone y de aquel chico del sótano, porque tan seguro como que la noche sigue al día que el Tajo daría con ellos.

A las cuatro de la mañana todos los demás estaban tan borrachos y ciegos que Griffin pudo escabullirse. Se subió al coche y se puso a conducir, porque las mejores ideas se le ocurrían al volante. Poco después de las seis, se detuvo a tomar un café y a desayunar en un restaurante IHOP. Eso sucedió antes de la época en que cualquier gilipollas tenía un teléfono móvil, así que cambió un billete de cinco en monedas de veinticinco centavos e hizo la llamada desde el teléfono que había junto al lavabo.

Preston Simus, que era camarero en el Oakey's, no pareció alegrarse mucho de que le despertara con el canto del gallo alguien que era considerado *persona non grata* en todo Plassey County y gran parte de sus alrededores, pero se calmó un poco cuando Griffin le contó lo del chico en el sótano. Cinco minutos después de colgar el teléfono, Preston Simus estaba de camino al Tajo.

Los asesinatos de Huntington se atribuyeron a peleas entre moteros, aunque se llevaron a cabo con sigilo y eficacia, algo que no era habitual entre esas pandillas. Cort Leebone fue el único al que no encontraron. Se dijo que tal vez había escapado de la carnicería, aunque su moto se encontraba entre las que quedaron delante de la casa cuando llegó la policía. Sin embargo, Griffin sabía lo que había pasado, y el día después de los asesinatos de Huntington el viento trajo desde el Tajo el olor a carne quemada.

Griffin esperaba que su colaboración en el asunto de Leebone y el chico del sótano supondría borrón y cuenta nueva, pero en el fondo de su corazón sabía que no era así: en el Tajo tenían muy buena memoria y no olvidaban los agravios. Pero Jabal, sentado fuera del Porterhouse, le había hecho creer que el incidente del cráneo fracturado estaba olvidado, gracias a su trabajo con Burnel, y, por lo que al Tajo respectaba, las deudas de Griffin habían quedado saldadas.

En cuanto al otro, Lucius, no hablaba mucho, sólo parecía cabreado.

Griffin no tenía ni idea de qué podía rondarle por la cabeza, y, en cualquier caso, ni siquiera estaba seguro de que Lucius fuera enteramente humano. Griffin sospechaba que un vistazo en los mecanismos de la mente de Lucius sólo revelaría los apetitos viles y sombríos de un roedor o un mamífero cazador, un murciélago, tal vez, o un visón, un bicho capaz de una ferocidad inagotable.

Pese a todo, allí estaba Griffin —sentado con una bebida en la mano, disfrutando de llevar algo de dinero en los bolsillos, y un salvoconducto del Tajo— cuando de aquel cielo claro y despejado cayó Charlie Parker con su cháchara del Rey Muerto. Griffin le había asegurado a Lucius que jamás había pronunciado el nombre del Rey Muerto, pero Lucius no le había creído, sobre todo porque la cara de Griffin había delatado la verdad en cuanto Parker empezó a hablar. Lucius le había dado una noche a Griffin para pensarse cómo reparar el daño, y Griffin lo interpretó como que Lucius quería que matara a Parker.

Desgraciadamente, Harpur Griffin no era un asesino, o al menos no del tipo que podría haber ido a por Parker y los hombres que trabajaban con él. El peor era el de color, que le había provocado una incómoda sucesión de escalofríos, porque le recordaba al tipo de chicos negros a los que atormentaba en Plassey cuando tenía a la gente necesaria para respaldarle, pero de los que se alejaba cuando estaba solo.

Los tipos del Tajo eran los asesinos, pensó Griffin, así que mejor que se encargaran ellos de Parker si tanto les preocupaba. Fue a la nevera, sacó la última cerveza del estante y la utilizó para alimentar su creciente sensación de justificada indignación. Y todo esto porque uno de esos hijos de la endogamia no iba con cuidado al moverse por el Oakey's y luego no había sido capaz de aguantar un medio puñetazo sin partirse la crisma como un jarrón de porcelana. Y, además, ¿qué pintaba Parker en todo eso entrometiéndose con preguntas sobre un pedófilo? Que se vaya a la mierda. Todos a la mierda.

«Podría huir», pensó Griffin. Algunos tipos que había conocido en Warren se habían ofrecido a echarle un cable si lo necesitaba, bueno, un cable en el sentido de pasar fármacos desde Canadá, pero eso supondría renunciar al trabajo que le había obligado a aceptar su oficial de libertad condicional, o

sea, la encomienda limpieza de patios, un trabajo pesado hasta el aburrimiento, lloviera o tronara. Pero descartó la posibilidad de huir de inmediato, porque sabía que el Tajo lo perseguiría y lo encontraría sin mayores dificultades.

De repente, dejó la botella y se preguntó si habría estado contemplando el asunto desde el ángulo equivocado. Hasta ahora había considerado que Parker era el problema, y él, o el Tajo, la solución. Pero el tal Parker no era un simple detective privado que se ganaba unos dólares con impagos de fianzas y maridos fugados. Era un cazador y un asesino. Por lo poco que Griffin sabía de él, también contaba con protección: nadie salía bien parado de cosas como las que él había hecho sin alguien muy arriba que asumiera la responsabilidad.

El Tajo nunca le dejaría en paz, eso lo sabía Griffin. Si huía, lo matarían. Si no podía cargarse a Parker, lo matarían. Y aun cuando de algún modo se las apañara para encontrar una solución al problema, casi con toda seguridad lo matarían también en cuanto hubiera acabado, sólo por ser un bocazas. Lo mirara por donde lo mirase, Griffin estaba convencido de que se encaminaba hacia la tumba.

Así que, en lugar de entregar a Parker al Tajo, tal vez debería hacer lo contrario. Un hombre que contaba con protección podía encontrar un modo de proteger a otros. Si tenía contactos con los federales, tal vez podía meter a Griffin en una de esas casas seguras —alojamiento, comida, tele por cable, una PlayStation— mientras los federales se lanzaban sobre Plassey County con toda la potencia de los dólares de los contribuyentes.

Pero ¿qué podía ofrecer Griffin a cambio? Ése era el problema. Lo único que podía contarle a Parker era cómo lo habían abordado en Warren y la instrucción de torturar a Jerome Burnel. También podía añadir lo de Cort Leebone y sus colegas, aunque para que Parker le diera algún valor tendría que reconocer su propia implicación en su entrega al Tajo. El resto no eran más que rumores, e incluso sumados, no parecían gran cosa como para hacerle merecedor de mucho más que una taza de café malo de Parker o de la policía.

A no ser que aceptara ponerse un micrófono.

Lo único que sabía Griffin de micrófonos lo había visto en las series de

polis de la tele y en las películas, pero se imaginaba que la tecnología debía de haber avanzado lo bastante para permitirle llevar uno que pareciera un botón o un pin sin que hiciera falta envolverse en celofán. La conspiración para cometer un asesinato debía de valer mucho, y eso era lo que Lucius estaba insinuando, pese a decirlo con menos palabras, por el momento. Pero, si era necesario, Griffin podría persuadirlo para que lo dijera en voz alta. No había agotado del todo la reserva de encanto que le quedaba de su primera juventud.

Griffin abrió su portátil y empezó a buscar detalles sobre Parker. El investigador privado no tenía página web —quién, en los tiempos que corren, no tiene una página web para promocionar su negocio, caviló Griffin, hasta que se le ocurrió la respuesta: alguien que no la necesitaba—, pero sus datos eran accesibles en el sitio web de la Asociación de Detectives Privados Legales de Maine, aunque se limitaban a un apartado de correos y un número de teléfono móvil. Griffin grabó el número en su propio móvil, pero lo borró al instante: no quería que Jabal o Lucius se lo cogieran y descubrieran detalles sobre el detective grabados. Así que arrancó un trozo de papel de un menú de un restaurante de comida para llevar y escribió el número en él, antes de doblarlo y metérselo en el fondo del bolsillo pequeño de sus tejanos, enterrado bajo la calderilla. No iba a hablar todavía con el detective, no hasta que estuviera convencido de que no le quedaba otra opción. Antes saldría y hablaría con ciertas personas sobre él.

Griffin se acabó la cerveza, echó una meada y se lavó. Todavía se notaba un poco pedo tras haberse pasado todo el día bebiendo sin parar. Echó mano a las llaves del coche, dudando por un momento si estaba o no demasiado borracho para conducir, hasta que concluyó que si era capaz de valorar el grado de su ebriedad es que probablemente no lo estaba, y así se dirigió al centro de Portland.

Shakey vio salir a Griffin y luego llamó a Parker para decirle que se había puesto en marcha otra vez. Pese a las instrucciones de Parker en sentido contrario, Shakey había ido a casa de Griffin por iniciativa propia, sobre todo porque le divertía tener un objetivo. Parker le insistió en que se fuera a casa, después de calentarle la oreja por ponerse potencialmente en peligro.

—Puedo quedarme —dijo Shakey—. No hace frío.

En realidad, sí hacía frío, pero no según los estándares que Shakey le aplicaba al tiempo, ya que él había dormido a la intemperie en las calles de Portland en invierno. Había estado a punto de morir y no tenía ganas de repetir la experiencia, pero le había dado cierto sentido de la perspectiva.

Parker estuvo tentado de tomarle la palabra a Shakey, pero al final decidió que no. Los dos hombres que estaban con Griffin en el Porterhouse habían visto a Shakey y ahora lo reconocerían. Puede que todavía no sospecharan de él, pero si volvían a verlo cerca, o cerca de Griffin, le harían daño. A Parker no le cabía la menor duda al respecto.

Así que Shakey regresó a su apartamento. Gracias a la intercesión de Parker y sus amigos en la ciudad, ahora vivía en una vivienda subvencionada al lado de Congress Street, no muy lejos de la manzana donde se había alojado brevemente Jerome Burnel. El edificio de Shakey contaba con lavandería propia, una biblioteca con ordenadores e incluso tensiómetros, y había una parada de autobús justo delante, lo que facilitaba la vida. Su pie

destrozado ya le avisaba de que el invierno se acercaba, y las horas pasadas siguiendo a Harpur Griffin habían hecho que se resintiera. Shakey sacó un trozo de caramelo de su bolsillo y lo fue masticando hasta la parada de autobús más cercana, donde se sentó a esperar el autobús que lo llevaría de regreso a Portland.

Y durante todo ese tiempo, Lucius y Jabal lo estuvieron observando desde los asientos delanteros de su coche, mientras una tercera figura, sentada detrás, le daba vueltas a todo lo que ya había aprendido sobre el detective privado Charlie Parker.

Parker dejó a Angel y a Louis y volvió a Scarborough. Como Shakey, empezaba a notar la llegada del invierno. El cuero cabelludo le picaba en los puntos donde las postas de escopeta lo habían atravesado, señal inequívoca de que pronto le dolería la cabeza. Porque ya había aprendido a adivinar las señales previas que le enviaba su cuerpo dañado.

Tomó un par de analgésicos, se preparó una taza de café y se sentó fuera, en el porche, a tomárselo, aunque la noche era un poco más fresca de lo que le habría gustado, y la maldita mano izquierda se lo recordaba. Pese a todo, en Maine aprendías a darte ciertos gustos cuando podías. En verano, los insectos no escaseaban precisamente en las marismas, y si fuera lo bastante estúpido para sentarse en el porche en cuanto llegaban las nieves, tendrían que picar el hielo para sacarle de dentro y romperle los huesos para que cupiera en el ataúd. Le gustaban octubre y noviembre, eran sus meses.

Llamó a Moxie Castin por el móvil y le contó su encuentro con los tres hombres en el Porterhouse, aunque no mencionó algunos detalles sobre sus conversaciones porque le parecía poco aconsejable contárselo todo a cualquiera, sobre todo a un abogado, y no conocía tanto a Castin como a Aimee Price, que se ocupaba de sus asuntos legales.

—¿Y cree que esos hombres pueden haber tenido algo que ver con la desaparición de Burnel? —preguntó Castin.

—No eran de la ciudad, y no parecía que estuvieran planeando una

excursión por la bahía al crepúsculo seguida de una cena de DiMillo's. Si esto fuera el Salvaje Oeste, habrían estado sobre un risco buscando señales de la patrulla que los perseguiría.

—Nunca he comido en DiMillo's —dijo Castin.

DiMillo's era la marisquería flotante de Portland, ubicada en un antiguo transbordador de automóviles amarrado en el Long Wharf. Fueran cuales fuesen sus cualidades, la aversión natural de Parker a comer cualquier cosa que tuviera más de cuatro patas, o ninguna en absoluto, le había mantenido alejado de aquel restaurante.

—Yo tampoco —dijo sin que le sorprendiera oír a Castin dispersarse hablando de comida. Conocía la reputación de *gourmand* del abogado.

—¿Cree que merece la pena avisar a la policía? —preguntó Castin, en cuanto recuperó el hilo de su pensamiento.

—La llamada es cosa suya, Moxie, pero no tengo nada más que la conexión de Harpur Griffin con Burnel y en este momento esos tipos no estarán cerca del Porterhouse.

—En ese caso, esperaremos.

—Es lo mismo que haría yo.

—¿Griffin corre peligro con ellos?

—Tal vez.

Parker dejó que el abogado sopesara las posibles consecuencias.

—Aun así, esperaremos —dijo Castin.

—Si la cosa se tuerce...

—Ya me ocuparé yo —dijo Castin.

—Muy bien.

Siguió una pausa.

—¿Cuánto podría torcerse?

Parker recordó las caras de los dos hombres.

—Ciento ochenta grados —dijo.

Castin le dio las gracias a Parker, aunque ni siquiera él supo muy bien por qué, y colgó.

A continuación, Parker llamó a Shakey para asegurarse de que había llegado a casa sin problemas. El hombrecillo estaba sentado en su sillón,

comiéndose un sándwich y viendo *Los Goonies* en una cinta de VHS. Shakey no tenía ordenador ni tarjeta de crédito, así que descargarse películas estaba descartado, aunque Parker se había ofrecido a compartir su clave de Netflix y a comprarle un reproductor de Blu-ray compatible con Netflix. Pero Shakey les tenía un cariño tremendo a las cintas de VHS y a los viejos vinilos, y ambos podían comprarse baratos. Su pequeño apartamento era ahora un almacén de libros, discos y películas en VHS. Parker se dio cuenta enseguida de que Shakey era un hombre que había vivido en las calles durante años, y que sus únicas pertenencias habían sido las que podía empujar en un carrito o llevar consigo, y que ahora disfrutaba simplemente poseyendo cosas, y estando rodeado de ellas sin tener que preocuparse por llevarlas de aquí para allá o de que se las pudieran robar.

Parker recordó una conversación con la hija adolescente de una de las amigas de Rachel, que no podía entender por qué la gente todavía compraba música o se gastaba el dinero en DVD, CD, libros, revistas y un montón de otras cosas a las que Parker se alegraba de dedicar unos dólares de vez en cuando. «Nuestra generación no quiere poseer cosas», le había explicado a Parker, a la manera de un maestro que le explica a un alumno de pocas luces por qué es importante no chuparse los dedos y luego meterlos en un enchufe eléctrico. Parker había asentido de forma educada mientras pensaba que era fácil despreciar la propiedad cuando casi todo lo que podías desear lo tenías al alcance de la punta de tus dedos, la mayor parte gratis, legalmente o no. Pero la propiedad y las posesiones sí importaban cuando, como Shakey, recordabas no haber tenido casi nada. Al final, resultaba que uno debía ser razonablemente rico y privilegiado para optar por no poseer cosas.

Le dijo a Shakey que ya se verían, y colgó. Se alegraba de que le fuera bien a Shakey. Al menos algo bueno había resultado de aquella historia criminal en Prosperous, consecuencia de su investigación de la muerte de Jude, el amigo de Shakey. Esa misma semana había leído algo sobre el pueblo en el periódico. Según parecía, el suministro de agua potable se había contaminado y el condado mandaba camiones cisterna para cubrir las necesidades de la población. La noticia incluía una fotografía de algunos de los antes privilegiados habitantes de Prosperous haciendo cola con

recipientes, como refugiados en una ciudad asolada por la guerra. Primero el fuego, apuntaba el periódico, ahora el agua. Muy pronto, el pueblo sufriría plagas de langostas y forúnculos, o eso esperaba Parker.

Pensar en Shakey hizo que se acordara de Harpur Griffin. Angel y Louis habían insinuado amablemente que podría ser conveniente alguna forma de seguimiento más profesional que el que podía hacer un sin techo tullido, pero Parker no disponía de demasiados recursos de los que echar mano. Griffin y sus colegas ya habían visto a Angel y Louis, y los Fulci no podían resultar más visibles si se disfrazaran de dinosaurios de colorines.

Además, a Parker le parecía que Griffin no era especialmente espabilado, pero no podía decir lo mismo de los hombres que le acompañaban en el bar. Estarían atentos a cualquier seguimiento. Ya sabían que habían entrado en el radar de Parker, y él en el suyo. Era una lástima que no se le hubiese ocurrido que Griffin podría estar acompañado de gente tan interesante: podría haberle pedido a Angel que pusiera un dispositivo en su coche para poder seguirlo por GPS.

Pero Griffin era el eslabón débil y dependía de sí mismo para salvarse, si eso quería. Para hacerlo, le bastaba con contar lo que sabía sobre Jerome Burnel y sobre los hombres que, Parker estaba ahora convencido, habían tenido algo que ver con su desaparición.

Y sobre el Rey Muerto.

Esa noche no había luna, pero aun así distinguía el destello del agua en las marismas. Le entraron ganas de llamar a Rachel. Tal vez Sam estuviera todavía despierta y podría hablar con ella antes de que se fuera a la cama. La echaba de menos a todas horas, aunque no podía pensar en ella sin sentir cierta inquietud.

Había ido a visitarla a Vermont a finales del mes anterior. Ella había charlado despreocupadamente con él mientras se tomaban unos helados, luego habían ido al cine con Rachel, de manera que casi parecieron una familia de nuevo. En ningún momento Sam dejó entrever que fuera otra que la que aparentaba ser: una niña un tanto precoz, feliz de su vida.

Pero Parker no podía evitar mirarla y recordar que había visto a otra Sam, una que había juzgado a un hombre que agonizaba, e incluso podía haber

deseado su muerte; una que había susurrado imperativamente a su padre, avisándole para que no la interrogara ni hablara de lo que creía haber visto, por temor a lo que podía abatirse sobre ambos. Esa Sam hablaba con la voz de una niña, pero era algo más extraño, algo más antiguo...

Apartó esos pensamientos de su cabeza. No le hacían ningún bien. Ahora entendía que su propósito en esta tierra, como el propósito de cualquier padre, era proteger a su hija.

Pero esa niña era especial. Esa niña, creía, podía cambiar mundos.

Fue un milagro que Harpur Griffin pudiera encontrar su coche al final de la noche. Si no estaba borracho cuando salió de su apartamento, no cabía duda de que lo estaba a la una de la madrugada. Se había dedicado a vagar por los locales de bebida menos saludables de Portland hasta que dio con un tal Benny Tosca, que se estaba pringando la cara con salsa de alitas de pollo en un bar junto a Deering Junction.

A Tosca lo habían echado de uno de los departamentos de policía de la zona más rural del estado por algo relacionado con prostitutas, infracciones de aparcamiento y un edificio de viviendas de alquiler de su propiedad infestado de ratas, además de una tentativa de ahogar a un candidato a alcalde, cuyos detalles seguían sin conocerse porque el candidato optó por no presentar cargos y el jefe de policía le había dado a Tosca la opción de desaparecer sigilosamente y ahorrar al departamento la vergüenza, o irse armando ruido y casi con toda seguridad acabar en la cárcel; ante semejantes perspectivas, Benny se decidió por la sensata primera opción. Al final acabó trabajando como investigador privado hasta que en esa profesión también se empantanó en la ilegalidad y ahora se dedicaba básicamente al cobro de deudas difíciles para una empresa de préstamos rápidos que tenía la sede en un antiguo restaurante armenio cerca de Forest Avenue; y, esporádicamente, los fines de semana atendía las puertas de garitos de *striptease*. A Benny Tosca le caía mal todo el mundo, pero reservaba un desprecio especial para

aquellos que habían tenido éxito donde él había fracasado, y eso incluía a los policías y los investigadores privados, además de a padres, maridos, dueños de perros, caseros del extrarradio, chulos y seres humanos normales.

Tampoco es que sintiera un afecto especial por los ex presos, pero Griffin apaciguó las reticencias a los delincuentes convictos que pudieran quedarle a Tosca invitándole a un par de rondas, y éste no tardó en darle un montón de información sobre Charlie Parker, parte de la cual era cierta. Dejando de lado las exageraciones y la mala leche, la descripción que le dio Tosca de Parker confirmó lo que Griffin ya había sospechado: era un hombre con principios, peligroso y más que capaz de enfrentarse al Tajo.

Tosca se fue del bar para volver a su trabajo de controlar indeseables a la entrada del club que le pagara esa noche, mientras Griffin estuvo dando vueltas para recuperar su coche, hasta que se acordó de dónde lo había dejado. Había aparcado detrás de un edificio rojizo que había sido remodelado para usos comerciales y debía de cerrar durante el fin de semana. Le costó abrir la puerta del conductor, y le resultó imposible introducir la llave de contacto. Griffin se lo tomó como un aviso de que no sería aconsejable conducir en su estado. Era improbable que, donde estaba aparcado, llamara la atención de ningún policía de paso, así que reclinó el asiento para echar una cabezada y despejarse, y se quedó inconsciente a los pocos segundos.

Griffin se despertó cuando le estaban tapando la boca con cinta adhesiva. Notó más cinta alrededor de la cabeza, sujetándosela al reposacabezas. Intentó resistirse, pero habían pasado dos tiras de nailon sobre el asiento y alrededor de su cuerpo, que se tensaron inmediatamente. La primera le ceñía el pecho, limitando con eficacia el movimiento de sus brazos. La segunda le apretaba el cuello.

Jabal apareció delante de él, mirándole fijamente desde el otro lado del parabrisas. Griffin oyó que se abría y cerraba la puerta de atrás, y entonces Lucius se unió a Jabal. Lucius llevaba algo en la mano, pero, en la oscuridad, Griffin no pudo distinguir qué era.

Al final, se abrió la puerta del pasajero y un tercer hombre se sentó al lado de Griffin, que apenas pudo volver la cabeza lo suficiente para mirarlo. Griffin reconoció de inmediato al recién llegado de la última vez que lo había visto, que fue cuando yacía desplomado en el suelo del lavabo del Oakey's con el cráneo fracturado.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Marius, y Griffin asintió. Aunque no le habían obstruido las alas de la nariz, le costaba respirar. Apenas podía contener las ganas de mear. Sabía que, en ese momento, tenía problemas más graves, pero eran las urgencias de su dolorida vejiga lo que más le preocupaba. Si hubiera sido un hombre con más espíritu filosófico, y hubiera estado menos ebrio, lo habría reconocido como el mismo impulso que hace que un hombre en el patíbulo se fije en una astilla, un sombrero, una cara, cualquier cosa que no sea la enormidad de su propia e inminente aniquilación.

—Estás en deuda conmigo —dijo Marius. Por encima de la mordaza, Griffin intentó decir que había hecho todo lo que le habían pedido, que lo sentía, que en el Oakey's había sido un estúpido y estaba borracho, igual que ahora.

—Chiss —dijo Marius—. Todo habrá acabado pronto.

Griffin tenía que orinar: tenía tantas ganas que empezó a llorar. Pensó en su madre. Intentó retener su imagen. Hacía mucho que no hablaba con ella. Ni siquiera estaba seguro de que la mujer supiera que había salido de la cárcel.

Marius se puso algo por encima de los nudillos de la mano derecha y luego se lo enseñó a Griffin, girando el puño delante de su cara: era un puño americano, uno antiguo, de madera. Entonces Marius echó la mano hacia atrás y golpeó a Griffin justo debajo de la oreja, y Griffin notó que le dislocaba la mandíbula. Chilló bajo la mordaza mientras Marius se bajaba del coche, dejando que Lucius abriera la puerta del conductor y empezara a empapar de gasolina a Griffin.

Griffin cerró los ojos y se imaginó la mano de su madre acariciándole el pelo mientras la gasolina se derramaba por su cara. El hedor de los gases que desprendía le quemó las alas de la nariz y le produjo escozor en los ojos, pero

los mantuvo cerrados incluso cuando oyó cómo raspaban una cerilla, y después el siseo rabioso y sorprendido del resto de los fósforos del librito al prenderse en llamas.

Entonces Harpur Griffin también empezó a arder, abriendo un sendero de fuego hacia el otro mundo.

Viene la niña por las marismas,
Viene la niña, viene la niña...

Jennifer Parker conservaba el recuerdo del momento de su muerte. Lo vivió como un instante de incandescencia, de dolor transformado en luz y calor, y fue tan profundo que le pareció que la agonía se alargaría durante toda la eternidad. Estaba atrapada en él, siempre lo había estado y siempre lo estaría, porque ya no recordaba cómo había empezado.

Y entonces...

Nada.

Pensó que tal vez se había quedado dormida, pero ¿cómo era posible estar dormida y despertar en un sueño? El mundo había cambiado, y ella también. Ella era, a la vez, el «era», el «es» y el «podría haber sido» de sí misma. Parecía una niña, y hablaba y pensaba como tal, pero por detrás se cernía otra conciencia que habitaba el mundo de formas que no sabía expresar. Estaba sola, pero no tenía miedo. Sentada en una roca a la orilla de un lago, contemplaba el paso de la interminable corriente de muertos, que era absorbida en el rojo sangre del cielo y el azul oscuro y profundo del mar. A

veces se paraban y le pedían que fuera con ellos. Las madres extendían una mano hacia ella porque les recordaba a sus propias hijas perdidas. Los padres querían protegerla, pues ya no tenían hijos propios a los que amparar. Pero ella no respondía, y al final todos seguían su camino hasta que se perdían de vista. Sólo cedía para hablar con los niños, porque ellos a menudo estaban asustados y confusos, y ella les hablaba y los tranquilizaba diciendo que todo iría bien, aunque no sabía si eso era verdad, y a su debido tiempo ellos se reintegraban en la gran masa y se desvanecían en un mar remoto.

No contaba los días, porque todos eran iguales. No tenía noción del paso del tiempo, porque el flujo de gente era constante, sólo cambiaban sus rostros, y no tardó en dejar de percibir también esas diferencias, y para ella todos pasaron a ser uno solo.

Pensó en su padre y en su madre, y se sintió como el último punto de conexión entre ellos, como si estuvieran en las paredes opuestas de un desfiladero tan profundo como estrecho, con una pila de rocas entre ellos, y en esas rocas se sentaba ella, con un brazo tendido hacia su padre y el otro hacia su madre. Percibía a su padre como una nube de color rojo, negro y amarillo chillón, pero no podía tocarlo. A su madre la sentía a la vez como una ausencia y una presencia: cerca de su padre se cernía algo que tenía la forma de su madre, pero no lo era del todo. Era alguien triste y enojado y buena parte de esa pena y esa rabia se dirigía contra su padre. Pero lo mejor de su madre, la parte que amaba y era a su vez amada, estaba en otro lugar.

Entonces —y eso pudo ser una hora, o un mes o un año más tarde— esa otra parte de su madre se acercó por la orilla del lago. La niña observó a su madre aproximándose, vestida con su vestido de verano favorito, pero no corrió hacia ella. Siguió sentada en su roca, con las rodillas bajo la barbilla, y sintió la calidez de la muerte que pasaba.

Y al cabo de un día, o de una hora o de un instante, su madre estaba a su lado, pero también era un ser transformado. La niña percibía la confusión de su madre, una irritación por verse apartada de algo más importante para hablar con esa niña que había conocido en el pasado, sentada en una roca

junto a los senderos de los muertos.

—Hola, hija.

—Hola, madre.

Su madre —no, su Casi-Madre— se colocó detrás de ella y contempló a los muertos.

—Son tantos... —dijo la Casi-Madre.

—Antes intentaba contarlos, pero me rendí. Ahora sólo veo luces.

La Casi-Madre se sentó a su lado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Cuánto te quedarás?

—No lo he decidido.

—Puedes venir conmigo, si así lo quieres. No tienes por qué quedarte aquí sola.

Y la niña inhaló el dolor de su padre, que le llegaba portado por un viento que se movía entre los mundos. Olía a cobre y a flores muertas.

—Y si me voy, ¿qué será de él?

—No lo sé.

—¿Y te importa?

El paisaje parpadeó, y la Casi-Madre y la Madre del Dolor y la Ira se convirtieron fugazmente en una, y en algún lugar de sus corazones unidos había una especie de amor.

—Yo no puedo ayudarle.

—¿Y yo?

—Tal vez.

—Quiero volver.

—En ese caso, ve.

Y eso hizo.

Pasó el tiempo. Caminó entre las sombras. Una vez, puede que dos, la Casi-Madre se unió a ella en el mundo de su padre, y sacó a una niña de la confusión de la muerte para seguir al agua, pero casi siempre estaba sola, o

vagaba con la Madre del Dolor y la Ira, y observaba a su padre desde lejos. Ella deseaba que él la viera, y a veces él estuvo a punto de hacerlo. Ella vislumbró lo cerca que estuvo su padre de la caída, sintió que casi tocaba la perdición antes de retirarse. Ella...

Ella había regresado a la roca y los muertos fluían a su alrededor, y la Casi-Madre estaba sentada a su lado. Pero el aire era distinto y el cielo había cambiado, y cuando Jennifer alzó la mano, una luz azul clara dibujó un arco entre sus dedos.

—Escúchame —dijo la Casi-Madre. La niña percibió el temor y el asombro en su voz, y escuchó—. Lo que estuvo dormido se está despertando.

Jennifer lo sintió —una conciencia que regresaba y exploraba—, y las filas de los muertos se estremecieron. Unos pocos se detuvieron, desconcertados, y un hombre y una mujer se apartaron cogidos de la mano para vagar entre las colinas bajas, y la niña no supo qué les sucedería tras haber dado la espalda al mar remoto.

—¿Qué debo hacer?

—Acércate. Escucha. Escucha con atención.

Ella lo oyó: el llanto de un bebé: una niña, una hija nueva. Por primera vez desde que el Viajante había venido y la había arrancado de su antigua vida lloró.

—Se olvidará de mí —dijo—. Quiero irme. Quiero irme contigo. Él ya no me necesita.

—No —dijo la Casi-Madre—. Te necesitará más que nunca.

Y en la oscuridad de las profundidades de los mundos, algo se removió.

El teléfono de Parker sonó poco después de las seis de la mañana. Ninguna llamada telefónica a esa hora de un domingo podía traer buenas noticias.

Era Moxie Castin.

—Encienda la tele y sintonice el Canal Seis —dijo—. Parece que alguien ha quemado vivo a Harpur Griffin...

Parker vio las noticias mientras se vestía, luego fue en su coche a Forest Avenue, aparcó a un par de manzanas del escenario del crimen y fue caminando hasta el cordón policial. Detrás había un montón de coches policiales, algunos de ellos sin distintivos, y la furgoneta del grupo de investigación de la escena del crimen. A la derecha vio el vehículo del forense y un par de figuras embutidas en monos. Alrededor del coche de Griffin se habían colocado unas pantallas para protegerlo de las miradas de los curiosos, de los que ya había bastantes. Una brisa llevaba el hedor del coche quemado hasta ellos. Más cerca, los policías también olerían a Griffin.

Sonó su móvil: era Castin de nuevo.

—He estado preguntando —dijo—. No hay identificación confirmada, todavía no; pero sin duda se trata de Griffin, y han encontrado nailon y hebillas fundidas en el pecho y el cuello de la víctima. Parece que lo ataron al asiento y le prendieron fuego. ¿Quiere que organice una reunión con el

Departamento de Policía de Portland? Cuanto antes les comuniquemos lo que sabemos, mejor.

—No, ya me ocuparé yo. Si llama usted, se nos considerará problemáticos desde el principio.

—¿Tiene amigos en el departamento?

Parker vio aparecer a una detective por detrás de una pantalla. No se le veía la cara, oculta por una mascarilla, y llevaba guantes de plástico. Se quitó los guantes desgarrándolos y los tiró a una bolsa de desperdicios antes de quitarse la máscara, pero Parker la había reconocido en cuanto la vio.

Sharon Macy. Habían salido, pero no duró, aunque como mínimo él no había quemado todas las naves cuando lo dejaron.

—Podría decirse que sí —dijo.

—Tratándose de usted «podría decirse» es lo máximo que uno puede esperar dadas las circunstancias. Ya me dirá la hora y le acompañaré.

—Claro —dijo Parker.

—Me dijo que la cosa se torcería —recordó Castin—, al menos no mintió.

Parker colgó justo cuando aparecían Angel y Louis. Los había llamado desde casa.

Louis miró las pantallas y olisqueó el aire.

—Bueno —dijo—, el plan no salió muy bien.

Angel y Louis se fueron a la Big Sky Bread Company a por café y algo para desayunar, dejando que Parker llamara la atención de Macy. Parker recorrió el cordón policial hasta situarse en su línea de visión. No le hizo falta agitar la mano, ni siquiera silbar; ella se percató de su presencia casi al instante. En cualquier caso, si hubiera intentado silbar a Sharon Macy, posiblemente habría acabado comiendo por una pajita. Vio que ella le decía algo al otro detective de la DIC, la División de Investigación Criminal, que la acompañaba, Parker creyó recordar que se llamaba Farrow o Farnham, algo así, y que estaba apuntado en un programa de Legislación Penal en una de las universidades locales, aprovechando el cincuenta por ciento de descuento que

tenía el departamento en las tarifas de matrícula. Eso significaba que era ambicioso, y probablemente se alegraba en secreto de que alguien le hubiera prendido fuego a Harpur Griffin. Los homicidios eran buenos para los que esperaban ascender en la escalera profesional. Farlow o Frobisher parecía que iba a seguir a Macy, pero ella le hizo un gesto con la mano y él se echó atrás y la vio alejarse con la expresión de sentirse abandonado, como un perro al que su dueño deja fuera cuando entra en una tienda.

Macy tenía buen aspecto, pero ella siempre lo tenía. Era menuda, morena y bonita. Parker había desaprovechado su oportunidad con ella, pero no podía reprocharle nada. Bueno, salvo algunas cosas. Los cotilleos locales decían que ella se estaba viendo con Cliff Sanders, uno de los de la nueva tribu de restauradores de la ciudad. Sanders ya había abierto dos restaurantes en Portland en los que el tamaño de las porciones era inversamente proporcional a los precios, y tenía planeado añadir dos más a la lista antes de la próxima temporada turística. Lo que confirmaba la sospecha de Parker de que, pronto, cualquiera que cobrara el salario medio del estado sólo podría salir a cenar fuera en la zona metropolitana de Portland si iba a las *happy hours* o a los bufés libres.

—¿Has venido de mirón? —preguntó Macy cuando llegó a donde esperaba Parker—. No es tu estilo.

Parker señaló el coche de Griffin.

—¿Te parece que podría ser un suicidio o que se le cayó un cigarrillo?

—Todavía no hemos hecho ningún comunicado oficial. Si ves las noticias más tarde tal vez te enteres de algo.

—¿Como que estaba atado a su asiento antes de que lo asesinaran?

Macy no había dejado de sonreír, pero la sonrisa parecía empeñada en ascender hasta sus ojos, aunque se había quedado atascada alrededor de los pómulos.

—Estás bien informado.

—Y sin ver las noticias de la tele. Creo que tenemos que organizar una reunión.

—¿Sabes quién estaba en ese coche?

—Harpur Griffin. Si no es él, te debo un dólar.

—¿Amigo tuyo?

—No precisamente.

—¿Cliente?

—No estoy tan desesperado..., todavía. He hecho alguna cosa para Moxie Castin, y Griffin apareció de por medio.

—¿En qué sentido?

—Bueno, por eso creo que deberíamos reunirnos: tú, yo, Moxie y quien sea. Mira, no se trata de aprovechar un privilegio: pensaba que sería mejor que yo diera el primer paso. No tengo nada que ocultar, pero el cliente de Moxie ya ha tenido bastantes problemas, y es el caso de Moxie, no el mío.

—El cliente no será por un casual Jerome Burnel, ¿verdad? —preguntó Macy.

Mierda; pero la mujer era muy lista.

—Estoy impresionado —dijo Parker.

—Leo los informes. Dile a Moxie que se presente en Middle Street dentro de una hora. Si no llega puntual, me pasaré personalmente por su oficina para comprobar cuántas de esas latas de refresco suyas puedo meterle por el culo. Y, antes de que lo llames... —Levantó el índice. La sonrisa había desaparecido por completo—. ¿Tengo que plantearme emitir una orden de búsqueda y captura de Burnel?

Parker miró el panorama detrás de ella. Desde su ángulo de visión, sólo vislumbraba el coche a través de un hueco entre las pantallas. Lo que quedaba de Harpur Griffin estaba cubierto con plástico blanco, pero la negrura de su cuerpo se entreveía por debajo. La pregunta de Macy era la razón por la que Parker había querido abstenerse de comentar nada sobre Burnel hasta que Moxie Castin estuviera presente. No se imaginaba a Burnel atando a alguien al asiento de un coche y prendiéndole fuego, pero, bien mirado, probablemente tampoco parecía capaz de disparar a dos hombres en una gasolinera hasta que había sacado el arma y los había matado, y si alguien tenía motivos para asesinar a Harpur Griffin, ése era Jerome Burnel. Ahora que Griffin había sido inmolado, cabía la posibilidad de que a Burnel no le hubieran secuestrado y de que se hubiera quitado de en medio para ir a por su torturador.

Pero Parker no podía creerse que hubiera ocurrido de esa manera. Si a Griffin lo hubiesen encontrado apuñalado o golpeado en un arranque de pánico o de rabia, Parker se habría sentido inclinado a añadir el nombre de Burnel a la lista de sospechosos, pero a su vez habría esperado encontrarse a Burnel junto al cadáver. No se habría escapado, sino que habría esperado a que llegaran los policías y lo arrestaran. No, el asesinato de Griffin indicaba un grado de sadismo y premeditación, y Parker creía que probablemente se habría requerido más de un hombre para llevarlo a cabo. No se imaginaba a Burnel con un cómplice. No le quedaban muchos amigos.

Macy estaba esperando su respuesta.

—No —dijo Parker—. Esto no es obra de Burnel.

—Pareces muy seguro.

—He hablado con él.

—Y crees que no da el tipo.

—No es de los que queman vivo a un hombre, pero eso es sólo una parte de las razones.

—¿Y las demás?

—Creo que Burnel está muerto. Y, si no lo está, es posible que esté deseando que lo maten.

Macy pensó en lo que Parker acababa de decir, y luego se volvió ligeramente para poder ver también los restos del coche y la forma del cuerpo dentro.

—Así que piensas que quienquiera que se cargara a Griffin...

—¿Se cargó también a Burnel? —acabó la frase por ella—. Es posible. No, es más que probable.

—Llama a Moxie —dijo ella—. Ahora.

Poco después de las ocho de esa misma mañana, el sheriff Edward Henkel entró con su coche patrulla en el aparcamiento del Shelby's y apagó el motor. Desde su divorcio y tras tomar la decisión de no obligar a sus hijos a estar con él más que una vez al mes, había adoptado la costumbre de pedirse el primer turno de mañana los fines de semana, aunque sólo fuera porque así tenía algo que hacer. Nunca había sido de los que dejaba que sus ayudantes se ocuparan de todo el trabajo duro. En cualquier caso, para el tamaño y la población de Plassey su departamento era pequeño si se tenían en cuenta los estándares del estado, de manera que todos colaboraban para aligerar la carga de trabajo, Henkel incluido, algo que a él no le suponía ninguna molestia.

Plassey County no era gran cosa, pero era suyo. Conocía cada rincón de los pueblos con controles de velocidad para turistas, cada aparcamiento de camiones, cada choza resquebrajada. Y sabía ver su belleza, incluso en su decadencia. La pequeña mina de Berber Hill llevaba mucho tiempo cerrada, pero Plassey todavía conservaba las huellas de un condado minero en las vías férreas abandonadas, los depósitos al aire libre cerrados junto al río Colney y las vallas publicitarias al margen de la carretera con anuncios de abogados especializados en cánceres y otras enfermedades causadas por haber pasado muchos años entre la oscuridad y el polvo.

Incluso sin estar de servicio, Henkel se ponía a veces su uniforme y se daba una vuelta por las carreteras del condado. De cuando en cuando, paraba

a alguien por exceso de velocidad, o agobiaba a algunos chicos que bebían de forma ilegal, pero básicamente se pasaba por las casas y los negocios, para asegurarse de que todos estaban bien, y, si no lo estaban, para buscar algún remedio. El año siguiente había elecciones y era consciente de que Channer ya le presionaba. Rob era seguramente demasiado joven y estaba poco curtido todavía para plantearse presentarse a sheriff, pero, por si acaso, no estaba de más que la gente viera que la sangre nueva no era siempre mejor que la vieja.

En Virginia Occidental, los sheriffs no podían ocupar el cargo durante más de dos mandatos consecutivos de cuatro años, pero Henkel ya estaba preparando a su ayudante principal, Ned Ralston, para que le sucediera, en el caso, claro, de que Henkel ganara las próximas elecciones, algo que pretendía hacer. A Ralston no le hacía demasiada gracia lo de ser sheriff, pero Henkel le había asegurado que le apoyaría en todo, y seguiría siendo su ayudante principal. Luego, dentro de otros cuatro años, si Ned decidía que ya había cumplido bastante, a Henkel no le molestaría volver a presentarse. A Henkel le gustaba verse como un humilde estudiante de política, y por esa razón todos los días procuraba leer algo más que las tiras cómicas de los periódicos. La gente podía pensar lo que quisiera de ese Putin de Rusia, opinaba Henkel, pero estaba claro que el tipo sabía cómo aferrarse al poder, aunque eso implicara convertirse en primer ministro en lugar de presidente durante un tiempo para esquivar así los plazos de los mandatos en el país. Seguramente ni se había mudado de despacho y sólo había tenido que buscar a alguien con quien intercambiar las placas con el nombre en las puertas.

Una parte de la rutina del fin de semana de Henkel consistía en pasar a recoger los gruesos ejemplares de *The Washington Post* y el *Charleston Gazette-Mail* para proseguir su educación en asuntos exteriores, y dirigirse al Shelby's poco después de que la señorita Queenie, la viuda de Shelby —éste había partido hacia el gran banquete celestial unos años antes—, abriera las puertas. Los domingos eran bastante tranquilos, y por eso Queenie abría tan tarde, a las siete de la mañana, y se quedaba detrás de la registradora hasta las nueve y media, cuando llegaba la hora de ir a la iglesia. Normalmente, si Henkel llegaba lo bastante temprano, se encontraba solo en el restaurante

durante un rato, en el cual la señorita Queenie se encargaba de que no le faltara comida ni bebida, y además le dejaba leer tranquilamente. Esa mañana fue un poco tarde, pero le pareció que el local estaba casi vacío. El negocio aumentaba después de los servicios religiosos, y las diversas congregaciones acudían al Shelby's para tomar algo y conversar.

Hubo una época en que la música de fondo en el Shelby's los domingos era la de la WVGW, 89.7 FM, la West Virginia's Gospel Station, para honrar el *sabbath*, pero eso significaba que el acompañamiento de la lectura de Henkel era *Preaching Time*, con el Dr. Larry Brown, y *World of Life*, con Michael Bailey, ninguno de los cuales, pese a sus indudables méritos, contribuía mucho a su disfrute de los periódicos. Tras consultarlo con su pastor, la señorita Queenie aceptó sustituir la WVGW por música clásica, al menos mientras Henkel estuviera en el local.

Al principio, la señorita Queenie mostró cierta sorpresa al ver que el pastor Dave apenas puso impedimentos al cambio, y Henkel no vio motivo alguno para ilustrarla con el detalle de que al pastor y a él les gustaba compartir un reconstituyente whisky los fines de semana, y que Henkel, por tanto, contaba con el beneplácito de Dios. El pastor Dave predicaba menos sobre el fuego y el azufre que sobre la constancia, lo cual cuadraba muy bien con la mayor parte de su congregación. Mucha gente de Plassey County todavía recordaba el desgraciado incidente del pastor Ricky chupándose a adolescentes en los lavabos de Charleston, que había tenido como consecuencia que se comenzara a sospechar de los clérigos que parecían quejarse demasiado. El pastor Dave puede que fuera excesivamente comprensivo con las faltas ajenas —y es posible que hasta con las suyas propias— para los más devotos del condado que sentían la inmanencia de Satán, pero tenía una esposa guapa, cinco hijos y ninguna querencia, que se supiera, por los lavabos masculinos, aparte de la que respondía a las llamadas de la naturaleza.

Henkel vio que la señorita Queenie se acercaba a la puerta, como si le preocupara la aparente reticencia del sheriff a entrar en su local, pero él no se bajó del coche. Tenía los periódicos en el asiento del copiloto, el *Gazette-Mail* encima de los otros. Según el periódico, un juez de un tribunal del

Panhandle había impuesto un código de cómo vestir en su juzgado, tras hartarse de los pecados que cometía la gente del condado de Ohio a la hora de elegir su indumentaria. El código prohibía llevar pijama, zapatillas, chancletas, gafas de sol, ropa interior visible, y camisetas con ilustraciones o lenguaje obsceno. A Henkel, que conocía el tipo de gente que pasaba por los juzgados del estado, no le quedaba más remedio que aplaudir la norma del juez, y así, cualquiera que se presentara ante un tribunal en zapatillas de andar por casa y con una camiseta en la que se leía: ¿NO TE GUSTO? PUES SIÉNTATE CON EL RESTO DE LAS ZORRAS QUE ESPERAN QUE ME IMPORTE UN HUEVO, como había hecho hacía poco una mujer de Plassey County, no debería sorprenderse de que el juez la mandara a sentarse a la cárcel hasta que decidiera que sí le importaba un huevo.

La noticia sobre el código de vestir le habría divertido más si no apareciera junto a la primera parte de un reportaje más largo, que continuaba en páginas interiores, detallando el descubrimiento de los cuerpos de Robbie Killian y Dustin Huff. El titular rezaba: ASESINOS EN EL CONDADO: LA SEVERA «JUSTICIA» DE PLASSEY, y la noticia se explayaba en el empeño de Killian y Huff en ampliar su negocio de narcóticos, hasta que entraron en conflicto con las que el periódico describía como «fuerzas rivales». Henkel sabía que la noticia iba a salir porque le habían pedido una declaración. Él le había soltado a la reportera el rollo habitual —las investigaciones prosiguen, hay varias pistas, pero ningún sospechoso todavía— y la había remitido a la policía del estado, que era la que llevaba la investigación, para más comentarios.

El resto del artículo era básicamente una historia de Plassey County, e incluía una letanía de asesinatos y desapariciones durante la mayor parte de un siglo y medio. Es verdad que no había demasiado que contar desde hacía aproximadamente una década, pero en conjunto, y en este contexto, impresionaban bastante. El artículo no mencionaba el Tajo, pero tampoco era muy difícil leer entre líneas. En cualquier caso, no era lo que a Henkel le gustaba leer durante el desayuno —como al Tajo, a él tampoco le gustaba salir en la prensa—, aunque sirviera a su propósito de presionar a esa gente y,

más en concreto, de lograr, tal vez, que la policía del estado se fijara un poco más en sus actividades.

A través de la ventanilla bajada del coche, le llegaba el olor a beicon frito. Ésa era otra: había recibido una llamada de la cardióloga el viernes por la tarde. Le propuso una angioplastia coronaria que aliviara su arteria atascada, lo que implicaba insertar e hinchar un diminuto globo para ampliar la abertura. También creía que convendría insertar un estent para ayudar a mantener abierta la arteria e impedir que volviera a estrecharse. Le sugirió que se operara lo antes posible. Mientras tanto, le aconsejó a Henkel que evitara el estrés y cuidara su dieta. En su dieta podría introducir algunos cambios, pero para no estresarse lo único que podría hacer en ese momento sería jubilarse, y todavía no estaba preparado.

La señorita Queenie estaba delante del restaurante, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, como un pájaro viejo.

—Buenos días, señorita Queenie —dijo Henkel.

Todo el mundo la llamaba señorita Queenie. Incluso su marido la había llamado así, y eso que estuvo cuarenta años casado con ella.

—¿Todo bien? —preguntó ella—. Tengo beicon, patatas ralladas y una tortilla de salchichas que no van a comerse solas.

Y Henkel se preguntó por qué tendría las arterias obstruidas. «Ah», pensó, «a la mierda.»

—Enseguida voy, señora —dijo.

Dentro, Henkel se paseó por las mesas, saludando con unas palabras a los que ya estaban sentados y con la mano a Teona Watson, en la cocina. Le preguntó por su hijo, Odell, porque a veces lo veía en la carretera, cerca de su casa, y recibió una sonrisa como respuesta.

—Le va bien, sheriff —dijo Teona—. Estupendamente.

La mentira le supo a Teona como un trago de leche agria. El sheriff le caía bien, pero prefería mantener las distancias. Sabía que él tenía confidentes en el condado, entre los cuales había algunos que vivían a la vista del Tajo, pero ella no se contaba entre ellos. Teona y su familia vivían demasiado cerca y por tanto eran demasiado vulnerables. Todos lo sabían, incluso Odell.

Henkel escogió una mesa junto a una ventana, pidió el desayuno y bebió café mientras esperaba a que le sirvieran. Estaba inmerso en la lectura del *Post* cuando alguien entró en el local y él notó un cambio en el humor de los que le rodeaban. Las conversaciones se interrumpieron por un instante y sólo se reanudaron en voz más baja. Henkel alzó la mirada y se encontró a Oberon delante de él. Fuera, en el aparcamiento, vio su camión. Uno de los chicos más jóvenes del Tajo, Benedict, estaba sentado al volante. Benedict había pasado fuera al menos una semana, o eso le habían dicho los que prestaban atención a esos detalles. Era una pena, en opinión de Henkel, que Benedict hubiera vuelto. El chico no estaba bien. Nadie que le hiciera compañía a Lucius Hobb podía estarlo.

Henkel no se esforzaba mucho en disimular su aversión al Tajo. Él no era Russ Dugar. Henkel no le quitaba ojo a la gente del Tajo cuando venían al pueblo, y su red le mantenía al tanto de sus movimientos, al menos cuando se hallaban fuera de su territorio. Pero raramente trataba con Oberon, y ambos se observaban el uno al otro desde lejos, con cautela. El último encuentro de Henkel con Oberon había ocurrido hacía dos meses, cuando Lucius Hobb estuvo implicado en un altercado con unos turistas en una gasolinera, durante el cual agredieron al padre de familia y amenazaron a la mujer con cortarles los pechos. Cassander se disculpó por el malentendido que pudiera haber habido, al mismo tiempo que se negaba a entregar a su hijo para que Henkel lo interrogara, y Oberon encarnó la urbanidad y la razón, a la vez que dejaba claro que a Henkel no se le permitiría entrar en el Tajo sin una orden judicial, del mismo modo que no se llevarían de allí al hijo de Cassander sin una orden de detención. Henkel salió ruidosamente, hecho una furia, resuelto a conseguir las autorizaciones necesarias, pero cuando había cumplimentado el papeleo necesario y estaba de camino a ver al juez Cryer para que le expidiera las órdenes, se retiró la denuncia contra Lucius. Aquella vez, el Tajo se había movido rápido, incluso para sus propios estándares de eficacia.

Cuando Henkel fue a ver a la familia al Dryden's Inn, en las afueras de Turley, ya se había ido. El Dryden's no era más que un motel, pero era el único establecimiento de ese tipo en el condado en el que se alojaría alguien en sus cabales, si bien tampoco por mucho tiempo. El recepcionista, primo de Morton Dryden, el dueño del motel, le dijo a Henkel que se habían dirigido hacia el oeste, y él los alcanzó a cinco kilómetros de allí. El padre simplemente se negó a hablar con él, y dos de sus hijos empezaron a llorar cuando vieron aparecer a Henkel. Mientras tanto, la madre, lívida, se limitó a mantener la mirada fija hacia delante. Henkel los dejó marchar. Después de todo, ¿qué más podía hacer? Pero volvió al motel y el recepcionista confirmó que dos hombres habían ido a ver a la familia, pero afirmó que no pudo distinguirlos con claridad, ni a ellos ni a su vehículo, pese a que la habitación que ocupaba la familia quedaba justo enfrente de la oficina del motel, y era un día soleado y luminoso. Más tarde, Henkel fue a ver a Morton Dryden y le sugirió que debería comprobar otra vez el nivel de sus empleados, y también,

ya puestos, hacerles pasar una revisión oftalmológica.

El asunto con Lucius simplemente había sido el roce más reciente en la sucesión de conflictos con el Tajo a los que se había enfrentado Henkel a lo largo de su carrera, pero sabía que se trataba de gestos simbólicos, nada más. Si él se hubiera tomado en serio enfrentarse al Tajo, se habría sentado con el FBI o tal vez con la ATF, la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, y les habría dicho...

Pero ahí estaba el quid de la cuestión: qué les habría dicho. ¿Que una comunidad de familias, que vivían aisladas en unas tierras de propiedad privada y llevaban una vida que en ningún sentido parecía lujosa o con excesos, podría, sólo podría, estar implicada de alguna forma en actos delictivos, y que tal vez había sido responsable de asesinatos que se remontaban a generaciones atrás, aunque no había nada que los relacionara con esos crímenes salvo los cotilleos locales y las propias sospechas de Henkel? Tanto los federales como los de la ATF ya tenían bastante que hacer con los cárteles de la droga, los terroristas —nacionales o no—, las bandas de criminales y todas las demás amenazas para la sociedad que estuvieran rivalizando por su atención en un momento dado, para tener que escuchar encima las quejas de un sheriff de mierda en el condado de mierda más pequeño de un estado que, según la última vez que Henkel se tomó la molestia de comprobarlo, ocupaba los últimos puestos de la lista del bienestar nacional por sexto año consecutivo, cosa que significaba que, en lo que se refería a necesidades básicas, vida saludable, entorno laboral, salud y optimismo, los habitantes de Virginia Occidental estaban bien jodidos.

Así que si los del Tajo asumían la tarea de echar una mano a Plassey County alejando a cualquiera que lo viera como un territorio fácil de conquistar para las drogas, la prostitución, el crimen organizado o el exceso de corrupción —porque siempre había que contar con un poco de corrupción, que era como el aceite que engrasaba y mantenía en funcionamiento la maquinaria del comercio—, pues entonces bien por ellos, o eso habría dicho, sin explicitarlo, el sentido común. Y si ciertos individuos infames, que no hacían ningún bien ni a bestias ni a hombres, optaban por no hacer caso a esas advertencias, y luego tal vez sufrían palizas, o se incendiaban sus casas,

sus negocios o lugares de reunión, y acababan inspeccionando las raíces de los árboles desde abajo, pues qué se le iba a hacer. Se les había dado la oportunidad de arrepentirse de sus pecados, o de buscar ubicaciones alternativas en las que permitírseles, y, se mirase por donde se mirase, no suponían ninguna pérdida para la sociedad.

Ésa había sido la opinión de Russ Dugar, y la de la mayoría de sus predecesores, hasta que llegó Henkel y empezó, si no a zarandear la barca, sí al menos a hacer su travesía menos fácil que antes. Tal vez tuvo la fortuna de que el Tajo había estado menos activo —o, como sospechaba Henkel, se había vuelto menos descarado y audaz en sus actividades, en parte como reacción a su presencia— y de que él conservara cierto nivel de popularidad en el condado. El resultado era una convivencia incómoda entre Henkel y el Tajo.

Pero con las elecciones en el horizonte, a Henkel había empezado a preocuparle la posibilidad de que el Tajo estuviera planteándose intervenir para inclinar la balanza a favor de sus intereses. No se necesitaba mucho —una palabra discreta a algunas figuras influyentes, un par de amenazas veladas donde fuera necesario— para sembrar las dudas en las mentes de los votantes sobre la sensatez de reelegir a Henkel como sheriff, con Ned Ralston esperando tras él, dispuesto a convertirse en un sheriff marioneta durante otro mandato más.

Y ahora ahí estaba Oberon, con el pelo cayéndole por la espalda en una coleta recogida con esmero, su camisa de cuadros rojos bien planchada, sus tejanos gastados pero limpios y sus botas de trabajo viejas, pero recién pulidas con grasa en provisión del mal tiempo que se acercaba. Tenía una barba tupida pero no alborotada, y las puntas del bigote le caían casi hasta la barbilla dándole aspecto de vikingo, como si con su mera presencia ofreciera una prueba viviente a los que creían que los nórdicos habían hecho algo más que establecer asentamientos temporales en estas tierras.

—¿Le importa si le acompaño? —preguntó Oberon.

Henkel vio que la señorita Queenie los observaba desde su sitio en la caja registradora. Algunos de los hombres y mujeres más jóvenes del Tajo entraban esporádicamente en el local por negocios, procurando siempre no

llamar la atención y pagando en efectivo, pero no recordaba haber visto nunca a Oberon en su establecimiento. Su mano se acercó al teléfono de botones, porque la señorita Queenie no quería saber nada de móviles, pero Henkel cruzó una mirada con ella y le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

Oberon no se dio la vuelta, pero debió de suponer lo que pasaba.

—Sólo quiero hablar —dijo.

Henkel le señaló la silla que tenía delante, y Oberon se sentó. Connie, la camarera, se acercó y preguntó si quería tomar algo. Miró a Oberon con curiosidad, y no sin cierto interés, porque era un hombre imponente, y Connie y él tenían una edad similar.

—Poleo, si hay —contestó Oberon, y Connie le dijo que se lo traería enseguida. Henkel y él no hablaron hasta que llegó el poleo y Connie les dejó espacio. Los apartados y las mesas más próximas estaban vacías, así que nadie podría oírles sin querer.

—He visto el periódico de Charleston en el asiento delantero de su coche —dijo Oberon—, ¿ha tenido tiempo de leerlo ya?

—Lo he hojeado —dijo Henkel.

—¿Ha visto la noticia sobre esos dos hombres, los que se encontró el chico de Lutter cerca de Mortonsville?

—Sí.

—Tengo entendido que usted estaba presente cuando los encontraron.

—Llegué tarde, pero no por mucho.

Oberon asintió.

—Después de Clyde Bentley, ¿no?

—Así es.

—La noticia del periódico decía que esos chicos, Killian y Huff si he leído bien, podrían estar implicados en el tráfico de narcóticos.

—Eso es lo que he leído.

—Es un negocio peligroso.

—Para ellos lo fue.

Oberon volvió a asentir y se tiró suavemente de la barba, como si reflexionara sobre la profundidad del comentario de Henkel.

—¿Tiene alguna información que le gustaría compartir sobre las circunstancias de sus muertes? —preguntó Henkel.

La expresión de Oberon no cambió, pero su cuerpo pareció relajarse sin moverse, como un esgrimista al que la primera embestida de su rival le confirma que el combate ha comenzado.

—No, creo que no —dijo Oberon.

—Bueno, si eso cambia, debería ponerse en contacto con la Oficina de Investigación Criminal. Son los que dirigen el caso, por los recursos con los que cuentan.

Oberon miró por la ventana hacia donde Benedict estaba sentado, con las ventanillas bajadas, y la mano izquierda tamborileando rítmicamente en la puerta.

—Sheriff Henkel —dijo Oberon—. A veces pienso que empezamos con mal pie desde el principio.

—¿Por qué?

—Bueno, en el caso de que algo como esto hubiera sucedido en el pasado, su predecesor, el sheriff Dugar, habría dedicado un poco de tiempo a informarnos, a mí y a mi gente, de lo sucedido, como una cuestión de cortesía. El Tajo ocupa un área considerable de Plassey County. Lo que afecta al condado afecta al Tajo.

—El sheriff Dugar hacía muchas cosas de una manera distinta a como las hago yo, y no todas ellas contaban con mi aprobación.

—Lo comprendo. No me hago ilusiones, pero usted es usted. Aunque el hecho de que se descubran dos cadáveres tan cerca del Tajo es obviamente motivo de preocupación para nosotros. A esos chicos los encontraron por la mañana temprano, pero no nos enteramos de nada hasta casi el mediodía, y sólo porque uno de los nuestros pasó por allí en su coche y vio todo el alboroto.

—Bueno, lamento mucho no haber mandado a un ayudante a darles la noticia en persona —dijo Henkel—. Como puede imaginar, sacar dos cadáveres de una tumba poco profunda requiere un montón de tiempo y recursos. Y también es un trabajo nauseabundo y sucio. Hace que te den pena los hombres y mujeres que se encargan de ello, que te den pena las víctimas,

y te provoca cierta predisposición negativa hacia quienquiera que los haya puesto allí.

—No me cabe duda —dijo Oberon. Escuchaba atento a Henkel, tanto lo que decía como lo que subyacía detrás de sus palabras.

—Pero le he estado dando vueltas a cómo es posible que los encontraran con tanta facilidad —prosiguió Henkel—. Me da la impresión de que alguien hizo una chapuza enterrándolos a tan poca profundidad. Me pregunto si los que dejaron así los cadáveres se vieron interrumpidos mientras cavaban o si creyeron que corrían peligro de que los descubrieran. Podría ser que alguien viera su vehículo, y que todavía no se haya dado cuenta de la importancia que eso podría tener. Pero, como le digo, se trata de un asunto que lleva la policía del estado, aunque les proporcionaremos toda la ayuda que podamos. —Henkel se inclinó hacia delante y se entrelazó las manos encima de la mesa—. Lo que estoy diciendo es que alguien la ha cagado. Mataron a esos chicos, se precipitaron al enterrarlos y los dejaron en el lado equivocado del límite del condado. Peor aún, por lo que sé, Killian y Huff no sólo estaban vigilados por la policía del estado aquí y en Ohio, sino que los de la DEA habían empezado a interesarse por ellos. Así que a saber cuánta mierda va a empezar a caer sobre Plassey County a causa de todo esto. Y, como me ha dicho antes, lo que entra en este condado, entra en el Tajo.

Oberon dio un sorbo de poleo, era la primera vez que lo tocaba desde que se lo habían servido. Lo probó, no pareció de su gusto y lo apartó.

—Sheriff, casi parece complacido con tanta atención —dijo.

—Me gusta ver que la ley funciona —dijo Henkel—. Me hace concebir esperanzas en el futuro de nuestra sociedad.

Oberon se levantó.

—Le agradezco su tiempo —dijo—. Mis disculpas por interrumpir su lectura.

—No son necesarias —respondió Henkel—. Ah, y podría avisar al chico que le acompaña de que llevar el cinturón de seguridad es obligatorio en nuestro estado, y de que los infractores pueden ser multados hasta con veinticinco dólares. No me gustaría tener que parar su vehículo y fastidiarle el día. Aunque, ahora que lo pienso, hasta esta mañana hacía bastante tiempo

que no lo veía por aquí. ¿Ha estado fuera?

—Tenía negocios que hacer —respondió Oberon.

—¿Y adónde le han llevado esos negocios?

—Por ahí.

—Ya, por ahí —dijo Henkel—. Sólo espero que le hayan ido bien, porque lo que es bueno para el Tajo es bueno para el condado, ¿no? Y el poleo va de mi cuenta. Siempre que necesite hablar, ya sabe dónde encontrarme.

—Lo sé —dijo Oberon—. Aquí, obviamente. Y en su oficina. Y en...

Henkel agitó un dedo, pero no sonrió.

—Y en ningún otro sitio. Me gusta pensar que mi casa queda aparte. Casi podría decir que la protejo en exceso.

—Lo recordaré.

—Recuérdelo —dijo Henkel—. Porque mataré a quienquiera que cruce mi puerta sin haber sido invitado.

—Eso también lo recordaré —dijo Oberon.

Henkel observó cómo salía y no dejó de mirarlo mientras subía a su camión y le decía algo a Benedict. El chico se llevó la mano al bolsillo, sacó tres billetes y los arrojó al aire sonriendo a Henkel todo el rato mientras el viento se llevaba los tres dólares. El camión arrancó y giró a la derecha para encaminarse de vuelta al Tajo.

Henkel se recostó en la silla. Tenía las palmas de las manos sudadas y le dolía el pecho. Metió la mano bajo la mesa y acarició la empuñadura de su arma. Había llegado la hora, pensó.

La hora de acabar con el Tajo.

Parker llamó a Castin y le informó de la inminente reunión con el Departamento de Policía de Portland, aunque decidió no mencionar el comentario de Macy sobre meterle latas de refresco por el trasero, porque no quería influir en lo que pudiera suceder antes de que ocurriera siquiera. Fue a tomar un café rápido con Angel y Louis en el Big Sky, y les pidió que se acercaran a la casa de Harpur Griffin y luego se dieran una vuelta por las calles. El edificio de Griffin ya sería un hervidero de policías, pero al menos Angel y Louis podrían reconocer el coche que conducían los dos hombres que habían estado con Griffin en el Porterhouse, y cabía la posibilidad de que aún anduvieran por las cercanías, una posibilidad, eso sí, remota.

Parker se dirigió a la sede del Departamento de Policía en Middle Street, y aparcó junto al Portland Regency Hotel. Castin le esperaba en la esquina, con un refresco en una mano y un cigarrillo en la otra. Sin embargo, parecía sorprendentemente relajado, pero Parker supuso que debía de llevar fumando y tomando bebidas con gas azucaradas desde hacía tanto tiempo que parecía en gran medida inmune a los efectos de ambas adicciones, y sólo dejarlas podría causarle complicaciones.

Hablaron durante un par de minutos antes de entrar en el vestíbulo a esperar que Macy los condujera a la sala de reuniones. Fortnum o Franks ya estaba presente, junto con un teniente de la CID llamado Dundonald, al que Parker conocía vagamente de vista, y, ¡vaya!, Gordon Walsh. Una vez

acabadas las presentaciones y ofrecidos y rechazados los cafés, Castin explicó cómo se había contratado a Parker para buscar al recientemente desaparecido Jerome Burnel, por cuya seguridad estaba preocupado. Parker, a su vez, explicó cómo había rastreado a Harpur Griffin hasta dar con él en el Porterhouse, que fue cuando las orejas de los detectives se levantaron. Parker sabía que a ellos les gustaba el sonido de la historia de que Burnel tenía una cuenta pendiente con Griffin por el trato que le había dado en Warren, pero él no podía hacer nada al respecto. Seguía sin creer que Burnel tuviera algo que ver con la muerte de Griffin, pero, de equivocarse, carecía de sentido intentar protegerle ocultándoles la verdad a detectives como Macy y Walsh, que eran lo bastante inteligentes para hacerse una idea por sí solos. Les proporcionó descripciones detalladas de los dos hombres que habían estado con Griffin en el bar, así como la marca y la matrícula del vehículo que conducían. En ese momento la expresión del rostro de Macy se nubló.

—¿Qué pasa? —preguntó Parker.

—Esta mañana han encontrado ese coche quemado —dijo Macy— en un aparcamiento abandonado junto a la Ruta 1, en Saco. Hace apenas una hora recibimos la notificación de la policía de Saco, cuando se enteraron de lo de nuestro vehículo quemado y se preguntaron si tal vez habría alguna relación entre los dos incidentes.

—Podría habernos ayudado si nos hubiera informado antes sobre los hombres del Slaughterhouse —dijo Furnish, ahora que las presentaciones anteriores habían dejado claro su nombre.

—¿Y por qué habría de haberlo hecho? —preguntó Parker. No iba a permitir que Furnish se anotara ningún punto a su costa—. No tenía ni idea de que se hubiera cometido ningún crimen.

—Usted estaba buscando a un hombre que había infringido las normas de su libertad condicional.

—Yo estaba buscando a un cliente del señor Castin. No era consciente de que la ley hubiera cambiado para obligarme a notificarles mis movimientos.

—Señores, señores —dijo Macy. Walsh se limitó a gruñir. Dundonald tomó nota de algo y luego lo tachó. Furnish se cruzó de brazos e intentó disimular su enojo.

—¿Y tiene idea del paradero actual del señor Burnel? —le preguntó Macy a Castin.

—No.

—¿No ha estado con usted desde que le pidió que pagara al señor Parker por sus servicios?

—No.

—¿Se ha hecho alguna tentativa más de retirar dinero de su cuenta?

—No tiene tarjeta bancaria. Cualquier retirada de fondos tendría que hacerse a través de mí, o en persona en la caja, y no se ha dado ninguno de los dos casos. Naturalmente, mantendré un ojo atento a cualquier retirada de dinero en cuanto el banco abra mañana. Incluso podría congelar la cuenta.

—Debo advertirle —dijo Macy— que su cliente es sospechoso de lo que ahora creemos que ha sido el asesinato de Harpur Griffin, suponiendo que sea Griffin el del coche, lo cual se confirmará una vez que haya llegado su historial dental de Warren.

—Comprendo —dijo Castin.

—¿Hay algo más que el señor Parker quiera compartir con nosotros? —preguntó Dundonald.

—No, creo que eso es todo —respondió Parker.

Walsh volvió a gruñir. Parker le clavó la mirada y Walsh apartó la suya, pero Macy había captado el escepticismo de Walsh. Ella esperó hasta que todos salieran y Castin ya estuviera de camino a la calle, antes de agarrar a Parker por el brazo y tirar de él hacia la ventana.

—Si me entero de que estás reteniendo información que pudiera ser de utilidad en esta investigación —le dijo con calma—, me encargaré de que te acusen de obstrucción a la justicia.

—Has pasado demasiado tiempo con Furnish —dijo Parker—. No soy telepata, así que no puedo contarte cada detalle aparentemente irrelevante que pudiera acabar siendo pertinente en algún momento futuro. No tengo ningún interés en proteger a Burnel si es un asesino, pero ya te he dicho que no creo que lo sea. A quienes deberíais buscar es a esos dos hombres que estaban con Griffin en el Porterhouse, pero no tengo más datos que vosotros acerca de quiénes pueden ser, ni de adónde pueden haber ido. En este momento, todos

estamos de acuerdo.

—Eso no me lo creo. Recuerda lo que te he dicho: iré a por ti.

Parker se encogió de hombros y dijo:

—Me han contado que sales con el tipo ese de los restaurantes, Sanders.

Macy pareció levemente desconcertada ante el repentino giro de la conversación.

—¿Qué coño tiene eso que ver con esto?

—Nada. Sólo es lo que me han contado.

—¿Es ahora cuando te digo que perdiste tu oportunidad?

—Si quieres. Pero, ya puestos, ¿por qué sales con Sanders? Lo he visto. Tiene pinta de comer en el Denny's.

—Eres un cabrón, ¿lo sabes?

—Creo que sales con él porque es la única forma de poder permitirte comer en sus restaurantes.

—Vete a la mierda.

Pero lo dijo sonriendo maliciosamente.

—Tienes razón —dijo Parker—. Tuve mi oportunidad.

—Sí, la tuviste. ¿Vas a seguir buscando a Burnel?

—Hablaré con Moxie, a ver qué dice.

—¿Y si te dice que no?

—Pues creo que, de todas maneras, seguiré buscando.

—Si averiguas algo, llámame.

—Tengo tu número —dijo él.

—No, nunca lo tuviste —replicó ella, y le dejó para que buscara solo la salida del edificio.

Castin esperaba a Parker fuera. Estaba fumando otro cigarrillo y bebiendo una nueva lata de refresco, que Parker imaginó que debía de llevar en el maletín para casos de emergencia.

—Jerome Burnel siempre me dio pena —dijo Castin entre sorbos y caladas.

—Es posible que ahora tenga más motivos que antes para sentir pena.

—Creo que tiene razón, aunque espero que no. Bien, ¿qué necesita?

—¿Quiere seguir pagándome para que lo busque?

—Mire, imagino que podría convencerle para que lo busque gratis, porque veo en sus ojos que no va a pasar del asunto. Pero yo no trabajo así. Cóbreme sus horas y procure no matar a nadie. Si lo hace, llame a Aimee Price en South Freeport. A estas alturas, ella ya debe de estar acostumbrada a su estilo.

—En ese caso, y dado que me tiene en nómina, puedo aprovecharme de sus recursos. ¿Puede conseguir que alguien reúna cuanta información sea posible sobre Harpur Griffin, incluido el nombre de su abogado en Maine? Me sorprendería que no fuera un abogado de oficio, en cuyo caso, él, o ella, estará más dispuesto a hablar sobre Griffin que alguien que ejerza como abogado privado. En cuanto me dé los detalles yo los cotejaré con lo que sé sobre Burnel.

—Llamaré a mi secretaria y la pondré a trabajar. Podría hacerlo como horas extra. —Castin miró la punta incandescente del cigarrillo—. Menuda manera de morir, quemado vivo.

—Sí.

—Hay alguien a quien Harpur Griffin debía de importarle bien poco.

—Yo lo conocí. Era un tipo que difícilmente se hacía querer, de hecho resultaba infumable.

—Sobre todo después de que lo hayan reducido a cenizas —dijo Castin sonriendo ante su propio chiste.

Pero Castin tenía razón, pensó Parker. Si el objetivo de aquello había sido silenciar a Griffin para impedir que hablara, había formas más sencillas y eficaces de encargarse de él. Quemar vivo a un hombre en su coche era un castigo muy severo. ¿Se merecía Griffin ese castigo a ojos de los asesinos por ser tan idiota como para hablar del Rey Muerto en Warren? A Parker seguía pareciéndole excesivo, a no ser que le estuvieran mandando un mensaje a algún otro, una advertencia para permanecer en silencio. Pero, de ser así, ¿a quién iba dirigido?

Moxie se acabó el cigarrillo y el refresco y tiró a la basura la lata y la colilla.

—En ese caso, me pongo en marcha —dijo.

—Claro. Y, una cosa, Moxie...

—¿Qué?

—¿Alguien le llama alguna vez Oleg?

Castin se lo pensó un momento.

—¿Quién es Oleg?

Parker se dio otra vuelta por el escenario del crimen de Griffin. El cordón policial seguía en su sitio, y había comenzado la búsqueda de huellas dactilares, pero se habían llevado el cadáver y el coche estaba en la parte de atrás de un camión con plataforma a la espera de que lo transportaran al laboratorio.

Parker llamó a Angel y quedaron en encontrarse con Louis para el *brunch* en el Bayside American Cafe, que antes se llamaba Bintliff's, aunque afortunadamente sólo había cambiado el nombre y no la calidad de la comida. Angel y Louis pidieron huevos de langosta Benedict, como tenían por costumbre, mientras que Parker se limitó a tomar huevos con beicon. Como había supuesto, la policía había sellado el apartamento de Griffin, y Angel y Louis no habían encontrado el menor rastro de los hombres que estaban con él en el Porterhouse. Parker, por su parte, les contó lo que había pasado durante la reunión en Middle Street, y observó que se encendía una luz en los ojos de Louis al escuchar la noticia de que Castin pagaba a Parker para averiguar qué le había pasado a Jerome Burnel. Los dos hombres del Porterhouse habían cabreado a Louis, y ahora tenía casi garantizado otro encuentro con ellos, uno que podía acabar en violencia y muerte.

Si tenía suerte.

Hablaron mientras comían. Louis coincidió con Parker en que el asesinato de Griffin no había sido tan sólo una cuestión de conveniencia, sino una

forma de venganza extrema.

—También podría tratarse de una advertencia —dijo Angel siguiendo el segundo hilo posible.

—Sí, pero ¿a quién? —preguntó Parker.

—A nosotros, tal vez.

Parker no había pensado en esa posibilidad.

—Si así fuera —dijo Louis—, es que no nos conocen muy bien.

—No —reconoció Angel—, no nos conocen. Al fin y al cabo, ¿cuándo hemos hecho caso nosotros de las advertencias?

—Yo prefiero tomármelo como una invitación —dijo Louis.

Llegó la cuenta. Parker la cogió.

—¿Vas a pagarlo todo? —preguntó Angel.

—Se lo facturaré a Moxie. Ha sido una reunión de trabajo.

—¿Crees que pagaría champán más tarde?

—Tal vez si encontramos a Burnel vivo.

—En ese caso, nada de champán.

—Seguramente no.

De vuelta en Scarborough, Parker empezó a releer la documentación sobre Jerome Burnel por tercera vez. Casi había acabado cuando llegó un conductor con una pila de papeles relativos a Harpur Griffin, entre ellos, detalles personales y una lista de detenciones previas, por algunas de las cuales había cumplido condena en Ohio y Virginia Occidental. Parker hojeó los documentos, decidiendo cuáles eran más importantes, antes de volver al principio. Echó un vistazo rápido a todo y entonces llamó a la abogada que había defendido a Griffin en su último juicio. Se llamaba Beth Shears y, según una búsqueda en internet, había entrado a trabajar en el Departamento de Regulación Financiera y Profesional del estado. A Parker no le sorprendió. Maine no tenía una oficina del abogado de oficio, y el estado contrataba a abogados privados para los trabajos en los tribunales. Las tarifas eran mucho más bajas que las de los abogados privados, y el presupuesto del estado para las defensas de oficio y de personas sin recursos no bastaba para cubrir la

demanda. Los abogados o bien complementaban el trabajo para el estado como mejor podían o, como Shears, buscaban cargos que ofrecían más dinero y seguridad.

Encontró el número de Shears en la guía y tuvo la suerte de dar con ella en casa. Había visto las noticias sobre Griffin en la televisión, así que no le sorprendió recibir una llamada relativa a él, aunque esperaba que la primera fuera de la policía. No le podía contar gran cosa a Parker acerca de su antiguo cliente. Se declaró inocente, pese a las pruebas de huellas dactilares y ADN que indicaban lo contrario. Oh, por no mencionar que lo habían detenido en el lugar de los hechos, cosa que no ayudaba mucho. Sólo tuvo la suerte de que la anciana a la que había pegado con más saña no muriera inmediatamente después de la agresión, porque en ese caso aún estaría en Warren.

—Quiso montárselo conmigo —dijo Shears.

—¿En serio?

—Tres veces. Tendría que haberlo echado a los lobos, pero necesitaba el dinero.

—¿Cómo?, ¿quiere decir que le dejó?

Shears tardó un momento en percatarse de que Parker estaba bromeando.

—No, listillo, me contuve y le dije que le dejaría en la estacada si volvía a pillarlo mirándome de una manera rara otra vez. Hice lo que pude por él, pero, entre nosotros, sólo deseaba que el juez lo encerrara.

—¿Alguna vez le mencionó a un rey?

En este punto, Parker se anduvo con cuidado. Sabía que, tarde o temprano, la policía hablaría con Shears.

—¿Como un rey de la monarquía?

—Algo parecido.

—No, diría que no.

Parker le dio las gracias, revisó sus notas y concluyó que no le había servido de mucho. Volvió a los expedientes, pero sólo había llegado a la segunda página cuando se detuvo, volvió atrás, encontró la referencia que le había llamado la atención, apartó el material de Griffin y recuperó el expediente de Burnel. Tardó un rato en encontrar los documentos que quería:

la información sobre el pasado de la ex mujer de Burnel, Norah Meddows, nacida el 19 de junio de 1971 en Deep Dell, Virginia Occidental. Tenía sus datos en la mano izquierda, y los de Harpur Griffin en la derecha. Harpur Griffin: nacido el 20 de noviembre de 1979, en Turley, Virginia Occidental.

Parker buscó un mapa de Virginia Occidental en la pantalla de su ordenador y vio que Deep Dell y Turley se encontraban ambas en Plassey County, el condado más pequeño del estado.

Curioso.

Trabajó una hora más concentrándose en Norah Meddows, utilizando el número de la seguridad social que aparecía en el expediente que le había dado Castin. Cuando acabó, tenía su dirección actual, su lugar de trabajo y el modelo de coche que conducía. Vivía en Columbus, Ohio, a media hora en coche de Plassey County. No había vuelto al hogar, pero tampoco estaba tan lejos.

¿Qué era lo que le había dicho uno de aquellos hombres a Burnel? *Me gusta tu chaqueta*. Ahí estaba. Tal vez no implicaba nada o tal vez algo muy importante: no sólo que le gustaba la chaqueta, sino las piedras preciosas que sabía que llevaba.

¿Hasta qué punto podía odiar una ex esposa a su antiguo marido? Parker supuso que, bien pensado, no había límites. ¿Podía detestarlo tanto para encargarse de que le robaran y asesinaran, aunque todo se vino abajo cuando Burnel sacó un arma y empezó a disparar? Tal vez. Pero ¿tanto como para tenderle una trampa para que acabara en la cárcel?, ¿tanto como para hacer que lo trataran brutalmente mientras estaba dentro?

A no ser que Norah Meddows fuera una sádica absoluta, ¿por qué tomarse la molestia de arruinar la vida de su marido tras el desastre de un robo fallido? No estaban bien, y no era tan difícil divorciarse. Habría tenido derecho a una pensión. Tal vez ella era simplemente codiciosa y lo quería todo.

No, algo se le escapaba. Lo sabía. Faltaba un punto de conexión entre Griffin y Norah Meddows. Era verdad que procedían del mismo condado, pero Griffin sólo había entrado en escena después de que Burnel fuera encarcelado, y a Griffin, cargado de Adderall como iba, no se le había

ocurrido decir que Burnel había enfurecido a Norah Meddows. No, había dicho que Burnel había cabreado de algún modo al Rey Muerto, y fue la mención del Rey Muerto en el Porterhouse lo que había provocado la reacción de los dos hombres que estaban con él, y casi con toda seguridad lo que contribuyó a su muerte.

Era una pena que Parker no conociera a nadie en Virginia Occidental. Realizó una nueva búsqueda en internet y se alegró de haberlo hecho. A veces, la vida te reparte una mano de naipes medio decente.

Resultó que sí conocía a alguien en Virginia Occidental. Parker estaba a punto de reanudar una muy antigua relación. Aunque no creía que la otra mitad se alegrara mucho de volver a saber de él.

Siguió trabajando hasta bien entrada la noche. Se sentó en el sofá de su despacho, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en cojines. Lo único que le faltaba era un peluquín y una bañera con asiento para que se le considerara oficialmente un abuelete. Sólo a las dos de la madrugada dejó de tomar notas, porque por fin había encontrado lo que había estado buscando desde el principio: un Rey Muerto.

Y entonces vio el nombre adscrito a la referencia académica, y un hormigueo de inquietud le recorrió el cuerpo como el roce de una araña en la oscuridad.

En el Bowdoin College sólo había unos 1.800 alumnos matriculados, pero dado que Brunswick, su población aledaña, apenas superaba los veinte mil habitantes, su presencia ejercía una significativa influencia en la comunidad. El ambiente durante el verano era tranquilo. Ahora que habían regresado los estudiantes, el ritmo de la ciudad seguía siendo sosegado —como correspondía a una universidad de letras privada y progresista—, pero un poco más ruidoso.

A Parker le gustaba Brunswick. Tenía una tienda Bull Moose en cuyo reducido espacio se apiñaban un montón de libros y música, cosa que Parker consideraba una señal de que quizá no todo estuviera perdido para la humanidad, y la ciudad en sí era bonita, una vez que dejabas atrás el atasco de la Ruta 1 y llegabas a Pleasant Street, la calle que con justicia se llamaba así: calle agradable. Pasó por delante de la Iglesia de la Primera Parroquia, donde, en el banco veintitrés, concibió Harriet Beecher Stowe *La cabaña del tío Tom*, y siguió por Maine Street hasta llegar a la Ashby House, que albergaba a los profesores de religión del *college*.

El profesor Ian Williamson estaba sentado ante la ventana de su despacho en Ashby House, y se entretenía contando las hojas que quedaban en el árbol más próximo mientras escuchaba a medias a una de sus estudiantes, que se

quejaba de que en el curso de Estudios de Género y Mujeres 1017, la asignatura de Ética Sexual Cristiana la hacía sentirse incómoda por su uso de un lenguaje explícito. Williamson no estaba muy seguro de que hubiera ningún lenguaje explícito en la optativa de Ética Sexual Cristiana, o al menos nada que él hubiera considerado como tal, pero tenía que reconocer que últimamente los estudiantes parecían más predispuestos a ofenderse que los de las generaciones anteriores. Sentía una vaga nostalgia del radicalismo estudiantil de los años sesenta y setenta, sobre todo porque había sido demasiado joven para vivirlo personalmente. Le parecía que la juventud de aquellos años había buscado motivos para indignarse, lo que era del todo comprensible porque se suponía que los jóvenes debían indignarse. Ahora los jóvenes sólo buscaban motivos para sentirse ofendidos, y eso no tenía nada que ver. Las cuatro edades del hombre, por lo que a Williamson concernía, eran la confusión, la indignación, la complacencia y la irritación, pero era importante vivirlas en el orden apropiado.

El curso de Ética Sexual Cristiana ni siquiera lo impartía él, pero, como era inglés y la chica era una estudiante internacional de Bristol, que había sido criada entre demasiados algodones, había recurrido a él en un momento de necesidad. Estaba a punto de sugerirle que se cambiara a la asignatura Rel 216, El Nuevo Testamento y su Mundo —que le ofrecería menos posibilidades para su descontento, siempre que avisara de que no asistía a clase por encontrarse mal cuando empezaran a abordar cuestiones como la circuncisión en su sección de rituales—, cuando vio el inconfundible Mustang deteniéndose delante de Ashby House y a Parker emergiendo de él.

—Penny —dijo interrumpiéndola a media argumentación sobre lo que ella creía que era restar importancia a cuestiones de orientación sexual—, me temo que tengo otra reunión a punto de empezar. Déjame que reflexione durante el resto del día y te daré una respuesta mañana por la mañana.

Esbozó la mejor de sus sonrisas, la que había atraído a mil mujeres americanas —bueno, a unas pocas: tres, de hecho, dependiendo de cómo quisiera uno definir un encuentro sexual— a su cama cuando todavía era soltero. No es que tuviera la menor intención de seducir a Penny Goldsmith y llevársela a la cama, ni siquiera lo habría hecho de ser un joven y soltero

estudiante de doctorado. A decir verdad, tras escuchar las opiniones de la chica sobre el curso EGM 1017, no habría tenido mucho sentido.

Oyó que la puerta se cerraba cuando Penny salió, pero a esas alturas él ya estaba en la ventana observando cómo se acercaba Parker, y si alguien hubiera visto la expresión que asomó a la cara de Williamson, habría pensado que la inminente visita no era del todo bienvenida.

Habían transcurrido muchos meses desde la última vez que se habían visto Williamson y Parker, cuando el detective acudió a hablar de las cualificaciones, reales o fraudulentas, de un pastor llamado Michael Warraner, que había predicado en el pueblo de Prosperous. Warraner había acabado lamentando que Parker se interesara en sus asuntos, pero, por lo que Williamson sabía de Parker, el lamento, el daño y la mortalidad repentina eran riesgos que conllevaba el hecho de tratar con él, lo que podría haber explicado parte de su nerviosismo ante el regreso del detective a Bowdoin. Pero Williamson lo saludó cordialmente, le preguntó por su salud y le ofreció café o té, que él rechazó. Parker le pareció más delgado, algo esperable después de lo que había soportado, pero eso no parecía disminuir sino más bien concentrar, e incluso tal vez realzar, la sensación de vigor que transmitía.

En cuanto a Williamson, no había cambiado nada, al menos desde el punto de vista de Parker: el mismo pelo alborotado y las mismas zapatillas Converse desgastadas, aunque combinadas ahora con ropa en tonos rojos y marrones, tal vez como saludo a la estación, o puede que para camuflarse, de ser necesario, entre un montón de hojas y esquivar a sus alumnos. Parecía que había añadido algunos objetos religiosos más a la colección de su despacho, así como varias pilas de libros, algo que costaba creer, dado lo atestados que estaban las estanterías y el suelo durante la última visita de Parker.

—En la guía del *college* me he fijado en que se ofrece una nueva opción en Paganismo, Cristianismo y lo Oculto —dijo Parker—. Por casualidad, ¿no será uno de sus cursos?

—¿Se me ve tanto el plumero? —preguntó Williamson—. Fue uno de los cursos más populares que jamás hayamos ofrecido. Se llenó. Sólo quedaban sitios de pie. Aunque no estoy seguro de si tendremos calderas para todos.

Era un chiste, por si acaso.

—Lo pillé. Incluso entiendo la ironía. He visto *Frasier*.

—Bien, en ese caso, puede que más tarde recurra a la ironía sólo para ponerle a prueba.

Williamson invitó a Parker a tomar asiento mientras él ocupaba la silla de enfrente, con una mesita baja entre ambos. Parker rebuscó en su maletín y extrajo dos libros: los estudios sobre el Hombre Verde que Williamson le había prestado hacía muchos meses, la figura pagana representada en algunas antiguas iglesias europeas, cuando Parker investigaba el pueblo de Prosperous. Williamson le dio las gracias y palmeó suavemente las cubiertas de los volúmenes, como un hombre que saluda a sus perros que acaban de regresar a casa.

—Fui a Prosperous —dijo Williamson.

—¿De verdad?

—Sí, movido por la curiosidad más que nada. Ha cambiado considerablemente.

—Para mejor, espero.

—Supongo que eso depende de si usted tiene que vivir allí o no. Parece que todavía están reconstruyendo partes del pueblo, pero da la impresión de que ha sobrevivido, al igual que usted, lo cual es más importante y más digno de celebrar. Corren muchos rumores sobre lo que le pasó y cómo podría estar relacionado con la suerte de Prosperous.

—He oído la mayoría.

—¿Son verdad?

—Creo que les llaman rumores por alguna razón.

—Eso no es exactamente una respuesta.

Parker cedió, pero sólo un poco.

—No creo estar preparado todavía para dar respuestas, o, al menos, no las que podrían incriminarme o incriminar a otros.

—Tenemos un archivo; bueno, dicho con más precisión, tengo un archivo que el *college* guarda amablemente bajo llave. Si sintiera la necesidad, me gustaría saber más sobre la caída de Prosperous y tenerlo registrado. Podría arreglarse para que los documentos permanecieran sellados hasta después de

su muerte.

—Lo tendré en cuenta, pero no puedo decir que me atraiga la idea.

—Si le parece demasiado formalista, o demasiado arriesgado, me encantaría escuchar un relato delante de una copa. Un cuento, al fin y al cabo, no es más que un cuento.

—Eso quizá serviría.

—Muy bien. Veamos, tengo la impresión de que no ha venido hasta aquí a devolverme los libros. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Tal vez —dijo Parker—. Me gustaría hablar de reyes muertos.

Hojas cayendo, el ir y venir de estudiantes. Al otro lado de Maine Street, el Museo de Arte del Bowdoin College acogía una exposición titulada *Visión nocturna: escenas nocturnas en el arte americano, 1860-1960*. Parker pensó en ir a echarle un vistazo más tarde, si tenía tiempo.

Williamson jugueteó con su máquina Nespresso. El acto de preparar una taza de café parecía ayudarle a ordenar sus pensamientos, como si las rutinas físicas reprodujeran sus procesos mentales igual que un eco. Parker le había contado algo acerca de cómo había llegado al punto de preguntar por reyes muertos, y Williamson palideció cuando estableció la relación con el hombre que había sido quemado vivo en su coche el fin de semana anterior.

—Estoy seguro de que me perdonará si le parezco impresionado, pero esa es una historia muy oscura del folclore —dijo Williamson, mientras empezaba a salir el café—. ¿Qué le hace pensar que la referencia de ese tal Griffin sólo señalaba, tal vez, a un individuo, a alguien con buen oído para los nombres que llaman la atención?

—Hasta donde sé, no existe ni siquiera un rapero que se llame Rey Muerto, y esos tipos se han quedado con todos los nombres buenos —dijo Parker—. Pero tengo que admitir que creía haber agotado todas las vías de investigación y estaba pensando, en términos similares a los suyos, que Griffin utilizaba el apodo de alguien, hasta que encontré una referencia a un «rey muerto» en un libro titulado *Violencia y devoción en la sociedad*

medieval, publicado en 1945.

—Y eso le ha traído hasta mí.

—Por eso pongo la palabra «investigador» en mis tarjetas de visita, y también ayudó el detalle de que el libro lo escribió un estudioso inglés llamado Norman Williamson, lo que me llevó a preguntarme si no estaría usted trabajando en el negocio familiar.

—Era mi abuelo —dijo Williamson. Buscó en sus estanterías, encontró un ejemplar del libro y se lo pasó a Parker—. Ni siquiera sabía que pudiera encontrarse en internet.

—Alguien lo escaneó y lo subió. Diría que le han robado los *royalties*, aunque sospecho que a estas alturas habrán caducado los derechos.

—Todavía no —dijo Williamson—. No obstante, no creo que hubiera podido comprarme un yate con la liquidación.

El libro tenía unas tapas marrones sencillas, con las letras doradas del nombre del autor y el título casi borradas del todo. Parker buscó la página de créditos y vio que llevaba la dedicatoria «con afecto y admiración paternos» para alguien llamada Alice.

—¿Su madre? —preguntó Parker.

—Mi tía. Estoy seguro de que mi madre también debió de tener un ejemplar, en cierto momento, pero con el paso del tiempo se perdió. Mi madre prefería la ficción romántica, lo cual no supone ningún desdoro a la mujer que fue, a quien sigo queriendo mucho.

Williamson añadió leche a su café y volvió a su asiento. Parker, mientras tanto, encontró la página que había imprimido de internet y había traído consigo por si Williamson, Ian, no estuviera emparentado con Williamson, Norman, o no poseyera ningún ejemplar del libro en cuestión.

—El ensayo sólo hace una referencia de pasada a un rey muerto en la sección de tótems —dijo Parker—, ¿no tendría usted, por casualidad, nada más detallado o más reciente?

—Me parece que no se ha estudiado mucho más al respecto —respondió Williamson—. Se han dedicado enciclopedias y diccionarios enteros a las supersticiones y el folclore; pero ni siquiera los mejores tienen espacio suficiente para todo, y eso antes de entrar en detalles. *Wit, Character,*

Folklore & Customs of the North Riding of Yorkshire, de Blakeborough, publicado en 1898, llega a las quinientas páginas e incluye más de cuatro mil expresiones idiomáticas, y sólo abarca un tercio del condado. O eche una mirada a esto...

Abrió una puerta que había bajo las estanterías y Parker vio capas de documentos encuadernados. Williamson pasó un dedo por los lomos hasta que llegó al que quería y se lo dio a Parker, que miró el título.

—*Examples of Printed Folk-Lore Concerning the East Riding of Yorkshire, Collected and Edited by Mrs Gutch* —leyó Parker en voz alta—, ¿quién es la señora Gutch?

—Eliza Gutch. Fue la que sugirió la fundación de la Sociedad del Folklore en Inglaterra en el siglo diecinueve. Eche un vistazo al índice.

Parker se lo echó. Abarcaba temas como: «Objetos naturales e inorgánicos», «Respeto rendido a árboles y plantas, en orden alfabético» y «Animales, aves, insectos», pero todo eso no era más que el esfuerzo de la señora Gutch con el fin de preparar al lector para el material interesante de verdad, que incluía: «Los goblins», «Conocimiento sobre las sanguijuelas», «Brujería», «Venta de esposas», «Presagios de muerte», «Día de azotar a los perros», «Encontrar cuerpos de ahogados» y «Botas que rechinan».

—Parece que la señora Gutch tenía una gama muy amplia de intereses —comentó.

—Hasta lo inquietante —dijo Williamson—, pero fue una mujer muy útil, pese a todo. Sin sus esfuerzos, se habría perdido mucho material de gran valor. Su estudio del condado del Yorkshire del Este es especialmente meticuloso, lo que hace que lo que deja fuera resulte aún más fascinante.

—¿Los reyes muertos?

—Muy bien.

—Tal vez no había oído nada de ellos.

—Si no sabía de algo, entonces es que no existía. Pero la verdad es otra: sí que había oído hablar de los reyes muertos, pero optó por no incluirlos en su compilación.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi abuelo la entrevistó para su libro, y ella se lo confirmó en

privado.

—¿Y por qué los excluyó?

—Porque alguien le mandó que los dejara fuera.

—¿Eso lo dijo ella?

—Más o menos. Las notas de mi abuelo indican que fue la única ocasión en que detectó signos de que la señora Gutch evitaba un tema. Era una mujer que dominaba a la perfección la mitología y el folclore: no sabría decirle cuánto de lo que creía era real, pero obviamente no se asustaba fácilmente.

—¿Su abuelo llegó a alguna conclusión al respecto?

—Él sospechaba, pero nunca lo pudo demostrar, que en algún lugar del condado de Yorkshire del Este había un rey muerto.

—Lo que nos lleva a la cuestión principal —dijo Parker—, a saber: ¿qué es exactamente un rey muerto?

Delante de Ashby House, un grupo de estudiantes jugaba con una minipelota de fútbol en el aparcamiento. Al otro lado de la calle se había formado una pequeña cola para entrar en el museo de arte. La mayoría de los edificios de Maine Street eran propiedad de Bowdoin o estaban vinculados a él, aunque el Massachusetts Hall, el edificio del *college* más antiguo del estado, se levantaba a cierta distancia, al norte del cuadrángulo original. Eso daba a los departamentos individuales la sensación de ser unos puestos de avanzada, de constituir sus propios universos autónomos, y el despacho de Williamson, con sus cruces y mandalas, sus shofares judíos y sus murtis de deidades hindúes, parecía aún más un mundo propio, sobre todo cuando se incluían los artefactos paganos: imágenes de diosas de la fertilidad o figuras masculinas en forma de inmensos falos, y demonios apenas reconocibles tallados en piedra tan desgastada por el tiempo que, desde cierta perspectiva, podría parecer que se estaban volviendo a fundir con el material a medida que se dejaba de creer en ellos o, al contrario, que estaban emergiendo lentamente de las rocas en las que habían permanecido ocultos, creyendo que su hora había llegado de nuevo.

—¿Qué sabe de las manos de la gloria? —preguntó Williamson.

—Nada que no sea grosero.

Williamson alzó la vista hacia el dios que estuviera siendo objeto de sus investigaciones en ese momento.

—Ya tengo a cientos de adolescentes poniendo a prueba mi paciencia —dijo—, la verdad, no hace falta que se sume a ellos.

—Lo siento.

—No se preocupe, estoy acostumbrado. Una mano de la gloria es la mano disecada y conservada de un ahorcado: habitualmente la izquierda, aunque, en el caso de un asesino, puede darse cierta preferencia por la mano que cometió el crimen. Se sugerían numerosos preparados elaborados para su preservación, entre ellos empaparla en diversas variedades de orina, pero el fin era asegurar que lo que quedaba era un talismán que podía utilizarse para curar enfermedades o, si se le añadía una vela, para arrebatar la capacidad de moverse y hablar. Y no sólo eran manos. La gente se peleaba bajo los patíbulos para conseguir dientes, orejas, mechones de pelo, cualquier cosa que pudiera retener la esencia del difunto.

»De manera que la mano de la gloria forma parte de una larga tradición que atribuye poderes a los restos de los difuntos. Hace poco detuvieron a un norteamericano que intentaba enviar partes de cadáveres infantiles desde Tailandia, donde se cree que proporcionan protección y propician el triunfo si los monjes realizan los rituales pertinentes. En 2010 se encontraron dos mil fetos de abortos ilegales en el templo Phai-nguern Chotinaram de Bangkok, preparados para que los bendijeran y los vendieran. Y, por descontado, la tradición cristiana siempre ha atribuido poder a las reliquias de los santos: huesos de dedos, pelo, uñas, corazones incorruptos.

»Y cabezas cortadas.

En ese momento se tiró de la barbilla, como si quisiera asegurarse de que la suya seguía intacta y en su sitio.

—Cabezas, cabezas, cabezas...

Williamson se acercó a una estantería y encontró una pequeña moneda de plata que le entregó a Parker. La moneda tenía un orificio cerca del filo, tal vez para pasar una cadena.

—¿Qué es? —preguntó Parker.

—Un penique de Etelredo, acuñado en Cambridge, Inglaterra. Tiene más de mil años. Lo que sostiene ahora en la mano podría haber estado en contacto con un rey muerto.

Parker dejó de frotar suavemente la moneda y la depositó en la mesita. Todavía no sabía lo que era un rey muerto y, hasta averiguarlo, prefería no exponerse demasiado a su contacto.

—Los reyes muertos pueden ser originarios de Inglaterra (ciertamente los más antiguos se encontraron allí), pero es posible que la tradición recibiera la influencia de mercenarios vikingos. En 2009, se descubrió una fosa funeraria en Ridgeway Hill, en Dorset, en el sudoeste de Inglaterra, que es donde se encontró esta moneda. La fosa contenía los restos de más de cincuenta jóvenes vikingos, cincuenta y cuatro para ser exactos, por razones que le aclararé en un momento, todos los cuales habían sido asesinados y decapitados. Aunque no se tiene la certidumbre absoluta de quiénes eran, un investigador de Cambridge, el doctor Britt Baillie, ha llegado a la conclusión de que eran Jomsvikings: asesinos de élite, mercenarios que tenían una base en Jomsborg, en la costa báltica. La orden de asesinarlos pudo darla el rey anglosajón Etelredo II, conocido como Etelredo el Indeciso, dada su reticencia a atender a los consejos, que habría decidido masacrar a todos los vikingos en Inglaterra el día de San Bricio, el 13 de noviembre de 1002. Etelredo utilizaba bandas de mercenarios vikingos para hacer sus trabajos sucios, pero se hartó de las incursiones vikingas en la costa, y temía por su propia vida, así que parece que decidió librarse de todos ellos y acabar con el problema. En Ridgeway Hill, los Jomsvikings, si es que lo eran, fueron ejecutados de forma metódica y por delante. Dicho de otro modo, estaban mirando cara a cara a sus verdugos cuando los decapitaban, lo que dice mucho de su valor.

»De manera que se encontraron cincuenta y cuatro cuerpos en la tumba, lo que induciría a sospechar que también habría cincuenta y cuatro cráneos, dado que las cabezas fueron apiladas juntas en uno de los extremos de la fosa. Pero no, no había cincuenta y cuatro cabezas en Ridgeway, sino cincuenta y cinco.

—¿Un cuerpo perdido? —preguntó Parker—. ¿Alguien ejecutado en otro

sitio y del que sólo se llevaron la cabeza porque era mucho lío cargar con el cadáver entero?

—Tendría sentido si la cabeza quincuagésimo quinta hubiera sido la de un nórdico, pero no lo era. Las pruebas de isótopos de la dentadura revelaron que la cabeza procedía de la Europa meridional, seguramente de lo que por entonces era el califato de Córdoba. También era un siglo y medio más antigua, al menos, que los demás restos, y los orificios en el cráneo indicaban que en el pasado había estado adornada de algún modo, probablemente con oro o piedras preciosas, o monedas —señaló al penique de plata de la mesita—, todo lo cual se lo llevaron después los asesinos de los vikingos.

—¿Qué explicación tiene?

—El cráneo era un tótem, un talismán. Uno de los primeros reyes muertos, tal vez el primero. Los vikingos llegaron hasta lugares tan remotos como el Kanato de Jazaria, entre los mares Caspio y Negro. Córdoba estaba en esa ruta y ya en el siglo nueve habían realizado incursiones.

»Puedo asegurarle que a mi abuelo le habría fascinado el hallazgo de Ridgeway. Cuando estuve en casa durante unas semanas, como él ya no se hallaba entre nosotros me dediqué en parte a visitar el yacimiento. Me pareció lo mínimo que podía hacer para honrar al primer profesor Williamson. Un rey muerto, por tanto, es una especie de efigie, habitualmente el cráneo de una víctima, pero se trata de un objeto muy raro, incluso en su forma más básica, y la creación de uno, por lo que sabemos, es competencia exclusiva de los grupos o bandas criminales más extremos. Por su naturaleza, requiere cierta especialización en el asesinato, porque la potencia, y por tanto la eficacia, del tótem aumenta con la adición de más partes de cuerpos de nuevas víctimas. No importa lo grandes o pequeños que sean los restos, lo que cuenta es que representan algo de la fuerza vital de los difuntos.

»Piense en algo similar a lo que hacían los nativos de algunas tribus que devoraban la carne de aquellos a quienes habían matado en la batalla. Cuanto más valeroso fuera el guerrero muerto, más poder daría su carne. La potencia está vinculada a la creencia. En cierto sentido, usted tiene a uno de los reyes muertos más importantes de todos bien a la vista en casi todas las iglesias cristianas: el Cristo crucificado. Puede que no esté formado a partir de partes

de otros cuerpos, pero la Iglesia cristiana lo compensa con reliquias de santos suficientes para llenar un cementerio de buen tamaño. Y en la fe católica, en el sacramento de la Eucaristía, la transubstanciación convierte el pan y el vino no sólo en algo figurativo y simbólico, sino en el cuerpo y la sangre reales de Cristo, si es eso lo que uno quiere creer.

»En cualquier caso, cuando esos nativos devoran a sus enemigos, la vitalidad del guerrero caído pasa a los que se los comen. Un rey muerto es algo más complejo: no sólo se trata de un símbolo, y no tiene ese nombre a la ligera. Usted sirve a un rey muerto. Usted es su súbdito. A medida que hace nuevas incorporaciones y su potencia crece, también aumenta su dominio sobre aquellos que lo crearon.

Parker observaba a Williamson mientras hablaba, moviendo con energía las manos para subrayar sus palabras. Sobre la mesita, al lado de la moneda de plata estaba el ejemplar del libro de su abuelo. Y todo eso, pensó Parker, por una referencia aislada en un viejo libro con el que se había topado tras horas de búsqueda en internet. Debería haberle parecido raro que un vínculo con lo que podría estar buscando se hubiera presentado en forma de un hombre que vivía a sólo media hora de Portland por autopista, un académico al que había pedido ayuda en el pasado, y cuyo abuelo resultaba haber sido el único que había hecho una referencia de pasada a los reyes muertos en su obra.

Pero no, no le pareció extraño.

Hubo una época en que el detective casi había perdido la fe, durante las semanas y meses posteriores a la muerte de su esposa y de su primera hija. Se preguntaba qué clase de dios permitiría que ese grado de violencia y sufrimiento se infligiera a dos inocentes, y se sintió tentado a concluir que la única respuesta es que ningún dios en absoluto. Pero había visto muchas cosas desde entonces para creer que más allá de la muerte sólo había la nada, porque Jennifer había regresado, y también otros, y hasta él mismo se había sentado a la orilla de un lago en calma, esperando a que un coche se lo llevara en su último viaje, el Largo Viaje.

Fuera cual fuese la entidad que gobernase en el otro mundo —benévola, indiferente o sencillamente dada a una crueldad gratuita—, no había borrado

todas las pistas. Había dejado huellas de sí misma, y si uno las miraba sólo por encima, sin prestar atención, sin fijarse, podían descartarse como simples coincidencias, o suerte. Y a veces no eran más que eso, pero la gracia consistía en saber distinguir entre lo accidental y lo intencionado.

Si lo que le estaba contando Williamson era correcto, los hombres que acompañaban a Harpur Griffin en el Porterhouse estaban implicados en la creación de un rey muerto. Por lo visto, Jerome Burnel había llamado su atención cuando mató a dos de los suyos en la gasolinera de Dunstan, y eso había supuesto su condena.

Pero ¿y la esposa de Burnel? Griffin y ella procedían del mismo condado de Virginia Occidental. Si ella hubiera entregado de algún modo a su marido a los servidores de un rey muerto —plan que se vino abajo cuando su marido adquirió un arma en secreto—, y luego se había propuesto arruinarle la vida, ¿lo hizo por iniciativa propia o instigada por otros? Si se trataba de lo segundo, sólo podían ser los mismos individuos que habían apremiado a Griffin para que hiciera que el periodo que Burnel pasó en prisión fuera lo más doloroso y miserable posible. Lo que vinculaba a Griffin y a la esposa de Burnel, aparte del propio Burnel, era el lugar de donde procedían.

En algún lugar de Plassey County, en Virginia Occidental, había un rey muerto.

—Hay un detalle más que debería tener en cuenta —dijo Williamson. Parecía serio, casi triste.

—¿Cuál...?

—Ese tal Griffin no dijo *un* rey muerto, sino que especificó *el* rey muerto. Puede que sólo fuera una forma de hablar y podría no significar nada.

—¿O?

—Lo que la señora Gutch le contó a mi abuelo fue esto: si creas un espacio seco y seguro en tu jardín, entonces alguna criatura lo convertirá en su hogar. Encontrarás una araña o una tijereta, o incluso algo más grande, como un murciélago o un pájaro. Un rey muerto es algo similar: si se vuelve lo bastante fuerte, si adquiere la potencia necesaria, puede comportarse como un imán. Atraerá algo hacia sí, algo que estará encantado de construirse un nido entre huesos antiguos. Puede que no tenga un nombre, ni una forma, no

hasta que un compuesto de muertos se lo proporcione, pero una vez entre ahí, no se irá. De repente, aquellos que buscaban un talismán que los protegiera, que le pagaron a cambio con ritos vacíos y lo llamaron rey muerto, descubrirán que su gobernante muerto no está tan exánime como ellos habían creído. Y puede que incluso descubran que lo prefieren así.

»Y si ese nido de huesos es lo bastante antiguo y poderoso, atraerá maldad del mismo poder y antigüedad, y entonces lo que tendrá ya no será tan sólo *un* rey muerto. Le habrá dado cuerpo y finalidad a algo ciertamente muy desagradable. Si Harpur Griffin no se equivocó al hablar, no se estaba refiriendo sólo a un objeto, a un talismán.

»Estaba hablando de una entidad.

Igual que había observado a Parker cuando llegó, Williamson también se lo quedó mirando al marcharse. El académico estaba de pie junto a la ventana de su despacho, sin perder de vista al detective privado mientras cruzaba Maine Street y se dirigía hacia el museo y la exposición de *Escenas nocturnas*. Muy propio, pensó Williamson: Parker era una criatura de la oscuridad.

Casi sin darse cuenta, Williamson acercó la mano a una vitrina circular que había en una estantería contigua. Contenía un fragmento de la iglesia que quedó en ruinas en Prosperous. Williamson levantó el cristal e hizo rodar el trozo de piedra entre sus dedos. Le pareció percibir unas vibraciones muy leves, los vestigios del poder que había contenido en el pasado.

Williamson había realizado un largo viaje para acercarse a Parker. Había rechazado empleos mejor pagados por el cargo en Bowdoin y había recurrido a todas las credenciales y promesas de apoyo que pudo conseguir para obtenerlo.

Y ahora Parker había acudido a él.

Oberon estaba trabajando en el motor de su camión, preparándolo para el invierno. Era un poco pronto para eso, pero convenía ser cuidadoso con un tiempo cada vez más impredecible. Además, la rutina le permitía cierto grado de soledad y espacio para pensar, mientras sus manos y sus ojos se concentraban en las acciones y su mente rumiaba los problemas.

A su alrededor, las ramas de los fresnos ya estaban desnudas y sólo conservaban los oscuros racimos de semillas. Las hojas de las hayas se habían tornado de un amarillo oscuro, y la enredadera de Virginia había adquirido un tono rojo vino. En el aire flotaba el aroma de las manzanas mientras un grupo de mujeres y niños pequeños manipulaban las prensas de hierro fundido detrás de la Plaza, llenaban botellas con el zumo y apartaban la pulpa para alimentar a los cerdos.

Oberon preparó una mezcla con la mitad de anticongelante y la otra mitad de agua que protegería al camión de temperaturas hasta veinte grados bajo cero. El Tajo era un lugar anómalo tanto geográficamente como en su meteorología: su temperatura siempre era un par de grados más baja que en el resto del condado, lo que se agradecía en verano, pero no tanto en invierno.

Henkel. Henkel era una amenaza.

Oberon añadió agua destilada a la batería para cubrir las placas de plomo, comprobó los cables y terminales, y luego la recargó porque el agua podría haber diluido la solución electrolítica.

Killian y Huff. Esos malditos cuerpos...

Luego revisó el sistema de tracción 4 × 4, asegurándose de que la palanca de transferencia, los cubos de bloqueo y el interruptor de encendido funcionaban bien. No se molestó en instalar limpiaparabrisas nuevos, porque los que llevaba sólo tenían un par de meses, y había comprobado el aceite hacía una o dos semanas. Por último, le dio al camión una buena capa de cera para proteger el acabado del hielo y la sal, sacó un refresco de la pequeña nevera de su garaje y se internó en el bosque. Había colocado un banco de madera tallada en un claro que no quedaba a la vista de su casa, y su familia procuraba no molestarle cuando iba allí. Oberon apartó algunas hojas del asiento, se sentó y observó a un par de ciervos que atravesaban un frondoso grupo de coníferas que su padre había plantado para proporcionar un refugio invernal del viento y la nieve a los animales. Los ciervos, como Oberon sabía, ya habrían empezado a comer menos como preparativo para el frío que se avecinaba, durante el cual dependían de sus reservas de grasa y su habilidad para conservar la energía necesaria para sobrevivir, porque eran capaces de resistir un mes sin comer. La gente que no tenía ni idea, a veces les dejaba comida en invierno, pero los ciervos eran criaturas sensibles y podían tardar semanas en adaptarse a una nueva fuente alimenticia. El maíz era lo peor: provocaba acidosis aguda, que podía matar a los ciervos tras agonizar durante días hasta morir.

Nadie cazaba en el Tajo, salvo la gente del Tajo, y tenían el cuidado de no cobrarse más piezas de las que necesitaban. Oberon no cazaba nada porque ya no comía carne; la había dejado hacía una década porque le aletargaba, y ahora consumía básicamente verdura y fruta, además de algo de pescado como proteína.

La vida en el Tajo, aunque dura, también tenía algo de idílica, pero un idilio tenía que protegerse y cuidarse, y eso requería fondos. Parte de los mismos procedían de las batidas, que era como llamaban en el Tajo a sus robos y asaltos sistemáticos, pero que ahora, desde las muertes de sus hijos, eran menos que en el pasado. Oberon pensaba en ellos a menudo. Habían pasado años antes de que se aventurara a realizar el viaje a Maine para visitar sus tumbas de indigentes, y ni siquiera entonces se había demorado ante ellas.

Allí, donde la ley no había sabido rastrear sus orígenes, estaban Henry Forde y Tobin Simus. Para Oberon, eran Gideon y Balder —Balder el príncipe, su heredero—, nacidos de diferentes madres pero con el mismo padre. Oberon sabía que Russ Dugar podría haberlos identificado, aunque habían dejado el Tajo años atrás para vagar por el país como parte del aprendizaje de Balder, y sólo regresaban esporádica y discretamente a su hogar. El viejo sheriff le había dado a Oberon una copia de las fotografías de los permisos de conducir de aquellos hombres, que habían circulado por los departamentos de los diversos cuerpos policiales del país tras sus muertes. Dugar había desgarrado el documento en cuatro partes limpias antes de meterlo en un sobre y dárselo a Oberon. Ninguno de los dos había vuelto a decir una palabra al respecto, ni siquiera cuando Oberon dejó un paquete que contenía diez mil dólares en el felpudo del porche de Dugar.

Gideon, el hijo menor, había resultado peligrosamente depravado, y Oberon reconocía que, de no haberlo hecho Jerome Burnel, quizá se habría visto obligado a matarlo él mismo si su comportamiento continuaba degradándose, pero Balder estaba destinado a ser su sucesor, el líder del Tajo. Ahora, Oberon ya no tenía herederos varones, y Cassander no tardaría en hacer algo contra él.

Fue Oberon el que decidió que el Tajo no seguiría dedicándose a la delincuencia con la misma intensidad que lo había hecho hasta la segunda mitad del siglo anterior. Hurtos, asaltos a casas, secuestros, robos de bancos y ataques a organizaciones rivales con la apropiación de lo que tuvieran de valor, habitualmente a punta de pistola y de vez en cuando con bajas, habían sido los métodos del Tajo durante la mayor parte de su existencia. Pero el mundo había cambiado, y esas actividades ya no merecían el riesgo que implicaban, aunque los recientes asesinatos de Killian y Huff les habían reportado 48.000 dólares después de que Lucius y Benedict, el hijo desquiciado de Zachary Bowman, convencieran a las víctimas de que podían comprar sus vidas si les entregaban todo el dinero que tenían y prometían no volver a poner el pie en Virginia Occidental. En cuanto tuvieron el dinero en las manos, Lucius y Benedict dispararon a los dos hombres, pero la habían liado al no deshacerse como era debido de los cadáveres.

Lucius, ayudado por su hermano pequeño Marius y por su colega Jabal, también la había pifiado en el asesinato de Harpur Griffin. Oberon no había aprobado la muerte de Griffin, pero no debería haberle sorprendido que Marius quisiera vengarse en persona de Griffin después de tantos años. Sólo la naturaleza pública del asesinato le irritaba. Era innecesaria y se corría el riesgo de llamar la atención.

Los hijos de Cassander habían regresado de Maine ese mismo día temprano. Marius y Jabal desaparecieron de inmediato, y dejaron a Lucius, su cómplice en los asesinatos de Killian y Huff, la tarea de informar sobre los detalles de lo que había pasado en Maine, y luego dar explicaciones de por qué Benedict y él no habían enterrado más profundamente y más lejos del Tajo a Killian y Huff. Oberon culpó a Lucius del desastre porque él era el mayor de los dos. Pero Lucius nunca había sido digno de confianza; y ése era un defecto parejo a su propensión a la violencia, aunque ésta fuera útil en ciertas ocasiones. En el Tajo no todo el mundo tenía el estómago para hacer lo que a veces era necesario.

Pero lo que le contó Lucius no hizo más que aumentar la preocupación de Oberon. Lucius dijo que tuvieron que precipitar el entierro porque había visto al chico de Charlie Lutter —Perry, el idiota— paseando por el bosque, y si Perry los veía con los cadáveres tendrían un problema aún mayor porque habría que hacer algo con él.

—Tendrías que habérmelo contado cuando pasó —dijo Oberon mientras Cassander observaba y escuchaba, con una mano sobre el hombro izquierdo de su hijo, como gesto de apoyo. «Mi sangre, por encima de todo», pensó Oberon.

—No queríamos fastidiar a Perry —dijo Lucius, pero ésa no era la razón, y Oberon lo sabía. El chico simplemente había optado por callar sobre la posibilidad de un testigo hasta que el descubrimiento de la tumba le había obligado a ser sincero.

Entonces habló Benedict.

—La tumba no era tan superficial —dijo.

—¿Qué? —dijo Oberon.

—Yo ayudé a cavarla. Pusimos los cuerpos a casi un metro de

profundidad. Incluso tuve tiempo de echarles piedras por encima antes de cubrirlos con tierra.

—Sí —dijo Lucius, y su expresión hosca cambió al ver que Benedict le echaba un cabo que le permitiría escapar de la furia de Oberon—. Eh, ¡me acuerdo de eso!

—Pues no impidió que un animal la dejara al descubierto —dijo Oberon.

—¿Qué animal? —preguntó Lucius.

Oberon pensó. Su informante había sido minucioso, y bastante específico, en su descripción del escenario.

—Huellas de zorro.

—Ningún zorro podría haber desenterrado esos cadáveres —dijo Benedict.

Cassander habló.

—Si no fue un animal, entonces ¿quién?

Pero Oberon ya tenía una respuesta, y le hizo sentirse cansado y viejo. Perry Lutter.

Los ciervos se alejaron moviendo con rapidez las orejas y el rabo. Oberon seguía irritado con Lucius y Benedict. No habían manejado bien la situación, aunque, como afirmaban, se hubieran visto obligados a matar a Killian y Huff antes de lo previsto cuando Killian intentó agarrar el arma de Benedict. Eso los dejaba con dos cadáveres que tenían que enterrar, y no querían correr el riesgo de que les pararan por algún motivo llevando dos muertos en el suelo de su camión, así que tomaron la decisión de enterrarlos al crepúsculo cerca de las tierras de Charlie Lutter. Creían que estaban en el condado contiguo, pero se equivocaban.

La cuestión era: ¿Perry Lutter simplemente había tropezado con la tierra removida e, impulsado por la curiosidad, había empezado a excavar, o había presenciado el entierro? Es posible que Perry no fuera admitido en la Mensa de superdotados ni por equivocación, pero Oberon conocía lo bastante bien su manera de comportarse como para reconocer que poseía una astucia innata. Le gustaban los bosques, y se sabía que se alejaba muchos kilómetros

de su casa y siempre encontraba el camino de vuelta, a no ser que alguien del condado lo trajera de regreso, porque todo el mundo conocía a Perry.

Era un chico que veía mucho, pero también largaba.

Oficialmente, la policía no había confirmado la identidad de la persona que había encontrado la fosa, pero incluso sin sus confidentes, a Oberon no le habría costado suponer que había sido Perry Lutter, y Henkel no lo había negado cuando Oberon había mencionado el nombre de Perry en el restaurante. Salvo que ahora parecía que Perry tal vez no había tropezado accidentalmente con la tumba. Oberon tendría que hablar con él, sin la presencia de sus padres, que protegían tanto a su hijo como una osa a su oseño.

Luego estaba el investigador privado, el que se había enfrentado a Lucius y Jabal en Portland, que había hecho necesario el asesinato de Griffin para asegurarse de que no hablara, así como para satisfacer las ganas de sangre de Marius. Con un poco de suerte, la muerte de Griffin pondría fin a sus pesquisas, pero Oberon decidió que se informaría sobre ese Parker, por si acaso. El Tajo no tenía acceso a internet, del mismo modo que carecía de televisión por cable, y sólo utilizaban móviles desechables de los más básicos, que reemplazaban cada par de semanas. Oberon tendría que acudir a un café con internet fuera del condado para buscar datos sobre Parker.

Lo que dejaba el asunto del sheriff Edward Henkel. Oberon lo quería fuera del cargo, pero se había resignado a esperar hasta después de las elecciones. Henkel era muy querido en el condado y había ganado con facilidad su primer mandato. Pero no había tardado en quedar claro que no simpatizaba con el Tajo. Aun así, durante los primeros tiempos se habían evitado en buena medida los enfrentamientos graves, pero últimamente Henkel se había vuelto notablemente más hostil, y Oberon había decidido que no le quería trabajando contra ellos otros cuatro años más. Ya había confeccionado una lista de personas influyentes a las que abordar con peticiones educadas, sobornos y lo que podrían considerarse —dependiendo de cómo se lo tomara cada uno— amenazas para asegurar que Plassey County tendría un sheriff menos activo.

Pero el descubrimiento de los cuerpos de Killian y Huff era la amenaza

más inminente para el Tajo. Tras su encuentro con Henkel en el restaurante, Oberon estaba convencido de que el sheriff aprovecharía la menor oportunidad que le ofreciera la investigación para dirigir sus recursos hacia la reservada comunidad que ocupaba el centro del condado. Incluso podría estar haciéndolo ya, porque no sabía con quién estaría hablando, o qué tipo de amigos tenía a escala estatal o federal. No era difícil matar a un sheriff — Russ Dugar lo había aprendido, en sus últimos momentos—, pero resultaba mucho más complicado lidiar con las consecuencias.

Oberon no creía que el departamento del sheriff, ni cualquier otro, tuviera pruebas suficientes para conseguir una orden de registro del Tajo, todavía no, pero había hecho un par de llamadas para enturbiar las aguas. Eso les daría un margen de tiempo, al menos, y desviaría recursos. Si las fuerzas del condado, del estado o las federales estaban a punto de actuar contra el Tajo, casi con toda seguridad alguien le avisaría antes. Prepararía un plan de acción y se lo contaría a Cassander y los demás ancianos. A cada uno se le asignaría una tarea en caso de una incursión inminente. Mientras tanto, buscaría a Perry Lutter e intentaría aclarar lo que había o no había visto la noche que asesinaron a Killian y Huff.

Pero había un cabo suelto del que podía encargarse de inmediato.

Oberon volvió a casa. Toda la casa olía a vinagre porque Sherah, su mujer, y Tamara, su hija, estaban haciendo conservas de tomates, pepinos y alcaparras para el invierno. Sherah era su segunda mujer. Se había casado con ella cuando se cumplía una década exacta de la muerte por neumonía de su primera esposa, Jael. Sherah era la hermana pequeña de Jael, y ambas eran hijas de Zachary. En una comunidad tan cerrada como el Tajo, esas segundas uniones no eran raras. Gideon había nacido de otra mujer, entre un matrimonio y otro, y fue a ella a la que Oberon culpaba de las deficiencias de Gideon. Ella, como su conflictiva descendencia, ya había muerto.

Cogió a Tamara y la alzó bien alto por encima de su cabeza. Tenía cuatro años, y era uno de los niños más pequeños del Tajo. Había esperado un chico, pero había acabado adorando a Tamara. Continuaba sorprendiéndose de

cuánto la amaba. Pensaba que la amaba aún más que a Jael, y sin duda más que a Sherah. Seguía deseando un hijo varón, pero hasta ahora Sherah no se había vuelto a quedar embarazada.

—¿Has acabado tu trabajo por hoy? —le preguntó Sherah.

—No, todavía me queda algo pendiente.

—¿Te llevará mucho?

—No debería, pero tendré que lavarme cuando acabe.

No apartó la mirada de la cara de su hija durante toda la conversación. A Sherah no le importaba. Estaba acostumbrada a la manera de ser de su esposo. Sabía que ella era poco más que una sustituta de su hermana, nuevo ganado de cría para su marido. Ella quería darle el hijo que deseaba. Disfrutaba cumpliendo con la obligación de intentarlo, y creía que Oberon también, pero no sabía qué cuerpo era el que fallaba.

Oberon dejó a su hija en el suelo y fue a su despacho privado. Cuando volvió a la cocina, Sherah vio que había añadido al cinturón un largo cuchillo en una vaina. No hizo ningún comentario, ni más gesto que interrumpir un momento el vertido del vinagre cuando lo vio sacar una pala del cobertizo, y también un cubo verde sellado, el cubo en el que guardaba la cal viva.

—¿Adónde va papá? —preguntó Tamara subida en la silla al lado de su madre.

—Tiene que acabar unas cosas.

—¿Puedo ayudarlo?

Sherah atrajo a su hija hacia sí y la besó en la coronilla.

—A lo mejor cuando seas mayor.

Cassander cruzaba la Plaza hacia su casa, con uno de sus perros trotando a su lado, cuando vio acercarse a Oberon, la pala en la mano izquierda, el cuchillo colgado rozándole la pierna derecha. Cassander conocía ese cuchillo. Oberon lo utilizaba sólo para la carne.

Cassander abrió la boca para hablar, pero Oberon lanzó la pala hacia él antes de que pudiera decir nada. Cassander la atrapó y se fijó en la expresión de la cara de Oberon: no presagiaba nada bueno para nadie.

—Dile a Lucius que excave el agujero —dijo Oberon sin detener sus zancadas—. Y esta vez asegúrate de que sea profundo.

Poco después de las cuatro de la tarde, Henkel recibió la llamada de un colega de la Oficina de Investigación Criminal, un investigador llamado Scott Stokes. Según Stokes, la investigación de las muertes de Killian y Huff había dado un nuevo giro, basado en información recibida de un IC, un informante confidencial. Ahora parecía probable que hubieran cabreado a uno de los cuatros cárteles —muy probablemente el de Sinaloa— que controlaban el ochenta por ciento del tráfico de meta en Estados Unidos, en gran parte mediante la agresiva política comercial de combinar una gran pureza con precios bajos.

—Eso son memeces —dijo Henkel—. Los de Sinaloa no tienen ninguna

célula en Virginia Occidental.

—Están en Ohio, y eso queda muy cerca, por si no has mirado un mapa desde la secundaria. Y Killian y Huff venían de Columbus, donde la DEA afirma que les está yendo muy bien a los de Sinaloa.

—No, créeme, Scotty: éste es un asunto local. Está relacionado con el Tajo.

—Pues la DEA afirma otra cosa, y en este caso seguían el tema muy cerca. Se convencieron de que sobre todo Huff los llevaría a las puertas de los de Sinaloa. Creían que ya estaba maduro para el salto.

—Bah, mierda...

—Mira, si encuentras algo sólido que apunte en otra dirección, infórmame y yo lo pasaré hasta arriba del todo. Y tampoco entiendo por qué te estás tomando tan a pecho todo esto. Aquí nadie se ha quejado de que la DEA nos quite ese par de cadáveres de las manos.

—Ya, sí, supongo que en eso somos distintos.

—Vamos, no me vengas ahora con sermones.

—Me parece que llevas demasiado tiempo en Charleston, Scotty. Te estás convirtiendo en un urbanita.

—Pues tú has pasado demasiado tiempo entre palurdos. Tendrías que vivir en algún sitio con carreteras asfaltadas. Si te apetece, pásate por aquí una noche y te invito a algo mejor que tortitas.

Henkel le dijo que se lo pensaría, y colgó. Estaba furioso, pero no tenía sentido desfogarse con Stokes, y Henkel quería seguir llevándose bien con él. Se recostó en la silla y clavó un lápiz en la madera de la mesa hasta que partió la punta. ¿Un IC? Tal vez se había equivocado con respecto a la implicación del Tajo, pero no lo creía. Alguien había lanzado un anzuelo sabiendo que la DEA lo mordería.

Oberon. Tuvo que ser él.

A Jerome Burnel lo dejaron ciego poco después de llevarlo al Tajo. Había sido fácil —dos golpes secos con la hoja de un cuchillo—, pero hacía que la influencia del Rey Muerto fuera más profunda. Con todo, antes de que

Oberon le sacara los ojos, le permitió vislumbrar al rey, para que Burnel comprendiera la naturaleza de la entidad con la que estaba recluido.

A estas alturas, Burnel casi se había vuelto loco.

Estaba encadenado a una estaca fijada en cemento dentro del fortín. Dormía sobre el suelo, sólo le daban agua y gachas. Apestaba a su propia suciedad y ya ni siquiera intentaba hablar, razonar ni negociar con sus captores. Se limitaba a permanecer tumbado en el suelo y sólo emitía un gemido grave. Apenas volvió la cabeza al oír entrar a Oberon en el fortín.

Oberon conocía el sonido de la voz del Rey Muerto. Oírla turbaba, era como unos huesecillos tintineando en un saco. No hablaba ninguna lengua inteligible, y aun así los familiarizados con esa voz no se hacían ilusiones con respecto a sus necesidades y deseos. Eran insaciables e inmundos. Incluso después de tantos años, Oberon procuraba limitar su contacto con el Rey Muerto.

Burnel había estado a solas con él durante días.

El Rey Muerto era casi tan antiguo como el Tajo, una reliquia de otra era y otra cultura traída al Nuevo Mundo por los primeros colonos escandinavos. Pero el Rey Muerto, la fuerza que ahora lo habitaba, era más antiguo que los mundos.

Oberon encendió una lámpara que colgaba de una de las ramas más bajas del árbol que atravesaban el interior del fortín. Proyectó su luz sobre Burnel y el Rey Muerto. El parloteo de éste le llegó con nitidez a Oberon, una cháchara sólo un poco más soportable por el hecho de que se dirigía a Burnel.

Oberon se arrodilló junto al hombre cegado y sacó el cuchillo. Durante todo el tiempo que llevaba ahí, nadie había confirmado a Burnel lo único que seguramente le importaba saber.

¿Por qué?

Oberon podría habérselo dicho y ahora, al final, decidió hacerlo, aunque no tenía claro que Burnel, desquiciado como estaba, pudiera entenderlo ya. Lo agarró por el pelo y le levantó la cabeza. Los ojos destrozados de Burnel alzaron la mirada sin ver. Se le abrió la boca, y Oberon vio que faltaba una parte de la lengua. Se la había arrancado a mordiscos el propio Burnel. Oberon se preguntó si el Rey Muerto le habría mandado hacerlo.

Seguramente, del mismo modo que le había animado a arrancarse las uñas de las manos con los dientes y apilarlas en un montoncito junto al cuenco de agua, y a arrancarse también los pelos de la cabeza, uno por uno, dejándose calvas por el cuero cabelludo, como un perro sarnoso.

—Eran mis hijos —dijo Oberon en voz baja—. Todo esto es porque los mataste, y aun así no será bastante. Pero ahora se ha acabado. Tu tormento ha llegado a su fin.

Había tenido la intención de limitarse a cortarle el cuello, pero en el último momento le dio la vuelta al cuchillo y lo apuñaló en el pecho, y una vez que le dio la primera puñalada, le resultó imposible parar, y así Oberon cargó contra el moribundo una y otra vez —acuchillándolo, rajándolo, desgarrándolo— hasta que se dejó caer de rodillas en un charco de sangre, con la cabeza llena con el parloteo del Rey Muerto.

Oberon recobró la conciencia junto al cuerpo mutilado de Jerome Burnel. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, sólo que la luz había cambiado y que la lámpara se había apagado. El Rey Muerto hablaba ahora para sí mismo.

Oberon salió del fortín. Bajó hasta el río, dejó su ropa manchada de sangre en la orilla y se zambulló en sus profundidades, donde la sangre se volvía indistinguible del agua que fluía a su alrededor. Cuando emergió, temblaba de frío y conmoción. Sólo se puso los pantalones y utilizó la punta de la camisa para limpiar casi toda la sangre del cuchillo. Regresó a la Plaza y encontró a Cassander sentado en la hierba junto a su casa, fumando un cigarrillo, con la pala a sus pies. Le iluminaba la luz del porche, mostrando la tierra que manchaba sus manos y su ropa. Se puso en pie al ver a Oberon, se quitó el forro polar con el que se cubría el torso y se lo puso al otro hombre sobre los hombros. No le hizo falta preguntar si lo había hecho.

Oberon miró la pala y la tierra en la piel de Cassander.

—Te dije que mandarás a Lucius cavar ese agujero.

—No pude encontrarlo, así que lo hice yo.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

Era mentira, pero Oberon no se lo recriminó. Los dos hermanos, Lucius y Marius, estaban haciendo de las suyas por ahí, ahora que habían regresado al Tajo. Tal vez ni siquiera Cassander se daba cuenta de lo peligrosos que eran.

Oberon miró hacia atrás por encima del hombro. El fortín no se veía desde donde estaba.

—Te hará falta una lona de plástico para llevarlo. Tendrás que enterrarlo luego. He dejado la cal viva por allí.

—Ya me ocuparé.

—Hay mucha sangre. Si vienen...

—Ya te lo he dicho: me ocuparé de todo.

Acompañó a Oberon hasta la puerta de su casa, donde le esperaba Sherah, pero Oberon no comió nada y luego tampoco durmió, porque había pasado demasiado tiempo en el fortín y la voz del Rey Muerto resonaba en su cabeza. Se quedó observando cómo se oscurecía el Tajo y sintió el aire frío del norte penetrando en sus huesos.

Jennifer se deslizó por la casa de su padre, consciente de que dormía en la planta de arriba, pero sin osar acercarse a su habitación, por más que le encantaba estar cerca de él. Su padre se había vuelto muy sensible a ella; a veces, incluso cuando lo observaba desde cierta distancia, o en silencio entre las sombras, lo veía volverse como si quisiera vislumbrarla, con la expresión de alguien que a la vez desea ver pero tiene miedo de hacerlo.

Aunque ella no tenía la menor noción del tiempo cuando se sentaba junto al lago, aquí era consciente del tictac del reloj del vestíbulo, del zumbido de la nevera en la cocina y del parpadeo de la bombilla de la lámpara que su padre siempre mantenía encendida en su despacho. Pensó que tal vez estaba ahí para ella, para que pudiera encontrarle por la noche, aunque a ella no le habría costado nada recorrer las marismas hasta la casa de la colina. De nuevo le gustaba formar parte de ese mundo que había abandonado, de su fugacidad, de la lenta descomposición medida en minutos y horas. El lago siempre estaba en calma, incrustado en un paisaje sofocante. Sólo la breve presencia de su padre allí, demorándose entre las esferas de la existencia, lo había alterado durante un tiempo: había aparecido el almacén de un edificio, y un viejo coche, conducido por entidades que habían adoptado la forma de unos abuelos que ella no había llegado a conocer. Su padre había provocado que se manifestaran, y se habían desvanecido en cuanto él les dio la espalda, al optar por no emprender el Largo Viaje.

Jennifer se preguntaba qué habría al final de los senderos de los muertos, más allá de donde rompían las olas, donde acababa el Largo Viaje. Recordaba a la Casi-Madre, y pensaba que lo que aguardaba a todos era, a la vez, el ser y el no ser, una pérdida del yo, y su absorción en el todo. Pero Jennifer no quería desaparecer. Deseaba aferrarse a la complejidad de sus emociones, a la fascinación, la confusión, el amor, el odio, la alegría, la tristeza, la envidia, la rabia y...

A todo eso: ella quería conservarlo todo, y volver al mundo del que había sido arrancada con tanta violencia le recordaba por qué. Tal vez si su padre la acompañara sería diferente. Él había cambiado el otro mundo una vez: ¿no sería posible que pudiera hacerlo de nuevo? O a lo mejor podían quedarse juntos en el lago, contemplando cómo pasaban los muertos, como centinelas en una puerta.

Pero, al final, ¿no se trataría meramente de que su padre seguía aquí mientras su madre y ella estaban en otra parte, y que cuando él muriera también se interrumpiría la vinculación de la propia Jennifer con este mundo? Entonces, juntos, se unirían a las filas de los muertos, caminarían de la mano a una existencia donde los antiguos nombres no tenían sentido, donde algo tan pequeño y fugaz, pero también tan profundo y duradero, como el amor humano se perdería para siempre, como una lágrima derramada en el mar.

Se acercó a la mesa de su padre. Había un libro abierto encima y a su lado un montón de papeles: notas con su letra, fotocopias, mapas, billetes de avión a Columbus, Ohio, para la mañana del día siguiente, y la confirmación del alquiler de un coche. Los hojeó y, si alguien hubiera pasado por el vestíbulo, alguien que no fuera su padre, habría pensado que el viento se colaba bajo el marco de la ventana para sembrar el desorden allá donde podía.

Ella leyó el nombre que encontró en los papeles.

Rey Muerto.

La agitación de los papeles se interrumpió.

Ella se había marchado.

Sam se removió dormida, abrió los ojos. Jennifer estaba a los pies de su cama. Hacía mucho que no la visitaba, pensó Sam. En esta ocasión no percibió el chisporroteo de electricidad estática que solía acompañar su presencia. Sam no lo sentía ni lo olía en el aire.

Se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Qué pasa? —preguntó. Estaba cansada, y a la mañana siguiente tenía que participar en un concurso de ortografía. Le fastidiaba que la molestaran.

—Nuestro padre está persiguiendo al Rey Muerto —dijo Jennifer. Sonó preocupada, incluso asustada.

Sam se lo pensó un momento.

—Bien —dijo y volvió a dormirse.

Norah Meddows recogió una entrega de ocho bolsas de ropa y dos cajas de zapatos que le llevó Héctor, el inmigrante salvadoreño que empleaba para recoger lo que conseguía en las casas de un radio cada vez mayor de Columbus. Eso era lo mejorcito de las donaciones de la semana según la selección que hacía la esposa de Héctor, que tenía buen ojo para la moda y era, creía Meddows, razonablemente honesta, o al menos no robaba de forma muy descarada a su patrona. De hecho, Meddows no tenía ninguna prueba que indicara que Elisa Ríos Silva hubiera robado nada en toda su vida, ni a ella ni a nadie, pero dado que Meddows era deshonesto, atribuía de manera natural un grado similar o mayor de deshonestidad a cualquiera que conociera.

Meddows estaba infringiendo la ley, obviamente, pero sin hacer daño a nadie, aunque no estaba segura de que la Oficina del Fiscal General, que regulaba las obras de caridad, opinara lo mismo. Meddows utilizaba a Héctor y a su familia para distribuir folletos publicitarios pidiendo donaciones de ropa de segunda mano en buen estado que sería vendida para ayudar a familias pobres en Latinoamérica o, en el caso de piezas difíciles de vender al exigente consumidor estadounidense, se enviarían directamente a los más necesitados. A quienes tuvieran ropa que donar se les pedía que la dejaran delante de la puerta de sus casas un día determinado, en el que pasarían a recogerla después discretamente y le darían buen uso.

Meddows se aseguraba de buscar sólo en vecindarios relativamente acomodados: no quería ninguna basura vieja de la cadena JCPenny, aunque, sin poder evitarlo, recogía más de lo que le correspondería del tipo de ropa que, curiosamente, muchos ciudadanos pobres habrían agradecido, y no sólo al sur de la frontera sino más cerca de casa. No, lo que Meddows buscaba eran piezas de diseñador —o ropa que pudiera hacerse pasar por tal si no tenía originales—, a las que añadía las etiquetas de firmas de alta costura europeas auténticas pero poco conocidas que la esposa de Héctor confeccionaba utilizando una serie de patrones que le proporcionaba su jefa. El resto lo vendía a peso a gente con todavía menos escrúpulos que ella, y, teniéndolo todo en cuenta, le iba bastante bien, hasta el punto de que había tenido que alquilar un almacén junto a la Ruta 23 en el que reunir y seleccionar las donaciones, una tarea en la que colaboraba encantada la amplia familia de Héctor a cambio de unos pocos dólares por hora y poder llevarse algo de ropa barata. A decir verdad, Meddows habría estado perdida sin Héctor. No entendía por qué tantos de sus vecinos se quejaban de los inmigrantes. Sin Héctor y los suyos, ella se habría visto obligada a encargarse por sí misma de todas esas tareas de mierda.

Empezó a revisar las bolsas en la trastienda del Old and New by Sue, su «boutique de ropa *vintage*» en Neil Avenue, cerca de Ohio State. Estaba orgullosa del nombre de la tienda, que se le había ocurrido a ella; Sue, les explicaba a los clientes que le preguntaban, era su segundo nombre, aunque en realidad el verdadero era Alison. A esas alturas, Meddows estaba tan enredada en fraudes y engaños que ni siquiera podía distinguir con claridad entre lo verdadero y lo falso, pero, en cualquier caso, tampoco le preocupaba mucho la distinción.

Colocó la ropa en la mesa de sastre de la trastienda. La hermana de Elisa ya la había lavado y doblado, después de que la primera les hubiera puesto algunas llamativas etiquetas de diseñadores donde era preciso. Sin embargo, la tercera bolsa contenía una pequeña y agradable sorpresa: una blusa de Sasha Kanevski que no parecía ni estrenada, y un vestido de algodón elástico de encaje estampado de Oscar de la Renta que probablemente había costado cerca de mil dólares. Meddows lo revisó con ojo experto, y sólo en el tercer

repasso descubrió el remiendo realizado por Elisa en un feo desgarrón triangular debajo de la manga izquierda. Tomó nota mental para darle a Elisa veinte dólares extra al final de la semana —un trabajo tan bueno no podía quedar sin recompensa— mientras simultáneamente daba las gracias por los excesos de la cultura consumista. Mejor todavía, según la nota que había puesto Elisa en la bolsa, el vestido formaba parte de lo que había recogido Héctor en un viaje a Cincinnati el mes anterior, así que no se corría mucho riesgo de que su propietaria original se tropezara con él en la boutique. Y aun cuando se diera una circunstancia tan improbable como ésa, Meddows contaba con una cláusula de exención de responsabilidad. En la pared sobre la que se abría la puerta de entrada de la tienda, y por tanto casi invisible hasta para los clientes con mejor vista, había un pequeño rótulo que informaba de que un porcentaje de los beneficios de la tienda servían para financiar causas humanitarias en Latinoamérica, un porcentaje que variaba entre lo insignificante y cero, dependiendo de los ingresos y el estado de ánimo de Meddows.

Oyó el sonido del timbre que avisaba de que alguien había entrado en la tienda. Meddows había instalado cámaras en dos rincones, pero eran sólo imitaciones pensadas para disuadir a las variedades más descaradas de ladrones. El suyo era, en gran medida, un negocio de una sola persona, así que en cualquier caso no habría nadie para supervisar los monitores, y Meddows era más que capaz de mantener un ojo atento a su propio material. Había diseñado el plano de la tienda en persona para que no tuviera casi ningún ángulo muerto, y todas las piezas estaban sujetas a sus perchas por un lazo de plástico. Eso implicaba que Meddows tenía que cortar el lazo para que las mujeres se probaran la ropa, pero eso representaba sólo una pequeña molestia y un gasto menor, y le permitía llevar la cuenta de las piezas en posesión de una clienta en cualquier momento. Había pasado ya el tiempo suficiente en ese negocio para que no la sorprendieran la voluntad ni la habilidad de incluso las mujeres de aspecto más acaudalado para robar si se les presentaba la ocasión. Había que olvidar todas esas tonterías de que esos robos eran una petición de ayuda: los pobres robaban a veces porque no les quedaba más remedio, pero los ricos robaban porque podían.

Meddows entró en la tienda y sólo le sorprendió un poco encontrar a un hombre junto al mostrador. Algunos hombres entraban de vez en cuando buscando bolsos de diseñadores para sus mujeres, o pañuelos fuera de lo común. Algunos esperaban encontrar algo que pareciera impresionante por una fracción de su precio de venta. Otros simplemente preguntaban por direcciones. Sin embargo, este hombre tenía el porte de alguien que no franqueaba una puerta hasta saber que había al menos otra salida. Tenía unos ojos azul grisáceos, o azul verdosos, dependiendo de la luz, que desprendían una especie de calidez invernal. Llevaba una chaqueta negra de buen corte por encima de unos tejanos y una camisa blanca de cuello pequeño desabotonada en la parte de arriba. No era alto —como mucho mediría uno setenta y cinco— y tampoco podía decirse que fuera atractivo, pero llamaría la atención al entrar en cualquier sitio.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó ella.

—Se lo diré si es usted la señora Meddows —respondió él, y ella instantáneamente se puso en guardia. No parecía un policía, pero había algo que le recordaba a ellos. Volvió a pensar en el fiscal general: si se veía obligada, sus cuentas estaban lo bastante manipuladas para darle dolor de cabeza al mejor contable. Los folletos que distribuía Héctor no ofrecían ninguna indicación del destino final de las donaciones, y el pequeño sello en la parte inferior sólo hacía referencia a códigos y permisos, con algunas cifras dispuestas al azar para engañar a los incautos.

Héctor, por su parte, tenía instrucciones estrictas para declarar su ignorancia y desconocimiento del inglés si le interrogaba alguien que pareciera saber de qué hablaba, antes de huir a las colinas. En el caso de que se implicara la policía, debía mantener la boca cerrada, salvo para llamar al bufete de abogados de Painter-Maynes, que también trabajaba para los croatas que compraban la ropa usada a Meddows, y estaba conectado con las oficinas de Daniel Starcher en Lewisburg, Virginia Occidental. Éstos habrían devuelto a Héctor a la calle a tiempo de disfrutar de la cena de judías y arroz o lo que fuera que su familia y él cenaran en el apartamento que les había alquilado Meddows, que era otra de las razones por las que Héctor mantendría el silencio y la discreción si la ley aparecía por medio.

Por suerte, todavía no se había dado el caso, y Héctor tenía una habilidad innata para percibir la proximidad de las fuerzas del orden, consecuencia de las diversas ramas de su extensa familia que habían sido exterminadas por la Guardia Nacional de El Salvador durante la prolongada guerra civil de su país, la misma Guardia Nacional —algunos de cuyos miembros, según Héctor, ocupaban ahora cargos más altos— que había asesinado a tres monjas y una lega norteamericanas en 1982, una atrocidad que había provocado que el Gobierno de Estados Unidos interrumpiera la ayuda militar al régimen salvadoreño durante seis semanas enteras. Enterarse de cosas como ésa había hecho que Norah Meddows se alegrara todavía más de joder a la Hacienda de su país. Después de todo, no quería que se diera esa clase de uso a los dólares de sus impuestos.

Y ahora tenía ahí un hombre que desprendía cierto aire de autoridad, preguntando por su nombre. Esbozó una gran sonrisa, enseñándole las dos hileras de dientes recientemente blanqueados, y le confirmó que, en efecto, era Norah Meddows.

Él se sacó la cartera del bolsillo y extrajo una tarjeta profesional.

—Me llamo Charlie Parker —dijo—. Soy investigador privado.

Le dio la tarjeta y ella leyó el contenido cuidadosamente, hasta el número de teléfono móvil de abajo, mientras ganaba algo de tiempo para pensar.

—Maine —dijo.

—Eso es.

—Antes vivía en Maine. —Si había ido a su tienda, era algo que él ya sabía, pero creyó que así parecería más sincera.

—Lo sé.

—Supongo que por eso está aquí. Si ha venido desde Maine, debe de tratarse de algo relacionado con mi ex marido. No se me ocurre otra razón por la que hubiera hecho el largo viaje a Ohio.

—¿Sabía que lo habían puesto en libertad?

—No. Suponía que tenían que liberarlo pronto, pero no sabía cuándo exactamente.

—Salió la semana pasada.

—Oh.

Sólo oh.

Parker examinó a la mujer que tenía delante. Era bonita sin llegar a atractiva, sus rasgos carecían de la viveza y el carácter requeridos para merecer algo más que una mirada de pasada. Sólo sus ojos tenían cierta vida genuina, pero era la que les daba el destello de la avaricia. Parecía una muñeca hambrienta.

—¿Su marido se ha puesto en contacto con usted desde que salió de prisión? —preguntó.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque estuvo casada con él. Porque a alguien que se ha pasado cinco años en prisión no le quedarán muchos amigos fuera, así que recurriré a los antiguos.

—Mi marido y yo no somos amigos. Es un perverso. No quiero saber nada de él. Por eso me divorcié. Mire, ¿de qué va todo esto?, ¿le ha contratado él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aseguraba que era inocente de los delitos por los que cumplió condena. Estaba convencido de que le habían tendido una trampa.

Ella se rió, negó con la cabeza compadeciéndose del hombre que tenía delante, por ser tan tonto.

—No debe de ser muy buen detective —dijo— si se cree todos los dramones que le cuentan los convictos.

Parker le devolvió la sonrisa.

—No me creo todos los dramones —dijo—, sólo los que me parecen verdad.

—¡Dios mío, lo dice en serio! Mire, tenía pornografía infantil en su ordenador. Tenía fotografías ocultas en una caja en el sótano. Vi algunas. La policía me las enseñó. Eran espantosas, lo peor que he visto en mi vida. Yo había vivido con ese hombre; había adoptado su apellido. Él fingía ser un marido cariñoso, pero en realidad era un tipo que se corría mirando imágenes de niños y cosas peores: niños a los que agredían sexualmente de todas las formas imaginables. Debería haber muerto en la cárcel.

—No murió, al menos no en la cárcel, pero sufrió mucho.

—Me alegro.

No pareció una respuesta refleja, ni un esfuerzo simulado de protegerse de cualquier vestigio de afecto que pudiera haber sentido por su marido. Parker dudaba de que esa mujer sintiera ningún afecto, ni vestigio del mismo, por Jerome Burnel. Se preguntó si alguna vez llegó a sentir algo por él. Debió de tener alguna razón para casarse, pero a saber cuál sería. El aburrimiento, tal vez, o una lujuria que se consumió en los años posteriores al intercambio de votos. Podría haberse tratado simplemente de una cuestión de dinero y seguridad. Eso no habría sorprendido lo más mínimo a Parker: con sus ojos centelleantes de urraca, sus mejillas chupadas y sus labios ligeramente fruncidos, Norah Meddows tenía un aspecto casi vampírico.

—Antes de que se descubrieran esas imágenes, ¿había dado algún indicio de que pudiera interesarle la pornografía de esa naturaleza?

—No —respondió—. ¿Cree que hubiera seguido con él de haber sospechado algo?

—La gente a veces lo hace.

—No la gente como yo.

«No», pensó Parker, «está claro que no la gente como tú.»

Meddows era lo bastante consciente de sus atractivos para darse cuenta de que el hombre que tenía delante era inmune a cualquier encanto que ella creyera que poseía; y también era lo bastante inteligente para percatarse de que su visita a la tienda no presagiaba nada bueno para ella.

—Y ahora, si me disculpa —dijo—. Estoy ocupada, tengo muchas cosas que hacer.

Ella le señaló la puerta que quedaba detrás de Parker y esperó a que se marchara. Meddows no quería darle la espalda. Quería asegurarse de que se iba, luego cerraría con llave y daría por acabado el día. Podía salir por detrás y volver a por su coche más tarde. Pero seguramente él sabía dónde vivía: si la había rastreado hasta la tienda, con la misma facilidad habría encontrado su casa. Esa tarde podía ir al cine, o incluso alojarse en un motel para pasar la noche, con la esperanza de que él se cansara de dar vueltas.

Pero fue como si no hubiera hablado, y él parecía ajeno a su incomodidad prolongando su presencia. Ella, por su parte, decidió dejar de lado cualquier pretensión de buena educación.

—A ver, ¿por qué ha venido aquí? —preguntó.

—Su ex marido ha desaparecido —dijo Parker.

—Si acaba de salir de la cárcel, ¿cómo puede haber desaparecido?

—No se presentó a la reunión programada con su oficial de la condicional. Su ropa y las pertenencias que había recuperado del almacén siguen en su apartamento.

—Tal vez se las piró. ¿No es así como se dice, «pirárselas»? Creo que lo oí en la tele una vez.

—No es fácil pirarse sin dinero. Su marido dejó lo poco que le quedaba en el banco, y no tiene tarjeta de débito ni de crédito.

Ella se cruzó de brazos. Sus blanquísimos dientes mordieron el labio inferior como si, sin otra cosa que echarse a la boca, quisiera alimentarse de sí misma. No parecía estar al tanto de la desaparición de Jerome Burnel, pero su reacción no era del todo de sorpresa. No sabía nada al respecto, supuso Parker, pero no era algo inesperado.

—¿Y qué tiene que ver conmigo todo esto?

—Usted nació en Plassey County, Virginia Occidental.

Ahí estaba la reacción: una especie de estremecimiento.

—¿Y?

—¿Conocía a un hombre llamado Harpur Griffin? —Un suspiro. Parker oyó cómo lo exhalaba.

—No.

Y una mentira.

Todo ese rollo de que la gente mira a la derecha cuando se inventa mentiras..., ¿o era a la izquierda?, Parker nunca se acordaba, y tampoco es que importara mucho, no eran más que tonterías: humo que procedía de la pseudociencia de la programación neurolingüística. Eran las pausas, o la ausencia de ellas, las que delataban a un mentiroso: o se tomaba demasiado tiempo para pensar o no se tomaba ninguno. Ahora veía que Norah Meddows estaba sopesando sus opciones, buscando qué engaño le convenía más.

—¿Está segura? —la apremió.

—No sea tan brusco, señor Parker. Es un signo de mala educación.

—El engaño, por otro lado, es universal.

—Salga de mi tienda o llamaré a la policía.

—Oh, tanto me da que la llame como que no —dijo Parker—. Yo mismo no tardaré mucho en hablar con ellos. Sólo había pensado en darle la oportunidad de contar la verdad antes de que todo esto se desmadre. Harpur Griffin cumplió condena con su marido. Lo quemaron vivo dentro de su coche en Portland hace un par de días. Salió en los periódicos, en algunos, al menos. También era de Plassey County. Eso quiere decir que dos personas de una pequeña región de Virginia Occidental tenían vínculos con Jerome Burnel en Portland. Me pareció raro.

—Váyase ya, por favor.

—Sí, me iré. —Olisqueó el aire—. ¿Sabe?, el olor de la ropa vieja siempre me hace pensar en la mortalidad.

Ella no pudo controlarse ante el insulto implícito a su negocio, aun a riesgo de alargar la presencia allí de aquel hombre.

—Esto no es una tienda de segunda mano.

—Cierto, es ropa «*vintage*». Me olvidé, es como la mayoría de las antigüedades que sólo son trastos hasta que alguien los desea con las suficientes ganas. Ya tiene mi tarjeta, por si necesita llamarme y prepararse.

—Prepararme... ¿para qué?

—Para las preguntas que le hará la policía, a su debido tiempo: ¿le tendió una trampa a su marido para que le robaran en Maine?, ¿sabía que iba

armado?, ¿cómo reclutó a los hombres que acabaron muriendo a manos de su marido?, ¿ayudó a colocar la pornografía infantil que lo condenó?, ¿por qué hizo que mataran a Harpur Griffin?

—Yo no...

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas. Parker se dio la vuelta hacia la puerta.

—Da la impresión de que le hace falta practicar sus respuestas —dijo.

—Váyase a la mierda.

Él levantó el dedo índice de la mano derecha.

—Recuérdelo: es un signo de mala educación.

Cerró suavemente la puerta al salir.

Norah Meddows esperó hasta que Parker se hubo alejado en su coche —un vehículo de alquiler, pensó, al fijarse en la marca, el color y el número de matrícula—, luego cerró la puerta y le dio la vuelta al rótulo de CERRADO. Apagó las luces y volvió a la trastienda, donde apartó la nueva remesa de ropa de la mesa y la esparció por el suelo. Miró el teléfono. Tendría que llamarlos. Ellos podrían —no, lo harían con seguridad— hacerle daño si se enteraban de que el detective había estado allí y ella no se lo había contado. Él había establecido la relación con Plassey County, aunque eso era culpa de ellos, no suya. Fueron ellos los que habían reclutado a Harpur Griffin para hacer el trabajo sucio.

No entendía por qué no se habían limitado a matar a su marido, ya antes de que fuera a prisión o mientras estaba dentro. Pero no, habían preferido torturarlo durante años, y ni siquiera ella lo odiaba tanto. Simplemente le parecía débil y anodino, aunque le había sorprendido su reacción en la gasolinera. Pero, fuera cual fuese la insospechada profundidad de su ser, resultaba que no todos los del negocio de la joyería ganaban lo suficiente para colmar a una buena esposa de riqueza y diamantes. ¿Quién podía saberlo de antemano?

Ellos matarían al detective, claro. Si eran listos, simplemente le harían desaparecer. Pero empezaba a albergar serias dudas de lo listos que eran en

realidad, sobre todo después de pifiarla en un robo tan sencillo como el que ella les había puesto en bandeja —¿por qué no habían abordado a su marido en un lugar apartado y tranquilo de la carretera en lugar de en una gasolinera?—, y luego quemar vivo a un hombre y dejar que encontraran sus restos, porque debieron de ser ellos los que asesinaron a Griffin, aunque no tenía ni idea de por qué.

Además estaban los dos cuerpos que se habían descubierto en el condado, los que habían salido en todos los periódicos durante el fin de semana. Si había sido el Tajo el que también los había enterrado, era obvio que estaba perdiendo el norte. Después de todo, tal vez sería mejor que mantuviera la boca cerrada. Pues seguro que Parker no iba a hacer publicidad de su conversación con ella, ¿no? Mierda. No, tenía que avisarlos. Ellos también eran ocasionalmente proveedores suyos. De sus «batidas», como las denominaban ellos, a menudo le traían algunas buenas piezas para su tienda. Y aún más importante: eran sus socios ocultos y su cuota mensual no estaba sujeta a ingresos brutos ni netos, sino que era una tarifa fija, y dolía cada vez.

Había visto bastantes series policiacas para saber que no debía utilizar ninguno de sus propios teléfonos para hacer la llamada. Recogió la ropa del suelo y se pasó una hora seleccionando y poniendo precio a la mayoría de las piezas antes de acercarse en coche al Mall de Tuttle Crossing, atenta al retrovisor por si descubría el coche del detective, pero sin atisbar el menor rastro. Lo buscó también una vez dentro, e incluso se desvió hasta un establecimiento de Panera para pedir un café y sentarse junto a la ventana, sin dejar de buscar al detective o su vehículo. Cuando estuvo segura de que no la había seguido, fue a Sears, cogió un carrito, compró unas toallas, calcetines y un puñado de otras naderías que no necesitaba antes de añadir al montón un teléfono móvil barato. Luego se dirigió a un cibercafé y activó el teléfono en uno de sus ordenadores.

Cuando completó todos los pasos, hizo la llamada.

A Perry Lutter le gustaba caminar. Le gustaba el aire libre. Cuando estaba en su pequeño dormitorio en casa de sus padres —el mismo dormitorio que había ocupado desde que tenía memoria, donde todavía conservaba algunos objetos infantiles que nunca había arrinconado del todo, y los objetos de adulto que ahora también formaban parte de sus vidas paralelas, porque era a la vez pequeño y grande— sentía que las paredes se angostaban a su alrededor y oía voces que le hablaban por la noche. Las voces, los Malhablados, decían tacos, a veces sobre mujeres y chicas, y no parecía que a Perry le gustara oír esas palabras, aunque entre sus cosas de adulto había algunas revistas que había encontrado en sus excursiones y que había escondido lo mejor que había podido detrás de los libros infantiles de sus estanterías.

Pero cuando salía, las voces solían desaparecer, o se perdían entre los sonidos de pájaros y animales, del viento y el agua. En verano, dormía a menudo fuera, tanto en el porche como, si el aire no olía a lluvia, en su saco de dormir en los bosques detrás del cobertizo donde su padre guardaba las herramientas. Sus padres no se lo impedían, siempre que permaneciera a la vista de la casa por la noche.

Sin embargo, había veces que las voces persistían y farfullaban tan alto que le hacían sollozar. Cuando eso pasaba, Perry rezaba, y si rezaba con la fuerza suficiente, venían las otras voces, las suaves, y ahuyentaban a los

Malhablados, hasta que al final Perry se sumía en el sueño escuchando su sonido, que era como el murmullo del mar.

Perry se mantenía alejado del Tajo. Se movía por carreteras y bosques que no lindaban con él, guardando siempre las distancias con lo que fuera que morara en ese lugar. A veces oía algo si se acercaba demasiado por accidente, como le pasaba cuando se desorientaba y se confundía, pero eso sólo ocurría si estaba cansado o hambriento, así que había aprendido a llevar siempre algunos caramelos y fruta en su mochila cuando salía a caminar.

Lo que oía en el Tajo sonaba como el sonajero que tenía de niño y que su madre todavía guardaba en un cajón del salón, junto con uno de los primeros pares de zapatos de Perry, un dibujo de ella que le había hecho él en su primer día en el colegio especial, y viejas fotografías de Perry de bebé y de pequeño. A él le encantaba cuando ella las sacaba del cajón y le contaba las historias relacionadas con cada cosa, aunque las había escuchado centenares de veces. El sonido de su madre hablando era una de las dos únicas voces solitarias que podían ahogar a las de los Malhablados.

La otra era eso que oía en el Tajo, porque incluso los Malhablados le tenían miedo.

Trac-trac, bla-bla, chiss-chiss: pero no sonaban por separado, sino todo a la vez, una comunicación en un idioma que sólo se oía pero nunca se entendía, aunque su vileza quedaba clara para cualquiera que se exponía a él, y para Perry Lutter en especial, porque él no tenía filtros que le protegieran. Así que evitaba el Tajo, y también a las personas que vivían allí, porque traían consigo la corrupción de la cosa que moraba entre ellos, y detrás de cada palabra que pronunciaban estaba su eco.

Perry medía casi uno ochenta, pero nunca había perdido del todo la grasa de la infancia más temprana. Hiciera el tiempo que hiciese, siempre llevaba una camisa de manga larga abotonada hasta arriba, unos pantalones chinos marrones o azules, dependiendo del día de la semana, y una cazadora. Tenía el pelo moreno, que se peinaba hacia atrás desde la frente y mantenía en su sitio con una generosa aplicación de su reserva de gel para el cabello Reuzel. Su padre utilizaba Murray, más barato, pero era aceitoso y a Perry le producía acné en el nacimiento del pelo. Así que su madre insistió en que utilizara

Reuzel, por más que su padre refunfuñara por el coste añadido cada vez que veía a Perry con la lata en la mano. Los ojos del chico eran ligeramente pequeños para su cara, pero tenía una sonrisa afable, y nunca hacía, ni pretendía hacer, ningún daño a nadie. Trabajaba tres tardes a la semana, y todo el sábado, fregando platos para la señorita Queenie en el restaurante y ella le pagaba tres dólares a la hora, que él guardaba en una lata *vintage* de galletas Nabisco y contaba todos los domingos por la tarde, tras lo cual se cuidaba de anotar el nuevo total en una hoja de papel que guardaba con el dinero.

La mente de Perry era básicamente un vacío dichoso cuando vagaba por los bosques y los campos, porque se sentía en paz consigo mismo vagabundeando a su aire. Sin embargo, últimamente, le habían arrebatado esa paz, desde que había visto a los dos hombres del Tajo excavando el agujero. Intentó fingir que no había visto lo que hacían, pero no estaba seguro de haberlos engañado. Luego había cometido el error de volver allí temprano a la mañana siguiente para ver qué habían metido en el agujero y había excavado con una pequeña pala que había tomado prestada del cobertizo de herramientas de su padre. Imaginaba que los hombres habrían enterrado un tesoro en el agujero.

Pero no era ningún tesoro.

Se había vomitado encima de la camisa y los pantalones cuando vio lo que había bajo la tierra. No sabía qué hacer, así que cubrió los cuerpos lo mejor que pudo antes de volver a casa, allí se limpió y se puso otra camisa y otros pantalones. Así fue como lo encontró su madre, llorando en ropa interior y poniéndose unos pantalones del revés; lloraba porque se le había ensuciado la ropa y los chinos eran del color equivocado para ese día, y las manos le olían a los chicos muertos.

Perry Lutter era incapaz de mentir: ese grado de engaño descarado no estaba a su alcance. Como mucho se limitaría a no contar la verdad o se negaría por completo a hablar. Su madre tardó media hora en calmarlo para que él empezara a hablarle de lo que había pasado y media hora más tarde la policía estaba en el lugar de los hechos. Después, el sheriff Henkel había ido a hablar con Perry, con sus padres delante, pero Henkel pudo sonsacarle poca

cosa porque Perry les tenía un miedo cerval a los hombres y mujeres de uniforme, consecuencia de un incidente que había tenido a los veintipocos cuando uno de los ayudantes idiotas de Russ Dugar se había cruzado con él en la calle principal de Mortonsville mientras hacía trizas el contenido de un cubo de basura en medio de la calle. El ayudante, que era nuevo y no conocía a Perry, aunque sin duda se dio cuenta de que sufría algún tipo de discapacidad mental, le mandó parar, pero Perry siguió redistribuyendo la basura en el cubo, con lo cual el ayudante lo tiró al suelo de un empujón, lo esposó y lo llevó al departamento del sheriff, donde lo metieron en una celda para que se tranquilizase.

Fue la tormenta perfecta de las desgracias, porque el incidente ocurrió un domingo por la tarde, cuando el otro único ayudante en el departamento era tan novato como su colega, aunque un poco más sensible al estado de Perry. Como éste no paraba de llorar y empezó a golpearse la cabeza contra los barrotes, el ayudante decidió ir a casa de Russ Dugar a pedirle consejo.

Pese a todos sus defectos, Dugar no era una mala persona y conocía bien a los Lutter. Fue a la comisaría vestido todavía con la camisa y la corbata de domingo, y se detuvo sólo a recoger a la madre de Perry de camino. Juntos se las apañaron para calmarlo, y descubrieron que a Perry, que había estado comprando caramelos, se le había caído accidentalmente la calderilla del cambio que le había dado su madre en el cubo de basura, y tenía miedo del lío en que se metería si no la devolvía al regresar a casa. Hubo que llamar a un médico para que le diera unos puntos en la frente, y, desde entonces, le quedaba un comprensible temor a los uniformes, y sobre todo al atuendo y los vehículos patrulla del Departamento del Sheriff de Plassey County. En cuanto al desafortunado ayudante que había detenido a Perry, Dugar le engastó la cara con tal fuerza contra los ensangrentados barrotes que llevó durante días la marca que le dejaron en la piel.

A Henkel tampoco le habría servido de mucho haberse presentado sin el uniforme, porque Perry sabía que era el sheriff, lo que implicaba el mismo tipo de asociaciones traumáticas. Lo máximo que pudo sonsacarle Henkel fue que había sentido curiosidad por la tierra removida y que había empezado a excavar. Y si Perry sabía algo más de lo que decía, como Henkel sospechaba

—en parte por el modo en que su madre le había apretado con más fuerza la mano cuando las preguntas se acercaban a la verdad—, en ningún caso se lo contaría a él. Más tarde, en su porche, Charlie Lutter volvió a pedirle que la policía omitiera el hecho de que era Perry quien había encontrado los cadáveres, y Henkel aceptó, al ver que no beneficiaría a ninguno de los implicados dar publicidad a la participación de Perry, sobre todo si era obra del Tajo. Pero ellos acabarían enterándose, sin importar lo que dijera o no Henkel. Charlie Lutter también lo sabía. Sólo hacía lo que podía por proteger a su hijo.

—¿Es posible que Perry viera más de lo que dice? —le preguntó Henkel a Lutter.

—Es un buen chico —dijo Lutter.

—Ésa no era la pregunta, Charlie.

—A mí sólo me ha contado lo que te ha contado a ti.

Cosa que bien podría ser cierta, pero con eso tampoco respondía la pregunta. Perry era el niño de mamá. Ella podía contarle a su marido lo que Perry le contaba a ella, pero también era posible que no lo hiciera. El caso es que Charlie Lutter sabía menos de su hijo que su esposa, y eso sí era una verdad como un templo.

Henkel se había puesto el sombrero y le había dicho a Lutter que se asegurase de que Perry comprendía la importancia de no hablar sobre esos cuerpos, y Lutter le había dicho que lo haría y le había dado las gracias, y entonces Henkel había apartado la mirada para que Lutter pudiera enjugarse las lágrimas de gratitud y alivio que le asomaban a los ojos.

Pero Perry Lutter no sabía nada de todo eso. Sólo entendía que no tenía que hablar, nunca, sobre esos cuerpos de los bosques. Su padre le había mandado que no lo hiciera, y Perry siempre obedecía a su padre. Amaba a su madre, y temía sus momentos de enfado menos que la potencial pérdida de cariño que podía acompañarlos, pero el miedo que le tenía a su padre no se veía tan complicado por el amor, y, en consecuencia, Perry cumplía sus instrucciones al dedillo.

Y ahora ahí estaba Perry, con una sonrisa distraída y extraña en la cara, llevando su cazadora verde favorita para protegerse del creciente frío,

vagando por su amado bosque, llevando la cuenta de las ardillas y atento a los pájaros que levantaban el vuelo espantados por su presencia. La cosa del Tajo quedaba lejos, y los Malhablados se habían reducido a un murmullo apagado de fondo, y Perry contaba, contaba sin parar porque cuando miraba al suelo a veces veía montones de tierra y eso le recordaba a los cuerpos en el agujero, y por un proceso de asociación a la vez ilógico y profundo, le parecía que cada montón podía contener sus propios cuerpos, y que todos le llamarían para que empezara a excavar y que su lugar de reposo fuera descubierto y sus mamás y papás pudieran venir y llevárselos a casa.

Ocho, nueve.

Treinta y uno, treinta y dos.

—¡Perry! ¡Eh, Perry! ¡Espera ahí!

A la derecha de Perry, donde el bosque acababa y empezaba la carretera, había una figura pelirroja, con dientes y uñas largas. Perry sabía cómo se llamaba. Era Lucius, y era del Tajo. Perry lo había visto por el pueblo, en el restaurante, conduciendo su gran camión.

Y excavando un agujero en el bosque donde enterrar a dos chicos muertos.

Diecisiete, dieciocho.

Treinta y tres, la edad de Cristo. Amén.

Lucius empezó a caminar hacia Perry. Otro hombre apareció detrás de él y Perry también lo reconoció: Benedict.

Dios, Lucius, éste ya apesta. Me parece que se ha cagado encima.

Pues va a oler peor si no lo metemos bajo tierra.

Perry quería correr, pero no podía.

Treinta y cuatro. Treinta.

—No tengas miedo —dijo Lucius—. Sólo queremos hablar contigo.

—Tengo que ir a mi casa —dijo Perry.

Lucius se acercó. Estaba casi al alcance de su mano. Detrás de él, Benedict no se había movido.

—Nosotros te llevaremos. Va a llover.

Perry miró al cielo. Había nubes, pero eran blancas y finas. No había oído a lluvia. No habría salido si la hubiera oído.

—No, no es verdad —dijo Perry—. No va a llover.

Benedict empezó a caminar. Lo hizo despacio, con desgana, acercándose a Lucius, como si se maldijera. Perry empezó a llorar.

—Perry —dijo Lucius—, sube al puto camión.

Cuando todo acabó y el sol se había puesto, Lucius agarró a Benedict por la barbilla con la mano derecha, todavía manchada de sangre y tierra, y dijo:

—No le diremos nada de esto a nadie, ¿entiendes?

Y Benedict asintió.

Sherah estaba dormida. Había intentado hacer el amor con Oberon, pues no sabía con qué otra cosa podría sacarlo de su ensimismamiento. Había sido amable en su negativa, y ella no se había ofendido, porque le entendía mejor de lo que él creía, aunque casi tenía tres décadas menos que él. Le acarició la cabeza antes de acostarse, mientras él estaba sentado junto a la ventana mirando al Tajo, y reparó en una mancha de sangre seca detrás de su oreja izquierda. Humedeció un pañuelo con saliva y se la limpió.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Nada —dijo ella—. Sólo una mancha.

Ella intentó guardarse el pañuelo bajo la manga, pero él le agarró la mano y abrió el puño. La mancha rojiza destacaba visible sobre el blanco de la tela. Casi podría haberse confundido con una mancha de pintalabios, si los dos no se conocieran bien. Oberon alzó la mirada hacia su mujer desde su asiento y ella se la devolvió sin parpadear.

—Estoy segura de que era necesario —dijo, a falta de otra cosa que decir. No sabía si era verdad o no, y, en cualquier caso, tampoco importaba.

—No lo era —respondió él—. Lo hice porque quise. Lo hice porque esperaba que me diera cierta paz.

—¿Y no ha sido así?

—No.

—Él mató a tus hijos.

—Él hizo lo que creyó correcto. Y pagó por ello.

Uno de mis chicos era un enfermo, quiso decirle, aunque a ella no le habría hecho falta esa confesión para confirmar la perversidad de la naturaleza de Gideon. Era algo que sabían todos. Gideon era un animal enloquecido, igual que Lucius, puede incluso que peor, porque Lucius aún conservaba algo de razón, pero Gideon carecía de ella por completo. Su hermano, Balder, que murió a su lado, disfrutaba haciendo daño a las mujeres: ésa era su debilidad. Oberon a veces también les hacía daño, pero le producía poco placer aparte del instante del orgasmo, y el final para ellas, cuando llegaba la hora, siempre era rápido.

Si sus hijos habían salido tan trastornados, ¿qué decía eso de él mismo? ¿De verdad sólo podía culpar a la madre por el profundo deterioro físico, psicológico y moral? La sangre del Tajo estaba manchada: ¿cómo no iba a estarlo, después de tanto tiempo y de generaciones de matrimonios endogámicos? Incluso la ocasional introducción de nuevo ganado sólo podía diluir la contaminación, no erradicarla por entero. El defecto también estaba en Sherah, pensaba él, porque, si no, ¿cómo podía limpiar la sangre de otro hombre de la piel de su marido sin pestañear?

Oberon se estremeció, pese a las ascuas encendidas de la chimenea y el calor que todavía conservaba la habitación.

—Es el aire —dijo—. ¿No lo notas?

—¿Qué?

—Este frío. Viene del norte, pero los árboles están inmóviles y no hay señal de viento. ¿Qué lo trae hasta aquí?

—No noto nada, y estos últimos días han sido templados.

Sherah puso el dorso de su mano en la frente de su marido, pero no estaba más caliente de lo que debería. No le gustaba verlo en ese estado. No era propio de él sentirse tan desbordado. Él era su roca, pero tal vez Cassander tenía razón y esa roca estaba debilitándose y resquebrajándose.

Fue entonces cuando le pasó la mano de la cabeza al pecho y la bajó por su vientre hasta la entrepierna.

—Ven a la cama —le dijo— y yo te daré calor.

Él le había apartado la mano, se la había llevado a los labios y se la había

besado una vez.

—Acuéstate tú —dijo—, yo necesito estar un rato más despierto.

Eso había sucedido hacía dos horas. Las luces de las casas más próximas estaban apagadas, salvo una, porque una lámpara seguía encendida en el porche de Cassander. Al rato llegó el ruido de un camión que se acercaba, y desde su posición en la oscuridad junto a la ventana Oberon vio emerger a Lucius y encaminarse a la casa de su padre. La puerta se abrió y apareció Cassander. Le dijo algo a su hijo y ambos miraron en dirección a Oberon. Luego Lucius entró, la puerta se cerró tras ellos y la luz del porche se apagó.

Oberon siguió sentado en la silla, mientras se arañaba los muslos con las uñas como un hombre que siente que la tierra se ha confabulado contra él mientras intenta evitar su caída fatal, final.

Oberon no era el único que estaba despierto sentado junto a una ventana. En la linde del Tajo, donde la carretera secundaria de Turley abría un sendero irregular y mellado entre los árboles, Odell Watson observaba entre la oscuridad. A Odell lo había despertado el regreso de Lucius, aunque cuando el camión entró en el Tajo había dos figuras sentadas en la cabina, no una.

Odell había oído una conversación entre su madre y su abuela. Oberon, el que mandaba en el Tajo, había ido al restaurante y hablado con el sheriff. Su madre los había observado sin que la vieran desde su sitio al otro lado de la ventanilla de la cocina, y había captado algo de lo que se decían; no todo, pero sí lo suficiente para saber que el sheriff y el Tajo no andaban lejos de abalanzarse el uno al cuello del otro.

—El sheriff no tiene poder suficiente para enfrentarse al Tajo —había dicho su abuela.

—Yo creo que el sheriff es un buen hombre —respondió su madre. Ella no le contaría lo que sabía sobre el Tajo, pero eso no significaba que no deseara que se impusiera a ellos. Simplemente tendría que hacerlo sin su ayuda.

—Ésos son los peores.

—Oh, no sabes lo que dices.

—Sí lo sé, y más vale que me hagas caso, chica. Dios no les servirá de nada a los que vayan contra el Tajo, al menos si sólo cuentan con su ayuda. Son como una manada de lobos, y el sheriff no es más que una liebre. Lo destrozarán.

—Entonces ¿qué puede servir para ir contra ellos, eh?

—Cazadores —dijo ella.

Ahora Odell, sentado junto a su ventana, pensaba en hombres con aspecto de lobos, pero las únicas imágenes que le venían a la cabeza eran las de las viejas películas, o los hombres lobo de *Crepúsculo*, que no eran creíbles cuando hablaban. También pensó en Lucius. Su abuela se equivocaba con él: Lucius no era un perro sino un zorro, como el viejo Hermano Zorro de los cuentos, salvo que el Hermano Zorro no era listo y siempre perdía, mientras que Lucius y los suyos no parecían perder nunca. Incluso se parecía a un zorro, pelirrojo y enjuto.

A Odell le estaba entrando el sueño. Se apartó de la ventana y un pájaro chilló a lo lejos en la oscuridad. Odell se detuvo y el sonido se repitió, pero ahora se parecía al ruido que hacen los zorros cuando están apareándose: tenía algo de humano, como un niño llorando. Odell escuchó hasta que el ruido se desvaneció y luego se metió entre las sábanas. Sólo cuando estaba a punto de dormirse se le ocurrió que los gritos del bosque eran más graves que cualquiera de los que había oído de los zorros, y casi diría que estaban pronunciando la palabra «mamá» una y otra vez.

El día amaneció luminoso y claro: cielos azules, fragmentos diminutos de nubes y la sensación de que el mundo se transformaba una vez más; la belleza del otoño se demoraba todavía, pero los árboles estaban más desnudos que antes y las puntas de flecha dibujadas por los gansos se deslizaban en las alturas, menos como pájaros que como una impresión de sí mismos, como las apresuradas huellas dejadas por un niño en una página azul.

La señorita Queenie había abierto las puertas del Shelby's, Teona Watson colocaba las primeras ollas de café a calentar antes de volver a la cocina a ponerse con el beicon. Preparar el café era normalmente tarea de las camareras, pero las dos habían llegado tarde esa mañana, y eso había hecho que la señorita Queenie les lanzara unas miradas tan furibundas que habrían congelado el pis en un carámbano, como decía Debbie, la mayor de las dos; y además todavía se estaban retocando las caras en el lavabo. A la señorita Queenie le pareció que Teona tenía aspecto de cansada, y le había preguntado si todo iba bien en casa. Teona le dijo que la había tenido despierta toda la noche un animal que chillaba en el bosque. Se había preguntado si serían zorros copulando, pero era demasiado pronto para la estación del apareamiento, cuyo momento álgido llegaría en enero.

A las ocho de la mañana casi todas las mesas del Shelby's estaban ocupadas y había hombres y mujeres charlando de pie junto a los taburetes

del mostrador, porque la comunidad siempre tendía a ir al local cuando había noticias de las que hablar o que esparcir. Perry Lutter no había vuelto a casa la noche anterior, y la búsqueda que habían llevado a cabo sus padres con las primeras luces en sus lugares favoritos había sido infructuosa. Se había avisado al departamento del sheriff y los coches patrulla habían salido en su busca. Mientras tanto, el sheriff Henkel había pedido a cuantos dispusieran de tiempo que echaran un vistazo por sus tierras, por si Perry había sufrido algún accidente y yaciera en algún lugar, y todos los que tenían algo que hacer por las carreteras mantenían un ojo atento por si lo veían.

—Aparecerá —dijo la señorita Queenie con la confianza de una mujer que había vivido desde hacía más de setenta años en esa comunidad y conocía los ritmos de sus vecinos, y el de Perry Lutter aún más. Pero había oído los murmullos: que fue Perry el que había encontrado los cadáveres de aquellos dos chicos, y podría haber visto a los que los enterraron. El rumor mencionaba a mexicanos de Ohio, y esa gente no se andaba con hostias, aunque esta última observación se expresaba en términos más delicados delante de la señorita Queenie.

Y tan distraídas estaban la señora Queenie y su personal que prestaron menos atención de la habitual a los dos desconocidos que se habían sentado al fondo del restaurante, porque las caras extrañas en esos contornos solían atraer cierto interés. El más alto de los dos, un negro con una cazadora informal oscura, leía el *New York Times*, que sólo podía comprarse en una gasolinera en todo el condado, un detalle del que el hombre en cuestión era ahora muy consciente, dado que su colega y él podrían haber desayunado una hora antes si lo hubiera sabido. El otro —más pequeño y llamativamente menos elegante que su acompañante— tenía una revista abierta encima de la mesa, y pasaba las páginas con visible regularidad sin fijarse apenas en lo que decía el texto, pero no se perdía detalle de lo que oía y veía a su alrededor.

Un coche patrulla se detuvo en el aparcamiento y un ayudante del sheriff se bajó. Entró en el Shelby's, pidió un café y al instante se vio rodeado por un pequeño grupo, la señorita Queenie entre ellos, mientras otros se cernían alrededor o aguzaban los oídos desde sus sillas, pero no había noticias, ni rastro de Perry Lutter. Convocó a todos a reunirse en el departamento del

sheriff a las once, donde se organizarían equipos y se repartirían las zonas de búsqueda que cubriría cada uno. En circunstancias normales tenían que pasar cuarenta y ocho horas antes de declarar a alguien oficialmente desaparecido, pero se trataba de Perry Lutter, y esa declaración era innecesaria.

Y los dos hombres siguieron sentados en su rincón, bebiendo su café y escuchando todo lo que se decía.

Había otros extraños dando vueltas por el Tajo: Jason Hayward tuvo que enviar de vuelta a un par de turistas japoneses que habían conducido hasta la barrera misma que bloqueaba la carretera que entraba en su finca, y que cuando les señaló que debían de haberse saltado media docena de rótulos que decían PROPIEDAD PRIVADA para llegar hasta allí empezaron a sonreír y balbucear. Tuvo que ayudarles a hacer un cambio de sentido en diez maniobras para situarlos de nuevo en la dirección correcta, y luego uno de ellos había intentado agradecerse con un puto caramelo de Hello Kitty. Más tarde, Brion Moline le contó a Tobin que se había topado con esos dos mismos hombres en una de las carreteras del sur que entraban en el Tajo, acucillados sobre la guía de campo *Birds of West Virginia* de Stan Tekiela, pero que en ese momento el Tajo tenía preocupaciones más graves que dos turistas japoneses extraviados.

El sheriff Henkel había ido por la misma carretera poco antes de mediodía, y cuando Tobin le preguntó qué le traía por allí, Henkel le aconsejó en términos que no dejaban lugar a dudas que no le tocara los cojones, y le informó de que si no levantaba la barrera en diez segundos le esposaría a un árbol y se ocuparía de las consecuencias legales más adelante. Quería hablar con Oberon, dijo, y Tobin, al ver la mirada en los ojos del sheriff, concluyó que lo mejor era levantar la barrera y conducirlo él mismo hasta Oberon, yendo despacio para tener tiempo de llamar a Oberon desde su camión y darle margen para que se preparara.

Oberon les esperaba en el linde meridional de la Plaza, y Tobin se fijó en que la barrera había sido bajada tras él, cerrando el corazón de la comunidad: el sheriff no se adentraría en el Tajo a partir de ese punto. Henkel se bajó del

coche y se encaró directamente con Oberon.

—Perry Lutter ha desaparecido —dijo.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Oberon—. Perry Lutter hace largas caminatas por este condado.

—¿Entra en el Tajo?

—Creo que no.

—Bien, tenemos que asegurarnos. Quiero su permiso para registrarlo.

—Esto es propiedad privada, sheriff.

—Por eso se lo estoy pidiendo.

—No puedo permitirselo. Le concedemos mucho valor a nuestra soledad.

—Memeces.

Oberon guardó silencio. No estaba acostumbrado a que le hablaran así.

—No me gusta su tono, sheriff Henkel, ni su lenguaje.

—Me da igual. Perry no se queda fuera por la noche, no sin avisar a sus padres de adónde va a ir, e incluso en ese caso siempre permanece a la vista desde la casa. Estamos preocupados por su estado. Ésta es la parcela más extensa de tierras de propiedad privada del condado. Es posible que haya entrado aquí.

—Si lo hubiera hecho, lo sabríamos —dijo Oberon.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

Tobin lo observaba todo, esperando la inevitable erupción. No le habría sorprendido si uno de los dos hombres se hubiera abalanzado sobre el otro, precipitando un enfrentamiento que provocaría el conflicto abierto entre el Tajo y el condado. Pero fue Oberon el que cedió.

—Organizaré una búsqueda en el Tajo —dijo.

—No me basta.

—¿Qué más quiere?

—Quiero que mi gente participe en la búsqueda.

—Ésta es nuestra tierra.

—Y yo estoy hablando de la vida de un hombre.

Y, una vez más, Oberon cedió.

—Muy bien, pero tengo que aprobar a los de fuera. Hay gente del

condado que sólo entrará en esta tierra por encima de mi cadáver.

Incluso a Henkel pareció sorprenderle la solución de compromiso que le ofrecía. Era, supuso Tobin, más de lo que había esperado.

—De acuerdo.

—Y no entrarán en nuestras casas ni en las construcciones anexas.

Henkel hizo una mueca.

—De acuerdo —dijo, pero con más reticencias que antes.

—Deme una hora —dijo Oberon—. Lo prepararé para que haya hombres esperando en las principales rutas de entrada. ¿A quién mandará?

Henkel se lo pensó, luego dio una lista de nombres, dos de los cuales fueron instantáneamente rechazados por Oberon sin ninguna explicación. Henkel los sustituyó y Oberon dio su aprobación.

—Si Perry no aparece pronto —dijo Henkel—, empezaré a preguntar a todos sobre los movimientos de cada uno durante las últimas veinticuatro horas. Eso incluye a su gente, ¿entiende? Póngalos a mi disposición si se lo pido.

—En eso no hay problema. Esperemos que Perry aparezca sano y salvo, y así no habrá ninguna necesidad.

Henkel miró por encima del hombro de Oberon hacia una casa a la derecha de la Plaza de la que habían salido tres hombres. Incluso desde lejos reconoció la corpulencia de Cassander y, a su lado, a sus dos hijos. Observaban desde allí, pero no se acercaron. Marius se estaba poniendo el abrigo y el motor de su camión estaba en marcha.

—Sí —dijo Henkel—, no perdamos la esperanza.

Oberon disponía de menos de una hora para prepararse para la llegada de los rastreadores y asegurarse de que ciertas zonas quedaban fuera de su alcance. Ciertamente, no quería que el fortín ni sus cercanías fueran inspeccionados, y eso significaba que quienes entraran en el Tajo desde el norte tendrían que ser desviados hacia el este o hacia el oeste a medida que se acercaran a la Plaza. En cualquier caso, todo era un juego: aun cuando Henkel sospechaba que el Tajo estaba implicado en la desaparición de Perry Lutter, sabría que no serían tan tontos para deshacerse del cuerpo en sus propias tierras.

El siguiente movimiento de Oberon suponía una distracción del problema principal, pero una distracción necesaria, aunque sólo fuera en aras de mantener su propia autoridad y como una vía para desfogar su rabia. Se dirigió a casa de Cassander. Marius ya se había ido a buscar piezas para un generador, o eso le había dicho Cassander a Oberon. Lucius estaba en el patio de atrás, comprobando los viveros que se utilizarían para cultivar verduras en invierno. Su padre estaba en la otra punta del huerto esparciendo un mantillo de turba, cortezas y trizas de papel de periódico para aislar las plantas e impedir la erosión. Todo eso, en lugar de ir a averiguar el motivo de la aparición de Henkel en el Tajo. Se estaban manteniendo aparte de Oberon deliberadamente.

Lucius se dio la vuelta al oír que Oberon se acercaba, a tiempo de golpearle en la barbilla con la base de la palma de la mano. El impacto lo

tumbó y lo dejó desmadejado en el suelo, y en la boca notó el regusto de la sangre, aunque no se mordió la lengua.

—¿Qué has hecho? —gritó Oberon.

Lucius intentó levantarse, pero Oberon le siguió, pateándole los muslos, el culo, la espalda, hasta que Lucius renunció a huir y se acurrucó en un intento de protegerse la cara y la entrepierna de los golpes. A esas alturas, Cassander se acercaba a la carrera y arremetió contra Oberon, cargando todo su peso contra el hombre más corpulento de manera que ambos acabaron en el suelo al lado de Lucius.

Oberon fue el primero en ponerse en pie, pero al instante se encontró encarando a Cassander y a su hijo. Se fijó con satisfacción en la sangre que le salía a Lucius por la boca y en la hinchazón de su ojo derecho donde le había alcanzado una de sus patadas.

—¿Qué le has hecho a Perry Lutter? —preguntó Oberon.

Lucius se enjugó parte de la sangre. A pesar de la orden que le había dado él mismo a Benedict para que guardara silencio, se oyó a sí mismo hablar antes de poder pensar con claridad. Odiaba a Oberon porque le asustaba.

—Nos vio —dijo Lucius.

—¿Cuándo?

—Cuando enterrábamos a Killian y a Huff.

—¿Cómo lo sabes?

—Le pillé mirándonos desde el bosque. Fueron sólo un par de segundos y desapareció, pero era él. De eso estoy seguro. Tendría que habértelo dicho antes, pero...

—Sigue.

—Tenía miedo. —La humillación que suponía admitirlo hizo que a Lucius le entraran ganas de vomitar.

—¿Y?

Lucius miró a su padre, que asintió una vez.

—Nos encargamos de él.

—¿Que «os encargasteis» de él?

—Fue rápido. No sufrió. Yo no quería que sufriera. Perry siempre me cayó bien.

Oberon se volvió hacia Cassander.

—¿Sabías esto?, lo sabías ¿y no dijiste nada?

Cassander no apartó la mirada y Oberon pensó: «Me están desafiando abiertamente. Así se empieza».

—Íbamos a contártelo —dijo—. Yo iba a contártelo.

—¿Cuándo?

Cassander se encogió de hombros. Hoy, mañana, la semana próxima, no importaba: ya estaba hecho.

—Henkel viene —dijo Oberon—. Va a traer grupos de búsqueda al Tajo. —Cassander pareció conmocionado. Incluso Lucius dejó de toquetearse la boca ensangrentada.

—Tenemos que impedirselo —dijo Cassander.

—Parece que no lo entiendes —dijo Oberon—. Tu hijo, con sus actos, nos los ha echado encima. No voy a impedir que Henkel entre. Le he dado permiso.

—¿Le has *dado permiso* para que entre en el Tajo?

—Si no lo hago, iría a pedir una orden y la conseguiría. Eso nos causaría aún más problemas, y ya tenemos bastante con intentar limitar los daños por lo de Killian y Huff. La mitad del condado debe de estar buscando ahora a Perry Lutter. Si interferimos, se volverán contra nosotros. No tenemos motivos para no permitirles que busquen aquí, a no ser que tengamos algo que ocultar.

A desgana, Oberon volvió a centrar su atención en Lucius.

—¿Dónde lo pusiste?

—Al otro lado del límite del condado. Lo enterramos profundamente y le colocamos ladrillos encima. No lo encontrarán.

—¿Enterramos?

—Benedict y yo.

Oberon apretó los puños. Quería decir algo más, seguir apaleando a Lucius y a su padre. Pero se limitó a decir:

—Cuando esto haya terminado, responderás por la muerte de Perry Lutter. Hasta entonces, ve a la carretera del oeste y espera a los rastreadores que vengan. Asegúrate de que nadie se aparte del sendero y retrásalos cuanto

puedas. Cassander, organiza guías para que se unan a los equipos en las otras entradas, luego vete con cuatro hombres y controla los alrededores del fortín. Si alguien se acerca, desvíalo. No quiero que nadie de fuera se acerque lo suficiente para verlo siquiera. ¿Ha quedado claro?

—Sí. ¿Y tú qué harás?

—Iré con Henkel una vez que haya acabado.

—Tú no...

—No ¿qué?

—No las matarás, ¿verdad? —preguntó Cassander.

Todos sabían a qué se refería. No hacía falta decirlo en voz alta.

—Para nosotros tienen demasiado valor para que las matemos —dijo Oberon—. Mi mujer las mantendrá calladas. Pero tu hijo acaba de costarle a tu familia el cincuenta por ciento de tu parte. Más te vale que esas plantas sobrevivan al invierno o tendrás que mendigar comida a los demás.

Cassander ni siquiera intentó discutir. Su hijo y él se quedaron mirando a Oberon cuando se alejó. Se le estaba acabando la hora, y la de Cassander estaba a punto de llegar.

—¡El cincuenta por ciento! —dijo Lucius—. No podemos dejar que nos haga eso. Nos hemos ganado nuestra parte completa. Yo la gané para nosotros en Maine.

—Lo sé —dijo Cassander—. No te preocupes. No pasará.

—Cree que fue decisión mía matar a Perry.

—Por ahora. ¿No le has contado nada a Benedict que le lleve a pensar otra cosa?

—Ni una palabra. ¿Todavía crees que era lo que había que hacer?

—Sí.

Oberon casi había llegado a su casa. Seguía teniendo unos hombros increíblemente anchos, pero caminaba levemente encorvado. Estaba envejeciendo.

—Si quieres que lo haga, lo mataré —dijo Lucius.

Cassander agarró a su hijo por la nuca.

—Ya veremos. De momento, prepárate para recibir a los de fuera.

Ya corría la voz de que estaban a punto de irrumpir en el Tajo, pero a todos se les dejó claro lo que se esperaba de ellos. Hombres, mujeres y niños lo bastante mayores para comprender la importancia de lo que pasaba se fueron al bosque para seguir a los grupos de rastreo a medida que se adentraban en el Tajo.

Oberon fue a hablar con Sherah. La necesitaba para lo que iba a pasar: ejercía un efecto tranquilizador. Ella mandó a Tamara en busca de Hannah, la esposa de Bram, para que la ayudara. Cuando llegó Hannah, las dos mujeres se encaminaron rápidamente al cobertizo de parir donde guardaba a las zorras. Sherah abrió la puerta externa que daba paso a una segunda puerta con una pesada ventana de plástico reforzado.

Y desde el otro lado de la ventana, dos mujeres embarazadas le clavaron una mirada de muda hostilidad.

Paige Dunstan llevaba prisionera del Tajo desde hacía más de tres años. En ese tiempo, había dado a luz a dos hijas, de Cassander y Oberon respectivamente. Ahora estaba embarazada de una tercera criatura, esta vez también de Oberon. Cada embarazo fue consecuencia de una violación, aunque tras las primeras agresiones había renunciado a intentar resistirse y había aprendido a conservar lo mejor de sí misma lejos de lo que pasaba, de manera que su cuerpo y su conciencia se convirtieron en entidades separadas. Era una solución imperfecta, pero la mejor que se le había ocurrido dadas las circunstancias.

A Paige la había secuestrado Cassander Hobb al lado de su casa en los alrededores de Portland, en Oregón. Recordaba poco de lo sucedido: una noche oscura, una furgoneta, un repentino y agudo dolor en un lado del cuello, y cuando se despertó estaba atrapada detrás de un falso panel en la parte trasera del vehículo. Allí comió, durmió, orinó e hizo de vientre, y no se le permitió salir de la furgoneta hasta que llegaron a su destino, cuando ya tenía las piernas tan débiles y agarrotadas que se desmoronó en cuanto se apeó, y tuvieron que llevarla en brazos al edificio que había sido su prisión desde entonces.

La casa prisión tenía sillones; dos dormitorios, una reserva de libros y revistas que se renovaban regularmente; un portátil sin acceso a internet, pero en el que se podían ver DVD; y una alacena llena de comida. Carecía de

cocina y de microondas, así que la comida consistía en dulces, cereales, frutas, patatas fritas, carnes precocinadas, cualquier cosa que pudiera comerse fría o sin cocinar. Una vez al día, le llevaban una comida caliente. Todos los cubiertos eran de plástico, y no había comida enlatada ni en recipientes de metal que pudiera utilizar para autolesionarse o hacer daño a los demás. Por lo visto, el Tajo había aprendido la lección de una experiencia anterior. Tras dos años presa, Sherah, que de vez en cuando se mostraba más comunicativa que las demás mujeres que la atendían, informó a Paige de que su predecesora se había cortado las muñecas con la tapa de una lata de judías cocidas. A Paige sólo le habían mencionado en una ocasión el nombre de aquella mujer: Sally. Estaba enterrada en el cementerio del Tajo, en una tumba marcada con otro nombre.

Había sido un final mejor que el de Corrie. Paige todavía la recordaba. Había pasado un año con Corrie, que ya estaba embarazada cuando llegó Paige, y dio a luz a un niño poco después. Paige no había podido correr cuando Corrie intentó huir. A esas alturas estaba de ocho meses de su primera hija y no podía pasar por la ventana de la que Corrie había ido arrancando meticulosamente la argamasa, sustituyéndola con chicles y papel de periódico mojado donde el material original suelto quedaba demasiado dañado para que se ajustara sin que se viera el marco. Habían mandado a los perros tras ella, y uno le había cortado una arteria del cuello al derribarla; Corrie se había desangrado entre los árboles. La habían enterrado con Sally, y luego tapiaron las ventanas más grandes con ladrillos hasta reducirlas a meras rendijas.

Paige había tenido un aborto, y no recibió más atención, ni prenatal ni posparto, que la que podían darle las mujeres del Tajo, pero éstas llevaban dando a luz en su entorno desde hacía siglos y sus habilidades como parteras, aunque primitivas, eran más que considerables. El sexo tenía un carácter meramente funcional para los hombres implicados, aunque con cierto grado de atención y cuidado en el caso de Oberon y Cassander. Las violaciones sólo se prolongaban hasta que se quedaba embarazada, momento en el cual se interrumpían casi de inmediato, aunque a algunos hombres se les había permitido abusar de ella aún después de confirmado el embarazo, siempre que no los dañaran ni a ella ni al feto.

No sabía qué había sido de las niñas. Hannah y Sherah sólo decían que ya no estaban en el Tajo. Paige les había puesto nombres: Amy, por su madre, y Meredith, por su hermana. Aunque fueran el fruto de una agresión sexual, no dejaba de sentir el dolor de su pérdida. Intentaba ocultárselo a sí misma, pero el trauma de haberla separado de las criaturas, incluso dadas las circunstancias de su concepción, era como una herida abierta en la carne. Apenas pasaba un día en que no llorase por ellas.

Se preguntaba si su madre viviría todavía. Se preguntaba si su familia todavía la estaría buscando, si conservarían la esperanza de que aún podría regresar con ellos, viva o muerta. Se preguntaba si aquello sería posible algún día, o si ella, también, acabaría reposando bajo una cruz con un nombre falso. No estaba segura de si podría soportar otra agresión, y este embarazo la estaba poniendo a prueba. Su cuerpo estaba acabado. Cuando se miraba en el espejo de plástico que colgaba en el lavabo, veía a una mujer que apenas reconocía: envejecida para su edad, endurecida.

A veces —la mayor parte del tiempo—, Paige deseaba morir, pero si moría nadie descubriría jamás lo que había sido de ella, y el horror proseguiría: habría más chicas, más violaciones, más embarazos, más hijos desaparecidos. Así que Paige resistía y esperaba pacientemente su oportunidad, porque sabía que, tarde o temprano, surgiría alguna. Se negaba a caer en la desesperación, porque enloquecería: se volvería loca, como Gayle.

A Gayle la habían arrancado de las calles de Washington D.C., otra chica que huía de una vida familiar rota en busca de una oportunidad en la gran ciudad, aunque Paige desconocía qué se habría imaginado que encontraría al llegar, aparte de una vida todavía más dura en un lugar más grande. Gayle había empezado a llorar y a chillar desde el momento en que recuperó la conciencia. Paige había intentado calmarla por todos los medios, pero tampoco es que pudiera ofrecerle mucho consuelo. Paige incluso se apartó de ella durante un tiempo, el tiempo que ella misma había estado presa en la cabaña. Pero al final no pudo ocultarle la verdad a Gayle. Le explicó qué le pasaría y cómo sobrellevarlo de la mejor manera, pero Gayle se había venido abajo antes de que se produjera la primera agresión. Tal vez ya estaba hundida antes de llegar a Washington. Eso sospechaba Paige. Llevaba el

estigma de una chica que creía que ya había visto lo peor de los hombres, pero los del Tajo le habían demostrado que se equivocaba.

A veces, Paige era capaz de mantener una conversación coherente con Gayle, pero desde que había concebido sucedía con menos frecuencia. Gayle se pasaba el tiempo canturreando para sí, aunque Paige no creía que le estuviera cantando a la criatura. Durante una de sus raras charlas con sentido, Gayle le había preguntado cómo podía abortar. Paige le quitó la idea de la cabeza, sobre todo porque al principio ella misma también se lo había planteado. Dos hechos le habían llevado a cambiar de opinión. El primero era que, aunque hubiera encontrado algún modo de provocarse un aborto, muy posiblemente se habría matado también a sí misma, además de al feto. El segundo fue algo que le dijo Sherah después de concebir por primera vez.

—Si le haces daño al bebé —dijo Sherah—, te matarán. Te enterrarán en los bosques con las demás. Pero si el parto va bien, cuidarán de ti y no te harán daño.

Paige había mirado a Sherah con incredulidad cuando se lo contó. La habían secuestrado, recluido y violado hasta que se quedó embarazada: si eso no era «hacer daño», qué podía serlo.

Sherah adivinó el sentido de sus pensamientos.

—Lo pasarás mal —le dijo—. No creas que será sólo una bala o un cuchillo. Te quemarán.

Paige creyó que no había oído bien.

—¿Quemarme?

—No serías la primera.

A Paige le costó encontrar las palabras para expresar lo que sentía. Recluida, violada, forzada a concebir, y ahora... ¿quemada? Era como si hubiera vuelto a la Edad Media.

—¿Por qué dejas que me hagan esto? —había preguntado.

Y Sherah se había encogido de hombros.

—No quiero que sufras —dijo—, y haré lo que pueda para mantenerte sana y salva; todas las mujeres de aquí lo harán. Pero no eres del Tajo, y el Tajo cuida de los suyos.

Al principio, Paige había pedido ayuda a gritos, como Gayle, pero nadie de fuera del Tajo la había oído. Hannah le había advertido una y otra vez que se callara, pero Paige la había mandado a la mierda.

Después de eso se había presentado Oberon, y Paige dejó de gritar.

Había intentado escapar en una ocasión, poco después de su primer parto, cuando Martha, una anciana que ya había muerto, fue a llevarle la comida caliente diaria. Paige la derribó y echó a correr, pero la pillaron a los pocos minutos. Lucius fue el que la alcanzó y la había golpeado con tal fuerza en un lado de la cabeza que todavía estaba parcialmente sorda del oído derecho. Como castigo, la encerraron en el sótano bajo el suelo del cobertizo. Ella ni siquiera había sabido que allí hubiera un sótano, de lo bien que habían disimulado la entrada bajo los tableros. La dejaron allí abajo a oscuras durante dos días, a pan y agua, y con un cubo de agua para lavarse. Ese fue el momento en que más cerca de la locura había estado.

Durante mucho tiempo estuvo esperando que apareciera alguien en el Tajo, alguien de fuera, pero nunca se presentó nadie. Con todo, no había perdido la esperanza por completo, o no al menos hasta que escuchó a hurtadillas a Cassander hablando con Hannah después de que se confirmara su último embarazo. Paige había tenido problemas para quedarse encinta de nuevo, y el primer aborto había sido una fuente de preocupaciones. Si no podía volver a dar a luz, ¿de qué les servía? Hannah y Cassander habían creído que estaba dormida, pero Paige se había despertado para orinar y los oyó hablando no lejos de uno de los respiraderos abiertos en la pared.

—Ha llegado la hora —dijo Cassander—. He pensado que podríamos dejar que se desangrara.

—Tal vez podrías plantearte salir a buscar otra. Tres partos son lo máximo que hemos conseguido de una mujer. Se deterioran. No es lo mismo que si fuese entre marido y mujer.

—Conozco la diferencia.

—Bien. A Sherah no le haría gracia que no la conocieras.

Cassander se había reído, y Paige había vuelto a acostarse, guardando para sí esa pequeña información por más que temiera por su propia vida.

Sherah era la esposa de Oberon. ¿Cassander se estaba acostando con ella a escondidas?

Pero tenía otras preocupaciones, y más urgentes. Después del siguiente parto, la matarían. Paige lo sabía. Tendría que intentar escapar de nuevo, pero sólo la dejaban salir una hora al día para hacer algo de ejercicio en el patio vallado detrás del cobertizo, y siempre estaba vigilada. Las mujeres cuidaban de mantenerse a distancia, y a veces llevaban armas. Incluso cuando iban a ver cómo estaban Gayle y ella, primero las separaban, y siempre estaban presentes al menos dos mujeres del Tajo. A Paige la encerraban en su habitación mientras examinaban a Gayle, y a la inversa. Por muchas veces que le diera vueltas a la cuestión, y desde cuantos ángulos se la planteara, Paige no veía la manera de escapar. Moriría en el Tajo, y pronto.

La mayor de las rendijas que hacía las veces de ventana no tenía más de treinta centímetros de ancho y un metro de alto, y el plexiglás con que estaba ajustada se había desgastado con los años, de manera que ofrecía una imagen brumosa del Tajo. Con todo, a Paige le gustaba subirse a una silla y asomarse al mundo más allá de las paredes. Cuando perdiera las ganas y la energía para seguir haciéndolo, seguramente daría la bienvenida a la última visita y al paseo por el bosque hasta la tumba que la aguardaba.

Ahora, ante la ventana, vio movimiento: Sherah y Ana se acercaban rápidamente, seguidas de Oberon. Parecían preocupados.

—Está pasando algo —dijo.

Gayle dejó de canturrear y alzó la vista hacia la mujer mayor.

—A lo mejor dejan que nos marchemos —dijo Gayle. Empezó a reírse tontamente, pero se calló—. Creo que voy a hacerle daño a una de ellas —dijo. Hablaba como quien está pensando en probarse un vestido distinto: el blanco, o puede que el azul; pero era un tono de voz que Paige nunca le había oído.

—¿A cuál? —preguntó Paige, picada por la curiosidad.

—A Hannah. No, a Sherah. Finge que le importamos, pero es mentira. Al menos Hannah no disimula.

—¿Y cuándo lo harás?

Gayle se lo pensó.

—¿Hoy?

Paige oyó la pregunta subyacente. «Tal vez no todo esté perdido para esta chica», pensó.

El Tajo se estaba acercando. Paige se apartó de la ventana y se arrodilló cuidadosamente delante de Gayle, sintiendo el peso del bebé que llevaba.

—Yo te ayudaré a hacerle daño a una de ellas, muy bien, pero hoy no. Aunque será pronto. Sólo tendrás que esperar a mi señal. ¿Lo harás?

—Sí.

—Bien.

—Y luego quiero hacer daño a Cassander, y a Oberon, y a Marius, y a Lucius...

«Por orden, lo primero es lo primero», pensó Paige.

—Sí, encontraremos una forma de hacerles daño también a ellos.

Henkel formaba parte del grupo que entró en el Tajo desde el sur: eran diez en total, incluidos los escoltas del Tajo, y se desplegaron en una línea que permitía que cada hombre o mujer viera a quienes avanzaban a su izquierda o a su derecha. Gritaban el nombre de Perry a medida que caminaban, esperaban una respuesta y seguían adelante. Sólo disponían de los perros suficientes para que cada grupo llevara uno, pero hasta el momento ninguno había captado el rastro del olor de Perry. Aunque Henkel nunca lo habría dicho en voz alta, no albergaba muchas esperanzas de encontrar al chico en el Tajo. Si alguien de ahí era el responsable de la desaparición de Perry —o, Dios no lo quisiera, de su asesinato—, entonces ya habría aprendido la lección del descubrimiento de Killian y Huff y lo habrían enterrado lejos de allí.

Henkel también sabía que sus prejuicios contra Oberon y los suyos afectaban la dirección de la búsqueda. Era perfectamente posible que el Tajo no tuviera nada que ver con lo que le hubiera pasado a Perry —y, casi con toda seguridad, algo le había pasado—, lo que significaba que Henkel estaba desperdiciando un tiempo y unos recursos valiosos en esta incursión.

Pero, aunque no tuviera pruebas directas que vincularan a Perry con el Tajo, sí contaba con dos décadas de experiencia en las fuerzas de la ley a las que echar mano. La historia de violencia del Tajo y los rumores sobre posibles actos criminales por su parte eran un secreto a voces en Plassey

County. Lo único en cuestión ahora era si el Tajo estaba bajando el ritmo, dando la espalda a su pasado en favor de un estilo de vida más convencional, o tan convencional como podría esperarse de una comunidad asocial que se había aislado en unas tierras privadas y no parecía conocer nombres tan corrientes como Dave o Steve. Debía de haber algo de verdad en la creencia de que las actividades más sospechosas del Tajo estaban pasando por un periodo de suspensión, pero eso no significaba que hubieran cesado por completo. En el Tajo seguía respirándose maldad.

El registro era el modo que tenía Henkel de mantener la presión sobre Oberon y los suyos. Por el momento, con el centro de la investigación sobre Killian y Huff desviado a otra parte, era todo lo que podía hacer. Y si Perry Lutter no aparecía pronto, Henkel estaría gritando su nombre por todos los canales de televisión y las emisoras de radio que quisieran emitirlo, y hablando con cualquier periodista que quisiera escucharle, y sembraría más dudas sobre la naturaleza del Tajo. Presión, presión, más presión; pronto aparecerían las grietas. De eso, a Henkel no le cabía la menor duda.

La fila avanzaba. El perro olisqueaba y gruñía. Cuando Henkel se detuvo a orinar, dándose el pequeño gusto de mearse en el Tajo, creyó ver al menos a dos niños que seguían a los que buscaban. Bryan Kibble, propietario de una ferretería en Turley que había conseguido mantener abierta durante treinta años, pese a la presencia de un gran Sears justo en la frontera del condado, esperó a Henkel para volver a la fila, cambiándose por un momento a su derecha para que ambos pudieran oírse.

—¿Los has visto? —preguntó Kibble.

—Sí.

—Mierdecillas siniestras, y tan ásperos como el hierro en bruto. Todo este lugar me da repelús.

—No son más que árboles y tierra, como cualquier otro sitio.

—No, eso no es cierto, y tú lo sabes.

Una figura se movió por detrás de la fila para controlar qué retrasaba a los dos hombres: Lucius, el hijo de Cassander. Henkel se había fijado en el moratón de su cara en cuanto llegó, pero se le había hinchado mucho en la hora transcurrida desde entonces, y tenía el ojo derecho medio cerrado.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó Lucius.

—Recuperando el aliento —dijo Henkel—. Tendrías que ponerte algo en ese ojo.

—Me di con la puerta del camión —dijo Lucius.

—Sí —intervino Kibble con tono hosco—. Es lo que te hacen esas puertas cuando te echas encima de ellas inesperadamente, por así decirlo.

Henkel, mientras tanto, creyó distinguir la marca de una bota en la cara de Lucius, incluso en medio de la hinchazón. Es posible que se equivocara, pero estaba convencido de que a Lucius le habían dado una patada en pleno rostro. Pero no había sido Perry: Perry siempre llevaba zapatillas deportivas.

—Tenemos que seguir —dijo Lucius—. No quiero romper la fila. — Henkel asintió y echó una última mirada por encima del hombro. Había una niña observándole desde unos arbustos que le llegaban a las rodillas, semioculta por el tronco de un árbol. Vestía ropa de color verde y marrón, de forma que casi parecía una extensión del mundo natural, una pequeña hada que adoptaba la forma de una planta con corteza.

Henkel se estremeció y le dio la espalda cuando Kibble y él reemprendieron la búsqueda.

El abogado Daniel Starcher trabajaba en un pequeño conjunto de oficinas en la bonita ciudad histórica de Lewisburg. Él encajaba a la perfección entre sus galerías y bodegas modernas, sus tiendas de antigüedades e inmobiliarias, y se movía entre el viejo y el nuevo mundo como un afable coloso legal. Los modales sureños se aliaban en su caso con una inteligencia muy contemporánea. Desde la ventana de su despacho veía las lápidas del cementerio de la iglesia presbiteriana Old Stone, y también el BMW, que era su vehículo preferido en ese momento. Las paredes de su despacho exhibían una mezcla de arte cuidadosamente elegida, la mayor parte de artistas modernos del Sur. Estaba especializado en casos civiles, y sólo tocaba de vez en cuando algún caso penal. En la zona se decía que a Daniel Starcher no le gustaba mancharse las manos y prefería que sus clientes, cuando infringían las leyes, tuvieran la decencia de llevar camisa de cuello blanco.

Starcher era el abogado del Tajo, elegido tanto por la improbabilidad de la yuxtaposición entre abogado y cliente como por su capacidad y discreción. En las raras ocasiones en que residentes del Tajo se encontraban con dificultades legales de naturaleza criminal, Starcher subcontractaba el trabajo a alguno del puñado de anodinos abogados de pueblos y ciudades cercanas, todos los cuales se habían formado bajo la tutela de Starcher y así se habían expuesto a su amable pero potente influjo corruptor. Starcher era un abismo moral, un sociópata absoluto. En Lewisburg se daba por sentado que era gay,

pero en realidad carecía casi por entero de libido. Sin embargo, sí le gustaba mucho el dinero. Por lo que a él respectaba, aquellos que afirmaban que la riqueza nunca hacía feliz a nadie simplemente no habían alcanzado el nivel correcto de equilibrio financiero.

Starcher se encargaba de los trámites de las adopciones privadas en nombre del Tajo. Era muy bueno. Cuando era necesario, incluso podía proporcionar una madre «de paja» que declarara que el niño era suyo, y realizar la pantomima pertinente mostrando arrepentimiento por haber entregado a su hijo, y alivio al saber que ahora tendría una vida mejor de la que ella podría haberle ofrecido. Actos como éstos habían sido necesarios en muy contadas ocasiones en el curso de su prolongada relación con el Tajo, pues los padres adoptivos se sentían satisfechos simplemente con recibir a unos niños caucásicos saludables, con las menores trabas legales posibles. La mayoría, Starcher lo sabía, comprendía que era mejor que la adopción no se viera sometida a un examen excesivo. Estaban comprando un bebé, y pagando una prima por ello, que también cubría la tramitación por vía rápida de cualquier papeleo. Una vez que se entregaba la criatura, Starcher esperaba no volver a saber de ellos, y todavía no había visto incumplidas sus esperanzas en tal sentido.

Había reunido a tres parejas de potenciales padres para los dos niños que le había prometido el Tajo, y después de una breve puja, la lista se había estrechado con la renuncia de la tercera. Por fortuna —o por desgracia, dependiendo de la perspectiva de un futuro padre—, había aparecido un nuevo comprador los últimos días, o, dicho con más precisión, un consorcio de compradores. Se habían presentado como una pareja corriente de mediana edad que buscaba adoptar el niño que ya no podían concebir, pero Starcher no era tonto, y siempre llevaba a cabo sus propias comprobaciones de los antecedentes. Fue incapaz de confirmar del todo sus referencias, y una comprobación de sus cuentas bancarias reveló una serie de cuantiosos pagos ingresados en una cuenta nueva durante el mes anterior.

Una investigación más a fondo había descubierto una conexión con un hombre llamado Paulo Torak, un pornógrafo con una lucrativa línea complementaria de pornografía infantil del tipo más perverso. Starcher

conocía a Torak porque a través de uno de sus socios había adquirido el material utilizado para incriminar, y encarcelar, a Jerome Burnel. Entonces, Starcher había mandado a uno de sus socios con menos escrúpulos a interrogar a Torak, y aunque se negó a dar nombres, admitió que un grupo de hombres de gustos muy especiales estaban dispuestos a gastar una importante suma de dinero para adquirir un niño —preferiblemente varón, aunque también aceptarían una niña— para su propio disfrute. Cuando informó a Starcher del límite máximo del dinero ofertado, y le ofreció un diez por ciento más por su colaboración, Starcher redujo la lista de dos grupos de padres a la mitad y aceptó vender una de las criaturas al consorcio.

Sabía que tendría que ocultarle la naturaleza de la venta a Oberon, que era muy intransigente en ese aspecto. Eso requeriría algunas mentiras, en las que Starcher era un consumado experto. Pero también sabía que se estaba acabando la época de Oberon, y había animado a Cassander Hobb en sus ambiciones de liderar el Tajo. Cassander era menos rígido que Oberon, pero también más peligroso. Starcher optó por no mentirle sobre la venta y le ofreció un cuarto de su propia prima para que el trato le resultara más atractivo.

Cassander había aceptado, aunque, bien mirado, a Starcher le habría sorprendido que hubiera planteado alguna objeción. Starcher era un buen analista de la personalidad ajena, y al no tener él ninguna que mereciera ese nombre, le daba libertad para hacer valoraciones precisas del carácter de los demás.

La llamada de Cassander llegó cuando Starcher estaba abriendo una botella excepcional de Cabernet Sauvignon para celebrar la conclusión con éxito de un juicio civil. También se había cambiado de zapatos y estaba a punto de sumergirse en la lectura de una novela de Wilbur Smith. Una interrupción de Cassander no habría sido bienvenida en ningún momento, y menos todavía en éste. Le llamaba desde algún sitio al aire libre y hablaba en voz baja para que no le oyeran.

Oberon había permitido un registro del Tajo. Eso de por sí ya era bastante malo, pero Cassander también se había enterado —y Starcher prefería no saber cómo, aunque lo sospechaba— de que Oberon podría estar a punto de

incumplir el contrato de venta de una de las criaturas, si nacía niño, y quedársela para sí.

—Ha llegado la hora de un nuevo líder —dijo Cassander.

Starcher, pensando en la prima que le habían prometido, respondió:

—Creo que sería lo mejor.

Y así quedó decidido.

El mayor Alvin Martin, de la policía estatal de Virginia Occidental, había hecho un largo viaje desde Haven County, en el mismo estado: no físicamente, porque un veloz trayecto en coche lo llevaría de vuelta hasta allí bastante rápido si así lo quisiera —y estaba claro que no quería—, sino en términos de rango, ingresos y oportunidades profesionales. No echaba de menos ser sheriff de Haven County. Tenía un hijo a punto de acabar el instituto, otro a punto de acabar la primaria y una hija que estudiaba para abogada. Su esposa envejecía mejor que él —y no se lo echaba en cara, lo cual era tremendamente cristiano por su parte—, y su perro *Rocco* debía de ser el animal más bobo de la historia canina, porque no tenía ni un hueso de maldad en todo su cuerpo supuestamente sarnoso.

A veces podían pasar días enteros sin que Martin pensara en los niños muertos ni en el hombre de Haven County que había sido cómplice de aquellos asesinatos hacía más de una década. Martin se había pasado mucho tiempo preguntándose si podría haber hecho algo más para impedir los asesinatos y llevar a los implicados ante la justicia. Tras revisar a fondo su alma y tras largas charlas con su pastor y su esposa, había concluido que no pudo hacer nada más, pero eso no le consoló demasiado.

Dos de los restos todavía no habían sido identificados. Martin no sabía cómo era posible. En algún sitio, una madre o un padre debían de haberse enterado de que se habían encontrado restos de niños, pero al parecer no les

importaba lo bastante para llevar a cabo el peregrinaje a Nueva York y hacerse la prueba del ADN. Esos dos niños anónimos habían sido enterrados en una sepultura para indigentes, aunque se habían conservado aparte muestras de tejidos por si algún día se presentaba finalmente alguien para reclamarlos. Hasta entonces, reposaban bajo las sombras de un par de pequeñas cruces blancas, que casi nadie visitaba, salvo Martin y su esposa, que se acercaban a la tumba una vez al año para dejar unas flores y rezar por las almas de los niños que dormían bajo tierra, y otra persona.

El guardián del cementerio se lo había mencionado a Martin hacía un par de años, cuando lo vio visitando la tumba. Le contó a Martin que un hombre acudía al mismo lugar con bastante frecuencia, aunque nunca dejaba flores. Martin le pidió una descripción, y al cabo de un momento supo quién era el visitante: el detective privado Charlie Parker.

El guardián del cementerio lo recordaba con claridad, dijo, por un incidente que todavía le turbaba. Una tarde clara de primavera, vio entrar al hombre en el cementerio, y más tarde lo atisbó sentado en un banco cuando el sol empezaba a ponerse, con dos niños detrás de él. Aunque el hombre no parecía darse cuenta de su presencia ni se daba la vuelta para hablar con ellos, el guardián estaba convencido de que era consciente de que estaban allí.

—¿Por qué no intentó averiguar quiénes eran? —preguntó Martin.

—Creo que sabía perfectamente quiénes eran —respondió el guardián—. Por eso no se daba la vuelta.

Aquella conversación todavía le ponía la carne de gallina a Martin. Desde entonces nunca había vuelto a sentirse cómodo en el cementerio.

No solía pensar mucho en Parker, sobre todo porque no quería y ponía voluntad en no hacerlo, lo que significaba, suponía Martin, que en realidad sí pensaba en el detective, sobre todo por su empeño en no hacerlo. El detective era una presencia en su subconsciente, como una mancha que no se limpiaba y simplemente había que olvidarse de ella como mejor se pudiera. No podía negarse que Parker había descubierto un gran mal, y le había puesto fin, pero también había causado estragos a su paso, y la propia carrera profesional de Martin casi podía contarse entre ellos. Había dejado Haven y había ascendido a su actual cargo pese a Parker y no gracias a él.

O eso se decía a sí mismo. Siendo un hombre negro que había ido ascendiendo en diversas agencias de las fuerzas del orden mayoritariamente blancas, se había acostumbrado a pasar por alto lo que resultaba incómodo o degradante, y a creerse sus propias mentiras cuando era necesario. De otro modo, no habría sobrevivido.

Martin estaba tan ensimismado que apenas se percató de la presencia de Estelle, una de las oficinistas, en la puerta.

—Lamento molestarle, señor —dijo—, pero hay un hombre abajo que dice que viene a verle.

—¿Le ha dicho su nombre?

—No, sólo me ha dado esto.

Le entregó una caja de cerillas del Haven View Motel de Haven County. El motel llevaba más de cinco años cerrado, un hecho que tenía algo que ver con que aceptara brevemente a Parker como huésped. Martin abrió la solapa de la caja de cerillas. Dentro habían escrito: «Estoy seguro de que todavía mantienes tus celdas ordenadas y limpias».

Martin tuvo una sensación muy extraña.

«He pensado en él», se dijo. «Lo he recordado y, al hacerlo, lo he convocado, como a un fantasma.»

O a un demonio.

—¿Qué le digo? —preguntó Estelle.

—Que bajaré dentro de unos minutos.

Estelle se dio la vuelta para marcharse y Martin la llamó.

—O mejor —dijo levantándose y recogiendo su sombrero y su abrigo—, creo que me ocuparé de esto ahora mismo.

Martin condujo a Parker a Capitol Roasters en el Capitol Market de Smith Street, que estaba lo bastante alejado de la comisaría, en la otra orilla del río Kanawha, para evitar que a alguien pudiera llamarle la atención la persona que lo acompañaba. Pero, para el gusto de Martin, incluso tomarse un café con ese hombre en uno de los estados contiguos habría sido encontrarse demasiado cerca del número 725 de Jefferson Street. Los dos hombres se acomodaron fuera, contemplando a los vendedores de productos agrícolas. Martin todavía no sabía para qué había ido Parker a Charleston. Simplemente le había dicho que quería hablar con él y a Martin le había parecido sensato hacerlo en algún sitio con menos uniformes alrededor.

Los dos habían cambiado. Estaban mayores, más canosos, hasta es posible que fueran un poco más sabios, y Parker tenía más sangre en las manos. Como la mayoría de aquellos que se habían cruzado en su camino, Martin tenía cierta idea de los casos en los que había participado el detective. Ya debería haber muerto diez veces por lo menos, pero ahí estaba, bebiendo café caro a cuenta de Martin, dado que había insistido en que le invitara al mejor café que el Capitol podía ofrecer, aunque sólo fuera por incordiar. La prolongada supervivencia de Parker bastaba para hacer creer a cualquiera, si le daba por ahí, en la existencia de Dios, o para negarla, dependiendo de cómo viera cada uno la resistencia de aquel hombre. No charlaron de naderías, simplemente bebieron a sorbos los cafés hasta que Parker estuvo

preparado para empezar.

—Un hombre llamado Harpur Griffin fue quemado vivo en su coche en Portland el fin de semana pasado —dijo Parker.

—Lo sé.

—¿Le conocías?

—Tenía antecedentes, pero nada de importancia.

—¿Se ha puesto en contacto contigo el Departamento de Policía de Portland?

—Conmigo personalmente no; pero sí se han puesto en contacto. Querían saber quién podría tener inclinaciones a hacer algo así en Virginia Occidental, como si quemar viva a la gente fuera algo que nos apeteciera encontrarnos de vez en cuando, tal vez cuando no juegan los Mountaineers, para pasar el rato.

Por el tono de Martin quedaba claro que quienquiera que hubiera llamado a la policía del estado de Virginia Occidental en nombre del departamento de Portland no se había esforzado por mejorar las relaciones entre el norte y el sur.

—¿Alguna idea de quién llamó?

—Function, Farnlod, algo así.

—Furnish.

—Sí, ése. ¿Amigo tuyo?

—Espera, que voy a poner cara de ofendido por la insinuación.

Parker dio un largo trago al café. «Mierda», pensó Martin, «eso era una taza de granos de café aguados *muy cara*.^[3] Lo menos que podría hacer el cabrón es bebérsela a sorbos para que dure.»

—¿Y a qué viene tu interés por Griffin? —preguntó.

—Pudo estar implicado en la desaparición de un cliente.

—¿Quién?

—Jerome Burnel.

—Faraday...

—Furnish.

—Sí, ése, mencionó el nombre, pero aquí no disparó ninguna alarma.

—Creo que existe una relación a través de Plassey County.

Parker percibió una vacilación muy leve cuando Martin se llevó la taza a

la boca. «El que mucho titubea, algo oculta», pensó.

—¿Sí?

—Eso está en Virginia Occidental.

—Sé dónde está.

—¿Y qué problema hay en Plassey County?

—¿He dicho yo que hubiera algún problema?

—Serías un buen jugador de póquer, pero no de los mejores.

Martin empujó la silla y se apoyó en la pared. Ojalá hubiera llamado diciendo que estaba enfermo esa mañana. Ahora era demasiado tarde.

—Plassey County tiene menos de cinco mil habitantes —dijo Martin—. Es pequeño, tranquilo, bonito, pobre de solemnidad, y prácticamente no se cometen delitos que merezca la pena ni mencionar. Es bien poca cosa.

—Suenan muy bien —dijo Parker—, salvo en lo de la pobreza. Porque la pobreza engendra el delito, y el delito engendra la violencia, así que ¿cómo es posible que Plassey sea ese paraíso tan calmado?

—Oficialmente, se debe a que tiene una población envejecida, y los agentes del condado trabajan con eficacia. En una jurisdicción tan pequeña, los policías suelen conocer a los tipos a los que se les podría ocurrir causar problemas, y trabajan con ellos para asegurarse de que se controlan.

—¿A eso se dedican las fuerzas del orden en Plassey County?

—No —dijo Martin—. Alguien lo hace por ellas.

Martin se quitó un poco de tierra que le manchaba los pantalones del uniforme, por lo demás immaculados. Martin era una persona recta. Lo que le había irritado del mensaje en la caja de cerillas de Parker era que sus celdas seguían estando, en realidad, limpias. Hacía cuanto podía para que la policía estatal mantuviera un estándar similar de limpieza, pero Virginia Occidental era peculiar. La violencia había sido endémica en el estado desde su fundación, y su terreno montañoso había limitado desde hacía mucho la aplicación efectiva de la ley, por no hablar del carácter personal de las rivalidades en las pequeñas comunidades rurales, que preferían resolver las disputas por la fuerza y sin recurrir a la policía. Cuando empezó la explotación del carbón, la naturaleza de la violencia en el estado se vinculó al desarrollo industrial, así que, junto a la prostitución, el juego y los narcóticos

llegaron los enfrentamientos entre los dueños de las minas y los sindicatos. Si a todo ello se le suman las consecuencias de la Prohibición, eso explicaría que Virginia Occidental estuviera en ebullición durante la primera mitad del siglo pasado, y una historia así se parecía a una sustancia química venenosa que se hubiera filtrado en el suelo. Lo que brotara de él —si es que algo llegaba a brotar— llevaría el rastro de aquellos venenos.

Y lo peor fue la industria minera. Desde luego, creó empleo —puestos de trabajo en condiciones peligrosas y degradantes que no habrían distado demasiado de las de los mineros de hacía siglos, de manera que los que conocían los pozos describían el descenso a sus entrañas como algo parecido a ahogarse—, pero al precio de la ciega lealtad del estado a la necesidad de explotar las minas, y de la lenta destrucción del estado mismo.

Ahora esos empleos estaban desapareciendo, y Walmart se había convertido en el mayor empleador de Virginia Occidental, pero las secuelas de generaciones que se habían visto privadas del desarrollo y la educación no podían borrarse fácilmente, y eso implicaba obesidad, adicción a las drogas, insuficiencia renal, enfisema y la población con menos licenciados universitarios del país. Virginia Occidental estaba atrapada en una espiral de decadencia.

Pero Martin, como Edward Henkel, amaba el estado: la gloriosa belleza de su paisaje, pese a los esfuerzos de la industria minera y las empresas químicas; la honestidad de sus gentes, a pesar de la corrupción de quienes se suponía que debían representar sus intereses; y la testarudez de esa misma población, que, tras ver a generaciones de hombres y mujeres reventadas a trabajar para esa industria, tuvo que sufrir, en fecha tan tardía como 1972, la rotura de unos diques de desechos de carbón y la consecuente inundación de dieciséis pueblos a lo largo de Buffalo Creek Hollow, que provocó la muerte de ciento veinticinco personas, y encima la empresa tuvo la desfachatez de considerarlo un «acto de Dios».

Todo eso le contó Martin a Parker mientras el sol brillaba sobre el mercado y, hacia el este, Henkel y su gente recorrían infructuosamente el Tajo.

—El Tajo gobierna Plassey County —dijo Martin—. Y la razón por la

que se le ha permitido durante siglos es porque lo hace mejor que las instituciones del estado. Si fastidias el suministro de agua en Plassey, o contaminas un río o una fuente, respondes ante el Tajo. Si intentas montar un laboratorio de metanfetamina, el Tajo lo destruirá y te dará veinticuatro horas para desaparecer, y más vale que no vuelvas nunca. Si participas en cualquier tipo de actividad delictiva (mierda, hasta si le levantas la mano a tu mujer), el Tajo te hará una visita, y será la última vez que lo hagas.

Parker reflexionó.

—¿Y todo por el interés del orden y el buen gobierno?

—Todo porque quieren que los dejen en paz.

—Para hacer ¿qué?

—¿Según la versión oficial? Para vivir, trabajar y dedicarse a sus cosas.

—¿Y la versión extraoficial?

—Bueno, puedes preguntarte a qué se dedican.

—¿Y obtendría una respuesta?

—No de mí, pero yo no soy la persona a la que debes preguntarle.

—¿Y quién es?

—El sheriff de Plassey County, Ed Henkel. No le hace la menor gracia el Tajo, hasta el punto de que hay gente en Charleston que le considera un coñazo. Siempre está gritando que viene el lobo en cuanto aparece algo que tiene que ver con el Tajo. Si cambia el tiempo, le echa la culpa. Si por él fuera, reduciría el Tajo a cenizas y lo cubriría de sal.

—¿Y cómo salió elegido?

—Porque en Plassey County tal vez haya suficiente gente que cree que el imperio de la ley no debería estar tan comprometido con el Tajo, o, al menos, que debería poder controlarlo.

—¿Hablará Henkel conmigo?

—Puedes preguntarle.

—¿Le avisarás de que voy?

—Puedes apostar a que sí.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Con el debido respeto, tus preferencias no cuentan. Mi turno de preguntas: ¿piensas montar mucho lío en Plassey County?

—Todavía no lo he decidido.

Martin se imaginó una escala móvil, con el nivel deseable de problemas abajo del todo, y a Parker cerniéndose sobre el extremo superior, justo antes de reventar la escala.

—Preferiría que fuera lo mínimo posible.

—Con el debido respeto, tus preferencias...

—Vale, vale, lo pillo.

Parker se levantó. Extendió la mano. Martin se la estrechó.

—¿Sabes? Me gusta mi trabajo —dijo Martin.

—Desde luego supone llevar un uniforme precioso.

—Si alguien me pregunta, le contaré que te dije que desaparecieras de Virginia Occidental.

—Lo entiendo.

—Así que desaparece de Virginia Occidental y mantente alejado del Tajo.

—¿El apellido Henkel acaba con una o con dos eles?

—Con una.

—Gracias.

—No se merecen. En serio, ni una palabra.

Martin no se volvió para ver cómo se marchaba. Tenía que regresar a Jefferson para acabar algo de papeleo. Si esperaba el tiempo suficiente, Estelle se habría ido a casa y sabía que al día siguiente la agente se iría de vacaciones a Boca. Cuando volviera a verla, con un poco de suerte, ella se habría olvidado por completo de Parker. Tal vez Martin también podría intentar olvidarle de nuevo, o bien exiliarlo a los rincones oscuros de su cabeza, donde unos niños enterrados esperaban que alguien pronunciara sus nombres.

Martin miró a su izquierda.

—Ni siquiera se ha acabado el puto café —dijo en voz alta. Se removió en su silla y llamó a uno de los camareros de la cafetería que pasaba a su lado —. Eh, ¿puede calentar este café, por favor? Y si me consigue un periódico...

Los rastreadores seguían recorriendo el Tajo, y los cuatro grupos se acercaban poco a poco a la Plaza. Oberon se mantenía de manera discreta en contacto con cada grupo, básicamente utilizando las radios de onda corta que el Tajo prefería a los teléfonos móviles dentro de sus tierras, pero también mediante las informaciones que le traían los grupos de niños, de manera que cuando los hombres de Henkel llegaron a la Plaza ya no les seguían y los pequeños se habían desvanecido en el bosque.

Los recibieron con sopa caliente, trozos de pan recién horneado y ollas de café, servido todo tanto por hombres como por mujeres. Henkel conocía la mayoría de las caras y los nombres, aunque algunos de los habitantes de más edad se aventuraban tan raramente fuera del Tajo que Henkel al principio tuvo que esforzarse para recordarlos. Miraban a los extraños con una especie de hostilidad muda, aunque atemperada por la curiosidad: con seguridad ésta era la primera vez desde hacía años, ciertamente desde antes de la época del sheriff Dugar, que se había permitido a unos forasteros adentrarse tanto en el Tajo.

Henkel le dio unos sorbos a su café y se paseó a grandes pasos y con forzada naturalidad por la Plaza, quedándose con todo lo que veía, señalando las posiciones de las casas, las construcciones anexas y los caminos, y calculando las distancias entre unos y otros. Cuando volviera a casa, dibujaría un mapa del Tajo, primero a partir de sus propias observaciones y luego

añadiría lo que otros hubieran visto durante su recorrido por el interior. Google Maps no era de gran ayuda por lo que al Tajo se refería: aparte de la propia Plaza, gran parte del territorio estaba cubierto de bosque y otras plantas de hoja perenne, y hasta las carreteras principales eran tan estrechas que quedaban ocultas por las ramas.

Oberon estaba en las escaleras de la casa más grande de la Plaza, controlando los movimientos de Henkel. Dejar que Henkel registrara el Tajo había sido un movimiento calculado por su parte y ambos sabían que no era más que puro teatro. Perry Lutter no se había perdido ahí dentro, y aunque así hubiera sido y estuviese tirado en algún lugar, inconsciente o muerto, los rastreadores sólo le habrían descubierto si se hubieran tropezado físicamente con él. La búsqueda de Perry era poco más que superficial. Oberon sabía que su verdadero propósito era plantar bandera en el Tajo, mostrar a todos que Henkel ya no estaba dispuesto a mantenerse aparte y permitir que siguiera siendo un feudo privado. El registro representaba una importante escalada en las hostilidades entre Henkel y el Tajo, pero estaba por ver si él podría acumular las pruebas suficientes para plantear un desafío más a fondo, o si Oberon y los demás podían esperar a que su mandato se acercara a su fin y entonces asegurarse de que su sustituto fuera alguien más predispuesto a dejarlos tranquilos.

Henkel no había visto a Cassander. Y el lugarteniente de Oberon era de los que se hacen notar. Era, a su modo, un custodio más acérrimo del Tajo que el propio Oberon. Pero, en esa ocasión, parecía haber designado al más tarado de sus dos hijos para que fuera sus ojos y sus oídos mientras él andaba por otra parte. Lucius estaba sentado a una mesa confeccionada a partir de un inmenso bloque de madera, serrado a todas luces cerca de la base de un árbol antiguo, que ahora se apoyaba en cuatro troncos más pequeños de los que todavía colgaban trozos de corteza. Lucius utilizaba un cuchillo largo para golpear la punta de la mesa. Estaba concentrado en el cuchillo y la madera, y lo único que le distrajo de la mutilación del mueble fue una mirada que le lanzó a Oberon y que Henkel captó, viendo una explícita hostilidad que brillaba con tanta nitidez e intensidad como la hoja del cuchillo que Lucius tenía en la mano.

«¿Qué habrás hecho», se preguntó Henkel con respecto a Lucius, «para que Oberon te dé una patada en la cara?» Si Oberon y él no hubieran sido antagonistas, Henkel le habría aconsejado que se anduviera con cuidado con Lucius, sobre todo cuando el chico llevara un cuchillo en las manos. Pero Henkel supuso que, en cualquier caso, a Oberon no le habría hecho ninguna falta su consejo. Si no se hubiera percatado de la amenaza que representaba Lucius, por la causa que fuera, no serviría para gobernar el Tajo, y algún otro ocuparía su lugar más temprano que tarde: seguramente Cassander, pero no el propio Lucius. Nadie en el Tajo estaba tan loco para hacerle caso. Marius, su hermano, no es que fuera un genio ni tampoco andaba precisamente sobrado de carisma, pero contaba con la ventaja de no estar loco ni comportarse como tal. Aunque no tenía madera de líder. Si le pasaba algo a Oberon, le correspondería a Cassander ocupar su lugar. Henkel no estaba seguro de qué pensar al respecto. Oberon ya era bastante malo de por sí, pero al menos era comprensible, mientras que Cassander seguía siendo en gran parte un misterio.

Henkel había llegado al extremo norte de la Plaza. Entre los árboles atisbó un edificio largo con forma de cobertizo, con el tejado de hojalata y unas ventanas que eran poco más que rendijas. No se había fijado antes en él, y dado que su grupo había entrado en la Plaza desde el sur, no había tenido razones para pasar por allí. Miró a su alrededor. Rob Channer estaba hablando con algunos de sus amigos, dándole la espalda a Henkel. Channer había asumido la tarea de reorganizar los grupos que habían entrado en el Tajo desde el norte, el oeste y el este, algo que Henkel sólo había descubierto cuando los cuatro grupos se encontraron en la Plaza. Tendría una conversación con Channer al respecto más tarde, porque el Tajo no era el lugar donde hablarlo, pero el equipo del norte, que lideraba el propio Channer, tendría que haber echado un vistazo al edificio.

A la derecha de Channer, pero fuera del alcance de su oído, estaba sentado Kyle Fogle, que había formado parte de su grupo. Kyle era un buen chaval, pero se dejaba dominar. Quería ser ayudante del sheriff, pero ya había suspendido una vez el examen escrito. Y eso, pensaba Henkel, era lo mejor para todos.

Henkel se acercó a Fogle por un lado, le preguntó cómo había ido el rastreo y luego, como si se le hubiera ocurrido en ese momento, quiso saber si su equipo le había echado un vistazo al edificio que ahora tenía detrás. Fogle le dijo que no, y resultó además que el grupo de Channer no había seguido una ruta directa de norte a sur, sino que se había desviado un poco hacia el sudoeste a medida que se acercaba a la Plaza, de manera que se reunió con el grupo que venía del oeste medio kilómetro antes de llegar, y entraron desde esa dirección y no desde el norte.

«Vaya», pensó Henkel: tal vez había subestimado a Kyle Fogle, después de todo. A lo mejor tendría otra charla con él sobre aquel examen escrito más adelante. Henkel le dio las gracias, arrojó lo que quedaba de café al suelo y se encaminó hacia el edificio.

Cassander estaba sentado casi tocando el fortín y escuchaba la voz del Rey Muerto, que traía imágenes a su cabeza, como un estado de ánimo provocado por una canción interpretada en una lengua extranjera. Vio el Tajo en flor, un resplandor de follaje verde y plantas florecidas en el calor del verano. Vio niños. Vio desaparecer lentamente la tumba de su esposa, cubierta por enredaderas, y otra mujer trajinando por su casa, añadiendo su propia música a un hogar que no había oído una voz femenina desde hacía tres años. No podía ver la cara de la mujer, que permanecía oculta, pero su cuerpo era joven.

Vio que un primitivo ataúd de madera era bajado a la tierra. La figura femenina en su casa se hizo más nítida. Vislumbró sus rasgos: el contorno de sus pechos, la curva de sus caderas, la oscuridad acogedora entre sus muslos. Una luz incidió sobre la mujer en su desnudez, y Sherah se volvió para darle la bienvenida, sin la ropa de luto.

Y Cassander la tomó y la hizo suya.

Desde que llegaron a la casa prisión había quedado claro que Sherah y Hannah no estaban jugando. Ordenaron a Paige y a Gayle que se sentaran de cara a la pared, con las manos entrelazadas por delante. Sherah tenía un arma, pero a Paige no le parecía probable que la usara. La llevaba más para impresionar que para otra cosa. Pero Hannah sostenía una aguijada, y Paige sabía por experiencia que, con toda seguridad, no era para impresionar. Hannah la había utilizado contra ella en su primera tentativa de fuga, y Paige no tenía muchas ganas de repetir la experiencia, así que obedeció, y Gayle la imitó.

Tres hombres y otras dos mujeres entraron en la casa prisión, Paige los conocía a todos de vista, pero no de nombre. Se movieron rápidamente por la estancia para eliminar del espacio cualquier señal de que hubiera sido habitada recientemente. Quitaron los cereales y la comida de los armarios y los metieron en cajas y bolsas de plástico, y las fotografías que Gayle y ella habían recortado de revistas para alegrar las paredes fueron arrancadas.

Les ataron las muñecas con bridas de plástico que ciñeron con fuerza y les colocaron una mordaza de bola en la boca, a lo que Gayle intentó resistirse. Levantaron un tablón del suelo que daba paso a la entrada al sótano. Ése fue el momento en que le entró el pánico a Paige. No quería bajar allí. Eso la desmoronaría.

—Chiss —dijo Sherah—. Estaré contigo, y tendremos una lámpara. No

durará mucho, te lo prometo.

Y entonces Paige lo supo: venía alguien, alguien de fuera.

Henkel oyó una voz que gritaba su nombre cuando salía de la Plaza y se encaminaba por un sendero desgastado por las pisadas hasta la puerta del edificio, pero no se volvió a mirar. Se puso de puntillas para mirar por las ventanas, pero dentro estaba a oscuras, y los árboles que rodeaban la estructura oscurecían incluso la languideciente luz del día. Intentó abrir la puerta de acero, pero parecía cerrada con llave.

—¿Puedo ayudarle, sheriff Henkel?

Se dio la vuelta. Oberon estaba en mitad del sendero. No sonreía, pero tampoco parecía muy inquieto.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Henkel señalando con el pulgar la cabaña.

—Lo usamos como almacén. También tiene camas y cañerías para un lavabo y una ducha.

—¿Por qué?

—A veces hay discusiones —dijo Oberon—. Una mujer se pelea con su marido, o un hijo con un padre. Ésta es una comunidad aislada y muy unida, y casi siempre funciona bien, pero si no te llevas bien con alguien de tu familia, es difícil encontrar un lugar donde dejar que se calmen las cosas. Éste es un sitio al que puede venir la gente si lo necesita.

—Pues parece una cárcel.

—En su momento también ha cumplido esa función. Los hombres beben demasiado, se enfadan, y esto sirve de celda para que duerman la mona.

Henkel se fijó en el pisoteado sendero.

—Parece un sitio muy concurrido.

—Ya se lo he dicho: también se usa como almacén.

—Ábralo, por favor.

—Perry Lutter no está ahí, y no es necesario que le recuerde que no tiene ninguna orden judicial.

Oberon no se movió. A su espalda, Henkel vislumbró a varios hombres del Tajo observando desde el inicio del sendero. Lucius era uno de ellos.

—He dicho «por favor» —le recordó Henkel.

Oberon cogió una llave del cinturón, ocultando el llavero de hueso en la palma de la mano, y se unió a Henkel junto a la puerta. Se abrió con facilidad, dando paso a una segunda puerta sin cerrar con una ventana de plástico, más allá de la cual había un gran cuarto en el que se amontonaban pilas desordenadas y variadas de cajas, sillas viejas, un par de sillones y una mesa. En un extremo había un par de dormitorios, cada uno con una cama individual y un armario, y entre ellos un pequeño lavabo en el que apenas cabían la ducha, el retrete y un lavamanos. Olía a gel o a jabón perfumado. Henkel vio pelos alrededor del desagüe de la ducha. Le parecieron húmedos. La ducha, al menos, había sido utilizada hacía poco.

En las camas sólo había colchones sin ropa de cama. Los armarios estaban abiertos y vacíos. Vio huellas en la pared donde habían pegado fotografías de algún tipo. Restos de cinta adhesiva colgaban todavía de la pintura.

Las paredes del edificio eran gruesas. Mantendrían las habitaciones frescas en verano, pensó Henkel, y calientes en invierno. El tejado era de hojalata, pero estaba bien aislado. El suelo era de madera laminada y no tenía ni rastro de polvo. Parecía sólido bajo los pies de Henkel. Había un par de alfombras enrolladas y apoyadas en un rincón de la estancia principal.

—¿Qué hay en las cajas? —le preguntó Henkel a Oberon.

—No lo sé. Hace tiempo que no venía por aquí. Si quiere registrarlas, adelante.

Henkel no se molestó. Si Oberon no le ponía problemas para que husmeara en ellas es que no contenían nada que mereciera la pena verse. Se

quedó en el centro del cuarto, con las manos en los bolsillos. Algo en aquella construcción no encajaba, pero no sabría decir qué.

—¿Ha terminado? —preguntó Oberon.

«¿Qué se me está pasando por alto?», se preguntaba Henkel. «¿Qué es lo que no veo?»

—Sí —dijo—. He terminado.

Desde el sótano, Paige apenas podía distinguir el sonido de dos voces —una de ellas, la de Oberon—, pero no lo que decían. Estaba sentada en el suelo de tierra contra una pared. Un par de lámparas a pilas proporcionaban la única iluminación. Una estaba a su lado y la otra al lado de Gayle, que estaba sentada frente a Paige. La chica miraba a Paige con atención, plenamente consciente de su entorno desde hacía meses. Si estaban ahí abajo era porque el hombre que hablaba con Oberon representaba una amenaza. No se trataba sólo de un visitante fortuito: una amenaza significaba alguien más que un forastero. Implicaba las fuerzas del orden.

Pero Paige no se atrevía a moverse ni a hacer ningún ruido porque tenía a Hannah a su lado, susurrándole al oído. Cada una de sus palabras dejaba claro que si se le ocurría siquiera respirar demasiado fuerte lo que pasaría a continuación haría que, en comparación, sus anteriores castigos le parecieran bendiciones. Mantenía la aguijada delante de la cara de Paige.

—Tocaré con esto sitios que nunca imaginarías —dijo Hannah—. ¿Entiendes?

Sólo por si Paige no lo había entendido, Hannah apoyó la punta contra el pezón derecho de Paige.

—Chiss —dijo Hannah—. Chiss, chiss.

Desplazó la aguijada hacia abajo, sobre su vientre, su entrepierna antes de dejarla entre sus piernas.

—¡Chisssss!

Las voces cesaron. Unas pisadas resonaron apagadas desde arriba. Un poco de polvo cayó del techo. Paige oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

No. No, no, no, no...

Pero Sherah y Hannah no se movieron, y las cuatro mujeres permanecieron en el sótano durante lo que a Paige le pareció una hora, pero casi con toda seguridad fue menos tiempo, hasta que volvió a abrirse la puerta por encima de sus cabezas, unas pisadas cruzaron el suelo y la sección de laminado que ocultaba la entrada al sótano fue apartada. Oberon apareció en el hueco.

—Subidlas —dijo—. Ahora es seguro.

Les quitaron las mordazas de bola de las bocas y Sherah cortó las ataduras de plástico con un pequeño cuchillo. Paige clavó a Hannah una mirada cargada de veneno mientras ayudaba a Gayle a subir los toscos peldaños de madera que daban a la estancia principal, pero no dijo nada. Creía que Hannah estaba decepcionada por no haber podido hacerle daño con la aguijada.

Les devolvieron sus escasas pertenencias, aunque nadie se ofreció a ayudarlas a recolocar la comida en los armarios ni a poner las fotos en las paredes. Algunas de las fotos habían sido arrugadas y rotas, entre ellas una de un grupo de música de chicos de los que Gayle estaba incomprensiblemente prendada, como si Paige necesitara que algo le recordara lo joven que era su compañera. Un par de horas más tarde, Sherah y otra mujer, Agathe, les llevaron la cena. Era mejor y más abundante de lo habitual —pavo asado, puré de patatas, salsa de carne, zanahorias y guisantes, todo recién hecho— e incluía un *cupcake* para Paige y Gayle: su premio por haberse portado bien en el sótano. Paige todavía notaba el regusto a goma de la mordaza de bola, y ni siquiera la dulzura del *cupcake* le quitó el mal sabor, pero se lo comió todo. Gayle también. No había dicho una sola palabra desde que las habían sacado del sótano. Ni siquiera había reanudado su canturreo, y no había respondido a Paige cuando ésta le había preguntado si prefería fregar o secar los platos y cubiertos esa noche, así que Paige hizo las dos cosas. Fuera lo que fuese lo que le pasaba lo sabría a su debido tiempo.

Las luces solían apagarse a las nueve de la noche, pero las dos mujeres tenían pequeñas lámparas de lectura a pilas, así como un par de linternas que no eran mucho más potentes que las lámparas. El ordenador se lo cargaban dos veces al día, dado que en la cabaña no había enchufes que pudieran utilizar. Ahora estaba cargado, así que Paige vio un par de episodios de *Aquellos maravillosos años 70* de una caja de DVD que alguien del Tajo había comprado de segunda mano. Gayle no la acompañó, y a Paige no le hizo gracia la telecomedia. No era más que una distracción: sonidos y luces sin sentido en los que perderse por un rato, porque no creía que pudiera concentrarse en un libro, ni siquiera en un artículo de revista. Por primera vez desde que la habían secuestrado, alguien de fuera del Tajo había entrado en la casa, y probablemente era un hombre de la ley. ¿Qué lo había traído hasta ahí? ¿Se habría producido por fin algún avance en la investigación, algo que las vinculara a ella o a Gayle con el Tajo? No, no podía ser eso: una pista sólida habría tenido como consecuencia algo más que un registro superficial de su prisión. Pese a todo, un forastero había estado ahí, en esa sala. Si hubiera podido gritar, la habría oído.

Tan cerca, había estado tan cerca.

Pero, entonces, ¿qué habría pasado? El Tajo lo habría matado, tanto si era un hombre de la ley como si no. El secuestro estaba penado con diez años en Virginia Occidental —Paige lo había leído en un artículo de una revista— y una única condena por violación podía llevar a alguien a la cárcel durante treinta y cinco años, por no hablar de múltiples acusaciones vinculadas a muchas mujeres. Nadie que Paige hubiera conocido hasta ahora en ese lugar —ni Cassander, ni Oberon, ni ciertamente menos aún, la puta de Hannah— iba a entregarse sin plantar cara.

Sherah se presentó para controlar cómo estaban poco después de las nueve, y luego las luces principales se apagaron. Paige había ido al lavabo mientras todavía había luz, pero Gayle no, y Paige la oyó moverse a tientas, a la luz de la linterna mientras se desvestía en su dormitorio. Paige se pasó las manos por el vientre hinchado. Se sentía pesada y blanda. Y también le parecía que tendría que volver a orinar. Así que deseó que Gayle se diera prisa. Se puso el camisón por la cabeza y se sentó al borde de la cama. Al

cabo de unos minutos oyó la cadena del retrete y entonces Gayle apareció en su puerta.

—Tengo un regalo para ti —dijo. Al acercársele, Paige vio que la chica sonreía.

Paige no sabía si le gustaba cómo sonaba aquello. Conocía muy bien todas las pertenencias de Gayle. No tenía nada que pudiera regalarle, o nada que ella pudiera querer.

—¿Qué es? —preguntó.

Gayle extendió las manos, con las palmas hacia abajo y cerradas en un puño. Tenía unas manos grandes para ser una chica tan pequeña, con dedos largos y musculosos. Le había contado a Paige que había tocado el piano, antes..., bueno, antes de que pasara lo que la había hecho fugarse de casa, algo que todavía no le había contado, pero sobre lo que ésta ya albergaba alguna sospecha. Era por la forma en que Gayle pronunciaba las palabras «el novio de mi madre», y la expresión que las acompañaba, como si acabara de tragarse algo malo.

—Elige una.

—Tengo que mear.

—Por favor, escoge una.

—La izquierda.

Gayle abrió el puño. En la palma había un trozo de ladrillo rojo: un trozo pesado, por el aspecto. Paige se lo cogió y lo sopesó en la mano.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Del mismo sitio que esto —dijo Gayle abriendo el puño derecho para descubrir una piedra larga y estrecha, con una especie de punta roma en el extremo, como una herramienta antigua descubierta en el curso de una excavación arqueológica—. Del sótano. Los desenterré con los dedos mientras nos tuvieron encerradas ahí abajo.

Paige miró a Gayle con otros ojos. Mientras ella había estado escuchando las voces y las pisadas que podrían representar la posibilidad de su rescate y dándole vueltas a lo mucho que odiaba a Hannah, Gayle no había estado de brazos cruzados.

Y no eran unas simples piedras. Eran armas.

—Así que, ¿cuándo vamos a usarlas? —preguntó Gayle.

Paige apretó con fuerza el trozo de ladrillo, levantó la mano y la bajó en un único y ágil movimiento. Sí, pensó, puedo hacerlo. Se imaginó la nariz de Sherah rompiéndose y a Hannah sangrando por las orejas.

—Pronto —dijo Paige.

Muy pronto.

Cuarta parte

Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses y raeréis su nombre de aquel lugar.

Deuteronomio 12, 3

Parker se dirigió hacia el este no mucho después de su charla con Alvin Martin, justo cuando la luz empezaba a declinar. Las nubes pendían bajas sobre las colinas verdes y volutas blancas se alzaban del bosque como humo de fuegos invisibles. Pasó por delante de casas con demasiada basura acumulada en sus patios y poco dinero para mantenerlas. Vio rótulos baratos para remiendos de ropa, barberías y peluquerías, el tipo de negocio que podía abrirse fácilmente con poca inversión, y que podía cerrarse igual de fácilmente. Dejó atrás buzones abiertos y vacíos de casas ocultas entre los árboles, y perdió la cuenta de los rótulos de CARRETERA PRIVADA. Baptistas, metodistas y presbiterianos rivalizaban por los creyentes desde iglesias junto a los arcenes que no daban la menor pista de la sustancia de sus creencias, más allá de las sencillas cruces y las fachadas aún más sencillas, la mayoría de ellas indistinguibles de las deterioradas tiendas y las maltrechas casas que las rodeaban. Si había católicos por aquí, pensó Parker, no se hacían notar y se mantenían fuera de la vista.

No había sacado gran cosa de Norah Meddows, pero eso ya lo había previsto. Se daba por satisfecho con haberla puesto nerviosa; y a través de Alvin Martin ahora creía disponer de un nombre y una localización para los implicados en el tormento de Jerome Burnel: el Tajo.

Sí, tal como pensaba, Meddows estaba implicada en todo lo que le había

pasado a su marido, ella llamaría a sus cómplices del Tajo, y a ellos les correspondería la decisión: o seguir haciendo caso omiso al interés de Parker por sus asuntos —lo que parecía improbable, incluso insensato— o tomar medidas contra él. Podían darle largas por un tiempo, pero al final, aunque sólo fuera con su mera presencia, les obligaría a moverse contra él. Los atraería sobre sí y, al hacerlo, se descubrirían. Después de eso, podía empezar a cargárselos.

No le extrañó que la investigación sobre la desaparición de Jerome Burnel le hubiera llevado a ponerse en contacto una vez más con Alvin Martin, del mismo modo que tampoco le había parecido especialmente raro que el abuelo de Ian Williamson le hubiera dado una pista que vinculaba aquello con el Rey Muerto. Parker era un arma en manos de un dios invisible. Recorría senderos enmarañados, y lo sorprendente no era que a veces se cruzaran, sino que no lo hicieran con más frecuencia.

Pero ver a Alvin Martin había hecho que Parker se acordara de otros tiempos, cuando era una persona distinta, una criatura llena de ira y dolor, que se arriesgaba a que lo destruyeran a él mismo persiguiendo al hombre que le había arrebatado a su familia para vengarse de él. Hablar con Martin retrotrajo a Parker al Viajante, y a una casa de Brooklyn en la que había depositado tantas promesas, y a una visión de sí mismo deslumbrado por los focos de la policía con la sangre de su esposa y su hija en las manos. Parte de esa rabia todavía seguía en su interior, pero ahora podía alimentarla sin permitirse que a su vez le consumiera.

O eso se decía a sí mismo.

Condujo en silencio hacia Plassey County hasta que empezó a llover y la carretera se tornó resbaladiza. Una sensación de cansancio se abatió sobre él, y el costado y la espalda empezaron a dolerle. Vio aparecer una luz roja y amarilla entre los árboles y se paró en un aparcamiento con virutas de madera esparcidas por el suelo, tras el cual había un edificio bajo con una fachada de troncos y ventanas de vidrio policromado. Parecía más una iglesia que un restaurante, pero el rótulo, RICKETT'S COUNTRY PROVISIONS, prometía café y productos horneados, además de «iconografía religiosa artesanal». En condiciones normales, la última oferta habría hecho que Parker buscara un

entorno más convencional en el que descansar, pero el dolor era insistente, y necesitaba bajar del coche y estirar las piernas.

Dentro, el Rickett's olía a granos de café y a madera recién talada. En un mostrador a la izquierda había tazas y vasos de papel, y en una vitrina se veían panecillos, bollos de canela y pedazos de bizcocho. A lo largo de la pared que se extendía por detrás se desplegaba una sucesión de ventanas, mientras que delante del mostrador había tres mesas con sillas disparejas. De fondo sonaba una música coral, aunque Parker no pudo identificarla. Tanto daba. Su atención se concentró en el resto del interior del local.

Todo el espacio disponible —paredes, suelo, incluso las vigas bajo el techo— estaba cubierto de esculturas talladas. Algunas eran simplemente cabezas o bustos; otras, cuerpos enteros. Todas eran imágenes de santos y ángeles, aunque Parker sólo pudo reconocer unos pocos, un vestigio de su infancia, que incluyó un periodo de monaguillo. Los iconos de los cuatro evangelistas formaban un grupo a su izquierda, cada uno representado de diversas formas, de manera que Mateo era un hombre alado con una lanza en una versión, y, en otra, sostenía un monedero; Juan llevaba un cáliz del que emergía una serpiente, pero a su lado, en una talla más pequeña, llevaba un águila en el brazo. En otros rincones, Francisco de Asís aparecía rodeado de una fantasmagoría de aves, peces y cabezas de lobo, mientras que tras él se veía a un Gabriel con armadura soplando una trompeta para anunciar la resurrección de los muertos y el advenimiento del Señor, aunque Parker recordaba que el padre Flannan le había explicado que la Biblia no identificaba el nombre del heraldo, y esa iconografía era fruto del arte bizantino, del cual Parker no sabía gran cosa por entonces y menos aún ahora.

Parker se adentró en el local entre las inmóviles tallas y los ojos ciegos, hasta que se detuvo en seco a causa de una figura que lo retrotrajo de manera confusa a muchos años atrás, igual que le había sucedido al encontrarse con Alvin Martin hacía sólo unas horas, salvo que, en esta ocasión, lo hizo con una fuerza visceral y que olía a sangre. Era una estatua de san Bartolomé, de tamaño natural y anatómicamente correcta, desollado, con la piel arrancada del cuerpo envolviéndole como una estola los hombros y alrededor de la cintura, cubriendo su ingle mientras caía hacia la derecha, colgando hasta sus

pies por la izquierda. Sostenía un cuchillo en una mano y una Biblia en la otra.

Y en la agonía del santo, Parker recordó los últimos sufrimientos de su esposa y de su hija, y, en su momento, el suyo propio. Quería apartar la mirada, pero no reunía el valor para hacerlo, porque la talla era terrible y hermosa a la vez. Ni siquiera se fijó en el hombre que se le acercó hasta que oyó una exhalación detrás, y descubrió a su lado una figura que casi podría haber sido la imagen de un santo en persona, un mártir del mundo antiguo, con una barba blanca sobre su piel olivácea incluso bajo la tenue luz del taller, y la cabeza completamente rasurada y lisa hasta lo antinatural, una imagen en la que sólo las gafas que ampliaban sus ojos castaños claros indicaban su modernidad.

—¿Sabe quién es? —preguntó. Su voz sonó suave y aguda.

—San Bartolomé.

—Muy bien. —Asintió mostrando su aprobación—. Algunas fuentes afirman que lo metieron en un saco y lo arrojaron al mar, pero ésa no es una imagen que inspire un gran arte. La tradición cristiana afirma que fue desollado vivo en Armenia y luego decapitado. Lo denominan «martirio sirio». Lo de la decapitación tiende a quedar fuera de las descripciones. Resulta difícil extraer algo de belleza de un mártir sin cabeza.

—¿Lo talla usted?

—Bueno, esta versión es obra mía, pero no puedo atribuirme más que eso. La copié. La original la creó Marco d'Agate en 1562 y se encuentra en el transepto de la catedral de Milán. Siempre he albergado la esperanza de visitarla algún día, pero ya no creo que pueda hacerlo. Trabajé a partir de fotografías. Es curioso, o tal vez, bien pensado, no lo sea tanto, pero nadie se ha interesado en comprarla. Tampoco estoy seguro de que la vendiera, aunque alguien quisiera comprarla. Pero, claro, dependería de lo que se me ofreciera. No se sienta cohibido y diga una cantidad, si le apetece.

—Pues no —dijo Parker—, pero gracias de todos modos. —Se obligó a apartar la mirada de la escultura—. ¿Y quién le compra su obra? —preguntó.

—Oh, sobre todo iglesias —fue la respuesta—, aunque no muchas de las que se ven por aquí; no les va la idolatría. Algunos coleccionistas. Incluso

vendo a bares y restaurantes, porque estas estatuas no han sido bendecidas ni nada por el estilo. Pero tienen un poder, ¿sabe?, tanto si han sido rociadas con agua bendita como si no. Hago más de las que llegaré a vender en mi vida. Me cuidan. Cuando se llevan una, tallo otra, pero siempre procuro mantener unas cuantas en reserva. —Le tendió la mano.

—Soy Thomas Rickett.

—Charlie Parker.

Se estrecharon las manos.

—¿Sabe que tiene el mismo nombre que...?

—Lo sé.

—Sí, supongo que se lo habrán dicho antes.

—Algunas veces.

—No es nada malo. Yo casi llevo el nombre de una enfermedad, pero mi padre siempre decía que estábamos emparentados con el general James Brewerton Ricketts, que luchó en el ejército de la Unión durante la guerra de Secesión. Procuraba contarle sólo dentro del círculo familiar, consciente de en qué lado de la Línea Mason-Dixon residía.^[4] ¿Quería un café o alguna otra cosa?

—Un café estaría bien.

—¿Para llevar o en una taza de café de hombre civilizado?

—En una taza, si no es molestia.

—En absoluto. Mi esposa es la que suele ocuparse de esta vertiente del negocio, pero ahora ha salido a darle al palique con su hermana.

Rickett fue detrás de la barra para servir el café.

—¿Alguna pasta?

Parker pidió una porción de bizcocho, aunque no tenía hambre. Le pareció justo aportar algo al negocio de Rickett.

—Es una combinación poco frecuente —dijo Parker—, una cafetería y un taller de esculturas religiosas.

—La cafetería atrae a la gente y ésta a veces compra un recuerdo. —Hizo un gesto hacia unos estantes junto a la puerta, cargados de pequeños crucifijos, escenas de la natividad y estatuas de la Virgen María con ventosas para sujetarlas al salpicadero del coche—. Puede parecer raro, pero la verdad

es que funciona.

Rickett le sirvió a Parker la porción de bizcocho en un plato de porcelana.

—¿De dónde es?

—De Portland, Maine.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Negocios.

—Ya. —Rickett asintió educadamente, esperando que Parker continuase, si lo creía conveniente.

—En Plassey County —añadió Parker. Supuso que eso no podía hacer ningún mal. Todavía sabía muy poca cosa de Plassey, aparte de lo que le había contado Alvin Martin.

—Es ese caso se encuentra casi en la frontera —dijo Rickett—. Un kilómetro más y entrará en Plassey. Hasta allí sólo hay árboles.

—No me ha preguntado a qué negocios me dedico.

—Eso es porque si tiene que ver con Plassey, puede que sea mejor no saberlo.

—Podría ser un vendedor.

—No tiene aspecto de vendedor. Más bien de hombre de la ley.

—Privado.

—Como los de la tele.

—Exactamente —dijo Parker.

Bebió su café y le dio un mordisco al bizcocho, por guardar las apariencias. Pero estaba bueno y comió un poco más.

—¿Va con frecuencia a Plassey County? —le preguntó a Rickett.

—No, para nada.

—Eso suena muy tajante.

—Lo es.

La expresión de Rickett nunca cambiaba. Se mostraba sonriente, amable y muy muy cauteloso en lo que ocultaba.

—Veo que lleva una cruz —dijo.

Parker llevaba el cuello de la camisa desabotonado dejando al descubierto una pequeña cruz de peregrino.

—Sí.

—Parece antigua.

—Bizantina.

—Vaya, entonces lo es. ¿Tiene algún significado para usted?

—¿En qué sentido?

—¿Es usted un hombre cristiano o la lleva sólo porque es un objeto bonito?

—Las dos cosas, supongo.

—Bien —dijo Rickett—. La belleza no hace ningún daño si se utiliza correctamente, pero es la creencia lo que infunde poder a un objeto. Creo que el espíritu de Dios habita en cada uno de estos santos y ángeles. Por eso no me preocupo demasiado si acaban en restaurantes de moda o en bares oscuros que buscan comprar un poco de atmósfera limpia. A quienes van a esos locales no les hace ningún daño tener un santo guardándolos.

Y en ese comentario sobre el poder y la creencia, Parker oyó algo similar a lo que había salido de la boca de Williamson, y se preguntó de nuevo por la naturaleza del Rey Muerto del Tajo.

—Tenga cuidado y no se quite esa cruz allá adonde va —prosiguió Rickett.

—¿En Plassey County?

—Sí, en Plassey County. Si va allí y es un hombre de la ley, del estado o privado, acabará topándose con el Tajo.

—¿Los conoce?

—La mayoría de la gente del condado y de las zonas limítrofes los conoce.

—¿Son delincuentes?

—Lo son, y algo peor.

—¿Mucho peor?

—Sólo sé lo que me cuentan los santos —dijo Rickett.

—¿Y qué le cuentan?

—Que yo no soy el único por aquí que cree en el poder de una imagen tallada.

Parker abrió la boca para volver a hablar, pero Rickett levantó la mano derecha en un gesto de advertencia.

—No, sé lo que va a decir, pero no se le ocurra pronunciar ese nombre en voz alta. La gente, ya sean turistas o viajeros, entra aquí y cree que ve un taller, una tienda, una colección. Pero no es eso. ¿Quiere saber lo que tengo aquí, señor Parker?

—¿Protección?

—Un ejército —le confirmó Rickett—. Para mantener a raya a lo que sea que haya en el Tajo.

Alcanzó la taza de Parker.

—¿Le apetece más café?

—No, gracias —dijo Parker—. Ya he tomado bastante. Y tampoco quiero más bizcocho —añadió, aunque a esas alturas apenas quedaban unas migas.

Rickett recogió la taza y el plato y los dejó en un fregadero debajo del mostrador. Miró su reloj.

—No creo que vaya a hacer más negocio esta noche —dijo—. Es hora de apagar la luz.

Parker lo interpretó como que le invitaba a que se marchara. Quería hacerle más preguntas, pero estaba claro que no iba a sonsacarle mucho más. Se encaminó hacia la puerta y Rickett lo siguió.

—Lamento lo de la estatua —dijo Rickett cuando Parker abría la puerta.

—¿Por qué?

—El hombre desollado. He visto en su mirada que le ha conmovido. He tardado un poco en establecer la relación. Su nombre me resultaba familiar, pero no por la música.

—¿También se lo contaron los santos?

—Pues mire, creo que seguramente sí. De otro modo yo no le habría hablado de forma tan abierta.

Ambos miraron hacia la oscuridad del este, donde aguardaba el Tajo.

—Antes pensaba que todo esto iba del bien y el mal —dijo Rickett—, pero no es así.

—¿No?

—Hay un tipo de maldad que ni siquiera se opone al bien, porque el bien es irrelevante para ella. Es una abyección que radica en el corazón de la existencia, que nació con la materia misma del universo. Está en la

descomposición hacia la que tienden todas las cosas. Existe, y siempre existirá, pero al morir la dejamos atrás.

—¿Y mientras vivimos?

—La contrarrestamos con nuestras almas, y también con nuestros santos y nuestros ángeles. —Le dio una palmada en el hombro a Parker—. Sobre todo con los que destruyen.

Parker fue caminando hasta su coche, se subió y lo puso en marcha. «El pasado es más real que el presente», pensó, «y siempre llevamos nuestras historias con nosotros.» Salió del aparcamiento y giró a la derecha. Sólo cuando estuvo en la carretera y se alejaba, se apagó el rótulo del Rickett's, con lo que ya sólo pudo guiarse por sus propias luces. Parker ya estaba a casi un kilómetro cuando se dio cuenta de que todas las caras del taller de Rickett miraban hacia el este.

Hacia el Tajo.

Hacia el Rey Muerto.

Henkel no se había quitado el Tajo de la cabeza desde que había acabado el registro. Fuera lo que fuese lo que esperaba encontrar allí —y, en primera instancia, no era Perry Lutter— se le había escapado. Si le hubieran obligado a darle nombre, lo habría llamado «pruebas»: pruebas de que lo que le decía el instinto sobre el Tajo no estaba errado.

La búsqueda de Perry se había extendido a todo el estado, y los periódicos y la televisión informaban al respecto porque Henkel se aseguró de que así lo hicieran, por la cuenta que les traía. La policía del estado también se despabiló un poco de su habitual indolencia porque Perry había sido el que había descubierto a Killian y Huff, y Henkel había dejado caer que podría haber visto a la persona o personas que se habían deshecho de los cadáveres. No obstante, una vez más, no tenía ninguna prueba, y los padres de Perry seguían repitiendo la versión de que Perry no les había dicho nada que indicara que había presenciado un crimen. Henkel no quería apretarlos demasiado, todavía no. Se encontraban en un estado de equilibrio desesperado, temerosos del Tajo por un lado y de perder a su hijo para siempre por el otro.

Henkel se había enterado por radio macuto de que Charlie Lutter había mandado al Tajo a un intermediario, Morton Dryden, después de haber concluido el registro del territorio. Era una tarea delicada y resultaba peligroso cumplirla sin acusarles de haber cometido un crimen, pero el

mensaje fue transmitido con cautela, o eso le dijo su confidente a Henkel. Según parecía, Dryden le había dicho a Oberon que Charlie deseaba que su hijo no hubiera encontrado nunca aquellos cuerpos, y ni Perry ni nadie de su familia sabían cómo habían acabado allí. Tal vez albergaban la esperanza de que, si Oberon estaba reteniendo a Perry, o sabía algo de su paradero, a lo mejor lo soltaba, por si Perry estaba siendo utilizado como una especie de rehén hasta que la investigación se fuera apagando.

Pero la investigación ya se había desviado hacia los cárteles, de manera que cualquier movimiento por parte del Tajo contra Perry sólo habría conseguido volver a llamar la atención sobre Plassey County. El Tajo no sacaba ninguna ventaja reteniendo a Perry para animar a sus padres a guardar silencio, y si se lo hubiera llevado, se habría tomado la molestia de que los Lutter supieran que así había sido. No había motivos para tener un rehén si nadie lo sabía.

De manera que si no era el Tajo el que retenía a Perry, ¿qué opciones quedaban? Henkel todavía albergaba la esperanza de encontrar al chico con vida, tal vez en el fondo de un hoyo o en el lecho de un río, con una pierna rota que le habría impedido andar, pero los rastreadores habían peinado Plassey a fondo y no habían encontrado ni una huella de él. Aunque, bien pensado, por pequeño que fuera el condado todavía quedaba mucho territorio por cubrir, y un hombre herido podía pasar inadvertido, sobre todo si estaba inconsciente o demasiado débil para gritar pidiendo ayuda.

Sentado a oscuras en su cocina, Henkel sabía que la esperanza no importaba mucho. En el fondo de su corazón, estaba convencido de que Perry Lutter había muerto, y si su muerte no había sido accidental, entonces el Tajo debía de ser el responsable, porque toda esa historia sobre los mexicanos no era más que una tontería. Pero, una vez más, como en la imagen de la serpiente que se muerde la cola, Henkel volvió a la cuestión de por qué se arriesgaría el Tajo a meterse en más líos cuando ya se estaba buscando en otro sitio a los asesinos de Killian y Huff. Oberon y su gente tendrían que estar desesperados o haberse vuelto locos para hacer algo así, lo que implicaba que: a) Perry Lutter había visto con seguridad a la persona o personas que habían enterrado a Killian y Huff; b) podía identificarlos, lo que

indicaba que eran de la zona, y c) los implicados conocían lo bastante a Perry para saber que le gustaba hablar y que acabaría revelando inevitablemente lo que había visto. Las advertencias no bastarían para disuadirle.

Henkel oyó ruidos procedentes del dormitorio e Irene apareció en la puerta. La había dejado sumida en una modorra poscoito. Llevaba puesta una de las camisetas de él, que dejaba al descubierto sus piernas, lo que era de agradecer. Era una mujer atractiva: largo cabello oscuro, en la cuarentena, y con rasgos que maduraban con la edad. Henkel no tenía ni idea de qué hacía con él, y ni siquiera sabía mucho de ella ni de dónde había salido. Le había contado algo sobre un ex marido, pero de hacía mucho tiempo y era agua pasada. Henkel y ella no habían hablado de hacia dónde iba su relación — todo era demasiado reciente todavía—, pero por ahora se alegraba de su compañía.

—¿Qué haces?

—Pienso.

—¿Sobre qué?

—Perry Lutter.

—Esperaba que estuvieras pensando en mí.

—Ahora pienso en ti —dijo—. Cuesta no hacerlo con unas piernas como éstas.

—Entonces vuelve a la cama.

—Enseguida. En cuanto me acabe la leche.

Ella no se movió.

—Sigues pensando que lo mataron los del Tajo, ¿verdad?

—He descartado a nuestros fantasmas mexicanos.

—¿Por qué odias tanto a los del Tajo?

—No los odio.

—Sí que los odias. Puede que no te des cuenta, pero lo noto.

Henkel buscó las palabras apropiadas, pero no las encontró, así que se conformó con decir:

—Simplemente, esa gente no está bien.

—Pero no tienes pruebas.

—Tienen una historia de violencia y criminalidad.

—Eso dicen, pero aun cuando fueran así en el pasado, eso no implica que sean igual ahora.

—Parece que estés de su parte.

—¡Yo no estoy de parte de nadie!

—Ni siquiera de la mía.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero que te hagan daño.

—¿Crees que el Tajo quiere hacerme daño?

—Sí, si sigues presionándoles.

—Eso parece contradecir lo que has dicho hace un momento.

—No tienen por qué hacerte daño físicamente. Pueden presionar a la gente, asegurarse de que pierdes las elecciones. Una vez que tengan en el cargo a alguien de su gusto al que puedan manipular, te expulsarán del departamento, incluso del condado, y eso si no dimites en cuanto se hayan contado los votos.

—Hay bastante gente en Plassey que no cree que el Tajo deba ser la ley aquí. Por eso me votaron la primera vez.

—Y el Tajo ya ha visto lo que eres capaz de hacer, y ahora sabe con certeza que no estás de su parte. Eso no les gusta.

—Habla una voz bien informada.

—Cualquiera con dos orejas oye lo que se dice por ahí.

Henkel se bebió el resto de la leche, fue al fregadero y echó un poco de agua en el vaso.

—¿Por qué estás conmigo? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Por qué estás aquí, conmigo, en esta casa, en esta...?

—¿Relación?

—Sí.

—Porque me gustas.

—¿Me respetas?

—Claro. Si no, no estaría contigo. Eso implicaría que no me respeto a mí misma.

—En ese caso tienes que entender por qué no puedo dejar que el Tajo se

salga con la suya. Y no se trata sólo de Perry o de lo que haya ocurrido en el pasado.

—Entonces ¿de qué se trata?

No se lo había dicho a nadie. Ni siquiera estaba seguro de que tuviera sentido. Pero ella le gustaba, y era una mujer, así que tal vez lo entendiera.

—Tienen un edificio en el bosque, justo detrás del centro del Tajo. Miré dentro. Me contaron que lo utilizaban como almacén, o como un espacio adonde se podía ir a dormir cuando alguien no se llevaba bien con su familia. Me dio la impresión de que había estado ocupado hasta hacía poco. Capté el aroma de jabón en el aire, el tipo de jabón que usaría una mujer, y había cabellos que parecían húmedos en el desagüe de la ducha.

—¿Y? En el Tajo hay mujeres, y sé que yo querría alejarme de algunos de esos hombres de vez en cuando si estuviera casada con cualquiera de ellos. Una de esas mujeres podría haber estado utilizando la cabaña.

—La cabaña tiene una cerradura en el exterior, pero por dentro no hay ni un cerrojo.

—¿Y eso qué significa?

—Que sólo puede cerrarse desde fuera. Si yo me instalara en una cabaña para sentirme a salvo, me gustaría poder cerrarme. Es verdad que hay una segunda puerta interior, y que podría cerrarse con llave, pero aun así no acaba de cuadrarme.

Ella se lo pensó.

—Sí, es raro.

—Tampoco vi ningún interruptor dentro, ni siquiera enchufes. Tiene las instalaciones para electricidad y calefacción, pero las luces están cubiertas por rejillas de acero de forma que nadie puede alcanzarlas.

Irene se le acercó a la mesa de la cocina. Se sentó enfrente y le sostuvo las manos, pero no dijo nada.

—No es un sitio para que viva nadie —dijo él—; es un sitio para retener personas. Es una celda.

—Pero ¿a quién iban a tener ahí? —preguntó ella—, ¿a Perry?

—No, a Perry no.

—Entonces ¿a quién?

—No lo sé —dijo él.

Y se quedaron así un rato, unidos por el tacto, sin hablar en la oscuridad que parecía escucharles.

Al oeste, en su acogedora casa de German Village, Norah Meddows se preparaba un baño y se sirvió una copa de vino para tomársela cuando estuviera en la bañera. Su madre había nacido en Columbus, pero se había casado con un hombre de Plassey County. El matrimonio no había durado, así que tal vez lo llevaba en los genes, pero Meddows se sentía muy a gusto en la ciudad natal de su madre. Siempre le había encantado, especialmente German Village, con sus calles adoquinadas y sus farolas de gas, y había tenido que ahorrar mucho y privarse de bastantes cosas para reunir el dinero y poder dar una entrada para una casa ahí, aunque era una de las más pequeñas de la calle. Si se asomaba a la ventana de su dormitorio, veía las luces del restaurante Old Mohawk, un antiguo gran almacén que había sido burdel y local de bebida clandestina durante la Prohibición, para luego abrir como taberna en los años treinta, donde se servía una famosa sopa de tortugas criadas en el foso de cieno del sótano. Tenía las paredes de ladrillo, además de un tejado de zinc prensado, y los domingos ofrecía un plato de solomillo por 10,99 dólares. Era su lugar de evasión y su refugio. Se había pasado por allí más temprano, no para comer sino para beber. El entorno familiar la ayudaba a calmar los nervios. Con una llamada había condenado al detective privado a muerte, pero la probabilidad de que lo asesinaran no era lo que la había llevado al bar del Old Mohawk. Lo que esperaba es que nada de todo aquello acabara alcanzándola de rebote.

A veces, le parecía que Columbus se encontraba demasiado cerca de Virginia Occidental y del Tajo para sentirse cómoda, pero después del tiroteo de Dunstan se lo habían dejado claro: la querían cerca, por si alguien la visitaba. Había tardado años, pero finalmente alguien lo había hecho.

El abogado Starcher siempre había sido su punto de contacto con el Tajo. Había oído hablar de él desde que había vivido en Plassey County, cuando su padre se había metido en problemas con el Tajo por una cuestión de tierras y Starcher lo había solucionado. Fue a él a quien recurrió cuando se le ocurrió el plan de robarle las piedras preciosas a su marido y repartir el botín con el Tajo. También había sido su abogado en el divorcio tras conseguir que le permitieran ejercer como tal en ese caso. A ella le habían dejado claro que no tenía mucho que decir al respecto, y el Tajo le había cobrado una tarifa por establecerse, y seguía cobrándole por su negocio cada mes. Podría haberse quejado, dado que había sido culpa de ellos que un robo sencillo hubiera degenerado en un tiroteo que acabó con la muerte de dos de los suyos, pero las consecuencias habrían sido, en el mejor de los casos, que le subieran lo que le cobraban, y, en el peor, una tumba poco profunda en cualquier sitio, con las gradaciones que se quiera imaginar entre ambos extremos. El Tajo le echaba la culpa de lo sucedido en Maine, y era improbable que se lo perdonaran en este mundo.

La bañera se iba llenando lentamente. Se encendió un cigarrillo. Nunca fumaba en la tienda porque no quería que la ropa oliera a tabaco, pero le gustaba fumarse un pitillo con una copa de vino. Miró la brasa de la punta y pensó en Harpur Griffin. Todavía no sabía por qué lo habrían matado.

Llamaron a la puerta. Se acercó al interfono del recibidor y pulsó el botón.

—¿Quién es?

—Soy Héctor, señorita Meddow.

Siempre la llamaba señorita Meddow, no sabía pronunciar bien la ese final.

—¿Es urgente? Estoy a punto de darme un baño.

—Tenemos un incendio en el almacén. Es un follón.

—Mierda.

Arrojó el cigarrillo al lavabo del cuarto de baño. Se ciñó el albornoz, cerró el grifo y se dirigió a la puerta principal descalza. Se fijó en que se había soltado un hilo del albornoz y le vino a la cabeza la expresión «cabos sueltos». ¿Por eso habían matado a Harpur Griffin? Dios, ¿acaso le había ido a visitar Parker también y él le habló del Tajo?

Y un incendio. Ahora un puto incendio. Era lo que le faltaba.

Abrió la puerta. Héctor estaba en el escalón del umbral, pero detrás de él había otros dos hombres. Los dos llevaban pasamontañas negros y sostenían pistolas. Eran Rugers del calibre 22, casi nuevas, cada una equipada con un silenciador. La bala de la primera alcanzó a Héctor en la base del cráneo y le partió la médula espinal, provocándole una parálisis instantánea del cuello para abajo. Mientras se derrumbaba, el que había disparado se adelantó y arrastró al agonizante Héctor dentro de la casa mientras el otro hombre apuntaba a Meddows.

La puerta se cerró tras ellos. Héctor, según se fijó Meddows, no sangraba mucho. Le pareció raro. Habría esperado más sangre. Sólo entonces ella empezó a temblar.

Uno de los hombres se quitó el pasamontañas y dejó a la vista la cara de Marius Hobb.

—No le conté nada —dijo Meddows—. No le contaría nada a nadie.

—Da igual —replicó Marius.

La golpeó una vez con el arma. Meddows se desmoronó.

Ni siquiera oyó el disparo que la mató.

Por la mañana temprano, Henkel se pasó por el Shelby's para comprar un café y una rosquilla y luego dio una vuelta en torno al Tajo, pero no vio salir ningún vehículo ni a ninguno de sus habitantes. La vegetación de hoja perenne formaba una barrera a su alrededor, una manifestación física de la impenetrabilidad esencial de aquel lugar. Había llevado a los rastreadores al interior mismo del Tajo, pero no estaba más cerca de descubrir ninguno de sus secretos.

Henkel sólo se comió la mitad de la rosquilla. La había pedido sin pensar, pero cuando picaba algo que no debería comer, notaba que le dolía el corazón. Tenía que confirmar pronto la fecha de su operación. En cuanto lo hiciera, seguramente sus problemas de salud se harían públicos. No había forma de mantener en secreto algo como eso, ni aunque se recuperara rápidamente. El Tajo lo explotaría. ¿Un sheriff con problemas de corazón? Chicos, susurrarían, tendríais que ser cuidadosos y no votar a un hombre con esa debilidad.

El Tajo estaba ganando. Se dio cuenta en ese momento. Siempre ganaba. Uno no sobrevivía durante siglos sin adquirir las habilidades necesarias para hacer frente a quienes pretendieran tocarte. El Tajo se había librado de que lo relacionaran con los asesinatos de Killian y Huff, y hasta ahora había eludido que lo implicaran en la desaparición de Perry Lutter. Tal vez Irene tenía razón: había dejado que todo esto se volviera algo personal, y era posible que

lo cegara y no le permitiera ver la verdad. Y, al final, ¿qué más daba? La gente de Plassey County no quería que el Tajo desapareciera. Se habían acostumbrado a su maldad, hasta el punto de que ya ni siquiera la reconocían como tal. Su iniquidad se había difuminado en el transcurso de los años. Estaba en todo y se desprendía de todo, de manera que su presencia ya apenas era percibida. Incluso circulaban ya otras explicaciones para la desaparición de Perry Lutter.

Perry se cayó. Sufrió un ataque al corazón o algo así. Ya se sabe cómo son los de su clase. Son especiales, pero no viven tanto como la gente normal. ¿El Tajo? No, el Tajo no le haría daño a Perry Lutter. Nadie se lo haría, no en este condado.

Las fuerzas de la ley, tal como estaban las cosas, sólo servían como contrapeso. El condado no quería a Henkel. Mierda, ni siquiera caía muy bien. Ningún hombre cuyas funciones laborales incluyeran las palabras «recaudador de impuestos» inspiraría nunca demasiada simpatía en la población en general.

Mientras rodeaba el Tajo, Henkel decidió que fuera lo que Dios quisiera. Pediría una cita en el hospital, informaría a la gente pertinente de por qué iba a tomarse un descanso, y ellos harían correr la voz al resto del condado; se presentaría a la reelección al año siguiente, y si no conseguía el cargo, bueno, podía irse al oeste para estar más cerca de sus hijos.

Condujo hasta la oficina del sheriff, donde le esperaba un mensaje indicándole que llamara al mayor Alvin Martin de la policía del estado de Virginia Occidental.

Henkel conocía vagamente a Martin de alguna conferencia y de las esporádicas conversaciones telefónicas que había mantenido con él cuando los asuntos del condado y del estado se entrecruzaban. El cargo de Martin era básicamente administrativo. Ya no asumía ninguna función activa en las investigaciones, y seguro que por eso había conseguido mantener una hoja de servicios tan limpia. A Henkel, por alguna razón, Martin le recordaba a un coche nuevo antes de sacarlo del aparcamiento.

Henkel cerró la puerta de su despacho, se sentó a la mesa y marcó el número de Martin. Era una línea directa, y Martin respondió al segundo timbrado. Intercambiaron saludos, se preguntaron por las respectivas familias y entonces Martin empezó a hablar sobre una iniciativa interdepartamental diseñada para combatir el sexismo en los procesos de reclutamiento de nuevos agentes, momento en el que a Henkel empezó a picarle el culo de puro aburrimiento. No entendía qué tenía de urgente aquella mierda. Martin podría haberle mandado un correo electrónico, y así Henkel podría haberlo ignorado con más facilidad. Él no era machista. Una de sus mejores ayudantes era una mujer, y la había contratado él. Era una de las dos contrataciones que se le permitían en tres años debido a los límites presupuestarios y a que no había jubilaciones ni renunciaciones entre los ayudantes actuales. Si a Martin le pagaban por hacer cosas como ésa, entonces Henkel quería una parte de ese dinero que el estado a todas luces desperdiciaba alegremente en las cercanías de Jefferson Road.

Henkel desconectó, así que tardó un momento en darse cuenta de que Martin había dejado de hablar.

—¿Cuándo has dejado de escuchar? —preguntó Martin.

—Hace un rato —dijo Henkel—. No te lo tomes como algo personal.

—Bueno, si alguien pregunta, puedes decir que ésa era la razón oficial de mi llamada.

—¿Hay una extraoficial?

—Un hombre va camino de tu condado. Se llama Charlie Parker. Es un investigador privado de Portland, Maine.

—Si viene a hacer turismo, por aquí no hay mucho que ver.

—Creo que va a por el Tajo.

Siguió un largo silencio.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Henkel.

—¿Has leído lo del tipo al que le prendieron fuego dentro su coche en Maine?

—Harpur Griffin.

—Era de los tuyos, ¿no?

—Hace siglos. No nos ha incordiado con su presencia desde hace mucho

tiempo, gracias a que un juez lo puso entre rejas.

Henkel se incorporó en su mesa. A principio, no había relacionado la inmolación de Griffin con el Tajo. No había motivos. Pero eso sonaba interesante.

—Bueno, pues ahora ya es imposible que vuelva a molestarte —dijo Martin—. Quemado vivo: la gracia es que, en los tiempos más oscuros, era la forma que tenía el Tajo de ocuparse de la gente que los cabreaba.

—Eso dicen. ¿Era Griffin amigo de este investigador?

—No lo creo. Uno de sus clientes ha desaparecido, y tiene un vínculo con Griffin. Dejaré que él te cuente el resto.

—¿Te pidió él que me llamaras?

—No, me pidió que *no* te llamara.

Henkel había cogido un bolígrafo y garabateó un ahorcado.

—¿Qué quiere que haga con esto, mayor?

—Depende de ti. Por mi experiencia, y es una experiencia amarga, tienes dos posibilidades: puedes colaborar con él, o no; pero, decidas lo que decidas, no importará gran cosa. Hará lo que tenga decidido hacer e irá hasta el final.

—Creo que el Tajo asesinó a nuestro chico desaparecido, Perry Lutter —dijo Henkel—, y estoy casi seguro de que asesinaron a Killian y a Huff. También creo que pueden estar reteniendo contra su voluntad a una mujer en el recinto.

—¿A una mujer?, ¿tienes pruebas?

—No, todavía no.

—En ese caso, deja que Parker las busque, pero no te ensucies las manos. Si encuentras una buena razón para entrar, con o sin orden judicial, sea a través de Parker o por iniciativa propia, y necesitas apoyo, llámame, a cualquier hora del día o de la noche.

Le dio a Henkel los números de teléfono de su móvil y de su casa, y el sheriff los apuntó en un cuaderno de post-its de la ferretería de Kibble.

—Le matarán si se les pone delante —dijo Henkel en cuanto acabó de anotar.

—Lo intentarán. Otros ya lo han intentado antes.

—Es un hombre solo.

—No creo que vaya solo. Por lo que tengo entendido, viaja con un séquito armado.

—Dios.

—No creo que Dios forme parte del séquito, pero podría equivocarme. Si lo que quieres es destrozar el Tajo, ahí tienes a tu hombre. Básicamente, mi consejo es que enciendas la mecha y te apartes.

Henkel se asomó por la ventana de su despacho, que daba al norte, como si ya viera el humo alzándose sobre el Tajo.

—Y recuerda —añadió Martin—, el sexismo es enemigo de la buena práctica policial. Te mandaré un cartel que lo dice. Asegúrate de colgarlo en algún sitio visible.

Después de colgarle a Henkel, Martin hizo una segunda llamada. Tras la persecución del Viajante, el FBI había visitado Haven County, concretamente en la figura del agente Ross. Éste le dijo a Martin que si Charlie Parker volvía a ponerse en contacto con él alguna vez, tenía que informar al FBI. Ross había dejado muy claro que no se trataba de una petición y que no tenía fecha de caducidad.

Martin hizo la llamada.

Cuando Parker apareció por fin, no era como Henkel se lo había imaginado. La llamada de Martin le había hecho esperar algo parecido a un ejército de una única persona, erizado de armamento y porte belicoso; un peso pesado. Pero lo que tenía delante era un individuo cinco centímetros más bajo que él, con un aire que Henkel sólo podía describir como de diversión reconcentrada, alguien que intentaba recordar la gracia de un chiste que todavía le hacía sonreír. No podía decirse que pareciese enfermo, pero tenía arrugas en la cara que no eran fruto de la edad, los cortes y puntos blancos en su cuero cabelludo le recordaban a Henkel las marcas de un animal de la jungla.

Una de las secretarias que compartía el departamento del sheriff con otras oficinas del condado, entre ellas la del secretario del condado, la del agrimensor y la del fiscal del distrito, Adel Wickins, le hizo pasar al despacho de Henkel. Wickins y Henkel no se llevaban bien, aunque superficialmente pudiera parecer que su relación era afable y educada. Ser el fiscal de Plassey County suponía una forma sencilla de llevarse sesenta mil dólares al año, sobre todo si, como Wickins, optabas por fingir que el Tajo no existía. Wickins no era un completo inútil —arremetió con ganas contra el abandono y el maltrato infantil y había presentado varias demandas civiles para departamentos del condado sobre el medioambiente—, pero prefería dejar que su ayudante se encargara de la mayor parte del trabajo duro, incluida la mayoría de las acusaciones ante el tribunal, y la empresa de consultoría que

Wickins tenía por su cuenta planteaba regularmente conflictos de intereses que podrían haber inquietado a alguien con un poco más de conciencia o sensibilidad.

El acuerdo tácito entre Henkel y Wickins era que éste dejaría al sheriff ir a su aire siempre que no implicara al Tajo, que era la razón por la que Wickins había hecho cuanto había podido por no dejarle pasar una más a Henkel después de enterarse de las medidas que había tomado durante la búsqueda de Perry Lutter. Henkel se había visto obligado a recordarle que había estado participando en un torneo de golf en el club Pikewood National mientras se llevaba a cabo el registro, y que por tanto no había sido posible consultarle nada. Parecía probable que Wickins no votara a Henkel el día de las elecciones, y haría lo que estuviera en su mano para asegurarse de que nadie más lo hiciera. Pero la verdad es que nadie le concedía mucha credibilidad —incluso la mayoría de los jueces lo consideraban un don nadie—, así que a Henkel no le preocupaba demasiado.

No obstante, se alegraba de que ese día Wickins estuviera en Charleston por negocios, así no presenciaría la llegada de Charlie Parker. Sin embargo, sí que estaba Rob Channer, y el ayudante le lanzó al investigador una mirada de curiosidad al pasar que hizo que Henkel se preguntara si había reconocido de algún modo a Parker.

Henkel y Parker se estrecharon las manos.

—Sé quién es usted —dijo Henkel mientras cerraba la puerta del despacho una vez que hubo entrado Parker—, y sé por qué está aquí.

—¿Alvin Martin?

—Y con la ayuda del buscador de Google.

—¿Y?

Sonó el teléfono del sheriff. Miró el rótulo que identificaba la llamada entrante, vio que era Irene y respondió.

—¿Puedo llamarte luego? —dijo—. El visitante del que te he hablado acaba de llegar.

Ella había pasado antes por allí para saludar, y él le había hablado de la llamada de Martin y del hombre que venía, tal vez para enfrentarse al Tajo. Era la primera vez desde que lo conocía que Irene había visto esperanza en el

rostro de su amante.

Henkel apartó el teléfono y alcanzó su sombrero.

—¿Por qué no damos una vuelta, señor Parker?

Por segunda vez ese día, Henkel condujo alrededor del Tajo, pero ahora con Parker en el asiento del copiloto de su coche patrulla. Le explicó al investigador la historia de esa comunidad, para lo que se extendió a fondo y con precisión en los orígenes del Tajo hasta llegar a la época más reciente. Distinguió con claridad entre lo que sabía con certeza, lo que sospechaba con fundadas razones y lo que eran meras conjeturas por su parte. Le habló de Killian y Huff, de Perry Lutter y del edificio en el centro del Tajo en el que perduraba un leve olor a la presencia de una mujer. Tardó una hora y, al final, Parker había escuchado una letanía de amenazas, intimidaciones, desapariciones y asesinatos que abarcaban siglos.

—¿Cómo han podido pervivir durante tanto tiempo? —preguntó.

—Son parte del tejido del condado —dijo Henkel—, y el condado es parte del tejido del estado. Y no dejan huellas, al menos no habitualmente. Eso es lo llamativo. Son cuidadosos, o lo habían sido hasta hace poco.

—¿Y a qué se debe el cambio?

—Sangre joven. Es más caliente que la vieja. Además, creo que hay cierta rivalidad por el puesto de macho alfa. Oberon, su líder, no tiene herederos varones. Tenía, al menos, un hijo, aunque se dice que podría haber tenido un segundo nacido fuera del matrimonio. Todo esto son rumores, pero dejaron el Tajo hace mucho y lo más probable es que a estas alturas los dos estén muertos.

—¿Oberon? —preguntó Parker— ¿Se llama así de verdad?

—En el Tajo ponen nombres raros a sus hijos. Siempre lo han hecho. Los extraen de la Biblia, de la historia, de la mitología. Es su costumbre. En cualquier caso, Cassander, el segundo de Oberon, tiene dos hijos, y el propio Cassander es unos diez años más joven que Oberon. No son más que rumores, pero Cassander parece creer que ha llegado la hora de que Oberon se aparte y deje paso a los suyos.

—Y Oberon no se aparta.

—Todavía no.

Fueron al Shelby's, donde Henkel se acomodó en su sitio de siempre.

—Le sugeriría no llamar mucho la atención —dijo Henkel—, pero supongo que si no hubiera querido hacerlo no habría entrado en mi despacho y anunciado su presencia como lo hizo.

—Se enterarán de mi presencia aquí muy pronto. Me he fijado en que no me ha preguntado por los detalles.

—Supuse que me los contaría cuando lo creyera oportuno.

Pidieron café y dos porciones de tarta, y Parker le contó todo a Henkel.

Oberon recibió la llamada cuando se dirigía en coche a Turley. Se detuvo a un lado de la carretera, escuchó y luego interrumpió la conexión sin decir palabra. Cuando el teléfono volvió a sonar, no le hizo caso. Se bajó de su camión, entró en el bosque y alzó la mirada al cielo. Los árboles estaban casi desnudos de hojas y sus ramas parecían grietas en el cosmos. Oberon arrancó un trozo de corteza y lo movió entre sus dedos. Se sentía como un hombre condenado que acaba de escuchar la confirmación de la fecha y la hora de su ejecución, y por eso el mundo que le rodeaba le pareció de repente más hermoso, y percibía como si cada imagen, sonido y olor fueran nuevos. El frío que llegaba del norte lo había calado hasta los huesos y por fin había llegado con toda su crudeza, pero no en forma de invierno sino de un hombre. El Tajo se había visto amenazado antes, pero nunca así. Habían atraído al investigador con sus propios actos, por el descuido y el salvajismo de los jóvenes.

Había pensado que lo peor había pasado. Habían salido bien parados del descubrimiento de los dos cadáveres, y del asesinato de un chico discapacitado mental que no había hecho daño a nadie en toda su vida. Había dado permiso para que forasteros realizaran una incursión en el Tajo, y el riesgo había valido la pena. Incluso, con el tiempo, podría contener a Henkel.

Pero este hombre, el tal Parker, era un cazador nato, y algo más, mucho más.

En el interior de su cabeza, Oberon oyó un aullido de advertencia del Rey Muerto.

En ese momento, solo entre los árboles, Oberon se preguntaba si había llegado la hora de marcharse del Tajo. Podía llevarse a Sherah y a Tamara con él. Empezarían de nuevo en algún otro sitio, lejos de Plassey County. Tenía algo de dinero escondido, lo bastante para comprarse nuevas identidades y permitirse una vida modesta. Era un hombre hábil con las manos. Podía encontrar trabajo como mecánico, incluso montar un negocio propio. No sería difícil.

Pero quería un hijo que sustituyera a los que había perdido, y hasta ahora Sherah no se lo había dado. Era probable que la mujer, Paige, diera a luz a un varón, y de la semilla de Oberon. Hannah sabía de esas cosas; hasta ahora nunca había fallado en la predicción del sexo de un bebé. Ese niño, había decidido Oberon, no se iba a vender. No importaba que Cassander y muchos otros quisieran intercambiarlo por dinero según lo previsto. Más que dinero, el Tajo necesitaba sangre nueva. La intención de Oberon era criar al chico como propio, y, con el tiempo, buscarle una buena pareja dentro del Tajo, asegurándose la continuación de su estirpe. Se había visto obligado a informar de sus intenciones a Cassander y al abogado Starcher esa misma mañana para evitar que más dinero cambiara de manos como adelanto de una adopción. Era otro clavo en el ataúd de su cada vez más deteriorada relación con Cassander, a quien en el pasado había tenido por su mejor amigo y hombre de confianza.

Como respuesta, Cassander le advirtió que no era el único en el Tajo que pensaba que el niño debía venderse como habían convenido. Había unos padres esperando el bebé, y se había acordado una suma de dinero. Oberon no tenía fondos propios suficientes para compensar esa pérdida. Pero Oberon le había recordado que no estaba obligado a compensar a nadie. Cuando el Tajo necesitaba conservar un niño, siempre lo había hecho. Sin embargo, Cassander no había estado de acuerdo y se habían separado peleados. Fue esta última discusión, más que cualquier otra, la que había acabado de convencer a Oberon de que tendría que matar a Cassander y seguramente también a sus hijos.

Pero todo eso había pasado antes de la llegada del cazador del norte.

¿Y ahora qué hacía? El Tajo ya no era tan fuerte como en el pasado: el miedo y el respeto que producía en la gente de Plassey County eran fruto de un temor acumulado y se alimentaba de actos del pasado. El Tajo actual era una sombra de lo que había sido, y ni siquiera el Rey Muerto podía impedir su decadencia.

Su familia y él podían irse del Tajo, conjeturaba Oberon, y llevarse a Paige con ellos. Sería peligroso, pero a ella sólo le faltaban unos meses. Sherah podía cuidarla, y cuando el bebé naciera, Oberon se ocuparía de ella. Su secuestro había sido consecuencia de su ira por la pérdida de sus hijos, al igual que la búsqueda y secuestro de Corrie Wyatt. Habría matado también al viejo, el dueño de la gasolinera, si la naturaleza no se hubiera ocupado de él primero. Oberon había estado cegado por el dolor, pero la decisión había sido la correcta, y al final Paige les había sido útil. Corrie Wyatt les había dado sólo un niño antes de morir, pero entre todas habían proporcionado al Tajo una cantidad significativa de dinero.

Le hubiera gustado poder soltar a Paige. La respetaba más que a la otra chica. Tenía fuerza de verdad. Si hubiera podido fiarse de que guardaría silencio, la habría dejado marchar, pero sabía que correría a hablar con la policía a la primera oportunidad. Su rabia la había mantenido cuerda, y su fuego no se extinguiría sin más ofreciéndole la promesa de la libertad. En eso, al menos, Cassander estaba seguramente en lo cierto.

Empezó a lloviznar. Oberon cerró los ojos y dejó que la fina lluvia le cayera por la cara. Sintió que se le acumulaba en los huecos de los ojos y se le escurría por las mejillas. Le empapó el pelo y se filtró hasta la piel, arrastrando lentamente con ella todos sus sueños y fantasías. Suspiró y los dejó ir. No, no huiría. Él pertenecía al Tajo, y éste le pertenecía a él. Era su sitio, y si tenían que resistir en esa tierra, que así fuera. Había servido como fortaleza en el pasado, y lo haría de nuevo. Habían visto pasar generaciones de adversarios, convertidos en polvo y ceniza, y ellos habían sobrevivido. Se ocuparían de Henkel, y también de Parker. Ante sus enemigos, conservarían el Tajo.

Y, pese a todo, el Rey Muerto aullaba.

—Nunca he oído ese nombre —dijo Henkel.

—¿Está seguro? —preguntó Parker.

—No es algo fácil de olvidar. Si tienen un rey, ese es Oberon. Y puede que sea muchas cosas, pero muerto no está.

—Y, aun así, Harpur Griffin decía que actuaba en nombre del Rey Muerto.

Observó cómo Henkel daba forma a sus pensamientos, eligiendo cuidadosamente las palabras que iba a decir a continuación.

—Yo conocía a Griffin por su fama —dijo—. Era muy popular: apuesto, con cierto encanto si eras propenso a dejarte engañar. No es que fuera un completo imbécil, pero se lo tenía creído, lo que significaba que no utilizaba la inteligencia, y finalmente ésta acabó agostándose. Pero hubo una época en que la mayoría de las chicas de este condado lo habrían considerado un buen partido, y no sólo las de fuera del Tajo.

—¿Tenía una novia del Tajo?

—Nunca me lo confirmaron.

—No importa.

—Si la historia es cierta, la chica se llamaba Sherah. Era la cuñada de Oberon, y ahora es su mujer. No duró mucho, los del Tajo no se casan con gente de fuera, y desde luego no aprueban que sus mujeres mantengan relaciones con tipos como Harpur Griffin, pero creo que cuando Harpur se jugó la vida agrediendo al hijo de Cassander en el Oakey's, pudo ser Sherah la que intercedió por él.

—Pues no pareció dispuesta a interceder una segunda vez, a juzgar por lo que le pasó en Portland.

—Es posible que ella no estuviera al tanto de lo que habían planeado hacerle. Pero ahora Sherah está con Oberon, y tuviera lo que tuviese con Griffin fue hace muchos años. Es una mujer fría. Dudo que derramara muchas lágrimas por Harpur Griffin cuando murió.

—¿Y qué sabe de Norah Meddows, la ex mujer de Burnel?

—Sólo la conozco de nombre. Las mujeres del Tajo no eran las únicas

que esporádicamente se aventuraban más allá de los senderos de tierra buscando placer. Dicen que estuvo con Cassander antes de que él se casara.

—Un condado muy enrevesado el suyo, sheriff Henkel.

—Me mantiene entretenido. Obviamente, estoy obligado a advertirle que, si está planeando causar problemas con el Tajo, le detendré y le acusaré en el caso de que se produzcan heridos o, Dios no lo quiera, muertos.

—¿Le suena lo de la defensa propia?

—Mientras pueda probarse con testigos independientes.

—Lo tendré presente.

—Sí, no lo olvide. ¿Puedo preguntarle qué piensa hacer ahora?

—Voy a hablar con Oberon y pedirle que entregue a los dos hombres que fueron vistos por última vez con Harpur Griffin antes de morir. —Parker se los había descrito con detalle a Henkel, y el sheriff estaba bastante seguro de que los individuos en cuestión eran Lucius, el hijo mayor de Cassander, y otro que se llamaba Jabal—. A no ser que el presupuesto del Departamento de Policía de Portland se amplíe para mandar detectives aquí para interrogarlos, me acompañarán por voluntad propia de vuelta al norte, donde serán puestos a disposición de la policía para su interrogatorio sobre la muerte de Griffin y la desaparición de mi cliente, Jerome Burnel.

—Ya le digo ahora que Oberon no va a permitirlo.

—Pero estoy obligado a preguntar. Por educación.

—¿Y cuando se niegue?

—Entonces tendré que entrar y sacarlos en persona.

—Acompañado, espero.

—Acompañado.

—Puede que el Tajo se le adelante y venga a por usted.

—Muy bien.

Henkel lo miró fijamente. «Dios mío», pensó, «este hombre lo dice en serio.»

—Le han disparado antes, si lo que he leído sobre usted es cierto.

—Sí.

—Para ser un hombre al que le han disparado tantas veces, transmite la impresión de que anhela que lo hicieran de nuevo.

—Me gustaría pensar que he aprendido algunas tácticas para eludir disparos desde la última vez.

—Yo también lo espero, sinceramente.

Henkel levantó la mano para pedir la cuenta y a la vez deslizó un papel doblado sobre la mesa hacia Parker. Cuando Henkel volvió a mirar, el papel había desaparecido.

—¿Qué es? —preguntó Parker.

—Un mapa del Tajo. Las distancias son aproximadas y sólo es parcial. Hay zonas que no he visto, y sobre las que no conozco a nadie a quien pedir información. Antes de que entre ahí, debería saber que llevan muchos años protegiendo esas tierras. Poco después de convertirme en sheriff, un par de buenos chicos se aventuraron en el Tajo tras un ciervo con una cornamenta de veinte puntas, imaginando que el riesgo merecía la pena.

—¿Y?

—Uno de ellos perdió un pie en una trampa para osos, y no creo que pasen muchos osos por el Tajo. En otras palabras, no me arriesgaría a entrar allí sin un guía, pero los únicos guías que conocen el Tajo son ellos, y no parece probable que se ofrezcan a ayudarlo.

Trajeron la cuenta. Henkel la pagó y dobló cuidadosamente la copia antes de metérsela en la cartera.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó Parker—. Si saben que estoy aquí, también sabrán que hemos hablado.

—Que lo sepan.

—¿No cree que vayan a por usted?

—No lo han hecho hasta ahora, y matar a un sheriff sería dar un paso demasiado peligroso, incluso para ellos. Al menos, cuento con eso.

Pero no parecía muy seguro mientras lo decía y su sonrisa era tensa.

—Vamos —dijo—. Le llevaré de vuelta a su coche.

Parker lo siguió y ni siquiera lanzó una mirada a la mesa que había junto a la caja registradora, donde Angel y Louis, cada uno con un arma a mano, estaban sentados junto a una ventana, observando los vehículos que iban y venían, aguardando con paciencia a que estallara la violencia.

Ross llamó a la puerta del despacho de Conrad Brown. Su superior estaba trabajando entre una montaña de papeles, una tarea que visiblemente no le divertía mucho, así que pareció casi aliviado cuando se presentó Ross, al menos hasta que vio la expresión de su cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brown.

—Me había pedido que le mantuviera al tanto de los movimientos de Parker.

—¿Y?

—Está en Virginia Occidental.

—¿Para qué?

—Está investigando algo llamado el Tajo, una comunidad de gente aislada, posiblemente con contactos delictivos.

—¿Algo que deba preocuparnos?

—Seguramente no más de lo normal.

Brown frunció el ceño.

—Eso suena mal, ¿no? —dijo.

—Está por ver. Y además está esto.

Ross extrajo un mapa arrugado de Estados Unidos de una carpeta que llevaba bajo el brazo. Lo desplegó sobre la mesa de Brown y le mostró las marcas que se habían añadido. Eran coordenadas de GPS, escritas con tinta roja. Brown sintió un escalofrío al instante. Había visto mapas como ése

antes.

—¿Fosas comunes? —preguntó.

—Ojalá —dijo Ross. Le pasó una pequeña ficha. En ella, con la misma letra que las coordenadas de GPS, habían escrito las palabras «Lavabos del FBI», seguidas de un signo de interrogación.

Ross señaló con un dedo un conjunto de coordenadas en el Medio Oeste.

—Ésta es la localización del Museo Nacional de la Mostaza de Middletown, en Wisconsin —dijo—. Cerca, en Neillsville, y también marcada, está la ubicación de Chatty Belle, la Vaca Parlante más Grande del Mundo. —Desplazó el dedo hacia el sur—. Aquí está el Museo Persiguiendo Arcoíris, en el parque temático de Dollywood, en Pigeon Forge, Tennessee. Ése de ahí, en San Antonio, es el Museo de Arte del Retrete de Barney Smith. También tenemos el Museo de la Patata de Idaho, el Museo Internacional de la Banana en Mecca, California, y la Cómoda más Grande del Mundo en High Point, en Carolina del Norte.

—¿Y eso? —preguntó Brown haciendo un gesto resignado a un grupo de coordenadas del desierto de Mojave.

—Es el Área 51 —dijo Ross—. No creo que tengamos que realizar un análisis de huellas dactilares para adivinar quién lo mandó.

—Ese cabrón de Angel —dijo Brown—. Odio a esos tíos.

Cassander estaba tumbado en la cama, reflexionando sobre cuál sería el mejor momento para ocuparse de Oberon, que parecía resuelto a mantener el control del Tajo por más que su dominio fuera debilitándose.

Esa mañana, Oberon había informado a los ancianos del Tajo de su intención de quedarse al siguiente —y último— hijo de Paige y criarlo en su casa. Pocas voces se habían alzado para mostrar explícitamente su disconformidad, pero la de Cassander fue una de ellas, repitiendo en público lo que ya le había dicho a Oberon en privado. Recordó que se había acordado que se venderían los dos niños siguientes, y que los ingresos se repartirían de forma equitativa. Los últimos años habían sido difíciles para todos ellos. Con su deseo de prolongar su estirpe, dijo Cassander, Oberon estaba imponiendo penurias a todos en el Tajo.

Pero Oberon era su líder y era a él al que correspondía en última instancia tomar la decisión. Después, Cassander oyó algunos murmullos de descontento de aquellos que habían guardado silencio durante la reunión, pero no les prestó la menor atención. Una vez consumado el hecho, no le servían de nada. No habría una rebelión abierta del Tajo contra el liderazgo de Oberon, pero eso en sí no eran malas noticias. Significaba que Cassander y sus hijos podían hacerse con el control sin temor de toparse con competidores.

Aunque Lucius era el mayor de los hijos de Cassander, no tenía madera

de líder por temperamento, sólo por inclinación. Marius era más equilibrado —aunque hubiera sido suya la decisión de quemar a Harpur Griffin— y era a él a quien Cassander pretendía confiar el futuro del Tajo. Por descontado, Marius no estaba preparado todavía, era aún demasiado débil, estaba demasiado verde. Si Oberon ya no existiera, Cassander tendría que hacerse cargo del liderazgo del Tajo, con Marius como aprendiz hasta que el padre juzgara que el hijo estaba listo para sucederlo. Había hablado con el Rey Muerto al respecto y había recibido su bendición.

Y Cassander ya había empezado a asumir la púrpura del líder. Fue él quien había recibido la llamada de Starcher para informarle de la visita de Parker a Norah Meddows, y él quien mandó a Marius y a Jabal para que la hicieran desaparecer. Cuando el detective llegara a Plassey —como sin duda haría—, sería él quien se ocuparía de Parker, si Oberon se mostraba demasiado cauto para tomar medidas.

Una mano se extendió sobre el pecho izquierdo de Cassander, con unos dedos que parecían serpientes pálidas retorciéndose entre el vello cano de su pecho. Sherah estaba desnuda a su lado. Su hija había ido a jugar a casa de Hannah, muy al sur.

—Otra vez —dijo ella—. Hazlo otra vez.

Oberon posiblemente ya estaba de camino, pero, aun así, Cassander tomó a Sherah por segunda vez, sin atender al riesgo de que lo descubriera, incluso deseándolo, de manera que la hostilidad entre los dos hombres estallara y se decidiera finalmente en un sentido u otro.

Pero Oberon no llegó, porque estaba ocupado en un conflicto propio.

Oberon se había detenido a comprar algunos artículos básicos en Sampson's, la mayor tienda de Turley. El Tajo era casi autosuficiente, pero aun así tenían que comprar algunas cosas, como café, azúcar y sal. Tras pensárselo un momento, Oberon también compró una caja de munición de 9 milímetros, dos cajas de postas para su calibre 12 y tres cajas de cargadores 7.62×39 para el AR-15.

Cassander era el armero del Tajo, pero Oberon ya no se fiaba de él. No se trataba sólo de las reticencias o de la incapacidad para controlar a Lucius, ni de sus objeciones a los planes de Oberon con respecto al hijo de Paige, ni siquiera de su convicción de que Cassander quería gobernar el Tajo. No, Oberon había visto la forma en que Cassander miraba a su mujer. Todavía se fiaba de Sherah, o eso quería creer.

A decir verdad, ya no estaba tan seguro.

Sopesó una de las cajas de balas en la mano. En términos de precisión, la munición del AR-15 no era gran cosa a partir de doscientos metros, pero no estaba diseñado para que lo fuera. Si había problemas en el Tajo, la lucha sería a corta distancia. Se regodeó sopesando la caja unos segundos más, y la estaba guardando en la cabina de su camión cuando tuvo la sensación de que lo estaban observando. Alzó la vista y vio a un hombre apoyado en un sedán impersonal, un coche demasiado limpio y demasiado nuevo en esa región para que no fuera de alquiler.

El investigador: Parker.

Oberon cerró la puerta del camión, comprobó el aparcamiento por si había tráfico y se acercó hasta situarse delante del cazador.

—Sé quién es —dijo Oberon.

—Entonces sabe por qué estoy aquí.

—No, eso tendrá que decírmelo usted.

—Quiero que me entregue a dos hombres, Lucius y Jabal, que estuvieron hace poco en Portland, Maine.

—¿Con qué fin?

—Para que puedan ser interrogados aquí o en el nordeste acerca de la muerte de Harpur Griffin y la desaparición de Jerome Burnel.

—No me suena ninguno de esos nombres.

—No le he preguntado si le sonaban. Le he preguntado por Lucius y Jabal.

—Usted es un investigador privado. Aquí carece de autoridad, y ni a Lucius ni a Jabal se les ha acusado de ningún delito. Será mejor que vuelva a Maine antes de que las cosas se pongan demasiado feas para usted.

—No, no puedo hacerlo.

—En ese caso, que pase lo que tenga que pasar.

Oberon empezó a alejarse, pero se detuvo.

—¿Por qué no nos deja en paz? —preguntó.

—No creo que sean hombres especialmente pacíficos, ni siquiera que el Tajo lo sea —contestó Parker—, así que la pregunta carece de sentido.

—Se lo advierto —dijo Oberon—. No se acerque a nosotros.

—Lucius —dijo Parker—. Y Jabal.

Oberon no dijo nada más, se subió al camión y se alejó. Cuando miró por el retrovisor, Parker ya se había ido.

Oberon no tardó en enterarse de dónde se alojaba Parker, pero tampoco es que hubiera muchos sitios en Plassey County donde hospedarse, y ninguno en el que apeteciera demorarse más de lo necesario. Parker tenía una habitación en el Dryden's Inn, y Morton Dryden sabía que no le convenía estar a malas con el Tajo.

Oberon volvió a su casa. Las ventanas del dormitorio estaban abiertas; el

colchón, sin ropa de cama; y las sábanas húmedas colgaban de un tendedero agitadas por la brisa. Llevaban puestas menos de una semana. Oberon no hizo ningún comentario al respecto, pero besó a Sherah y le preguntó cómo iban Paige y Gayle. Ella le dijo que todavía no las había visitado ese día, pero que iría a comprobarlo después de la cena. Se llevaría a Hannah con ella. Nadie había examinado a las mujeres desde la semana anterior, y Hannah era la experta en esas materias.

Oberon dejó a su esposa y cruzó la Plaza hasta la casa de Cassander. Éste apareció en su porche antes de que Oberon llegara a los peldaños. No pareció sorprendido de verlo, y Oberon reparó en que las manos de Cassander se habían cerrado instintivamente en puños cuando se acercó a él. No se quitó la chaqueta dentro de casa, y eso sólo podía significar que llevaba un arma debajo.

Oberon era demasiado viejo y demasiado sabio para fingir que no pasaba nada.

—Tenemos asuntos de que hablar, tú y yo —dijo—, pero ahora no es el momento. Hay un problema más grave.

Cassander se relajó ligeramente y esperó a que le contara.

—Ha venido Parker.

Paige llevaba tanto tiempo en el Tajo que, pese a estar encerrada en la cabaña, y con la única posibilidad de mirar desde lejos, se había hecho una idea precisa del ritmo de la comunidad. Le bastaba ver sus idas y venidas desde la ventana para saber cuándo había un problema o una razón para celebrar algo. También había aprendido discretamente a manipular a Sherah, Hannah y las demás mujeres para extraerles retazos de información útil, e incluso había sido capaz de deducir algunos datos sobre la organización del Tajo durante las agresiones sexuales que habían culminado en sus tres embarazos, y cada pizca de información había sido adquirida al coste de una violación. Ahora percibía en el aire que algo iba mal. Lo notaba en la forma en que Oberon y Cassander habían salido de la casa de este último y habían empezado a reunir a hombres, y no se sorprendió mucho cuando aparecieron las armas. Su única preocupación era qué podía implicar aquello para Gayle y para ella. No pensaba volver a bajar a ese sótano. Antes muerta.

En realidad, se dio cuenta, puede que muriera de todas formas.

Gayle y ella habían ocultado la piedra y el ladrillo en la cisterna del retrete. Los ojos de Gayle habían conservado una desconcertante viveza desde que había conseguido las armas. No era exactamente la luz de la cordura, pero al menos era una forma de relacionarse con el mundo que la rodeaba. Era todo lo que había podido hacer Paige para evitar que Gayle se mostrara demasiado hosca y atrajera la atención sobre las cautivas, mientras

no se podía dar un uso inmediato a sus armas.

Más tarde, Paige se durmió, pero se despertó cuando todavía era de noche al oír que unos vehículos se acercaban. Dos camiones y un coche se detuvieron en la Plaza, iluminados por linternas, y vio a un grupo de hombres armados subir a ellos; acto seguido, los conductores los pusieron de nuevo en marcha y partieron. Oberon y Cassander no estaban entre ellos, pero no importaba. Lo que contaba era que la cantidad de hombres del Tajo acababa de menguar de forma considerable, y dentro de unas horas Sherah y Hannah acudirían con el desayuno, porque habitualmente alimentaban a las mujeres entre las seis y las siete de la mañana.

Paige se volvió hacia Gayle, que estaba en camisón, sentada en el suelo, con los brazos cruzados sobre las rodillas, la barbilla apoyada en los brazos y la mirada fija en la mujer que estaba ante la ventana.

—¿Por qué no traes nuestros nuevos juguetes? —dijo Paige.

Henkel se había acostado con dolores. Antes había quitado la puerta trasera del marco porque las bisagras se atascaban, y se había puesto a lijarla donde había dado de sí; no tardó en ponerse perdido de serrín y sudor, pero al menos le había servido de distracción del lío del Tajo y de la llegada de Parker. Estaba seguro de que su doctora le habría dicho que no se pusiera a trabajar con una puerta hasta que hubiera hecho algo con su corazón, pero si empezaba a pensar de ese modo ya no volvería a salir de casa.

Estaba tan profundamente dormido que cuando sonó su móvil lo incorporó a su sueño y una versión fantasmal de sí mismo respondió sólo para oír el sonido de la voz de Perry Lutter. Perry lloraba llamando a su madre. Le pedía a Henkel que fuera a buscarle porque le dolía la barriga.

«Hay sangre en mi camisa», dijo Perry. «Hay sangre por todas partes.»

Entonces Henkel se despertó, pero el teléfono seguía sonando. Era Irene.

—Ya sé que todavía no ha amanecido —dijo—, pero ¿podrías acercarte hasta aquí?

Henkel se incorporó.

—¿Qué pasa?

—Creo que hay hombres en el bosque, vigilando la casa. Podría estar equivocada, y por eso te he llamado a ti y no al 911. No querría quedar como una tonta si sólo son sombras que mueve la brisa.

—Cierra las puertas —dijo Henkel—. Estaré ahí en diez minutos.

El ayudante Rob Channer acababa de ir a ver cómo estaba Della Watkins en la celda de borrachos cuando Henkel se puso en contacto con la telefonista. Della no era una visitante habitual de las celdas, pero cuando cogía una cogorza —cosa que solía ocurrir unas tres veces al año— era propensa a armar una buena, y se ponía a romper cosas que no debería, como puertas, ventanas y cabezas ajenas. En esta ocasión se había limitado a uno de los viejos espejos del bar de Burry, pero no era probable que Burry la denunciase. Sólo querría que le pagara el espejo, y Della se arrepentiría de lo que había hecho en cuanto recobrarla la sobriedad, así que la factura estaría pagada al día siguiente.

—¿Algún problema, Lucy? —le preguntó Channer a la telefonista mientras ésta tomaba nota de la llamada.

—El sheriff se dirige a la casa de Irene Colter. A ella le ha parecido ver a algunos hombres por los alrededores.

—¿Sonaba preocupado?

—¿No te lo parece siempre últimamente?

Channer miró la cafetera. Había empezado a preparar café, por si Della recuperaba la conciencia antes de lo esperado.

Mierda.

Odell Watson estaba sentado ante la ventana de su dormitorio, intentando acabar sus deberes de geografía, entre ellos dibujar un mapa de todos los grandes ríos de Estados Unidos. Odell no tenía ni idea de para qué podía servirle en su vida futura, a no ser que tuviera intención de convertirse en capitán de barco, que no era el caso. Una cosa era ser capaz de nombrarlos uno por uno, pero dibujarlos, con sus afluentes incluidos, era un rollo. Tendría que haber estado durmiendo, pero aquella noche no había manera de que le entrara de nuevo el sueño. Se había despertado poco después de las tres de la madrugada y había leído un rato a la luz de su lamparita hasta que se dio cuenta de que se había olvidado por completo de los grandes ríos. Supuso que ésa era la razón por la que no había podido dormir, y, durante un instante, se maravilló de cómo funcionaba el cerebro, antes de ir a sacar los

libros escolares de la mochila y ponerse a trabajar. Acababa de conectar el Pecos con el Río Grande cuando Perry Lutter apareció en la puerta del jardín.

Odell estaba al tanto de todo sobre la búsqueda de Perry, y también había oído algunos rumores sobre su desaparición porque su madre y su abuela habían hablado en susurros al respecto. Perry todavía era el principal tema de conversación en el restaurante, donde su prolongada ausencia había entristecido al personal, y a la señorita Queenie en particular, que estaba más malhumorada que nunca. Pero aquí estaba Perry: zapatillas deportivas, pantalones, camisa abotonada hasta el cuello, cazadora.

Pero no era Perry Lutter, no del todo. Odell conocía a Perry de toda la vida, desde que su madre lo llevaba al restaurante cuando era muy pequeño, para así poder hacer un par de horas extra. A la señorita Queenie no le había molestado mucho, siempre que Odell estuviera callado, y solía estarlo porque era uno de esos niños que no lloraban mucho de pequeños, se daba por contento con observar el mundo cuando estaba despierto y soñar con él cuando no lo estaba, y ocupaba el resto del tiempo en comer y jugar.

De manera que la cara de Perry era una de las primeras con las que se había familiarizado Odell en el restaurante. La tenía grabada en su memoria, y aunque la figura en la puerta guardaba cierta semejanza con Perry, era un poco como el parecido entre las fotografías retocadas de modelos de algunas de las revistas de moda de su madre y la realidad que muestran las publicaciones más chabacanas, que ella, en secreto, prefería, ésas en que las barrigas de las mujeres colgaban por encima de sus bañadores, y se dibujaban círculos alrededor de la grasa de sus muslos. Era como si alguien hubiera reorganizado sutilmente los rasgos de Perry, haciendo que sus ojos —siempre demasiado pequeños para su cara— fueran ahora de una proporción más acorde con el resto del cuerpo, y además le hubiera limpiado las manchas que salpicaban su piel. Ahora casi parecía apuesto, pensó Odell. Estaba mirando al Perry que podría haber sido si unos médicos no la hubieran pifiado durante su difícil parto, presionándole el cráneo sólo durante una fracción más de lo recomendable con el fórceps. Éste era el Perry que debería haber sido, el hombre que Perry Lutter veía en el espejo cuando se miraba.

Odell tal vez debería haber tenido miedo, pero no lo tenía. Sabía con

seguridad que Perry estaba muerto, porque, de otro modo, esa entidad con su forma no estaría en el extremo del jardín delantero, pero Odell no detectó ninguna amenaza en él. El hombre todavía tenía los ojos de Perry y eran tan afables y amistosos como siempre, pero ahora traslucían una inteligencia que no estaba ahí antes, y lo iluminaban desde dentro, como si alguien hubiera puesto una bombilla en la cabeza de Perry y pulsado el interruptor.

La madre y la abuela de Odell dormían. No las despertó, sino que abrió la ventana de su habitación, se subió al marco y saltó. Caminó hacia lo que estaba en la puerta —Perry o esa versión de Perry— y se puso al alcance de su mano. Soplabla una brisa suave que le llevó el nuevo aroma que desprendía Perry: humo, leña quemada y barro, como si alguien hubiera encendido una hoguera en un pantano.

En la zapatilla izquierda de Perry Lutter vio sangre, y no sólo unas gotas: era el tipo de mancha causada por una herida que no dejaba de sangrar hasta que se agotaba la sangre.

—¿Te dolió? —preguntó Odell.

Perry no respondió. Sólo sonrió.

—Lo siento —dijo Odell, aunque no sabía muy bien por qué. No había hecho nada, y tampoco creía que pudiera haber evitado lo que le hubiera pasado a Perry. Supuso que lo sentía por todo.

Perry asintió. Le dio la espalda a Odell, cruzó la carretera y le esperó al otro lado. Odell miró a izquierda y a derecha, y luego le siguió. Sabía que Perry no le haría daño, y que fueran a donde fuesen sería a donde tenían que ir.

Odell ni siquiera vaciló cuando se introdujeron en el Tajo.

Lo mejor del Dryden's Inn, en opinión de Louis, era que seguramente se desmoronaría más pronto que tarde, y entonces nadie más tendría que volver a alojarse allí. Era posible que, en algún momento del pasado, mucho antes de que la gente conociera nimiedades como unas cañerías decentes, una corriente alterna que no sonara como un motor a propulsión estropeado y unas toallas de una textura más suave que el papel de lija, el Dryden's podría haber pasado por una parada de descanso aceptable para aquellos con las bajas expectativas correspondientes, pero ahora pertenecía a otro siglo, uno ya remoto, como la viruela y la tuberculosis, aunque a Louis no le habría sorprendido si en parte de la mugre acumulada detrás del lavabo de su cuarto de baño se hubieran encontrado trazas de ambas.

El Dryden's consistía en veinticuatro habitaciones dispuestas en lo que Louis estaba convencido que era el dibujo de una esvástica, con una pequeña oficina en el centro. Las paredes de su habitación eran de color verde lima, que contrastaba marcadamente, por no decir dolorosamente, con la alfombra marrón y las cortinas de un dorado trigueño. Las sillas hacían juego con las paredes, las lámparas con la alfombra y las colchas antediluvianas no hacían juego con nada. Su habitación tenía dos camas, ninguna de las cuales era cómoda, aunque cada una de un modo distinto, haciendo que Louis se sintiera como Ricitos de Oro vagando por la casa de los tres osos después de que el osito se fuera a la escuela, y mamá y papá osos hubieran guardado todas las

cosas del pequeño.

Angel y él habían optado por habitaciones separadas pero contiguas, sobre todo para llamar la menor atención posible sobre sí mismos. Cuando Morton Dryden, el dueño del motel, les había preguntado qué les traía a Plassey County, con el tono de quien creía que no pintaban nada allí, Louis le dijo que estaban documentándose para un libro sobre músicos country y folk de Virginia Occidental, lo que ablandó un tanto al viejo, sobre todo cuando Louis le demostró que sabía distinguir a Mollie O'Brien de Molly O'Day, y estaba al tanto de que Milt Haley, padre del violinista ciego Ed Haley, había sido asesinado por una turba que lo linchó en 1889 durante una venganza familiar de Lincoln County.

Si Dryden estuvo tentado de preguntar qué hacía un negro escuchando música que tocaban sobre todo músicos blancos y se asociaba tradicionalmente con públicos caucásicos, se contuvo. En lugar de eso, le dio los nombres de un puñado de buenos músicos locales que sabían tocar alguna melodía sencilla, e incluso grabó algunos CD de su propia colección para Louis. Éste tuvo que admitir que algunos eran bastante buenos, aunque todo caía en oídos sordos por lo que respectaba a Angel, para quien cualquier música que implicara violines, banjos o melodías que Casey Kasem no hubiera incluido en *American Top 40* podía despreciarse sin la menor duda como «mierda de palurdos». Para mantener la tapadera, Louis había adquirido una pequeña biblioteca de volúmenes sobre la música de la zona, entre ellos *Mountaineer Jamboree* de Ivan Tribe y *Mountains of Music* de John Lilly, para dejarlos en la habitación, y se había pasado dos veladas muy agradables en The Hope Tavern de Mortonsville escuchando los grupos improvisados de músicos profesionales que tocaban allí casi todas las noches.

Sin embargo, ahora otros asuntos estaban a punto de llegar a su momento crítico. Parker había regresado, y Oberon había mordido el anzuelo. El Tajo podía esperar a ver qué hacía Parker a continuación, o bien podía golpear. Louis esperaba lo segundo: hacía tiempo que no mataba a nadie.

Eran las cuatro de la madrugada pasadas y Louis no podía descansar. Angel dormía profundamente en su habitación, y Parker en la suya, que estaba a tres puertas de la de Louis. Hasta ahora no se habían relacionado en

público. Era mejor que el Tajo creyera que Parker estaba solo. En el Dryden's parecía haber esa noche otro puñado de huéspedes, todos los cuales se alojaban en otras alas del motel. El edificio estaba tranquilo, y sólo rompía el silencio el paso esporádico de algún coche.

Louis solía dormir bien, pero estaba nervioso desde que habían llegado a Plassey County. Era un hombre del Sur, pero aquí ya no se sentía en casa, si es que alguna vez se había sentido así. También pensaba en la violencia que estaba por venir. Louis, a través de sus propias observaciones y las pesquisas de quienes le habían acompañado al sur —entre ellos un par de visitantes japoneses que ya se habían ido—, se había hecho cierta idea de esta gente. De momento, los del Tajo se estaban cocinando a fuego lento, pero no tardarían en entrar en ebullición.

No obstante, y por ahora, Louis estaba enfrascado en una misión por su cuenta. No sólo las últimas toallas que le habían puesto eran más andrajosas de lo normal, sino que estaban llenas de marcas de quemaduras de cigarrillos, algunas de ellas recientes. Todo hombre tiene su límite, y Louis había llegado al suyo. Así que se encaminó hacia la recepción del motel, con las toallas bajo el brazo izquierdo y la última copa de un reserva Cabernet Sauvignon de Vergelegen en la mano derecha. Por inverosímil que parezca, en Turley había una tienda *gourmet* junto a la calle principal, con una pequeña pero bien elegida selección de vinos importados de la que Louis había elegido el Vergelegen. También había comprado una caja de copas Riedel en las que beberlo, porque no le apetecía saborear un buen Cabernet Sauvignon en un vaso del baño del motel envuelto en papel que alardeaba de su higiene y limpieza aunque contenía lo que parecían huevos de araña.

Llegó a la recepción del motel. La puerta estaba cerrada y un rótulo comunicaba que el dueño volvería pronto. Louis giró el pomo. Se oía un televisor con el volumen bajo, pero no había rastro de Dryden ni de ninguno de los chicos que se encargaban de la recepción en su ausencia. Había un cigarrillo en un cenicero, sin humo, pero todavía caliente.

Louis dejó las toallas. Detrás de la recepción había dos habitaciones, una de las cuales era un espacio para que se acostara el personal durante la madrugada. La cama tenía la huella de un cuerpo y las sábanas estaban

revueltas. Había una puerta contigua abierta por la que se entreveía un cuarto de baño vacío. Al lado de la habitación había un pequeño despacho que, al examinarlo, sólo contenía archivadores, cajas de jabón y pañuelos de papel, además de dos envases de bollos congelados que se descongelaban sobre una mesa antes de servirlos a la mañana siguiente como parte del desayuno del motel, consistente en café y pastas. Tras explorar por encima, descubrió un par de paquetes de toallas nuevas y gruesas envueltas en plástico y visiblemente sin estrenar. Cambió las suyas por tres de las nuevas, volvió a la recepción principal y salió cerrando la puerta a sus espaldas.

Miró al aparcamiento que había detrás de la oficina, con dos espacios reservados para el personal. No había ningún coche. Adondequiera que se hubiera ido Dryden o el encargado de noche se había llevado el coche.

Era una noche fresca. Louis respiró hondo e inhaló humo y el aroma a tierra de hojas marchitas. Ahora que se sentía satisfecho tras resolver el problema de las toallas, creyó que a lo mejor podría dormir unas horas.

A su derecha, un camión se detuvo al borde del aparcamiento principal y se bajaron tres hombres. Oyó que se detenía otro vehículo a su izquierda, aunque no podía verlo porque lo ocultaba una de las alas del motel. Al cabo de unos segundos otro olor se sumó al de los aromas nocturnos: el de una loción de afeitado fuerte y barata. Los hombres del camión cruzaban rápida pero sigilosamente el aparcamiento. Dos llevaban rifles mientras que el otro acarreaba lo que parecía una botella en cada mano.

Louis oyó pisadas que se le acercaban desde la izquierda. Vacío lo que quedaba de vino de su copa, dejó una toalla en el suelo y colocó la copa de lado encima de ella, luego la cubrió con una segunda toalla. Puso el tacón sobre el cáliz de la copa, lo rompió y esparció con cuidado los trozos sobre el suelo entre la oficina y la pared del edificio principal. Cuando acabó, recuperó el fuste de la copa y se ocultó entre las sombras.

El hombre era descuidado: descuidado con dónde pisaba, descuidado en su forma de acercarse, descuidado por no llevar la pistola, que sobresalía con el silenciador, más pegada a su cuerpo. Apenas le dio tiempo a reaccionar al crujido de los cristales rotos bajo sus pies antes de que Louis irrumpiera por su izquierda, le agarrara la pistola con la mano izquierda mientras con la

derecha, que sostenía la base de la copa de vino en la palma, le clavaba el fuste afilado en el cuello y luego lo retorció para causar el máximo daño. Se partió en la herida, un chorro rojo brotó contra el cielo nocturno, y la pared del motel se ruborizó con un tono púrpura. El hombre se tambaleó hacia atrás y se derrumbó, llevándose la mano al cuello en un intento de detener el torrente de sangre, mientras emitía un sonido burbujeante como un niño que reuniera fuerzas para echarse a llorar. Louis lo reconoció del Porterhouse. Parker le había dicho los nombres de los dos hombres que se sentaban con Harpur Griffin mientras se preparaban para quemarlo vivo. Éste no era Lucius, el pelirrojo, sino el otro, Jabal.

Louis no tuvo tiempo de quedarse a ver cómo moría. Apareció un segundo pistolero, armado con una escopeta, y casi tropezó con el cuerpo de Jabal. Louis le disparó al corazón con la pistola de Jabal, un ruido que resonó fuerte en la noche incluso a pesar del silenciador. Otro camión entró en el aparcamiento a toda velocidad, pero Louis ya se desplazaba hacia su derecha, donde lanzó una mirada hacia los tres hombres que habían cruzado el aparcamiento. Uno se dirigía hacia él, alertado por el disparo, utilizando los coches aparcados para cubrirse. Los otros, más atrás, intentaban encender un mechero. Louis veía la chispa y atisbó la botella que sostenían cerca, la otra botella estaba entre los pies de los dos hombres. Mientras Louis miraba, apareció una llama y se prendió un trapo.

Y Louis lo comprendió. Iban a quemar a Parker en su habitación. Si salía, o lo intentaba, los hombres del aparcamiento le dispararían, en principio ayudados por los dos que ahora yacían muertos en el suelo si hubieran sobrevivido. El segundo camión, y quienquiera que quedara en él, cubriría la parte de atrás por si Parker intentaba escapar a través de una ventana del lavabo.

El hombre del cóctel molotov echó el brazo hacia atrás para lanzarlo, y Louis lo abatió. La botella cayó y estalló en llamas en el suelo, el fuego envolvió las piernas de su compañero mientras el herido caía de rodillas antes de desmoronarse de bruces entre las llamas. Siguió un traqueteo de armas semiautomáticas y la pared del motel a la izquierda de Louis escupió fragmentos de yeso al aire. Él retrocedió hacia la oficina, que tenía una base

de ladrillo bajo los grandes ventanales, e intentó apuntar al tirador que se ocultaba entre los coches. Entonces oyó más disparos procedentes de las cercanías de la habitación de Parker; un tiroteo, lo que significaba que Parker y Angel ya estaban al tanto del peligro. Al cabo de unos segundos oyó que se rompía un cristal, y después la explosión de otro cóctel molotov al prenderse, y la erupción se reflejó en los parabrisas de los coches. Alguien gritó de dolor y el segundo de los atacantes del aparcamiento vagó sin rumbo a tiro de Louis, con las perneras de los pantalones todavía en llamas. Antes de que Louis pudiera disparar, la figura trastabilló y se quedó inmóvil en el suelo. Tras él, ardía una pira con la forma de un hombre.

El fuego de las armas semiautomáticas se dirigió contra Louis, y esta vez resquebrajó el cristal de la oficina obligándole a tumbarse en el suelo. Rezó para que no tuvieran más cócteles. Si lanzaban uno dentro de la oficina, no tendría la menor oportunidad de salir vivo.

Disparos de pistola. El ataque contra la oficina cesó, luego se reinició poco a poco. Fuego de cobertura, pensó Louis. Se puso de rodillas y se desplazó alrededor de la pared hacia la puerta, justo a tiempo de ver un par de pies desapareciendo al doblar la esquina, dejando una mancha de sangre tras ellos. Se llevaban a sus muertos y heridos. Hizo un intento de ir tras ellos, pero la semiautomática disparó contra él por última vez y le obligó a permanecer inmóvil. En alguna parte gritaba una mujer, y el sonido se perdió en el rugido de un camión que se alejaba. Un disparo de pistola más y luego todo se quedó en silencio.

—¿Louis?

Era Angel.

—Aquí —dijo—. En la oficina.

—Se han ido —dijo Angel—. Pero hemos pillado a uno vivo.

El ala este del motel estaba envuelta en llamas. El sonido de sirenas indicaba que se acercaban desde el norte. Había tres mujeres y un hombre en el aparcamiento, que habían salido de sus habitaciones en otras partes del motel. Una de ellas miraba espantada las ventanillas hechas añicos y el armazón

acribillado de su coche.

Pero Parker, Angel y Louis ya se iban del motel tras ellos. Conducía Parker, Louis ocupaba el asiento del copiloto, apuntando con su arma al hombre que iba sentado con Angel en la parte de atrás. El codo derecho de Benedict estaba destrozado, y sufría visiblemente, pero sobreviviría. Al principio se había mostrado reacio a contar nada a sus captores, ni siquiera a decirles su nombre, pero Angel le había dado unos golpecitos en el codo herido con el cañón de una Glock y eso pareció bastar.

Podrían haber esperado a que llegara la policía, pero Parker sabía que sus enemigos estarían conmocionados y presas del pánico ante el fracaso de su asalto al motel. Era el momento del contraataque, y Benedict les proporcionaría una vía de entrada.

El Tajo tenía las horas contadas.

Henkel llegó a la finca de Irene Colter y se encontró la casa iluminada, pero sin rastro de movimiento ni dentro ni fuera. Iluminó el bosque con los faros al acercarse y detuvo el coche. No se oía nada salvo el débil chasquido de las luces del techo del coche. Había ido con las luces encendidas porque, si era el Tajo, quería que supieran que estaba de camino, aunque no podía imaginar qué tenían que ver con Irene, más allá de intentar llegar a él a través de ella.

Se bajó del vehículo. Llevaba la M&P de 9 milímetros en una funda en su cinturón y en los brazos sostenía una de las escopetas Remington 870 del departamento. Llamó a Irene, pero no recibió respuesta, así que retrocedió hacia las escaleras del porche, sin apartar los ojos del bosque, y llamó a la puerta. Seguía sin haber respuesta. Intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada, de modo que dio la vuelta a la casa hasta llegar a la entrada trasera. También estaba cerrada.

Pensó un momento. Si ella había hecho lo que le había dicho, todavía estaría dentro. No veía ningún indicio de que hubieran forzado la entrada, pero siempre cabía la posibilidad de que unos intrusos hubieran accedido a la casa antes de que ella hubiera podido bloquear las puertas y las hubieran cerrado tras de sí. No le quedaba otra opción: tendría que romper el cristal para entrar.

Le dio la vuelta a la escopeta para que la culata quedara contra el cristal, y estaba a punto de romperlo cuando captó en él el destello de un movimiento.

Se echó a la derecha y levantó el arma, con el dedo preparado en el gatillo. Aflojó la presión cuando vio a Irene delante.

—Dios —exclamó—, no te me acerques con tanto sigilo. ¿Por qué no estás dentro como te dije?

—Es complicado —dijo ella.

Henkel se movió hacia ella, con la atención centrada exclusivamente en su rostro, y entonces un hombre surgió de entre las sombras a la derecha y sostuvo una pistola a menos de medio metro de su cabeza.

Henkel se quedó paralizado.

«Tal vez sólo sea un aviso», pensó. «Tal vez me dejen con vida.»

La figura a su derecha cambió de postura. Era Nestor, del Tajo, uno de los hijos de Brion Moline, y no llevaba máscara, lo que significaba que no iba a ser simplemente un aviso. Henkel nunca había pensado que Nestor fuera un asesino, pero le daba la impresión de que se había equivocado. Parecía que no iba a vivir, no si Nestor estaba dispuesto a enseñar así su cara, pero tal vez todavía podía salvar a Irene.

Entonces ella le habló.

—Lo siento —dijo—. Me caías bien.

—No —dijo Henkel, y en esa única sílaba oyó todo el cansancio y decepción de una vida que nunca había salido como él había esperado y ahora parecía destinada a acabar de una manera acorde con lo que había sido siempre.

Irene se volvió hacia Nestor.

—Hazlo —dijo, como si Henkel fuera un perro viejo al que había que matar rápido y sin que sufriera.

Henkel oyó el disparo. No debería, no si estaba destinado a él, y menos a esa distancia. Nestor yacía en el suelo. La bala le había alcanzado bajo el brazo derecho, que tenía levantado, y le había atravesado el torso. Nestor emitió un resuello grave y una burbuja de sangre brotó de sus labios antes de estallar con su último aliento.

Irene estaba boquiabierta, mirando el cuerpo que yacía entre ambos. Henkel no sabía si ella había visto alguna vez morir a un hombre. Ahora mismo, a él no le importaba mucho. Vio a Rob Channer acercándose por el

jardín y por un instante creyó que algún otro había matado a Nestor y que Channer iba a acabar el trabajo para el Tajo, pero no le encontraba la lógica.

Channer apartó de una patada el arma que había caído junto a la mano de Nestor, mientras no dejaba de apuntar con su propia arma a Irene.

—¡De rodillas! —le ordenó.

Irene lanzó una mirada suplicante a Henkel.

—Me obligaron a hacerlo —dijo—. Me amenazaron.

«Hazlo.»

—Ya lo has oído —dijo Henkel—. De rodillas.

Ella se arrodilló. Channer la empujó para tumbarla boca abajo y la registró antes de enfundar su arma y esposarla. Cuando Channer hubo acabado, Henkel le dijo:

—No esperaba que fuera ella, y no esperaba que fueras tú.

—Quería tu cargo —dijo Channer—, pero no así.

La radio del coche de Henkel cobró vida chirriando desde la fachada de la casa. Pasó por encima de su ex novia —porque eso era con seguridad, y no creía que necesitara confirmarle que ya no formaban pareja— y fue a coger el aparato.

—Soy Henkel.

La voz de Lucy transmitió urgencia y emoción.

—Tenemos avisos de disparos en el Dryden's Inn —dijo—. Y está ardiendo.

Hannah y Sherah entraron en la casa prisión más temprano de lo habitual; Hannah delante y Sherah con los dos desayunos en una bandeja: pan, cereales, fruta y un poco de café tibio en vasos de plástico para evitar cualquier intento de las cautivas de utilizarlo como arma para escaldarlas.

La rutina estaba bien establecida. Paige y Gayle tenían que estar sentadas a la mesa cuando entraban las mujeres, de manera que éstas pudieran cerrar la puerta antes de servir el desayuno. Una de las mujeres ponía la comida delante de ellas mientras la otra se mantenía a una distancia prudencial, sólo por si las cautivas intentaban hacerse con las llaves. No obstante, en realidad las normas se habían relajado un tanto a medida que pasaban los años, y mientras una de las dos, Hannah o Sherah —porque eran ellas las que con más frecuencia se ocupaban de las mujeres reproductoras—, se encargaba de la comida, la otra revisaba las habitaciones, rellenaba la alacena, o sencillamente miraba aburrida. Sin embargo, esta vez se notaba cierta urgencia en todo, y Hannah estaba cerca de Sherah mientras ésta servía, con las llaves tintineando en su mano izquierda.

Lo cual venía muy bien.

Paige hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza a Gayle, que volcó sus cereales en el suelo y empezó a gemir. Hannah se dio la vuelta para coger un paño mientras Sherah se acuclillaba para recoger la comida, instante en el que Paige agarró el trozo de ladrillo con la mano derecha y lo abatió con

fuerza contra la sien izquierda de Sherah. Paige creyó oír que algo se quebraba, pero Sherah no se cayó. Simplemente se balanceó de pie y emitió un sonido como un cuervo viejo en una rama, así que Paige la golpeó de nuevo y esta vez Sherah sí se desplomó.

Gayle se movió en cuanto Paige dio el primer golpe. Empujó a Hannah por la espalda con tanta fuerza, que la mujer se cayó de bruces al suelo, pero pudo darse la vuelta y empezó a forcejear con Gayle, que se había sentado sobre su estómago e intentaba sujetarle los brazos.

Al lado de Paige, Sherah intentaba ponerse en pie. Se incorporó apoyándose en las manos y las rodillas y sacudió la cabeza. Había aparecido una hinchazón en su sien, donde la había alcanzado la piedra, y tenía un pequeño corte en la piel que no sangraba mucho. La mayor parte de la sangre le salía de la oreja derecha, un goteo constante que formaba un charco en las tablas de suelo, y su ojo derecho se estaba poniendo morado. Sherah movió los labios y emitió una sucesión de ruidos, a los que Paige no supo dar sentido. Volvió a levantar el ladrillo, el ojo que le quedaba intacto a Sherah intentó seguir el movimiento del arma cuando Paige cargó con todo el peso de la parte superior de su cuerpo para dar fuerza al golpe. Esta vez no sólo oyó, sino que sintió el crujido, y los ojos de Sherah se quedaron en blanco mientras resbalaba hacia un lado y se quedaba retorciéndose en el suelo.

Ahora que se había ocupado de Sherah, Paige podía ayudar a Gayle, pero ésta no necesitaba ayuda. Estaba de pie al lado de Hannah, que se convulsionaba en el suelo junto a los armarios de la cocina, arañándose con las manos la boca y el cuello. Hannah parecía estar sufriendo una especie de ataque. La cara se le había amoratado y de su garganta salía una serie de chasquidos. Paige no hizo ningún gesto para ayudarla ni para recoger las llaves. Estaba fascinada con el sufrimiento de Hannah, pero también se fijó en que Gayle tenía un profundo corte en la mejilla izquierda.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Paige.

—Me ha cortado con una llave.

—Ah.

Volvieron a contemplar a Hannah, cuyos estertores estaban llegando visiblemente al clímax.

—¿Y tú qué le has hecho? —preguntó Paige.

—He hecho que se tragara la piedra —dijo Gayle.

—Ah —repitió Paige.

La coronilla de Hannah golpeó con fuerza contra una de las puertas de los armarios. Los ojos se le agrandaron, la garganta chasqueó por última vez, y luego dejó de forcejear. Paige pasó a su lado y recogió las llaves del suelo. Fue a la ventana y vio que la Plaza estaba despejada, no había nadie a la vista de la casa prisión. Le quitó los zapatos a Hannah y Gayle hizo otro tanto con los de Sherah. Ésta calzaba casi el mismo número que Gayle, pero los de Hannah eran demasiado grandes para Paige, así que metió unas hojas de periódicos en las puntas. Cosa que ayudó un poco.

Paige no tenía ni idea de dónde estaban. Sólo sabía que la ventana que daba a la Plaza estaba encarada al sur, pero ni idea de dónde podría encontrarse la carretera o el pueblo más cercanos. En última instancia, tampoco importaba. No podían quedarse ahí, ahora no. Sólo podían huir y tener esperanza.

La puerta estaba en el lado más alejado de la casa, lo que implicaba que lo más seguro sería salir hacia la izquierda, bordear la pared del este y entonces dejar que el edificio las cubriera mientras se internaban en el bosque que se encontraba detrás. Se lo explicó a Gayle, que la agarró de la mano mientras se dirigían a la puerta. A Paige le dio la impresión de que la chica parecía triste.

—¿Qué pasa? —preguntó Paige.

—Es una tontería —dijo Gayle.

Paige se soltó la mano, metió la llave en la primera cerradura y la giró. La segunda puerta estaba entreabierta. Se asomó por el resquicio, pero tampoco vio a nadie.

—Cuéntame.

—Quería matar a más —dijo Gayle.

—Cariño —dijo Paige mientras se preparaban para correr—. Sé exactamente cómo te sientes.

Odell siguió a Perry Lutter y se adentró en el Tajo. Había oído historias sobre

los peligros de ese sitio, y su madre le había avisado de que ni se le ocurriera entrar. Algunos chicos de la escuela contaban que el territorio del Tajo estaba protegido con trampas de metal, fosos con pinchos y explosivos que te volarían la picha y las pelotas y tendrías que mear por un agujero que te harían debajo de la barriga. Odell no sabía cuánto de todo eso era verdad, pero sí que la gente del Tajo era peligrosa. Lo había visto con sus propios ojos. A veces se preguntaba qué le habría pasado al prisionero al que había visto cómo sacaban de la furgoneta y arrastraban al bosque. Nada bueno, pensaba Odell. Ahora, él mismo recorría un sendero similar, caminando como en un sueño, penetrando en el Tajo con una presencia que pertenecía tanto a este mundo como al otro.

Jo, cómo se pondría su madre.

Y, pese a todo, no tenía miedo, porque Perry iba con él, y tenía algo que quería enseñarle a Odell.

Odell iba muy pegado a Perry, pisando sus huellas, porque Perry dejaba huellas en el suelo, lo que hacía que Odell se preguntara si de verdad era un fantasma. Veía las marcas que hacían en la tierra y la hierba las suelas de las zapatillas deportivas de Perry, y cómo se movían los arbustos y las ramas cuando se abría paso entre ellos. Si era un fantasma, no se parecía a los de las películas. No podías ver a través de él. Tenía sustancia.

Pero Perry estaba muerto. A Odell no le habría cabido ninguna duda aunque no hubiera vislumbrado el agujero en su coronilla, el pelo chamuscado alrededor, la herida de entrada ribeteada de rojo y rosa, con la blancura que brillaba dentro del cráneo. El orificio de bala no era más que una confirmación, aunque no explicaba de dónde procedía la sangre de la zapatilla de Perry.

Perry se detuvo y se dio la vuelta para mirarle. Ya no sonreía. Parecía triste y enfadado.

«Sabe lo que estoy pensando», pensó Odell. «Sabe que he estado mirando el agujero de su cabeza.»

Perry se sacó la parte delantera de la camisa de debajo de los pantalones y la levantó con ambas manos. Tenía heridas de puñaladas en su barriga, algunas tan cerca de las otras, que se habían unido para formar una única

herida más grande. Perry se dio la vuelta, se levantó la camisa por detrás y Odell vio más cuchilladas. Le vino a la cabeza una imagen de Perry arrastrándose por el barro y la tierra, llamando a gritos a su madre, antes de que una sombra se proyectara sobre él y un arma pronunciara su nombre.

Perry volvió a meterse la camisa en los pantalones. Odell no sabía cómo era posible que esa camisa y esos pantalones estuvieran tan limpios, y que sólo una única zapatilla conservara huellas de lo que le había pasado, aunque, bien pensado, a Perry siempre le había gustado ir bien arreglado. No parecía que la muerte le hubiera cambiado en ese sentido.

Perry señaló los matorrales a la izquierda de Odell, donde una especie de sendero serpenteaba entre los árboles. Algo de metal relució bajo la intensa luz de la luna, y quedaron al descubierto unos dientes afilados. Era una trampa para animales, colocada justo por donde habría pasado un forastero que quisiera entrar en el Tajo por la vía más fácil, lo que explicaba por qué Perry conducía a Odell por un sendero más tortuoso.

Reanudaron la marcha, con Odell aún más atento si cabe a dónde ponía los pies Perry. No quería morir ahí. No quería ser como Perry.

Y no quería seguir mirando al agujero de la cabeza de Perry.

Un camión volvió al Tajo con los muertos y los heridos en la parte trasera, y los otros dos vehículos quedaron abandonados en el motel. Cassander, Lucius y Marius los vieron llegar. Oberon se unió a ellos, a la vez que se metía una pistola en el cinturón. Ya les habían avisado de que las cosas no habían salido bien en el Dryden's. Había sido un error confiar el ataque a Jabal y Benedict, y ahora parecía que Parker había atrapado a este último. Ninguno de los supervivientes sabía si estaba vivo o muerto. Habían huido para salvarse.

Vendría la policía. Eso era inevitable. Había habido testigos.

Un gemido se alzó entre las mujeres cuando bajaron los cuerpos. Uno de ellos estaba envuelto en una vieja manta y desprendía un fuerte olor a quemado. Un brazo ennegrecido se deslizó por debajo de la manta y el gemido se hizo más agudo.

Oberon miró a su alrededor, buscando a Sherah y a Hannah, pero no las vio. Iban a necesitarlas, sobre todo a Hannah, porque era la que tenía más conocimientos médicos de todas. La última vez que las vio estaban preparando la comida para las zorras de la cabaña.

Cassander se le acercó.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Les echaremos la culpa a los muertos —dijo Oberon—. Algunos de nuestros jóvenes discutieron con Parker e intentaron matarlo. No supimos nada hasta que apareció el camión, pero el conductor era el único

superviviente y murió aquí. Haz que atiendan a los heridos, luego llévatelos de aquí.

«Podría colar», pensó Oberon. «No, no servirá de nada. Sólo nos hará ganar un poco de tiempo.»

Cassander no daba crédito a lo que oía.

—¿Eso es todo lo que vamos a hacer?

—¿Qué otra opción tenemos?

Lucius, que había estado escuchando, intervino:

—Podemos pelear.

—Esto no va a ser sólo una disputa local con Henkel. Atraerá a la policía del estado, tal vez al FBI y la ATF. No podemos enfrentarnos a todos.

«Y es posible que sea mejor así. Tendría que haberme ido mientras aún podía. Podría haberme llevado a Tamara y a Sherah, si ella hubiera querido.»

Miró a Cassander y sintió que le dominaba la rabia causada por las sospechas de traición, antes de que su mirada se dirigiese a la casa prisión. Algo no iba bien. Tal vez una de las zorras estaba enferma.

—No tenemos que preocuparnos por Henkel —dijo Cassander.

—¿Por qué?

—Está muerto.

—¿Qué?

—Mande a Nestor a por él.

—Yo no autoricé ninguna acción contra Henkel.

—Lo sé —dijo Cassander—. Lo hice yo.

Y en ese instante, Lucius se situó detrás de Oberon, le pegó el arma a la nuca y apretó el gatillo.

Cassander fue caminando a la casa prisión con Lucius detrás. Tendrían que llevarse a las mujeres de ahí. Valían demasiado para matarlas, pero si la policía las descubría, todos estarían perdidos. Echar la culpa a los muertos, había aconsejado Oberon. Bueno, eso era precisamente lo que pensaba hacer Cassander. Oberon había ordenado los ataques al Dryden's Inn y contra Henkel. Luego había intentado matar a Cassander y Lucius se había visto obligado a intervenir. Tenían testigos que jurarían que eso era lo que había pasado. El Tajo todavía podría sobrevivir. Pero había que esconder a las mujeres.

A las mujeres y al Rey Muerto.

Lucius intentó abrir la puerta. No estaba cerrada con llave y se suponía que siempre debía estarlo, incluso cuando servían las comidas. Entró y vio a Sherah caída de costado en el suelo, y a Hannah boca arriba junto a los armarios de la cocina. Cassander estaba justo detrás de él y lo apartó para acercarse a Sherah. Todavía tenía pulso, pero débil. Los dedos de Cassander rozaron el cráneo herido.

—Hannah está muerta —dijo Lucius.

«Sherah, *no*», pensó Cassander, pero se hizo una idea clara de la gravedad de su herida. Nadie del Tajo estaba lo bastante preparado para tratar ese tipo de heridas. Habría que llevarla al hospital. Habría más preguntas.

El trozo de ladrillo que se había utilizado contra ella se hallaba al lado de

su cuerpo. Cassander vio restos de sangre y pelo en él. Se sacó un pañuelo del bolsillo, lo usó para recoger el ladrillo y le dijo a la inconsciente Sherah:

—Lo siento.

La golpeó dos veces, pero ella no emitió ningún sonido. Cuando acabó, el pulso se había detenido.

Cassander arrojó la piedra a un lado.

—Encuentra a las mujeres —le ordenó a Lucius—. Y tráelas de vuelta aquí. *Vivas*.

Paige había intentado mantenerse en la mejor forma que había podido, pero caminar alrededor de un patio vallado durante una hora al día en el mejor de los casos, entre agresiones sexuales, embarazos y las secuelas de partos difíciles, no favorecía demasiado las condiciones para una fuga a la carrera.

«Dios, me entra la risa», se dio cuenta. «Estoy corriendo, no, tambaleándome, para ponerme a salvo, me han violado, maltratado y pronto daré a luz a un tercer hijo, pero me entra la risa. Y yo creía que era Gayle la que estaba loca.»

Sentía la debilidad de las piernas, le costaba respirar y el peso de la criatura en su vientre parecía que iba a hacerle doblar las rodillas en cualquier momento. El papel que se había metido en los zapatos se alejaba de las puntas de los dedos y los pies se le movían a su aire dentro. Ya se había caído en dos ocasiones, y sangraba profusamente por la rodilla y la espinilla de la pierna derecha. Gayle la había ayudado a levantarse las dos veces. Ella tenía menos problemas que Paige, porque su embarazo no estaba tan avanzado, y sólo llevaba unos meses, no años, encerrada en la casa prisión como una gallina de granja enjaulada. Pero Paige también reparó en que parte de la chica que Gayle había sido en el pasado había reaparecido, como si hubiera permanecido latente bajo una pátina de locura para protegerse. Ahora era Gayle la que guiaba a Paige, animándola a seguir adelante y a no mirar atrás. Pero, por Dios, estaba agotada, y sus malditos pies le dolían.

—Espera —dijo Paige.

Se detuvo, se quitó los zapatos de Hannah y los arrojó al bosque. Correría el riesgo de ir descalza. Sería menos doloroso, o eso creía hasta que reemprendió el camino y las primeras ramitas y piedras empezaron a clavársele en las plantas de los pies y el talón.

—¡Mierda! —exclamó cuando un guijarro muy afilado se le clavó en el pie derecho y se le quedó alojado en la carne. Volvió a detenerse, se lo arrancó y fue a tropezarse con la espalda de Gayle.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Y entonces las dos se quedaron mirando al pequeño negro que estaba entre los árboles, mirándolas con cara de sorpresa.

Perry Lutter había desaparecido. Hacía un instante iba andando delante de Odell y de repente ya no estaba allí, y en su lugar había dos mujeres blancas, las dos con los vientres hinchados, aunque la barriga de la mayor era más grande que la de la más joven. Odell sabía qué aspecto tenía una mujer embarazada, y estaba bastante seguro de que en ese momento estaba viendo a dos. ¿Eran del Tajo? Si lo eran, ¿qué hacían ahí fuera y por qué iba descalza una de ellas? Odell no quería meterse en líos con el Tajo. Se suponía que no debía estar en sus tierras. Había seguido a Perry, pero ahora éste había desaparecido y no le había dado instrucciones detalladas sobre qué se suponía que debía hacer en el caso de encontrarse con dos mujeres con bebés en sus barrigas.

Entonces la más joven dijo:

—¡Ayúdanos, por favor!

Y entonces Odell Watson supo por qué Perry Lutter le había atraído para llevarlo al Tajo.

Lucius y Marius seguían a las mujeres. No era difícil. Habían dejado un rastro a través del bosque que podría seguir un niño.

Las instrucciones de Cassander habían sido claras: no había que matar a

las mujeres, ni siquiera después de lo que les habían hecho a Hannah y a Sherah, aunque la muerte de esta última no podía atribuírseles del todo, y no es que Lucius fuera a contar jamás lo que su padre le había hecho en la casa prisión. A Lucius nunca le había caído bien Sherah. Sabía que su padre se acostaba con ella, y uno no podía fiarse de una mujer que engañaba a su marido.

Y un hombre que se acostaba con la mujer de otro... ¿era digno de confianza? Lucius no lo tenía claro. Sus sentimientos hacia su padre eran complejos. Lo amaba, pero al mismo tiempo sabía que Cassander prefería a Marius y siempre había considerado a éste un líder potencial del Tajo. Pero, según las leyes de la primogenitura, Lucius era el que tendría que haber sido preparado para asumir la autoridad después de Cassander, ahora que Oberon había muerto. Eso tendría que hablarse después de haber resuelto sus problemas actuales. Puede que Marius fuera inteligente, pero siempre había sido Lucius el que se había encargado del trabajo sucio, como matar y enterrar a Killian y Huff, o meterle una bala en la cabeza a Perry Lutter después de que Benedict la pifiara con el cuchillo. Marius no habría sido capaz de cumplir esas tareas, aunque Cassander hubiera hecho todo lo posible para que su hijo menor se mantuviese alejado de los actos más sangrientos del Tajo. Es verdad que Marius había prendido las llamas que quemaron vivo a Harpur Griffin, pero sólo cuando éste estuvo tan borracho que ni siquiera podía forcejear con sus ataduras. Marius no era un líder. No tenía agallas. Pero, pese a todo, Cassander lo seguía prefiriendo a Lucius.

En sus momentos más oscuros, Lucius se preguntaba a veces si su propia familia le estaba tendiendo una trampa. Si alguien tenía que caer, entonces que fuera el conflictivo hijo mayor, o eso parecía, y no el cauteloso —no, llámesele con la palabra apropiada: el *cobarde*— hijo menor.

Lucius se detuvo para que Marius le alcanzara. Era para lo único que servía su hermano: cazar mujeres y matar borrachos. Y cuando atraparan a Paige y Gayle, ¿se uniría Marius a su hermano para castigarlas?, porque llevarlas de vuelta vivas no era lo mismo que devolverlas ilesas. Lucius siempre se había preguntado cómo sería tomar a Gayle por la fuerza. Ella tenía algo vulnerable que atraía la maldad de Lucius. En cuanto a Paige,

también podía tomarla, sólo para darle una lección, y, mientras se la follaba, le informaría de que sería él en persona el que la mataría en cuanto naciera su bebé, y se encargaría de que muriera lentamente. No tendría piedad. Era lo que Hannah hubiera querido.

—Mira —dijo Marius. Señaló entre los matorrales, donde había dos zapatos tirados. Una de las mujeres iba ahora descalza. No importaba. No podrían desplazarse más deprisa con o sin zapatos. Los dos hombres debían de estar a punto de alcanzarlas.

—¡Estamos aquí! —gritó Lucius—. ¿Me oís? ¡Ya hemos llegado!

Y entonces alzó la cara al cielo que se iluminaba lentamente y aulló.

Odell guiaba a las mujeres hacia la carretera. La mayor —que dijo llamarse Paige; la joven era Gayle— le contó que el Tajo las había tenido prisioneras, pero que se habían escapado, y a Odell no se le ocurrió ninguna razón para dudar de su historia. Las llevaría a su casa, y su madre y su abuela sabrían qué hacer. Por el momento, la atención de Odell se concentraba en encontrar el camino de vuelta a la carretera. Todavía era de noche, aunque empezaba a asomar la luz por el este, pero Odell tenía buena vista, y como Perry le había hecho seguir un sendero tortuoso y poco transitado, podía distinguir los lugares por los que habían pasado gracias a los arbustos rotos y la maleza aplastada. Además, mantenía el sendero a su derecha, porque había estado casi siempre a su izquierda cuando habían entrado en el Tajo. Intentó explicar a las mujeres lo importante que era que siguieran sus pisadas lo más de cerca que pudieran, porque había trampas esparcidas por el Tajo, pero no estaba seguro de que le hubieran entendido. No paraban de salirse del camino, y una vez las pilló caminando a su lado, y tuvo que advertirles que se colocaran detrás. Pero a ellas les resultaba difícil. Paige tenía los pies llenos de cortes, y Odell no podía asegurarlo, y le daba demasiada vergüenza decirlo, pero pensaba que la mujer también estaba sangrando por debajo del vestido.

La voz de un hombre sonó muy cerca de sus espaldas, seguida de un aullido.

—¡Tenemos que ir más deprisa! —dijo Paige, y Odell vio una extraña

expresión cruzando el rostro de Gayle, como una marea que cubre una playa y borra todo rastro que señalara que habían pasado personas por allí — papeles escritos, huellas, castillos de arena—, dejando sólo el vacío tras de sí. Gayle soltó la mano con la que se agarraba a Paige y dio un paso a su derecha, pero la ladera no era uniforme y se resbaló hacia abajo medio metro, entre hojas húmedas y tierra. Intentó subir arrastrándose, y Odell extendió la mano para ayudarla, cuando oyó un crujido y Gayle gritó de dolor y perdió pie del todo. Odell vislumbró una delgada línea de color plata que envolvía la pierna izquierda de la chica, justo por encima del tobillo. Gayle intentó levantarse, y el alambre de la trampa se levantó entre las hojas, tensándose desde el tronco del árbol en el que estaba sujeto.

Odell se volvió hacia Paige, pero Paige había desaparecido, y entonces una mano le tapó la boca a Odell mientras lo alzaba de un tirón y lo metía entre los árboles.

Lucius fue el primero en encontrarla, con Marius siguiéndole los pasos. Gayle estaba sentada en medio de un montón de hojas húmedas, arañándose bajo la trampa que le atrapaba la pierna. Levantó la mirada hacia Lucius sin que las uñas dejaran de moverse, desgarrándose su propia pierna, clavándose las bajo la piel hasta la carne. Si la hubieran dejado, Lucius creyó que incluso habría intentado arrancársela, como un lobo atrapado.

Lucius sacó su cuchillo y se lo enseñó a la chica.

—Ve a por la otra —le ordenó a Marius.

—¿Y qué pasa con ésta?

—Yo me encargo.

—No puedes hacerle daño —dijo Marius—. Papá nos lo advirtió.

«Papá nos lo advirtió. A la mierda.»

—Nos dijo que no la matáramos —le corrigió Lucius—. No dijo nada de que no le hiciéramos daño. Tú preocúpate sólo de la otra zorra. Y ahora vete. No quiero público para lo que voy a hacer.

Odell había dejado de forcejear. La mano que le tapaba la boca era negra, como la cara que tenía al lado, y la voz que le hablaba al oído le decía que no hiciera ruido, que ellos estaban de su parte, salvo que Odell no estaba de parte de nadie, al menos que él supiera. Y, además, ¿quiénes eran «ellos»?

Vio a otros dos hombres, armados, ocultos tras los árboles, y a un tercero que estaba tumbado en el suelo, con las manos atadas a la espalda, una mordaza en la boca y un trozo de alambre de espino alrededor del cuello. El resto del alambre estaba envuelto alrededor de lo que parecía un palo de escoba, como si fuera una vara de control, algo con lo que una persona cruel podría obligar a un oso a actuar en público. Odell no podía verle bien la cara al hombre, pero le pareció reconocerle del pueblo. Era del Tajo, de eso estaba seguro.

Una figura apareció sobre una pequeña elevación, y Odell reconoció a otro hombre del Tajo. Llevaba un arma en la mano derecha. Avanzaba cuidadosamente por el sendero, atento a sus pies, al bosque, incluso a las ramas sobre su cabeza, como si lo que buscaba pudiera estar cerniéndose en lo alto como un murciélago o un pájaro.

—Vamos, sal ya —dijo Marius—. Cuanto más se alargue, peor será.

Se detuvo cuando le llamó la atención una marca en el suelo delante de él. Se acuclilló y tocó con los dedos la sangre reciente. Se llevó la mano a la cara y olió la mancha en su pulgar. Todavía estaba caliente.

Cuando volvió a levantar la mirada, había un hombre de pie en el sendero, delante de él. Era pequeño, iba sin afeitarse y llevaba una gorra de punto contra el frío. Como Marius, también sostenía un arma en la mano.

—No te muevas —dijo— y suelta el arma.

Un pistolero con más experiencia que Marius habría obedecido, reconociendo la inutilidad de levantar un arma contra alguien que ya le estaba apuntado con otra. Incluso habría optado por no moverse en absoluto.

Pero a Marius le entró pánico. Intentó levantarse. Ni siquiera tenía claro si pretendía utilizar el arma. Nunca había disparado a nadie, y ahora ya nunca lo haría porque Angel lo mató en cuanto sus rodillas se apartaron de la tierra.

Lucius estaba encima de Gayle, con el cinturón ya desabrochado, cuando sonó el disparo.

—¿Qué coño?

Se abrochó el cinturón y se apartó de Gayle. Gritó el nombre de su hermano, pero no hubo respuesta. Tal vez Paige había intentado arremeter

contra él y él había disparado para asustarla. Más valía que no la hubiera herido tan gravemente como para hacer daño al bebé. Para ellos, el niño que llevaba dentro era oro puro.

Lucius había ascendido la mitad de la ladera, con el arma en la mano, cuando vio un par de zapatillas deportivas delante, una de ellas ensangrentada. Su mirada fue subiendo desde las zapatillas hasta los pantalones bien planchados, la camisa limpia y llegó al rostro tranquilo y sonriente de Perry Lutter.

—Te dije que volveríamos a vernos —dijo Perry, salvo que no era la voz de Perry la que salió de su boca, sino una voz masculina más profunda, la voz de un negro. Entonces Perry desapareció y en su lugar había un hombre con la cabeza rasurada y un círculo de barba blanca, la presencia burlona y peligrosa del bar de Portland, el que, según los supervivientes, había matado a tres hombres del Tajo en otros tantos minutos en el Dryden's Inn.

Lucius soltó el arma y levantó las manos.

—Me rindo —dijo.

—Me da igual —dijo Louis, y mandó a Lucius a hacer compañía a su hermano en los fuegos del otro mundo.

Mientras tanto, Henkel estaba ocupado con los fuegos de este mundo, en su caso, los restos de una de las alas reducidas a madera carbonizada y cenizas del Dryden's Inn, mientras dos camiones de bomberos se esforzaban para que las llamas no se extendieran al resto del edificio. Les ayudaba una brisa del este que alejaba las chispas y las llamas del recinto del motel hacia una parcela abandonada que en el pasado había albergado un bar llamado Whitney's, que todo el mundo en Plassey County conocía como Whitey's, o sea, «blanquito», debido a su pública intolerancia con los clientes no caucásicos. La particular versión de la nostalgia segregacionista del Whitney's había llegado a su fin en 1997, cuando miembros de una pandilla afroamericana llamada L8 se desvió mientras transportaba dos mil bolsas de heroína de Pittsburgh a Weirton en un par de minibuses y dejó el Whitney's reducido a cristales rotos y astillas utilizando un artefacto explosivo casero

confeccionado con nitrato de amonio.

Morton Dryden declaró que no tenía ni idea de lo que había pasado en el curso de aquella noche, en la que aparentemente se había librado una batalla en toda regla en su motel, con el posterior incendio de una cuarta parte de las habitaciones, mientras su recepcionista y él mismo estaban oportunamente en otro sitio en ese momento. A Henkel no le importaba demasiado lo que Dryden supiera o dejara de saber, y sólo lamentaba que el viento se empeñara en no quemar el resto de su asqueroso establecimiento. Lo que Henkel sabía era que Charlie Parker se había alojado en el motel, y los testigos confirmaron que había abandonado la escena de los hechos, con otros dos o tres hombres, en persecución de uno de los vehículos que había participado en el ataque, otros dos de los cuales seguían en el aparcamiento y habían sido incendiados deliberadamente en una tentativa de dificultar su identificación.

Pero a Henkel no le hacían falta ni documentos ni matrículas para saber que era el Tajo el que había ido a por Parker, y que la había pifiado, del mismo modo que había mandado a Nestor para matarle a él, y también la había pifiado. Irene Colter estaba en una celda en la oficina del sheriff, vigilada por dos ayudantes armados. Desde su detención sólo había hablado para preguntar por la llamada que podía hacer, que había utilizado para ponerse en contacto con un abogado llamado Daniel Starcher, de Charleston, un hombre conocido por tener vínculos con el Tajo.

La policía del estado, avisada por Henkel, estaba de camino, acompañada al menos por un Humvee blindado y el MRAP de McDowell County. El MRAP era un vehículo blindado para resistir la detonación de minas y explosivos, adquirido gracias al Programa 1033 del Departamento de Defensa, un programa que, básicamente, era un medio del Gobierno para vender parte de sus vehículos blindados ahora que se habían ahorrado lo de Afganistán e Irak con los cambios de régimen y la democratización. En su momento, Henkel había pensado que la adquisición del MRAP había sido la mayor estupidez que había visto en su vida, dado que las posibilidades de que algún vecino de MacDowell County fuera a utilizar minas eran prácticamente nulas. Sin embargo, ahora no irrumpiría en el Tajo sin todo el blindaje y el poder de fuego que pudiera, y empezaba a parecerle que, después de todo, no

había sido mala idea adquirir el MRAP.

Sonó su móvil. Miró el número, pero no lo reconoció.

—Henkel —dijo.

—Soy Parker.

Henkel se apartó el teléfono del oído y lo sostuvo hacia el fuego, a tiempo de captar el sonido de tres habitaciones desmoronándose.

—¿Lo ha oído? —dijo—. Ése es el ruido de un edificio al arder. ¿Dónde coño está?, esté donde esté, dese por detenido.

—Estoy en casa de una mujer que se llama Teona Watson —respondió Parker—. Dice que usted sabe dónde vive. Tengo a dos mujeres conmigo que han sido retenidas y repetidamente violadas por el Tajo.

Cassander había oído los disparos. Habían sonado lejos, pero no presagiaban nada bueno. Había advertido a sus hijos que no les hicieran daño a las mujeres. Si disparaban, no era a las fugadas. Envió a dos hombres a investigar. Volvieron en cuanto encontraron los cadáveres. Cassander no derramó lágrimas. No había tiempo. Lloraría más tarde, si sobrevivía.

Siguiendo las órdenes de Cassander, el Tajo se preparó para resistir. Los hombres y las mujeres se armaron con escopetas y armas semiautomáticas. Se colocaron vehículos en las carreteras, cada uno de ellos cargado con sacos de cemento, bolsas de fertilizantes, cualquier cosa que pesara, antes de pincharles las ruedas e inutilizar los motores. Una vez bloqueadas las carreteras, las instrucciones de Cassander fueron que la mayoría de los habitantes se retiraran a la Plaza, donde el Tajo presentaría resistencia.

Pero no serían muchos: poco más de treinta adultos en el mejor de los casos. El Tajo había sobrevivido gracias a su reputación, saliendo adelante casi sin nada. Tal vez, después de todo, Oberon tenía razón, y su hora se acercaba. De ser así, no sería una lenta decadencia sino una última gran conflagración final, y el Rey Muerto formaría parte de ella.

El Tajo se había visto obligado a ocultar al Rey Muerto sólo dos veces en su historia, cuando había creído que corría un peligro inminente. Se había construido un búnker en el bosque a tal propósito, pero Cassander ya no pretendía utilizarlo. Había esparcido gasolina dentro y en los alrededores del

fortín, y él mismo tomaría posiciones allí. Cuando llegara el final, se encerrarían tras la empalizada, le prendería fuego y moriría con el Rey Muerto.

Nikolas, uno de los hijos de Micah Morcamb, fue a ver a Cassander mientras éste vaciaba la última de las latas de gasolina en el bosque. Nikolas parecía asustado. Tenía razones para estarlo. La mayoría de ellos no sobreviviría a lo que se avecinaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó Cassander.

—Los Holbert han huido —dijo Nikolas—, y también los Lunn.

—¿Qué quieres decir?

—Sus camiones han desaparecido. Nos han dejado.

Los Holbert tenían tres hijos varones, el menor de diecisiete. Los Lunn tenían dos, ambos en la veintena. Significaba que las fuerzas de Cassander se habían reducido en un tercio de un plumazo.

—¿Quién lo sabe?

—Por ahora, sólo Damon y yo. —Damon era el hermano pequeño de Nikolas.

Cassander agarró a Nikolas por el hombro derecho.

—Pues no se lo digas nadie, ¿entendido?

—Sí.

Nikolas llevaba un AR-15 colgado del hombro. Era pequeño para su edad y el arma parecía demasiado grande para él.

—¿Sabes usar esa arma? —preguntó Cassander.

—Me enseñó mi padre —dijo Nikolas.

—Bien. Cuando lleguen, no les importará a quién hieran. Ya viste lo que hicieron en Waco. Mujeres, niños, todos murieron. Al Gobierno le daba igual. Tenemos que resistir cuanto podamos, hacerles negociar con nosotros. No podemos dejar que irruman aquí, ¿entiendes?

—Sí.

—Eres un buen chico. Ahora vete con tu padre y tu hermano.

Nikolas lo dejó y se introdujo en el bosque, con el rifle rebotándole en la espalda, y entonces una voz pronunció el nombre de Cassander, el cual se dio la vuelta para ver quién era, pero no había nadie. Oyó que lo llamaban de

nuevo.

Esta vez supo quién era.

Se dio la vuelta hacia el fortín y se colocó ante el Rey Muerto.

En la casa de las Watson, Henkel, acompañado de Rob Channer, escuchaba a Paige contando los detalles esenciales de la historia de las mujeres. No tenía tiempo para escuchar la historia entera, y tampoco le hacía falta. Ya tenía ganas de matar a alguien.

Parker se apoyaba en la pared del salón. Frente a él había sentados otros dos hombres, a quienes había presentado como Angel y Louis. El que se llamaba Angel hacía que Henkel quisiera esconder la cartera. La frialdad de Louis le aterraba. Se habían visto obligados a matar a dos del Tajo para rescatar a las mujeres, dijo Parker, y Paige había corroborado los detalles de su historia, identificando a los muertos como Lucius y Marius, los hijos de Cassander. Hasta era posible que el cuento fuera cierto. Henkel lo añadió a su lista de cosas que no le importaba mucho que fueran o no ciertas. Una lista que crecía a velocidad de vértigo.

Benedict, el hijo de Zachary Bowman, estaba atado con alambre de espino a la puerta de madera de la casa de las Watson, con un trozo de palo de escoba todavía sujeto a la nuca. Parker lo había utilizado para entrar en el Tajo, confiando en el instinto de conservación de Benedict para evitar las trampas. No dijo gran cosa cuando Henkel le quitó la mordaza de la boca, aparte de unos balbuceos sobre secuestro y asesinato, así que Henkel se había limitado a amordazarle de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Parker.

Henkel le habló de la llegada de refuerzos con potencia de fuego, agentes del estado y vehículos blindados. También habría llamado a la Guardia Nacional, si hubiera creído que sería de ayuda. Henkel estaba cabreadísimo y apenas podía controlarse: el único motel de la ciudad estaba en llamas, la mayor parte de los hombres que se encontraban en el salón con él habían participado en un tiroteo en su territorio, el Tajo había estado violando a mujeres y haciendo sólo Dios sabía qué con los bebés, y su novia acababa de

intentar que lo asesinaran. Resultaba difícil imaginar que el día pudiera ir a peor, pero Parker encontró el modo.

—¿Qué harán en el Tajo cuando empiecen a aparecer todas esas armas en su territorio? —preguntó.

—Lucharán —dijo Henkel.

—Ahí hay mujeres y niños.

—Algunos lucharán también.

—Entonces tendrá un baño de sangre en las manos.

No era eso lo que Henkel quería oír, pero sabía que podía ser verdad. Había estado tan obsesionado con deshacerse del Tajo de una vez por todas que no había tenido en consideración todas las consecuencias.

—¿Cuál es la alternativa? —preguntó.

—Retiene a los agentes del estado y a los vehículos blindados, y nosotros volvemos a entrar. Tal vez pueda razonarse con Oberon. No querrá ver cómo matan a su gente.

—Él y su «gente» se enfrentan a acusaciones federales por los secuestros —dijo Henkel—, o a algo peor si encontramos pruebas de delitos punibles con la pena de muerte.

—No en este estado.

Virginia Occidental había abolido la pena de muerte en 1965, y los últimos juicios federales con esa sentencia, que habían tenido lugar en 2007, habían concluido con la revocación de las penas de muerte y su sustitución por cadena perpetua sin posibilidad de libertad vigilada y treinta y cinco años respectivamente. Con buenos abogados, cualquiera del Tajo acusado de delitos graves tenía casi garantizado evitar la aguja federal. Servía para regatear.

—Es posible que tenga algo de razón —admitió Henkel—. Sólo hay un problema: ¿quién sabe si Oberon sigue al mando ahí dentro? Puede que sea un hijo de puta, pero le preocupan esas familias. Aun cuando él haya sido el responsable de los ataques contra nosotros dos, a estas alturas ya sabría que su mejor opción sería la negociación. Habría llamado e intentado abrir algún canal de comunicación. Ése es su estilo.

—Si Oberon no lleva las riendas —dijo Parker—, entonces ¿quién?

Henkel suspiró.

—Cassander Hobb —respondió—. Y usted y sus amigos acaban de matar a sus chicos.

Estaban utilizando árboles caídos, muebles pesados y sacos de arena para crear posiciones fortificadas alrededor de la Plaza. La mayoría de las mujeres y los ancianos, así como todos los niños pequeños, habían sido llevados a la casa prisión que antes ocupaban Paige y Gayle. Estaban desarmados y, en el caso de que el Tajo cayera, tenían instrucciones de rendirse a las autoridades. No había rastro de Cassander, pero Cassia y Jana, dos de las mujeres más jóvenes con bebés, habían acudido al fortín a suplicarle que se replanteara la decisión y mandara a alguien a negociar con las fuerzas de la ley antes de que entraran en el Tajo. Las hicieron retroceder Koli y Logmar, dos fieles de Cassander, que les dijeron que éste estaba buscando consejo.

Así que esperaron, pero Cassander no salió.

Henkel hizo unas llamadas. Los primeros agentes del estado habían llegado a la oficina del sheriff, y había más de camino. Según Lucy, el FBI también se había puesto en contacto, y dos de sus agentes se desvivían por hablar con el sheriff. Parecían muy preocupados por Parker, lo que no sorprendió a Henkel, aunque no estaba seguro de cómo se habían enterado de que estaba en Plassey County. Muy pronto, Henkel lo sabía, le quitarían el control de todo de las manos. El FBI, si se implicaba formalmente, tendría negociadores profesionales, pero Henkel pensaba que el conocimiento local del Tajo sería

más útil. No quería una matanza, quería una rendición. Sólo esperaba que todavía fuera Oberon con quien tuviera que negociar.

—Haremos un intento de negociar —le dijo a Parker—. Pero sería mejor que usted y sus amigos se quedaran aquí.

—He venido a buscar a Jerome Burnel —dijo Parker. Paige Dunstan le había dicho que había visto a un hombre encapuchado al que llevaron al Tajo hacía unas noches y que lo introdujeron por la fuerza en el bosque, y el hijo de Teona Watson había confirmado que había visto algo parecido. Era posible que Burnel siguiera con vida allí dentro.

Henkel miró a Channer para ver qué opinaba. Si todo esto acababa mal, Channer estaría sentado en la silla del sheriff mucho antes de lo esperado.

—Yo preferiría entrar con cinco armas en lugar de dos —dijo Channer—. Y es posible que cuantos menos uniformes vean los del Tajo, mejor.

Eso lo aclaraba todo, supuso Henkel.

—Estoy enfermo del corazón —dijo Henkel.

—Lo sé.

—Esto no puede ser bueno.

—Yo diría que no.

Henkel se puso de pie. No se sentía demasiado bien. Lo que tenía que hacer a continuación no haría que se sintiera mejor.

—Muy bien —le dijo a Parker—. Les nombro ayudantes provisionales a usted y a sus amigos aquí presentes. A partir de este momento están a las órdenes del sheriff de Plassey County, con todas las potestades y protecciones que implica el cargo, pero si disparan un solo tiro más sin causa justificada, a la mierda, yo mismo los mataré. ¿Alguna pregunta? —dijo Henkel.

Sólo Angel levantó una mano.

—¿El cargo incluye el derecho a llave de los lavabos de los oficiales?

Entraron en el Tajo en dos vehículos, con Henkel y Parker en el camión del sheriff y Benedict haciendo de reticente guía, mientras que Channer, con Angel y Louis en los asientos traseros, los seguían en el coche de alquiler. Se toparon con el primer bloqueo cuando llevaban menos de un kilómetro recorrido. Era sencillo pero eficaz. Un viejo Buick con las ruedas pinchadas,

posiblemente utilizado para recuperar piezas usadas, estaba volcado sobre el techo hundido en medio de la carretera, con una densa hilera de árboles a cada lado.

—Podemos apartarlo empujando —dijo Parker—. Utilice el camión para darle la vuelta y luego pase por el lado.

Henkel miró entre los árboles. A través de ellos veía una casa, pero parecía en calma.

—Es la de los Tinsley, ¿no? —le preguntó a Benedict.

—Sí.

Achim Tinsley tenía dos hijos, chico y chica. El chaval rondaría los veinte y la chica era un año menor. Achim no era un mal tipo, para los estándares del Tajo, pero su mujer, Priska, era un mal bicho.

Henkel encendió el altavoz del camión, luego ordenó a Benedict que llamara a Achim por su nombre, y le explicó qué tenía que decirle. Colocó el micrófono cerca de la boca de Benedict y asintió.

—¡Achim! Soy Benedict. El sheriff sólo quiere hablar con Oberon. Dice que puede encontrar una salida pacífica.

No hubo respuesta durante unos diez segundos hasta que una voz masculina respondió entre los hombres. Sonaba joven.

—Oberon está muerto.

—Ése no es ninguno de los Tinsley —dijo Benedict.

—Entonces quién es... —empezó a preguntar Henkel antes de que el camión fuera acribillado a balazos procedentes de la casa y los árboles. El parabrisas estalló mientras Henkel y Parker se agachaban. Oyeron disparos de atrás cuando Channer y los demás respondieron al fuego. Benedict no se movió. Una bala le había alcanzado en el pecho y otra en la barbilla. Se desplomó de lado mientras Parker y Henkel abrían las puertas y se tiraban al suelo, utilizando el Buick para cubrirse. La escopeta de Channer retumbó dos veces y alguien gritó desde los arbustos a la izquierda. El tiroteo cesó.

Con cautela, Channer y Henkel se introdujeron en la maleza. Tumbado en un trecho de tierra con un orificio en el centro del torso y un rifle al lado había un chico de no más de dieciséis o diecisiete años. Parpadeaba, intentando centrar la mirada en el cielo sobre su cabeza. Henkel pensó que

Parker tenía razón: si entraban en el Tajo por la fuerza, se arriesgaban a mancharse las manos con sangre de niños, aunque fueran niños con armas. Las cosas no deberían haber llegado a este extremo.

—Ah, mierda —dijo Channer—. Es uno de los chicos de Parsons, el menor, Nikon.

Los Parsons habían sido un clan tan cercano a los Hobb durante generaciones que eran prácticamente la misma familia.

—Parsons tiene dos hijos más y... —empezó a decir Henkel, cuando ocurrieron dos cosas. El chico dejó de parpadear mientras la vida le abandonaba; y una tira de cuero cabelludo se alzó del cráneo de Rob Channer, seguida por una nube de sangre y huesos, y el estallido del disparo de rifle que acababa de matarlo. Channer se derrumbó de costado, y Henkel cayó con él, de modo que el cadáver de Channer recibió el segundo disparo y le salvó la vida a Henkel. En esta ocasión, la descarga que siguió como respuesta de Parker, Angel y Louis apuntó a una ventana concreta de la casa de Tinsley, y cuando acabó todo volvió a quedar en silencio.

Henkel salió de detrás del cadáver de Channer y se arrastró entre los árboles.

—Por favor —dijo una voz de mujer desde dentro de la casa—, basta de tiros.

Henkel reconoció a la mujer como Priska Tinsley. Miró a su ayudante muerto y se esforzó por controlar la voz.

—Priska, soy Ed Henkel. Tenemos un verdadero desastre y no quiero que vaya a peor.

—Achim está herido —dijo Priska—. Le han dado en el tiroteo. No puedo moverlo.

—¿Estáis los dos solos ahí dentro?

—También está Jason Parsons, pero ha muerto. Los chicos están en la Plaza. Aquí sólo quedamos Achim y yo.

—Entonces sal con las manos en alto y nosotros nos ocuparemos de Achim.

Se abrió la puerta delantera de la casa y una mujer delgada en la cincuentena salió. Su blusa amarilla y los tejanos estaban cubiertos de sangre.

Parker y los demás no dejaron de apuntarle mientras Henkel se acercaba, con el arma levantada.

—Túmbate en el suelo, Priska —dijo.

La mujer se arrodilló con inseguridad y se apoyó en los brazos antes de echarse en el suelo. Henkel la registró, pero no encontró nada. Parker se le acercó y juntos fueron hacia la casa. Parker aventuró una mirada dentro. Un hombre con el pelo largo y blanco, que parecía décadas mayor que la mujer de fuera, estaba desplomado contra una pared acribillada en medio de un charco de sangre que se agrandaba. Tenía los ojos abiertos, pero fuera lo que fuese lo que veían ya no era de este mundo. Había una escopeta tirada a su lado.

Parker entró primero, y Henkel y él revisaron la casa de una planta. Encontraron otro cadáver, e inmediatamente reconocieron el parecido con el chico que había muerto en el exterior. Le habían alcanzado dos veces en la parte superior del cuerpo. Era un par de años mayor que su hermano y, como él, también llevaba un rifle. Tanto él como Tinsley podían haber matado a Channer.

—Hasta aquí ha llegado la negociación —dijo Henkel.

—Hablemos con la mujer.

Volvieron a salir. Priska Tinsley seguía tumbada en el suelo, con Angel y Louis a su lado.

—Hay que buscar ayuda para Achim —les repetía ella una y otra vez.

Henkel se arrodilló al lado de esa mujer que probablemente había participado en el asesinato de su ayudante, y le habló con toda la ternura de que fue capaz con los restos de Channer tan cerca.

—Ahora ya no puede hacerse nada por él, Priska —dijo—. Pero quizá tú puedas ayudarnos a salvar a los demás.

Henkel era reacio a adentrarse más en el Tajo sin apoyo. La muerte de Channer había inclinado la balanza contra sus habitantes, y era lo único que Henkel podía hacer para controlarse y no desentenderse de la suerte que fueran a correr dejando que los acontecimientos siguieran su curso. Pero, al mismo tiempo, no quería que su nombre quedara asociado a otro Waco. La radio de su coche estaba destrozada, así que utilizó su móvil para ponerse en contacto con su oficina.

Desgraciadamente, cualquier duda que quedara sobre cómo tratar con el Tajo la habían disipado los testimonios de Paige y Gayle ante la policía del estado y el par de agentes del FBI que acababan de unirse a ésta. Además, las familias Holbert y Lunn se habían rendido voluntariamente a las autoridades, pidiendo protección de Cassander Hobb y de los que permanecían a su lado, y, según parecía, los agentes del estado ya estaban entrando en el Tajo desde el norte, el este y el oeste.

Parker oyó un ruido que retumbaba desde el sur mientras Henkel intentaba escuchar lo que le decían, y al cabo de unos momentos apareció el MRAP, seguido de un coche y un monovolumen de la policía estatal, que no pudieron seguir su marcha a causa de dos vehículos inútiles —el primero, una ruina volcada sobre el techo; y el segundo, el camión de Henkel, con el motor echando humo por los orificios de bala—, así como otro de alquiler relativamente intacto.

—Bueno —dijo Louis al ver la masa del MRAP y pensando que una situación ya de por sí mala estaba a punto de empeorar mucho más—, al menos ahora podemos deshacernos del Buick.

Henkel decidió que el MRAP, acompañado del equipo de agentes de operaciones especiales SWAT, encabezara la marcha, pensando que la resistencia se vendría abajo en cuanto vieran el vehículo de combate. Lo que importaba ahora era llegar a la Plaza antes que las demás fuerzas que avanzaban, porque ahí era casi con seguridad donde Cassander y el núcleo más duro estarían esperando. Si Henkel podía llegar a él y hablar, tal vez podría evitar más derramamiento de sangre, pero ya le llegaban informaciones de que los agentes estaban intercambiando disparos con miembros del Tajo —incluso desde donde se encontraban, oían a lo lejos los disparos—, a lo que había que sumar el problema del propio Cassander.

Priska Tinsley había confirmado la información de la voz que había gritado desde la casa: Oberon estaba muerto, asesinado por el hijo de Cassander, Lucius, pero casi con toda seguridad siguiendo las órdenes de su padre. Priska no sabía si Cassander había ordenado el asesinato de Oberon, pero ahora parecía muy probable. También había corrido la voz por el Tajo, a través de los teléfonos desechables y las radios de onda corta, de que los hijos de Cassander habían muerto. En ese momento, pensó Henkel, a Cassander lo que menos le importaría sería mostrarse razonable.

Entre varios agentes de la policía del estado apartaron el acribillado vehículo del sheriff de Plassey County sacándolo de la carretera, cuando éste se mostró comprensiblemente reacio a que lo destrozaran todavía más dejando que el MRAP se ocupara de su camión, una decisión que le alegró por partida doble cuando vio lo que le hizo al Buick, que el MRAP aplastó en cuanto emprendió la marcha. Priska Tinsley fue introducida en la parte de atrás de uno de los vehículos de la policía del estado, sólo por si podía hacer entrar en razón a alguno de los emboscados del Tajo, pero únicamente se encontraron con otra barricada más de camino, ésta levantada con sacos de arena, y tras unos disparos de aviso del MRAP y una advertencia para que

depusieran las armas, los defensores se rindieron. Dos de ellos eran adolescentes, además de una veinteañera, y todos parecieron aliviados de que los detuvieran. No tenían prisa por morir. Ninguno de ellos supo ofrecer ninguna pista de lo que podría estar esperándoles en la Plaza, aparte de una cifra aproximada de las fuerzas allí refugiadas: no más de veinte hombres y mujeres, en conjunto, mientras los ancianos y los pequeños se habían resguardado en la cabaña prisión para estar a salvo. Utilizando el mapa que le había dado a Parker, Henkel indicó la situación de la antigua casa prisión donde se encontraban los mayores y los niños, y dio órdenes a dos de los policías para que llegaran hasta allí y mantuvieran la tranquilidad entre los que allí se escondían, lo que de paso también reduciría las posibilidades de que les dispararan accidentalmente los miembros de otras fuerzas de la ley que estaban entrando en el Tajo desde las demás direcciones. Aunque había un teniente de la policía del estado con el equipo del SWAT que iba en el MRAP, éste fue lo bastante inteligente para ceder el mando a Henkel. Al igual que el sheriff, tampoco tenía muchas ganas de mancharse las manos con sangre de mujeres y niños.

Ya veían la Plaza cuando empezaron los primeros disparos, procedentes tanto de los edificios que tenían delante como de posiciones ocultas a derecha e izquierda. Parker vio caer a un agente, alcanzado en la pierna, y al momento todos estaban sumidos en la vorágine: sangre, humo, ruido.

Muriendo.

Más tarde, Parker lo recordaría a retazos, como trozos de un gran diorama que se hubiera roto y esparcido sus añicos por su memoria: el MRAP abriéndose para descargar a la unidad de SWAT, y las ráfagas entrecortadas del Tajo respondidas por un fuego denso y disciplinado; vidrios resquebrajándose, alguien pidiendo ayuda a gritos; un hombre de mediana edad con uniforme de camuflaje surgiendo de la maleza con una escopeta al hombro para ser casi partido por la mitad por una ráfaga de fuego automático disparada desde cerca del MRAP; el francotirador de la torreta abriendo fuego contra una de las casas de la Plaza con un rifle de francotirador del

calibre 50, cuyas balas con forma de supositorio atravesaban las paredes y a cualquiera dentro de ellas lo bastante desafortunado para hallarse en su trayectoria; el MRAP avanzando lentamente, y luego el suelo hundiéndose a su derecha, porque la carretera había sido construida con puntos débiles en sus bordes, precisamente con la intención de impedir el avance de vehículos pesados. El MRAP volcó de lado, expulsando al francotirador de la torreta con tal fuerza que el impulso lo lanzó contra un árbol a cuyos pies cayó y ya no se movió.

A esas alturas, Parker estaba cerca de la Plaza, con Angel y Louis pegados a sus talones, y los agentes disparaban a las casas a derecha e izquierda hasta que la voz de Henkel resonó por los altavoces del único camión que quedaba, ordenando a todos el alto el fuego. Lo que no quería era enzarzarse en una lucha casa por casa en la Plaza. Hasta ahora, tenía dos agentes heridos, y Channer había muerto. Las bajas del Tajo eran más elevadas, pero sólo uno de los defensores de la periferia de la Plaza se había sumado a la lista de muertos. Había otros tres heridos y entre los demás algunos ya estaban deponiendo las armas y levantando las manos. Como una pelea callejera, el conflicto en el Tajo parecía preparado para arder fugazmente, pero no había la suficiente determinación ni desesperación entre sus habitantes para una lucha prolongada. La mayoría de ellos no eran asesinos. Seguramente ni siquiera se tenían a sí mismos por delincuentes.

Parker, con Angel y Louis a cada lado, siguió por el este de la Plaza, sin salir de entre los árboles, sin disparar. Priska Tinsley les había contado un detalle crucial antes de que empezara el asalto: Cassander estaría en el fortín. Era su altar, el corazón del Tajo, aunque ella afirmaba que no había estado nunca dentro, y cuando Parker mencionó al Rey Muerto, ella apartó la mirada y se calló. Fuera lo que fuese lo que se ocultaba en el corazón de la existencia del Tajo, fuera lo que fuese el Rey Muerto, estaba en ese edificio.

Dejaron atrás la Plaza y se encaminaron hacia el norte por el bosque, hasta que apareció el fortín, y se detuvieron a observarlo. Parecía una construcción de un cuento de hadas infantil, un castillo para un ogro; achaparrado y oscuro, con ramas que atravesaban sus paredes y una copa con pocas hojas alzándose sobre el tejado, de manera que el conjunto se

asemejaba a una cabeza, un torso y unos brazos, como si el fortín fuera a desarraigarse en cualquier instante y desaparecer en el bosque. El material con el que estaba construido el edificio y la madera del árbol habían envejecido juntos a lo largo de los años, lo que dificultaba diferenciar con precisión dónde empezaba el uno y acababa el otro.

Había una puerta abierta a los pies del fortín, pero antes de que pudieran acercarse un disparo de escopeta desgarró las ramas y hojas del árbol de hoja perenne que estaba por encima de la cabeza de Louis, y al cabo de un segundo una ráfaga de disparos barrió el suelo al lado de Angel.

—Tengo a uno de ellos —dijo Louis.

Apuntó a una figura marrón que se movía entre los árboles al oeste de la empalizada, y disparó tres veces. El hombre cayó. Louis esperó a asegurarse de que lo había abatido antes de acercarse, agachado. La escopeta volvió a disparar, pero el tiro fue descontrolado, la acción de alguien que ya no podía levantar el arma del suelo. Louis lo rodeó, se aproximó por detrás, pero cuando llegó, el hombre ya estaba muerto.

Angel y Parker concentraron su fuego en el segundo tirador. Estaba a cubierto, utilizando la maleza para cambiar de posición sin que lo vieran antes de volver a disparar. Con su hombre abatido, Louis siguió hacia la parte posterior del fortín, mientras Angel disparaba a izquierda y derecha de la última ubicación del tirador, obligándolo a mantenerse pegado al suelo mientras Parker corría hacia el edificio.

El tableteo de disparos continuos llegaba desde más allá de la Plaza, seguido de una explosión que podría haber sido de una granada. Parker oyó vehículos, y a hombres que gritaban y la voz amplificada de Henkel pidiendo de nuevo calma, ordenando que los defensores de la Plaza depusieran las armas y salieran, asegurándoles que nadie resultaría herido. Parker vio que Angel corría hasta detrás de un árbol, avanzando con cautela mientras Louis y él rodeaban al pistolero superviviente.

—¿Cassander Hobb? —gritó Parker—. Todo ha terminado.

Se mantuvo alejado de la puerta, aunque no estaba seguro de cuánta protección ofrecería la vieja madera del fortín si alguien decidiera disparar desde dentro. Aunque, bien mirado, había sobrevivido hasta ahora, y los

troncos a su espalda parecían fríos y duros como la piedra. ¿Estaba siquiera dentro Hobb? Tal vez yacía muerto en el suelo, o a lo mejor era él el que estaba siendo cercado lentamente por Angel y Louis.

No obtuvo ninguna respuesta. Parker se arriesgó a entreabrir un poco más la puerta empujándola y esperó a que llegaran los disparos, pero todo permaneció a oscuras y en silencio.

Entró y se encontró en la corte del Rey Muerto.

El interior del fortín estaba iluminado solo por las lanzas de luz del sol que penetraban por sus ventanas. De las paredes colgaban antiguos estandartes y banderas, algunos de ellos eran poco más que harapos, sin el menor resto de color. Parker se fijó en un estandarte real que, a tenor de la abundancia de rojos y dorados, podría haber sido español; una bandera colonial con los colores británicos en una esquina junto a una serie de franjas desvaídas; y la reconocible banderola roja y blanca del Noveno Regimiento de Caballería, los soldados negros que los nativos llamaban «Buffalo Soldiers». Además, había banderas de Estados Unidos del siglo XIX, una con tan sólo veinte estrellas, y varias enseñas confederadas de Barras y Estrellas, casi todas sucias y hechas jirones. Pese a la rareza del aspecto y la patente antigüedad del fortín, el aire dentro era llamativamente seco, lo que tal vez explicara por qué las delicadas banderas no se habían descompuesto por completo. No eran tanto ornamentos como trofeos de guerra, reliquias de aquellos que habían molestado al Tajo a lo largo de su historia y no habían vivido para lamentar el encuentro.

Parker olió la gasolina. Tocó las paredes y cuando apartó los dedos los tenía húmedos. Debían de haber estado preparándose para quemar el fortín cuando empezara el asalto al Tajo. No sabía por qué no lo habían hecho. Tal vez lo habían postergado con la esperanza de que el hogar espiritual del Tajo

todavía pudiera salvarse.

El suelo era de madera y piedra, y habían esparcido paja fresca por encima, pero Parker apenas se fijó, porque su atención se vio atraída por unas imágenes fantasmagóricas. La primera era el gran árbol que parecía haber engendrado aquella morada, cuyo tronco se alzaba como una columna de sustentación desde el suelo, sus ramas hacían las veces de vigas sobre las que parecía apoyarse el tejado. Era una asombrosa entidad viviente, lo que acentuaba el contraste con el objeto inerte que se aposentaba a sus pies.

El Rey Muerto descansaba en un trono tallado en un único e inmenso bloque de madera negra. El trono se encontraba sobre un pequeño pedestal de escaleras de madera, de forma que la criatura dominaba el espacio. Una capa de pieles oscuras le cubría los hombros y la parte superior de los brazos, y unos anillos dorados relucían en sus dedos. Se sentaba completamente erguido, sus dedos esqueléticos se aferraban a los brazos del trono y los pies se apoyaban directamente en su base. Tenía las costillas intactas bajo la capa, sus vértebras lumbares seguían rectas e incólumes, en los agujeros del hueso ilion no había rastro de tierra ni de insectos.

Pero lo más fascinante era el cráneo. De color ámbar, aunque la mandíbula inferior tenía un tono ligeramente más claro y estaba mejor conservada que el resto. La dentadura estaba intacta, pero el hueso nasal se había roto en algún punto, ampliando la fisura en el centro del cráneo. Parker miró dentro de las cuencas de los ojos y el Rey Muerto le devolvió la mirada, como un mensajero de un mundo al que todos los demás acabarían pasando inexorablemente. Una franja de oro bruñido se extendía sobre su frente, decorada con huesos de dedos que señalaban hacia los cielos.

Pero a medida que Parker se acercó, vio, pese a la tenue luz, que los huesos del Rey Muerto no encajaban: algunos eran más pequeños y amarillentos que otros; la tibia derecha era considerablemente más corta que la izquierda; y los dientes formaban una línea mellada, no eran uniformes, y los incisivos y los molares se alternaban con los caninos. Parker distinguió los alambres que mantenían los huesos en su sitio, los cuidadosos trabajos de restauración y ensamblaje, y entendió.

El Rey Muerto no era uno sino muchos, un ser construido a partir de las

víctimas del Tajo, cada una de las cuales había aportado huesos a su creación, y cada muerte había aumentado su potencia. Parker se preguntó si habría alguno de Jerome Burnel entre ellos, y tuvo la seguridad de que sí. Sólo el neurocráneo y los huesos de la cara provenían de la misma fuente, con la excepción de la mandíbula, que a Parker le pareció más antigua que el resto. Ése era el punto de origen, la primera víctima. Si el Rey Muerto tenía una identidad más allá de los restos que lo conformaban, estaba ahí, pero fuera cual fuese el nombre que hubiera tenido en el pasado, había sido olvidado hacía mucho.

Había una estaca metálica clavada en el suelo junto al trono, de la que colgaban dos grilletes. Parker comprobó su mecanismo y descubrió que se movían con facilidad. Volvió a pensar en Burnel y los demás desafortunados que podrían haber pasado sus últimos días y horas en compañía del Rey Muerto.

El fortín parecía vacío. Parker había imaginado que percibiría una sensación de perversidad, de maldad palpable, pero no sentía nada aparte de la ilusa vileza humana que había llevado al Tajo a crear un dios de hueso a partir de los restos de sus víctimas. El Rey Muerto existía porque el Tajo quería que existiera, pero Parker no tenía por qué creer en él. Se apartó de la abominación. No quería seguir mirándola.

Angel y Louis estaban en la puerta contemplando el dios hueco en su trono. Henkel apareció tras ellos y los tres permanecieron un momento en silencio, observando su majestuosidad en descomposición.

—¿Qué es? —preguntó Henkel por fin.

—Pruebas —dijo Parker.

—¿De qué?

—Generaciones de asesinatos. ¿Ha encontrado a Hobb?

—Todavía no.

—Cuando lo haga, esa cosa lo condenará.

—Este sitio apesta a gasolina. Más vale que nadie encienda una cerilla.

Louis se había movido hacia la derecha, para examinar mejor al Rey Muerto, cuando se detuvo.

—Mierda —dijo.

Parker siguió su mirada. Una cajetilla de cigarrillos desechada, aparentemente llena todavía, estaba abierta a los pies de Louis. Apoyada en un montón de tierra.

—Fuera —dijo Parker—. ¡Ya!

Nadie necesitó que se lo repitieran dos veces, no con el olor a gasolina en las fosas nasales. En el Tajo habían cesado los disparos, y el sonido apagado de voces les llegaba desde la Plaza. Tres agentes del estado subían por la ladera hacia ellos cuando salían del fortín.

—Retrocedan —dijo Henkel—. Aquí hay un problema potencial.

Desde el interior del fortín llegó un sonido sibilante, seguido por un ruido seco, como cuando alguien enciende una estufa, y el problema pasó de potencial a real. El fortín se iluminó desde dentro cuando el dispositivo incendiario prendió la gasolina, e incluso desde lejos Parker sintió una ráfaga de calor antes de que la puerta se cerrara de golpe, como si el propio fuego hubiera decidido que la inmolación del Rey Muerto tenía que quedar oculta a la vista. Las paredes empezaron a humear antes de que los primeros brazos de fuego se abrieran paso y entonces toda la estructura fue pasto de las llamas, y el árbol y el edificio ardieron a la par. Todos los que pudieron se reunieron para contemplar el fuego mientras se alzaba, y las paredes y el tejado se derrumbaron. El roble empezó a arder como una mano gigantesca, y en medio de la conflagración atisbaron una figura en un trono negro, sonriendo maliciosamente mientras se consumía.

Cassander se detuvo un momento para contemplar el humo que se alzaba sobre el Tajo. Si lo hubiera visto alguien, habría dicho que su rostro parecía absolutamente inexpresivo: ni rastro de ira, ni de arrepentimiento, ni de tristeza. El Tajo, tal como él lo había conocido toda su vida, había desaparecido para siempre. Nunca volvería allí.

Pero Cassander no estaba solo.

El Rey Muerto lo acompañaba.

Se pasaron lo que quedaba del día concentrados en reunir los restos del Tajo, y en transportar a los heridos a los hospitales y a los muertos al depósito de cadáveres. Los trámites de interrogatorios y pesquisas requerirían días, incluso semanas. Como precaución, todos los adultos del Tajo fueron detenidos y se les leyeron sus derechos, mientras se daban los pasos para llevarlos ante un juez lo antes posible, donde volverían a leerse los derechos, y, en los casos pertinentes, se les impondría una fianza. En Virginia Occidental cualquier persona acusada de un delito grave tenía derecho a pedir una audiencia preliminar, ya fuera durante los primeros diez días si estaba detenida o durante los primeros veinte si se encontraba en libertad bajo fianza. Plassey County y el estado de Virginia Occidental estaban a punto de asumir un trabajo legal ingente.

Pero a los miembros del Tajo se les dejó bien claro que aquellos que colaborasen con la investigación y ayudasen a la recuperación e identificación de los restos de las víctimas, se lo pondrían más fácil. Los dedos ya habían empezado a señalar puntos en los mapas, y la gente empezó a contar lo que sabían de los últimos días de ciertos hombres y mujeres. La mayoría estaban enterrados en el cementerio del Tajo, ocultos bajo sus propios muertos. Odell Watson, por su parte, habló por primera vez de la mujer que había visto atrapada por los perros y volvió a contar su relato del hombre encapuchado al que habían llevado al Tajo por la noche.

Al día siguiente empezarían las excavaciones.

El Departamento de Sanidad y Recursos Humanos de Virginia Occidental intervino para aconsejar sobre cómo tratar a los menores implicados. Tras precipitadas discusiones, se decidió que todos los adultos que se habían refugiado en la cabaña prisión durante el tiroteo en el Tajo serían acusados, en principio, como posibles cómplices de secuestro, violación, agresión sexual y asesinato, además de los posibles cargos que se les imputaran posteriormente, pero el estado no se opondría a la fianza, bajo estrictas condiciones, entre ellas que el Tajo fuera inaccesible para sus antiguos habitantes a la espera de que se completara la investigación forense. El Complejo Recreativo de Plassey County se estableció como centro de retención provisional, lo que permitió al estado posponer un poco más la toma de cualquier decisión sobre los niños. Los presos varones fueron repartidos entre la cárcel de Plassey County y un puñado de instituciones penales del estado.

Pero de Cassander Hobb no había rastro.

Cassander no había planeado huir. Le habían arrebatado a sus dos hijos, y él por su cuenta había ordenado el asesinato del líder del Tajo, el hombre que había sido su mejor amigo, y además también había puesto fin a la vida de Sherah, la mujer que habían compartido Oberon y él. Los ataques contra Henkel y el detective privado habían fracasado, y las mujeres cautivas habían conseguido huir. El Tajo estaba perdido, pero la intención de Cassander había sido morir defendiéndolo, hasta que oyó al Rey Muerto pronunciar su nombre.

En la oscuridad de su corte, el Rey Muerto entró en él, y cualquier intención de luchar por el Tajo desapareció de la mente de Cassander. Lo que ahora importaba era que sobreviviera el Rey Muerto, y para eso Cassander tendría que llevarlo en su interior hasta encontrar un nuevo nido de huesos. Sentía la presencia del Rey Muerto como un peso en su alma y una sombra ante sus ojos. Le susurraba entre murmullos nerviosos en la cabeza, y su locura le contagiaba.

Cassander salió del Tajo por el nordeste, cerca de la finca de Barnett. Millard Barnett era un soltero que había criado pollos *broiler* con sus dos hermanos mayores hasta que éstos fallecieron, uno detrás del otro, el mismo mes, entonces Barnett perdió todo el interés por los pollos, o por cualquier otra cosa, y se dejó ir en una jubilación solitaria. Cassander le pegó un tiro en cuanto le abrió la puerta, y arrojó su cadáver a un pozo abandonado. Luego cogió el Saturn Ion de Barnett y se dirigió hacia el interior de Virginia. Sólo hizo una parada y fue para llamar a Daniel Starcher desde una cabina y alertarle de todo lo que había pasado, aunque Starcher no necesitaba que Cassander se lo contara porque lo estaba viendo por televisión. Starcher ya se había puesto a borrar todas las huellas de sus relaciones con el Tajo, incluido el servicio de adopción extraoficial. Postergaría todo lo posible dar la noticia a los desafortunados compradores antes de avisarles de que no recibirían sus pequeñas alegrías en un tiempo previsible. También tendría que devolverles el dinero adelantado, y eso incluía el considerable depósito de garantía que había hecho el consorcio por uno de los niños.

Mierda.

Cassander tenía efectivo, pero necesitaría más. Starcher le preguntó qué planes tenía. Cassander respondió que no lo sabía, pero, por el momento, iría a un piso franco en Bedford, uno de los varios que el Tajo utilizaba como refugio temporal y local de almacenamiento. Starcher le dijo que lo prepararía para que le llevaran efectivo allí y colgó. Avanzada esa noche, tras haber dado tiempo a Cassander para llegar a la casa e instalarse, Starcher encargó a dos asesinos a sueldo *free-lance* llamados Purvis y Stone que fueran a Bedford y lo mataran.

Cuando llegaron, Purvis y Stone se encontraron la casa vacía. Cassander había estado allí —vieron cajas de comida rápida y botellas de cerveza vacías, junto con los restos de algo que había ardido en un cubo de basura—, pero estaba claro que se había marchado. Esperaron toda la noche y la mayor parte del día siguiente, pero Cassander no volvió. Tal vez, le sugirieron a Starcher, le habían avisado, pero éste les aseguró que sólo tres personas sabían lo del asesinato, y Cassander no era una de ellas.

Starcher quería a Cassander muerto. Si la policía lo detenía y él intentaba

llegar a un acuerdo, la posición de Starcher variaría desagradablemente y de defensor pasaría a acusado. Pero Cassander había desaparecido, y, sin que Starcher lo supiera, la policía ya estaba de camino a Lewisburg. Al cabo de unas horas, lo habían detenido.

El Rey Muerto había avisado a Cassander de que venían los asesinos: no con palabras ni imágenes, sino mediante sensaciones. Ya no podía fiarse de Starcher, pero Cassander se encargaría de él a su debido tiempo. Permaneció en el piso franco sólo el tiempo necesario para cambiarse y meter un poco más de ropa limpia de la reserva que guardaba en el sótano en una pequeña maleta. También se afeitó, se cortó mucho el pelo y se tiñó lo que quedaba con un frasco de tinte que tenía en el cuarto de baño para ese fin; luego quemó el pelo en un cubo de basura y se deshizo del frasco en un contenedor cuando se fue en el coche.

El Rey Muerto nunca dejaba de hablar, aunque sólo fuera para sí. Bastaba para evitar que Cassander se durmiera, y cuando se adormilaba, el Rey Muerto cobraba forma en sus sueños, y Cassander se despertaba gritando. La cordura de Cassander se deterioraba, pero en sus momentos de lucidez todavía se planteaba si la existencia del Rey Muerto era real, aunque lo oyera susurrando en su cabeza en lenguas desconocidas. ¿Era un síntoma de la locura colectiva del Tajo, una infección de la mente que se había ido transmitiendo de generación en generación, una voz a la que habían dado una forma que ellos mismos habían creado? En ese sentido, ¿no eran todos el Rey Muerto?

Sólo entonces se percató del silencio que se había hecho en su cabeza. Esperó, casi incapaz de respirar. Se había ido. Fuera lo que fuese, se...

Y entonces oyó la risa del Rey Muerto.

Parker, Angel y Louis no pudieron evitar que el FBI y la policía del estado los interrogaran. Resultó una experiencia muy incómoda para los dos últimos y sólo la petición que hizo Parker para que interviniera Ross impidió que las

cosas fueran a mayores. Ross le dejó claro a Parker que le había hecho un favor y que esperaba que se lo devolviera, con intereses.

—Sea cual sea el acuerdo al que hayas llegado con él —dijo Louis cuando se disponían a marcharse de Plassey County—, seguro que ha sido malo.

El cadáver de Jerome Burnel fue uno de los primeros que descubrieron, porque era el que había sido enterrado más recientemente. Lo habían metido en una fosa que utilizaban para los restos de los perros del Tajo.

El Rey Muerto se sentía incómodo en la piel de Cassander. Él no pertenecía a los vivos, sino a los muertos. Necesitaba ocultarse entre huesos limpios de carne.

Por su parte, Cassander quería castigar a alguien por lo que le había pasado al Tajo, y tenía dos objetivos: Henkel y el tal Charlie Parker, el investigador privado. Henkel quedaba fuera de su alcance por el momento, tal vez para siempre, dada la imposibilidad casi absoluta de que regresara a Plassey County. Con lo que quedaba Parker. Cassander estaba bien informado sobre el detective. Oberon había hablado sobre él, y el Rey Muerto había sentido su llegada. Parker era peligroso, y Cassander no estaba seguro de que pudiera ir a por él y salir vivo. Mientras conducía, pensó en Roger Ormsby, el secuestrador y asesino de niños a quien Parker había localizado. Ormsby no sólo había asesinado a sus víctimas: las había hecho desaparecer sin dejar rastro, añadiendo una delicada capa de tormento a las vidas de los que quedaban detrás.

Cassander sabía todo lo que había que saber sobre cómo se descarnan los huesos, cómo se hierven y se conservan. Así que empezó a tramar un plan, uno que satisfaría tanto sus deseos de venganza como las necesidades del Rey Muerto.

Quinta parte

Debe repararse en que los niños que juegan, no sólo juegan; sus juegos deben juzgarse como sus actos más serios.

Michel de Montaigne (1533-1592), *Ensayos*, I, 23

Sam estaba sentada en el suelo, en la linde de la finca de sus abuelos, donde un bosquecillo rodeaba un estanque. Se suponía que no debía ir allí sola. Su abuelo le había advertido de los peligros de las charcas más superficiales, pero la verdad es que su abuelo le decía que tuviera cuidado con todo: al cruzar la calle, con los chicos, al comer pollo poco hecho, con los desconocidos, con su padre, con los amigos de su padre...

En la mano derecha, Sam tenía el cuerpo casi disecado de un pájaro muerto, un pequeño chotacabras que había encontrado oculto entre cortezas y hojas a la entrada de su nido. No tenía ni idea de cómo había muerto, pero parecía casi intacto. Despacio, utilizando un cúter que había sacado de la caja de herramientas de su abuelo, abrió el pájaro, lo destripó y se deshizo de lo que quedaba de sus órganos internos, reduciéndolo cuidadosamente a plumas y huesos.

Jennifer, la hermanastra de Sam, observaba por encima de su hombro.

La hija muerta y la hija viva, juntas.

Jennifer habló.

viene

—Sí.

¿estás asustada?

—No.

No era del todo mentira, pero Jennifer percibió la duda.

a lo mejor si...

—Vete —dijo Sam—, me estás distraendo.

Jennifer la dejó trabajando. Ella regresó a su sitio, para sentarse en la roca y ver pasar a los muertos. Pensó que Sam no amaba al padre de ambas del mismo modo que ella. ¿Y cómo iba a hacerlo cuando ella era a la vez humana y algo más, algo que escapaba a la comprensión? Su padre le había preguntado una vez a Jennifer si Sam la asustaba, y ella no le había respondido.

Sam no la asustaba.

La aterraba.

Dos días después, Cassander Hobb se llevó a Samantha Wolfe, la hija de Charlie Parker, mientras jugaba junto a ese mismo estanque. Era, pensaba, un golpe de suerte que la pequeña estuviera sola, en un lugar donde no podían verla desde la casa, cuando fue a por ella. Le enseñó el arma a la niña y le advirtió que no hiciera ruido, antes de esposarle las manos por delante, amordazarla con cinta adhesiva rodeándole la cabeza, y obligarla a meterse en el maletero del coche. Le aseguró que le cortarían una oreja si intentaba escapar. Cuando la echaron en falta y se dio la alarma, él ya se encontraba a medio camino de New Hampshire.

No le hacía gracia recurrir a ninguno de los pisos francos, así que se había registrado en un motel al borde del Bosque Nacional White Mountain, donde se alegraron de cobrar a tocateja. Le dieron una habitación tranquila en un extremo, pero como sólo había otras dos ocupadas, no temía que le vieran o escucharan. Esperó a que declinara el sol para llevar a la niña del coche a la habitación. Apenas se fijó en lo poco que se resistía, ni en los cuchicheos emocionados y delirantes del Rey Muerto. Sólo quería acabar de una vez por todas.

La colocó en la bañera, se encendió un cigarrillo y la miró en silencio mientras fumaba. Ella le devolvió la mirada, pero no se movió. Al final, la niña intentó hablar. Él le enseñó el arma que sostenía en una mano y el cuchillo que llevaba en la otra, antes de apartar la pistola y cortar la cinta de

su boca.

—Tengo que hacer pis —dijo ella.

—Mea en la bañera.

—Me mancharé la ropa.

—Me da igual.

Ella negó con la cabeza, pero él vio que no meaba. Seguramente era un truco, pensó. Aun así, era una niña rara. No había llorado ni una vez. Se limitaba a sentarse allí, con los ojos fijos en él, esperando a que pasara algo. Pues pasaría, y pronto. Estaba reuniendo el valor para cortarle el cuello. El Rey Muerto lo quería.

Finalmente, ella habló de nuevo.

—Te sangra la nariz —dijo.

Una gota de sangre cayó en los vaqueros de Cassander, seguida de cerca por una segunda. Se llevó los dedos de la mano izquierda a la nariz y cuando los apartó estaban teñidos de rojo. Cogió un poco de papel higiénico, formó una bola y la presionó contra las alas de la nariz.

—Pronto empezarás a sangrar por otros sitios —dijo Sam.

—¿De qué estás hablando?

—Por las orejas, por los ojos, por los poros de la piel.

Cassander sintió un dolor agudo en lo más profundo de su cabeza. El Rey Muerto formuló una pregunta que sólo el mismo Rey entendía y para la que no tenía respuesta ninguna criatura viviente.

—Lo que llevas dentro de ti no debería estar ahí —dijo Sam—. No puede sobrevivir mucho tiempo en un cuerpo vivo, así que, al final, lo mata. No sólo es el Rey Muerto. Es el Rey de las Cosas Muertas.

Cassander tosió y la sangre roció el suelo embaldosado al borde de la bañera. Se le nublaba la vista. Se puso en pie tambaleándose, y entonces vio en el espejo que lloraba lágrimas de sangre. Motas rojas aparecieron en el blanco de su camisa y se agrandaron. Sintió la humedad en los vaqueros a medida que la tela empezaba a oscurecerse. No podía mantenerse en pie, así que se derrumbó sobre el retrete y dejó que la cara se apoyara en el frío de las baldosas.

La niña se levantó de la bañera, y el Rey Muerto empezó a chillar. Sam

llevaba puesta una cazadora azul marino. Con torpeza, con las manos todavía esposadas, abrió la cremallera de un bolsillo y rebuscó dentro. Cuando volvió a abrir las manos, sostenía los restos del chotacabras, con el pecho abierto y las alas cortadas dejando al descubierto los huesos de dentro. Lo notaba húmedo en los dedos y olía levemente a un fluido más ligero.

La sangre manaba de las mangas de la camisa de Cassander y de los bajos de sus vaqueros. Tenía la cara cubierta de rojo, así como los ojos, cuyos blancos se habían perdido al reventar los capilares. Apenas conservaba la conciencia, el cerebro empezaba a fallarle.

Pero Sam no quería que muriera, todavía no.

Sostuvo en alto el cuerpo del pájaro y sintió que se agitaba contra sus dedos cuando el Rey Muerto entró en él. Ella salió de la bañera, dejó caer los delicados restos en el lavamanos. Cogió el papel higiénico de su portarrollos y envolvió al pájaro en varias capas. Por último, dado que le resultaba más fácil que buscar con las manos esposadas el librito de cerillas que llevaba en la cazadora, sacó el Zippo de Cassander de su camisa y lo utilizó para prenderle fuego al pájaro.

A su espalda apareció Jennifer y juntas observaron cómo el Rey Muerto, atrapado en su trampa de huesos, dejaba este mundo entre humo y fuego.

Kimberly Beckman, la dueña del Low Mountain Motel, levantó la vista desde la silla y vio a una niña pequeña con una cazadora azul delante del mostrador de recepción. El televisor a su espalda emitía una noticia sobre una niña desaparecida.

—¿Qué quieres, cariño?

La niña sostuvo en alto las manos esposadas.

—Me llamo Samantha Wolfe —dijo—. Soy la de la tele.

Cassander Hobb todavía estaba vivo cuando la policía llegó al motel. Y vivía todavía cuando llegó al hospital y le aplicaron las medidas de soporte vital.

Sigue vivo aún, si al estado en que se encuentra puede llamársele vida.

Parker fue a visitarlo una vez. Cassander tenía los ojos cerrados. Lo alimentaban por un tubo y el personal médico le aseguró que había sufrido muerte cerebral. A su debido tiempo, su cuerpo moriría también.

Cuando Parker salía, Cassander dio un respingo en la cama.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Parker.

—Las neuronas de la médula espinal —dijo la enfermera—. Reflejos. ¿Ha oído hablar del síndrome de Lázaro?

—No.

—Se da cuando los pacientes con muerte cerebral levantan espontáneamente los brazos y los dejan caer. Me aterrorizó la primera vez que lo vi.

—¿Y Hobb lo tiene?

—No, él no. Sólo espasmos de vez en cuando. Ahí dentro ya no hay nada, señor Parker. Se ha ido.

La mente de Cassander es como una casa vacía: sin muebles, sin decoración,

sin vida. Al otro lado de las ventanas reina la oscuridad, interrumpida por destellos de relámpagos cuando una neurona perdida se enciende.

Una presencia se mueve por la casa. Carece de forma y de nombre. Cuchichea sin parar. Huele a humo y a plumas quemadas. Espera: espera a que Cassander muera, espera a que quede reducido a huesos en una tumba para indigentes.

Espera, para poder renacer.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a John Lorenzen, director regional penitenciario de la Administración Penitenciaria de Maine, División de Servicios Adultos, por su paciencia para explicarme los complejos vericuetos del sistema de libertad condicional del estado de Maine, que sigue siendo uno de los pocos puntos de contacto humanos en la investigación para este extraño libro. La mayor parte del trabajo de documentación implicó rastrear libros sobre tradiciones populares y mitos, buena parte de los cuales aparecen en la misma novela, aunque *Severed: A History of Heads Lost and Heads Found*, de Frances Larson (Granta, 2014), me proporcionó una espléndida guía para concretar algunas de las ideas e imágenes que me daban vueltas a medida que avanzaba el libro.

El grupo Espers me permitió amablemente citar unos versos de su canción *Dead King*, que casi podían servir como acompañamiento a algunas partes de este libro. Tampoco quisieron cobrar nada, lo que dice mucho de ellos. Detalles de su obra pueden encontrarse en www.dragcity.com/artists/espers.

Como siempre, estoy en deuda con Emily Bestler, mi editora en Atria Books, y todos los que trabajan con ella, entre ellos Lara Jones, Megan Reid y David Brown; y también con Sue Fletcher, mi editora en Hodder & Stoughton, así como con Carolyn Mays, Swati Gamble, Kerry Hood, Breda Purdue, Jim Binchy, Ruth Shern, Siobhan Tierney y todos los demás de

Hodder & Stoughton y Hachette Books Ireland. Mi agente, Darley Anderson, continúa demostrando un notable aguante ante un autor que es a la vez torpe y seguidor del Liverpool. Mi gratitud, también, a Clair Lamb y Madeira James. Por último, mi amor a Jennie, Cameron y Alistair.

NOTAS

[1] A mediados del siglo XIX, John Landis Mason patentó un frasco de cristal con tapa de rosca, el Mason Jar. Cuando se mejoró el cierre volviéndolo hermético, se convirtió en uno de los métodos más extendidos para la conservación de alimentos, entre ellos, un café frío y de sabores llamado Mason Coffee. (*N. del T.*)

[2] Moxie empezó como panacea a principios del siglo XIX y se popularizó como refresco —fabricado a partir de una fórmula secreta de raíces, no demasiado dulce, a diferencia de sus competidores— durante los años veinte del siglo pasado. Alcanzó tal fama que el nombre pasó a la cultura popular y dio lugar a un neologismo, *moxie*, que significa «valentía» o «coraje». En la actualidad, todavía se comercializa. (*N. del T.*)

[3] En español en el original. (*N. del T.*)

[4] La enfermedad a la que se refiere es el raquitismo (*ricketts*). La línea Mason-Dixon, trazada por la Corona británica en la década de 1760 para resolver los conflictos fronterizos intercoloniales, acabó señalando la frontera entre los estados esclavistas del Sur (entre ellos, Virginia Occidental) y los abolicionistas del Norte. (*N. del T.*)



Tiempos oscuros
John Connolly

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Time of Torment*

Ilustración de la portada: © Cover Kitchen

© Bad Dog Books Limited, 2016

De la traducción: © Vicente Campos González, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-9066-505-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



John Connolly
TIEMPOS OSCUROS

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES